



Guillermo García Ponce

BOLÍVAR Y LAS ARMAS
EN LA GUERRA DE INDEPENDENCIA

COLECCIÓN BICENTENARIO CARABOBO

200
BATALLA DE
CARABOBO

Guillermo García Ponce (Caracas, 1925-2010) Político, escritor y periodista. Fue dirigente del Partido Comunista de Venezuela y miembro de la Junta Patriótica que derrocó a Pérez Jiménez. Por su actividad subversiva, fue encarcelado en el Cuartel San Carlos en 1964, de donde se escapó junto a otros presos en una fuga que aún causa asombro. Gracias a él, el Día del Periodista se conmemora el mismo día en que salió por primera vez el *Correo del Orinoco*. Participó en la Constituyente de 1999 y en 2005 fundó el periódico *Vea*. Entre sus libros destacan: *Política y clase media* (1966); *Política, táctica y estrategia* (1967); *La fuga del Cuartel San Carlos* (1968); *Armas en la Guerra Federal* (1972); *El golpe del 11 de abril* (2002).

« *Batalla de Carabobo* (detalle)

Martín Tovar y Tovar

1885-1887

Óleo sobre tela, 490 m².

Salón Elíptico, Palacio Federal Legislativo

Caracas



18

**Bolívar y las armas
en la Guerra de Independencia**

GUILLERMO GARCÍA PONCE

COLECCIÓN BICENTENARIO CARABOBO

EN HOMENAJE AL PUEBLO VENEZOLANO

El 24 de junio de 1821 el pueblo venezolano, en unión cívico-militar y congregado alrededor del liderazgo del **LIBERTADOR SIMÓN BOLÍVAR**, enarbó el proyecto republicano de igualdad e “independencia o nada”. Puso fin al dominio colonial español en estas tierras y marcó el inicio de una nueva etapa en la historia de la Patria. Ese día se libró la **BATALLA DE CARABOBO**.

La conmemoración de los 200 años de ese acontecimiento es propicia para inventariar el recorrido intelectual de estos dos siglos de esfuerzos, luchas y realizaciones. Es por ello que la **COLECCIÓN BICENTENARIO CARABOBO** reúne obras primordiales del ser y el quehacer venezolanos, forjadas a lo largo de ese tiempo. La lectura de estos libros permite apreciar el valor y la dimensión de la contribución que han hecho artistas, creadores, pensadores y científicos en la faena de construir la república.

La **COMISIÓN PRESIDENCIAL BICENTENARIA DE LA BATALLA Y LA VICTORIA DE CARABOBO** ofrece ese acervo reunido en esta colección como tributo al esfuerzo libertario del pueblo venezolano, siempre insurgente. Revisitar nuestro patrimonio cultural, científico y social es una acción celebratoria de la venezolanidad, de nuestra identidad.

Hoy, como hace 200 años en Carabobo, el pueblo venezolano continúa librando batallas contra los nuevos imperios bajo la guía del pensamiento bolivariano. Y celebra con gran orgullo lo que fuimos, somos y, especialmente, lo que seremos en los siglos venideros: un pueblo libre, soberano e independiente.

Nicolás Maduro Moros

PRESIDENTE DE LA REPÚBLICA BOLIVARIANA DE VENEZUELA

Nicolás Maduro Moros
PRESIDENTE DE LA REPÚBLICA BOLIVARIANA DE VENEZUELA

COMISIÓN PRESIDENCIAL BICENTENARIA DE LA BATALLA Y LA VICTORIA DE CARABOBO

Delcy Eloína Rodríguez Gómez

Vladimir Padrino López

Aristóbulo Iztúriz Almeida

Jorge Rodríguez Gómez

Freddy Nájuez Contreras

Ernesto Villegas Poljak

Jorge Márquez Monsalve

Rafael Lacava Evangelista

Jesús Rafael Suárez Chourio

Félix Osorio Guzmán

Pedro Enrique Calzadilla

Bolívar y las armas en la Guerra de Independencia

GUILLERMO GARCÍA PONCE



Índice

- 11 Prólogo
J. L. SALCEDO-BASTARDO
- 15 Las armas
- 29 Las primeras gestiones
- 49 Si hubiera quedado un solo rayo de esperanza
- 67 “¡Por armas iré hasta el polo!”
- 77 ¿Son los Estados Unidos un enemigo?
- 89 “Los pueblos desesperan por verse armados”
- 99 Maestranzas de guerra
- 107 Como de ordinario sucede en la guerra
- 117 Mulas a cambio de fusiles
- 129 Pólvora y plomo con preferencia a todo
- 149 Dinero sacado a fuerza de bayonetas
- 159 Los corsarios
- 171 Armas y moral
- 181 Armas y el centro del poder
- 199 Las cañas huecas y los polvos negros
- 225 Un pistoletazo
- 235 De la inferioridad a la superioridad
- 253 Bibliografía

Prólogo

Dentro de la nutrida bibliografía bolivariana, muy frecuentemente repetitiva, este libro que ahora se reedita con título más cabal es —por su originalidad en el tratamiento exhaustivo de un aspecto muy importante de Bolívar— pieza de alto valor.

Desde su primera salida en 1965 hubimos de aplaudir la maestría de Guillermo García Ponce en producir una monografía ejemplar. Profunda, completa y amena. Sistemáticamente la recomendamos a los jóvenes estudiosos, en Venezuela y el exterior, por la seriedad de su estructura conceptual, por el rigor de su método aplicado con seguro y diáfano equilibrio y también —como queda dicho— por su estilo que es el propio.

El tema de las armas y su búsqueda, así como la entera problemática relativa a los elementos de guerra, son de las cuestiones vertebrales del pensamiento y la acción del Libertador. Él eligió la política como destino, entre las alternativas que —en la trágica coyuntura de la prematura viudez— le planteaba su maestro don Simón Rodríguez: “Me hizo comprender que el amor no lo era todo en la vida de un hombre... exaltaba mi imaginación con cuanto podría yo hacer de bello, de grande, sea por las ciencias o por la libertad de los pueblos”. Veinte años después hay la expresa confirmación textual: “Yo he seguido el sendero que Vd. me señaló”. Pero ese político se inició a través del más pacífico

de los menesteres: el diplomático. Y fue cuando las circunstancias forzaron a cumplir la sagaz previsión de Clausewitz, de que la guerra es la continuación de la política por otros medios, que hubo de asumir esta posibilidad ajena a su carácter. Los hechos no dejaban otra escapatoria: “¿Qué esperanzas nos restan de salud? La guerra, la guerra sola puede salvarnos por la senda del honor”.

García Ponce cita con tino los conspicuos autores del materialismo dialéctico que él cultiva y aplica con espontánea inteligencia y felicidad, al punto de convertir esta obra en una de las mejores de esa corriente metodológica en el país. Su análisis sobre la calidad de líder que se combina con los factores del contorno, es convincente y sólido. Muy científicas las apreciaciones valorativas de Miranda y Piar.

Bolívar se hizo, sobre los hechos, para su obra. Habló repetidas veces sobre su esencia pacífica —“Mi horrible profesión militar... El amor a la libertad me ha forzado a seguir un oficio contrario a todos mis sentimientos...”— pero estuvo a la altura de su deber que era el de un instante de trágica emergencia. Es precisamente allí donde las armas, y cuanto a ellas atañe, adquieren tan relevante categoría. La importancia del instrumento irá en función de los objetivos: progresiva concientización desde la mera superficialidad política al fondo socioeconómico de la revolución. En principio el cambio parece conformarse con la sustitución de los gobernantes españoles sin afectar el sistema colonial. La plenitud revolucionaria se patentiza años después. Dos fracasos contundentes indicaron que los pasos, las tendencias y las metas del comienzo, no eran suficientes. En el orden personal, Bolívar en julio de 1812 instruye a su apoderado Domingo Ascanio: “Los esclavos que no pertenecen al vínculo de San Mateo, deberán ir a servir en las haciendas de Yare, y por ahora marcharán todos allá”. Todavía en junio de 1814 piensa no emplear los socorros bélicos que procura “contra los españoles sino contra los bandidos, y esclavos fugitivos que llevan el pillaje, la muerte y la desolación”, pide cooperación para “reducir los esclavos a su deber”. La integridad revolucionaria del Libertador —que fuimos de los primeros en destacar en nuestra *Visión y revisión de Bolívar* (1957)— se da

conjuntamente con la revelación notoria y cumbre del estadista, en la coyuntura pos-Caribe de 1816-1819. Con la abolición de la esclavitud y el reparto de tierras, brilla —además— el hombre de Estado en Angostura.

Para toda su obra fueron esenciales las armas. El coloniaje absolutista fue progresivamente barrido y arrinconado desde la costa Caribe a la pampa de la Quinua en Ayacucho. El sueño de Panamá: unidad latinoamericana es adelantada consecuencia de la jornada bélica de Ayacucho.

Guillermo García Ponce, dirigente político y parlamentario de larga y consecuente trayectoria, es también periodista. Tuvo notable actuación en los sucesos genésicos del 23 de enero de 1958. La investigación que ofrece aquí, sin alardes de erudición y sin arrogancia, pero con la clara conciencia de un estudio exhaustivo y denso, ilumina el conocimiento de Bolívar, el soldado de la libertad, aquel para quien “la libertad es el único objeto digno del sacrificio de la vida de los hombres”. Si algún valor político se confunde o equivale con el insigne hijo de Caracas, es precisamente ese del cual deriva su título histórico. Libertador. Combatiente por la justicia y la democracia. Campeón de la igualdad, a la que llama “ley de las leyes”. Abanderado de la causa unitaria latinoamericana, de la solidaridad entre las naciones. El mundo lo mira hoy como exponente de la lucha por la justicia, la libertad y el progreso.

Afortunada iniciativa la del Congreso de la República en el Bicentenario de Simón Bolívar auspiciando la vuelta al conocimiento verdadero de nuestra historia. A eso contribuye positivamente este libro.

J. L. SALCEDO-BASTARDO
Caracas, 14 de mayo de 1983

Las armas

Las primeras armas de fuego aparecieron en nuestro país con la llegada de los conquistadores españoles, al comenzar el siglo XVI. Eran arcabuces de bronce, con primitivos sistemas de ignición por mecha al oído. Las armas principales de la conquista fueron, junto al arcabuz, el caballo, la espada, la ballesta, la pica, el asta de afilada punta de hierro, la armadura de protección.

Para esa época, era aún muy lento el progreso de las armas de fuego. El uso de la pólvora llegó a Europa en el siglo XVI, proveniente de los árabes y de los chinos, cuyo conocimiento de este material explosivo era antiquísimo. La mezcla de azufre, salitre y carbón era usada por los chinos en la preparación de fuegos artificiales. Los árabes aplicaron la pólvora a los medios de la guerra. Las primeras armas de fuego pertenecieron a la artillería. Consistían en toscos artefactos, semejantes a copas, destinados a derribar muros o puertas de fortalezas. Las armas de mano tardaron más tiempo en aparecer. Al comienzo eran tubos de bronce alargados. Requerían un acoplamiento para encontrar apoyo en tierra, a fin de aliviar el golpe de retracción. Al iniciarse el siglo XV se empleó el mosquete con culata corta, para hacer fuego apoyando el arma al cuerpo.

Cada disparo de arcabuz necesitaba una operación de 5 minutos, y no alcanzaba una distancia mayor de ciento cincuenta metros. En el siglo XVI se adaptó al mosquete una llave de rueda perfeccionada, mejorando el encendido

y la velocidad de fuego. También comenzó a introducirse el cartucho rústico, elaborado con papel. En ese mismo siglo se inició la sustitución de la mecha y la llave de rueda por la piedra de chispa. El nuevo sistema se basaba en un mecanismo mediante el cual, al accionarse el gatillo, la presión de un resorte hacía chocar el martillo de pedernal contra un rastrillo metálico, produciéndose chispas e inflamándose la cazuela de pólvora que servía como cebo. El origen del sistema de autoignición por medio de la llave de piedra es atribuido indistintamente a españoles, italianos y alemanes. Ya en la segunda mitad del siglo XVI era conocido en casi todos los países europeos. Es criterio establecido que la palabra “fusil”, denominando al arma de fuego portátil de ignición por chispas, proviene de la voz italiana *fulcile*, con la cual era conocida la piedra de pedernal.

En las primeras décadas del siglo XVII se perfeccionó el mecanismo de encendido por chispas, se introdujeron mejoras en la caja del fusil, se protegió la pólvora de la lluvia, se instaló el seguro vertical y se extendió la fabricación y uso del nuevo sistema. Pero no fue hasta comienzos del siglo XVIII cuando el fusil de chispa se impuso en los grandes ejércitos, y desplazó definitivamente a la infantería organizada sobre la base de la antigua pica. A estos cambios contribuyó la adaptación de la bayoneta al arma de fuego individual de la infantería, que hizo inútil el piquero. La bayoneta proviene de la ciudad de Bayona, copiada de la costumbre de los cazadores de los Pirineos, quienes usaban una navaja incrustada en la punta de sus mosquetes. El empleo de la bayoneta reunió en el infante las cualidades del arcabucero y del piquero, el combate a distancia y el choque con arma blanca.

El uso del nuevo fusil permitió nuevas formas de organización y de combate en la infantería. Se desarrolló la lucha a distancia, aminoró el choque personal, aumentó la importancia de la maniobra y del movimiento. Federico II perfeccionó la formación de combate en líneas extensas y de poca profundidad. Los norteamericanos, en su guerra de independencia, rompieron las líneas inglesas con formas irregulares, mediante la acción de grupos de francotiradores. Los

franceses de la Revolución de 1789, innovaron con la columna combinada a la táctica guerrillera, procedimiento que luego perfeccionó Napoleón Bonaparte. Mientras a Federico II, con tropas mercenarias o reclutadas a la fuerza, los fusiles de chispas no daban para más, a los independentistas norteamericanos y a los revolucionarios franceses permitían enriquecimiento de las tácticas y formas de organización de sus ejércitos.

En la Guerra de Independencia de las colonias españolas en América, el arma individual de infantería predominante fue el tipo de chispas, ánima lisa, carga por la boca, pesado, incómodo para hacerlo funcionar y transportarlo, poca velocidad en el disparo, sin precisión. Este fusil tenía un alcance efectivo de 250 a 300 metros, pero se consideraba ser buen tirador dar en el blanco a los 100 metros y excelente a los 150. Podía disparar de uno a dos proyectiles por minuto, pero con bastante irregularidad. En ocasiones, no se inflamaba el cebo o la pólvora de la carga, en otras, fallaba el pedernal. La distancia entre el cebo y la carga causaba retardo en el fuego, y no era extraño que el cebo se consumiera sin provocar el disparo.

La expedición de Francisco de Miranda en 1806, estaba armada de fusiles norteamericanos. En 1811, Juan Vicente Bolívar logró adquirir en Estados Unidos 1.500 fusiles. Los realistas también se surtieron en las fábricas de armas de dicho país. Ya para esa época, los norteamericanos contaban con un fusil de rayado en el interior del cañón, el rifle Kentucky o “fusil de la frontera”. Era conocido como el arma de los cazadores. La fabricación de sus primeros modelos había comenzado en 1728, producto de los armeros alemanes y suizos emigrados a Estados Unidos. El rifle conquistó gran fama en la Guerra de Independencia norteamericana, y cuerpos especiales de infantería obtuvieron notables éxitos usándolo contra las tropas inglesas. Sin embargo, no fue adoptado como arma reglamentaria por el ejército y se continuó empleando el fusil de ánima lisa. Lo más probable es que tanto en la expedición de Miranda como en los despachos de Juan Vicente Bolívar, la mayoría de las armas fueran de ánima lisa, desechos de la Guerra de Independencia norteamericana.

El Kentucky, modelo 1770, era de calibre entre 45 y 54 centésimas de pulgada, cañón largo de casi un metro y siete centímetros. Las diferencias en las características eran debidas a que lo producían diferentes armerías. El proyectil se introducía por la boca del cañón, ajustándolo a un parche engrasado, y así se obtenía mayor efecto de la presión de los gases, mejorando la precisión, la velocidad y el alcance en el disparo.

Los primeros fusiles ingleses usados por los patriotas fueron los Tower, adquiridos por Santiago Mariño en Trinidad para equipar su audaz expedición a Güiría en 1813. Este tipo de fusil también fue adquirido por los rebeldes neogranadinos en Cartagena y por los venezolanos en La Guaira, de manos de corsarios, contrabandistas y mercaderes que traficaban con las posesiones inglesas de las Antillas. El Tower era, por lo general, de mayor calibre que los fusiles fabricados en Estados Unidos, cañón de 78 centímetros de longitud, sin rayado en su interior, de carga por la boca.

En 1818, con la expedición de voluntarios y armas ingleses contratados por el agente López Méndez en Londres, llegaron a Angostura los primeros rifles, fusiles con cañón rayado. Era el Baker, modelo 1802. Los ingleses venían trabajando en el mejoramiento de las armas portátiles de la infantería. Patrick Ferguson había introducido su modelo 1776, usado en forma experimental durante la Guerra de Independencia de Estados Unidos. El "Ferguson", modelo 1776, era calibre 15, cañón de 89 centímetros y una longitud total de un metro con 35 centímetros, bayoneta de 64 centímetros de largo y 0,481 de ancho, ánima con ocho rayas, y podía disparar hasta cuatro tiros por minuto. Estas características representaban un incalculable progreso sobre todos los modelos de su época. Sin embargo, no fue adoptado como arma para toda la infantería, por considerarse su producción muy costosa y de difícil manejo para la tropa. Lo usaban cuerpos muy especializados y su fabricación quedó en manos de armerías de lujo.

Ezequiel Baker produjo su primer modelo de rifle en 1800. La longitud del cañón era de 99 centímetros y se ajustaba a una bayoneta de 43 centímetros

de largo. Calibre 14, de una carga. Pero su mejor modelo fue el 1802, calibre 20, cañón de 76 centímetros, longitud total de 1,15 metros, bayoneta de 60 centímetros de largo, tipo sable, peso de casi cuatro kilos, ánima con siete rayas y de carga por la boca¹.

El sistema de estrías helicoidales en el interior del cañón era conocido ya en el siglo XVII y aplicado por armeros suizos, alemanes e italianos en la producción de armas de cacería. El movimiento giratorio que las rayas imprimen al proyectil y la mayor resistencia a la presión de los gases, aumentan la precisión, la velocidad y el alcance del disparo. Pero este sistema solo fue aplicado en forma muy limitada por algunos países europeos a fines del siglo XVIII y comienzos del XIX. Su perfeccionamiento y extensión se impuso universalmente después de la Guerra de Crimea.

Bolívar prefería el Baker 1802 y lo recomendaba a los agentes compradores de armas en el exterior. Con los rifles llegados a Angostura en 1818 se organizó un regimiento. Cuando Morillo se enteró de su existencia, se burló de los patriotas. Pero los rifleros dieron un excelente resultado como parte del ejército de Apure y en la campaña de 1821.

En los primeros años de la guerra, lo predominante en la infantería patriota fue el fusil español de ánima lisa y el inglés de las mismas características, en menor cantidad. En 1819, comenzaron a introducirse mayores cantidades de fusiles ingleses. Cuando la campaña del Sur, en vísperas de la batalla de Ayacucho, Bolívar ordenó a Sucre uniformara el armamento individual de la infantería con armas inglesas. Los fusiles españoles fueron dedicados a dotar a las guerrillas en operaciones secundarias. Del armamento inglés, cierta proporción estaba formada por rifles “Baker”, modelo 1802.

A fines de 1818 llegó a Margarita el bergantín *Imogen*, procedente de Hamburgo, con fusiles alemanes, también negociados por López Méndez y a un costo de 170.000 pesos, dinero de los empréstitos obtenidos en Londres a favor

[1]_ Dr. José Antonio Giacomini Zárraga. Revista *Shell*, n.º 14, marzo de 1953.

de la República. Después llegaría un contingente de voluntarios reclutados en las ciudades alemanas, equipados con fusiles hechos en Hamburgo. Los alemanes fabricaban el rifle Jaeger. El modelo 1770 era de calibre 19, ánima con ocho rayas, cañón de 76 centímetros de largo, longitud total de 1,11 metros y peso de tres kilos y medio. Es bastante probable que entre las armas alemanas llegadas al ejército patriota viniera cierta cantidad de rifles Jaeger. Un cuerpo de rifleros alemanes actuó bajo las órdenes de Urdaneta en la campaña de Barcelona, en 1819.

También se adquirieron fusiles de procedencia francesa comprados en la isla de Guadalupe. El armamento individual de infantería con sistema de llave de pedernal, se adoptó en Francia en 1630, aun cuando ya antes era conocido y aplicado en pequeña escala. En 1717 se incorporó la bayoneta de cubo. La calidad en la fabricación de armas mejoró mucho en la época napoleónica.

Fusiles de fabricación holandesa se compraban en Curazao a los contrabandistas.

Todo este armamento era desecho de las guerras napoleónicas, cuya existencia abarrotaba los almacenes militares de las potencias aliadas, y los vendedores buscaban su colocación en los mercados de Asia y de la América española.

Los precios de los fusiles variaban según la situación. En 1779, cuando la guerra entre España e Inglaterra, el precio en Caracas para el fusil con bayoneta era de diez pesos, la libra de pólvora se compraba por cinco reales, y las piedras de chispa a seis reales el ciento. En 1812, la Junta de gobierno insurreccional de Caracas ofrecía comprar los fusiles entre veinte y treinta pesos, pero no había vendedores. En 1813, Santiago Mariño compró fusiles en Trinidad a cinco pesos cada uno. En 1814, en La Guaira, los patriotas negociaban con los corsarios y mercantes extranjeros, fusiles por treinta pesos, pero solo lograron comprar unos cuantos. En 1817, vendían en las Antillas a ocho y doce pesos los fusiles, a cuatro reales la libra de pólvora y a seis reales el ciento de piedras de chispa. En 1824, Daniel Florencio O'Leary, compró en Chile 650 fusiles a diez pesos cada uno.

Tanto realistas como insurgentes usaron muy poca artillería. Se explica por las grandes dificultades existentes para introducirla al país. Además, era más costosa y requería un personal más especializado. Finalmente, el transporte de pesadas piezas representaba un serio problema, debido a los malos caminos, intransitables la mayor parte del año.

Para la época, las principales innovaciones en la artillería estaban representadas por los intentos de aliviar su peso, dotarla de mayor movimiento y usarla más como arma de apoyo a la infantería. De las pesadas y toscas bombardas de los primeros tiempos se pasó a desarrollar piezas más ligeras. A fines del siglo XV se había puesto en práctica la artillería rodante. Gustavo Adolfo de Suecia dio un gran impulso a la artillería de campaña y preponderancia a las baterías de pequeño calibre. Federico II organizó la artillería, con la idea de obtener mayor rapidez en los movimientos. Napoleón también siguió esta línea de acción. Sacrificó el volumen por la velocidad, el calibre por la operatividad.

La artillería de la Guerra de Independencia estuvo representada, principalmente, por piezas de campaña, acompañamiento de las operaciones de infantería, calibre 4, 6, 8 y en menos cantidad piezas de 12. El calibre 4 era llamado “media culebrina”, de 10 pies y 11 pulgadas de longitud. Sus balas pesaban $4\frac{1}{4}$ kilos. El calibre 6 era el “medio cañón”. También había el “cañón Pedro” de este mismo calibre. La diferencia consistía en el peso del proyectil. El calibre 8 se conocía como “cañón Real”. Era una pieza de considerable peso y voluminosos proyectiles. La artillería de plaza, de mayor calibre, se empleó en la defensa de fortalezas y en operaciones de sitio, pero en escala más reducida. Morillo perdió dos compañías de estas pesadas piezas al incendiarse y hundirse el navío San Pedro Alcántara, frente a las costas de Margarita. Los patriotas recibieron artillería de grueso calibre en la fragata Dowson, adquirida en Inglaterra en 1818. En las operaciones sobre Cumaná, a fines de 1818, se usaron estas unidades bajo las órdenes del coronel Gillmore, de la Legión Británica. Sin embargo, su empleo en la guerra fue poco eficaz debido a las necesidades de marchar y contramarchar, el consumo de municiones y la falta

de precisión. Los cañones de la artillería patriota eran de diversa procedencia, pero principalmente españoles e ingleses. Desde primitivas bombardas y cullebrinas, falconetes, cervatanas, hasta pedreros, de ánima lisa, carga por la boca, ignición mediante mecha o cebo de pólvora. El alcance, desde 1.000 hasta 2.000 metros. Había también obuses que disparaban una especie de bombas que se encendían por separado, y algunas veces disponían de un primitivo mecanismo que funcionaba como espoleta de tiempo.

La caballería constituyó durante la Guerra de Independencia una de las armas más importantes y decisivas. Contribuyeron a su influencia, entre otros factores, la pobreza de la artillería y de las armas de fuego en general, la existencia de una numerosa ganadería, la guerra en los llanos, donde el terreno favorecía su prepotencia, y la misma escasez de recursos, ya que la caballería requería pocos medios para estar en condiciones de combatir.

El caballo fue usado como un instrumento muy eficaz en la conquista de América. Los indios, que desconocían este animal, se espantaban ante su presencia. El desarrollo de la ganadería en los llanos dio un papel muy importante al caballo. Se formó un ejemplar muy resistente al clima, a las inclemencias naturales, veloz y caminador, apto para las grandes marchas. Como para todos los pueblos pastores, el caballo representaba para los llaneros el instrumento de trabajo, el transporte, y factor principal en la guerra. En las sabanas venezolanas surgieron jinetes de gran destreza, el hombre a caballo, cuyas habilidades naturales para hacer la guerra lo colocaban en condiciones ventajosas.

Los patriotas daban a la caballería diferentes usos, como húsares, y dragones, mezclando las funciones de caballería ligera y de línea. Decía Bolívar a Páez en septiembre de 1818:

Ya que la infantería de Vd. es poca, será muy útil que Vd. la monte como cazadores a caballo; lo mismo se puede hacer con los húsares que deben tomar fusiles para que obren con la infantería a pie, cuando las circunstancias lo exijan. Con este método logra Vd. dos

cosas, asegurar su infantería en las marchas y en retirada; y al mismo tiempo los llaneros tomarán más afición al fusil.

El arma principal de la caballería era la lanza. Los llaneros venezolanos empleaban lanzas que medían hasta cuatro metros y medio de longitud. Con las rodillas sujetaban las riendas del caballo, dejando las manos libres para manejarla con mayor destreza y fuerza.

La lanza de los llaneros era:

... larga, fina, cimbreante, pero extremadamente fuerte; no se parece en nada a la que usa la caballería europea, es más bien como la cuchilla de una enorme navaja en cuya punta hay un acero cortante y bien templado, la sujetan a la muñeca con trenzados de cuero como de ocho pulgadas de largo².

Según el decir de un oficial de la Legión Británica. Otro la describía como una asta hecha de madera muy elástica y liviana, pero de gran resistencia y duración. Para el general Morillo, “el hombre a caballo o el llanero no ha de menester otra cosa que una rama de un árbol armada con un pedazo de hierro o de macarra, madero muy fuerte que suple a las lanzas, y el caballo, que maneja perfectamente sin bridas ni silla”³.

El golpe de la lanza era casi siempre mortal o dejaba gravísimas heridas. El general Pablo Morillo recibió una herida de lanza en la batalla de La Puerta, en marzo de 1818, y afirmaba:

Mi herida es sumamente considerable por el estrago espantoso que causó la lanza en las dos bocas que abrió al entrar y salir, y

[2]_ Caracciolo Parra Pérez, *Santiago Mariño y la Independencia de Venezuela*, Madrid, 1955.

[3]_ Oficio de Morillo al ministro de la Guerra, 22 de junio de 1818.

por el sitio en que la recibí, que es el costado izquierdo, entre la cadera y el ombligo, saliendo por la espalda. No parece, hasta ahora, que haya interesado ninguna tripa ni parte noble de las que se comprenden en aquel delicado sitio, teniéndose por milagrosa mi existencia. La sangre que perdí sobre el campo de batalla y la consideración de la herida, me tiene reducido al último extremo, asegurándome los médicos que aun cuando logré sanar, quedaré inútil o imposibilitado en mucho tiempo de montar caballo ni emplearme en fatiga alguna⁴.

Siendo esencialmente arma ofensiva, la caballería se empleaba en cargas con grandes masas donde se imponían la superioridad numérica y la destreza del lancero. También cumplía funciones de hostigamiento, y era arrojada sobre el enemigo, a la hora de su derrota, para aniquilarlo en la huida. Otra de sus misiones era la de servir de exploración. Estas y otras labores de guerra de la caballería tenían como base su movilidad, el ímpetu en el choque y la velocidad en la maniobra, en las cuales la experiencia y la habilidad del llanero se destacaban en forma inigualable.

La práctica de combate más frecuentemente empleada por la caballería llanera era el “vuelvan caras”, siguiendo así la modalidad más usada por los árabes y otros pueblos pastores. Consistía en usar el truco de la fuga simulada, atrayendo al enemigo a una celada, para recargar y arrollarlo. Páez considera básico enseñar a la caballería “a cargar, retirarse y volver caras”. Bolívar recomendaba a Zaraza formar en columna por compañía, cada compañía en dos filas estrechas:

... de modo que de la cabeza del caballo de la segunda fila a la cola del de la primera haya solo un tercio de distancia, y de una a otra

[4]_ Oficio de Morillo al ministro de la Guerra, 18 de marzo de 1818.

compañía haya la misma distancia que tenga el frente de la compañía, para que en las formaciones de batalla no queden claros⁵.

Con lo cual buscaba el Libertador darle mayor potencia y solidez al golpe en la carga con la columna, en lugar de las débiles alas de poca profundidad.

Los realistas contaron, durante los primeros años de la guerra y hasta 1817, con superioridad en caballería. Gracias al apoyo de los llaneros, Boves y Morales organizaron una fuerza de caballería que mantuvo una larga hegemonía en el campo de batalla. Después llegaron de España, en la expedición de Morillo, un regimiento de dragones y otro de húsares. El cambio de opinión a favor de los patriotas, las desertiones en el ejército realista y el surgimiento del ejército de Páez dieron superioridad a la causa independiente.

La importancia de la caballería puede calibrarse por la batalla de Junín, una de las más importantes y decisivas de la campaña del Sur, en la cual no se disparó un tiro de fusil: toda la batalla se libró sobre la base de cargas y contracargas con arma blanca.

La artillería había significado en Europa la decadencia de la caballería. La Edad Media fue el imperio del hombre a caballo, del feudalismo. El desarrollo de la técnica y de las ciudades impulsó el progreso de las armas de fuego, especialmente la artillería. La metralla de los cañones permitió la lucha a distancia, frenó la violencia del empuje de la caballería y destrozó las grandes formaciones a caballo, cuyo volumen presentaba un abultado blanco. Donde habían fracasado las armas anticaballería: las lanzas de seis metros para contener el choque, las alabardas con ganchos en la punta para desmontar al jinete, la ballesta con más precisión y mayor fuerza de penetración que el arco, triunfaron las armas de fuego. Los disparos de los cañones y fusiles hacen inútiles las corazas de la caballería, la desorganizaban

[5]_ Bolívar a Zaraza, 28 de junio de 1818.

antes que tuviera tiempo de lancear al infante o desbandado con la fuerza de la carga. Los cañones y los fusiles fueron las armas de la burguesía contra los ejércitos de los príncipes y señores feudales. Dice Federico Engels en su obra *Anti-Dühring*:

Las murallas de piedra de las fortalezas de los nobles, hasta entonces inexpugnables, sucumbieron ante los cañones de los burgueses, y las balas de los mosquetes de la burguesía perforaron las armaduras caballerescas. Y al hundirse la caballería de los nobles con sus arneses, se hundió también la dominación de la nobleza; con el desarrollo de la burguesía, la infantería y la artillería se convirtieron poco a poco en las armas más decisivas.

Pero en nuestra Guerra de Independencia, al prevalecer peculiaridades impuestas por el atraso técnico, hubo deficiencias en número y calidad de la artillería, y adquirió un papel más destacado en los procedimientos tácticos el terreno, su superioridad numérica, el choque de masas, el arma blanca, de manera especial en los primeros años de la contienda.

Después de haber perdido la superioridad en la caballería, los realistas la mantuvieron en la infantería durante mucho tiempo. En 1818, decía Santander: “Los españoles, fuertes en infantería, cubren las montañas; nosotros, fuertes en caballería, poseemos la llanura y todo el interior de Venezuela”. Esta situación era bien conocida por el mando realista, después de haber perdido la batalla de Calabozo, durante la campaña rendida por los patriotas en 1818, la táctica enemiga consistió en atraer a Bolívar a buscar el combate en territorio accidentado. Refiriéndose a los propósitos de Pablo Morillo, afirmaba su biógrafo Antonio Rodríguez Villa:

Conoció este caudillo la importancia de atraer a Bolívar a las montañas, en donde era inútil su enorme caballería y en donde se alejaba

de sus recursos, mientras que el ejército real se concentraba sobre los suyos y se aprovechaba de su invencible infantería⁶.

En la tercera batalla de La Puerta, los batallones de infantería de Morillo derrotaron a los patriotas.

La superioridad de la infantería realista la contrarrestaban los independientes con el empleo del movimiento, el ataque por sorpresa, llevando el combate a terreno despejado, donde la caballería podía obtener ventajas sin grandes obstáculos. El general Páez resumía la experiencia adquirida en la propia guerra: a la disciplina del español, oponían el patriotismo; a la bayoneta, la lanza, y a la artillería, el movimiento. Bolívar insistía en la sorpresa: “Una sorpresa es un golpe decisivo que consterna y destruye para siempre un cuerpo o división. Es, pues, indispensable emplear la sorpresa con preferencia a la fuerza”.

Mientras los realistas conservaron su superioridad en infantería, no hubo decisión en la guerra. Desde Apurito, el 28 de marzo de 1819, Bolívar decía: “... el enemigo tiene sobre nosotros la ventaja de su infantería, que es superior a la nuestra en número y disciplina... La infantería española se ha mostrado muy superior a la nuestra en todo”. Fue necesario igualarlo y superarlo también en este terreno, ya que la ventaja en caballería se reducía al entrar en terreno accidentado. Pero para desarrollar y alcanzar tal objetivo, fue indispensable una esforzada actividad por superar la pobreza de medios de fuego en poder de los patriotas, mediante la adquisición de armas en el exterior y su introducción al país.

Los fusiles, cañones y lanzas no fueron las únicas armas usadas en la guerra. Tanto realistas como patriotas, alistaron en sus filas a grupos de indios, quienes llevaban al campo de batalla armas primitivas, mazas, flechas y arcos. Y Morillo señalaba cómo los margariteños presentaron combate a sus tropas usando hondas y piedras “... y otros medios que solo se habían usado en tiempos de los moros”. En el Boletín del Ejército Libertador N.º 43, fechado en el Cuartel General de San Mateo el 17 de

[6]_ Antonio Rodríguez Villa, *El teniente general don Pablo Morillo*, Madrid, 1920.

marzo de 1814, se daba cuenta de cómo los soldados de Boves usaban en sus perretchos pedazos de hueso, latón y otros materiales muy rudimentarios. Las guerrillas insurgentes de Oriente llegaron a emplear garrotos con púas en las puntas, a falta de otros instrumentos. Durante un tiempo y por carencia de fusiles, los patriotas formaron cuerpos a pie, armados con astas o picas a los cuales llamaban “astarios”.

En relación a la lucha armada en el mar y en los grandes ríos, los patriotas emplearon todo cuanto la escasez de medios puso a su disposición. Las flotillas rebeldes se formaron principalmente de embarcaciones ligeras, que podían navegar hasta Angostura y llegar con facilidad a las playas controladas por los independientes; goletas y bergantines de dos palos, flecheras y cañoneras, e incluso algunas corbetas con arboladura de tres mástiles. Las piezas de artillería de estas embarcaciones eran, por lo general, bombardas, culebrinas y cañones de menor calibre. En la batalla naval del Lago de Maracaibo, la cual marcó el final de la guerra en Venezuela, en 1823, la escuadrilla de los patriotas estaba integrada por tres bergantines, siete goletas y trece buques menores, con un total de ochenta y siete piezas de artillería.

A pesar de la pobreza de medios, la lucha armada en el mar y en los ríos contribuyó decisivamente al desarrollo de las tareas de adquisición de las armas y su introducción al país. La batalla en El Cabrián, por ejemplo, que dio en agosto de 1817 el control del Orinoco a los republicanos, tuvo una extraordinaria repercusión en el curso de la guerra.

Este golpe —escribió Bolívar a Páez— decisivo sobre la Marina enemiga nos da una preponderancia eterna y fija irrevocablemente el destino de Guayana, Barinas y aun de la Nueva Granada. El Orinoco será siempre nuestro y nada podrá obstruir este canal, por donde recibiremos de fuera y trasladaremos al interior elementos para hacer la guerra.

En El Cabrián participaron veinticuatro embarcaciones entre corbetas, goletas y cañoneras con veintiocho piezas de artillería.

Las primeras gestiones

Las luchas armadas que antecedieron a la Guerra de Independencia se desarrollaron en condiciones muy precarias. De manifiesta inferioridad en armas, recursos, organización política y militar, número, dirección. Las armas usadas no se diferenciaban mucho de las primitivas de la época de la Conquista. Arcos y flechas. Palos y piedras. Rústicas lanzas y hachas. Mientras el equipo militar de las autoridades coloniales se basaba en las armas de fuego. Además de superioridad de medios y numérica, recursos, fuerzas disciplinadas, dirección y organización. La posesión de superioridad armada influyó poderosamente en la derrota de las rebeliones de esclavos y peones.

La conspiración de Francisco Javier Pirela (Maracaibo, 1799) proyectaba con las armas de las milicias de pardos, de las cuales pensaba apoderarse. En los planes figuraba la introducción de elementos de guerra de las posesiones inglesas. Disponía de un contado número de arcabuces y lanzas, además de algunos bultos de pólvora traídos a bordo de la goleta Patrulla, desde Santo Domingo.

Cuando Gual y España (1797) lograron escapar, al ser descubierta su conspiración, continuaron en el exterior sus proyectos insurreccionales. Gual procuró obtener armamento en las colonias inglesas. Hizo gestiones por 500 fusiles, cañones de campaña y dos barcos de guerra. Pensó equipar una expedición

de 200 soldados. En su correspondencia con Miranda desde Trinidad, insistía en lograr armas y municiones “que aún esperan mis compatriotas”⁷. Gual consideraba que, una vez obtenidos los elementos de guerra, la lucha por la Independencia no necesitaba sino comenzarse, ya que después del fracaso de la conspiración “ha crecido la opinión y el deseo de la independencia”⁸.

Pero, entre los precursores, fue Francisco de Miranda quien abordó con mayor audacia la cuestión de la posesión de las armas. La forma acertada de resolver el problema de los recursos era solicitarlos en el exterior. Internamente se carecía de medios y posibilidades. Un conflicto con España que, además de los suministros de su mundo colonial, contaba con los de su propio dominio europeo, no admitía otra alternativa. Si no se acudía a medios logísticos en el exterior no había ninguna perspectiva de éxito. Por otra parte, los medios internos estaban bajo el control del enemigo, lo cual suponía ya de por sí una considerable desventaja inicial. En esta situación, cualquier estrategia conducía inevitablemente a solicitar armas en fuentes extranjeras.

Miranda gestionó la adquisición de armas en Inglaterra, Rusia y Estados Unidos. Realizó numerosos viajes. Se vinculó a los más variados círculos. Fue el primero de los patriotas venezolanos que supo utilizar las contradicciones entre las potencias coloniales a favor de la causa independentista.

En 1806 logró obtener auxilios de ingleses y norteamericanos. Organizó en Nueva York la expedición que zarpó en febrero de ese mismo año. A bordo del *Leandro*, una corbeta de 18 cañones, embarcó 1.500 fusiles y 500 kilos de cartuchos; 50 rifles, 300 pares de pistolas, 5.000 lanzas y 150 barriles de pólvora; 40 cañones de diversos calibres, 20 toneladas de pertrechos para artillería, plomo, espadas, equipo para vestuarios y otros elementos de guerra. Para la época, era un excelente armamento. Suficiente para formar un ejército de 7.000 plaza e iniciar una campaña ofensiva. La mayor parte de las armas

[7]_ Archivo de Miranda, cartas de Gual. 1799. *Negociaciones*. Tomo 7.

[8]_ *Ibidem*.

eran de fabricación norteamericana, además de material inglés sobrante de la Guerra de Independencia.

El desastre de la primera expedición no fue obstáculo para que Miranda insistiera en la tentativa. El Leandro, después de Ocumare, se dirigió a las Antillas en procura de nuevos auxilios. Las autoridades de las posesiones inglesas tenían órdenes de Londres de apoyar los proyectos. En Trinidad se organizó la nueva expedición, reemplazándose con fusiles, municiones y otros pertrechos el parque arrojado al mar por el Leandro, y sumándose los bergantines Express, Atentive y Provost, tres cañoneras y dos goletas. El personal se elevó a cuatrocientos entre oficiales y tropa. Durante la travesía estuvieron escoltados por el Lily, buque de guerra británico.

El nuevo fracaso no quebrantó las esperanzas de Miranda. Estuvo viajando más de un año por las Antillas y Trinidad buscando armas y municiones para una nueva expedición. A fines de 1807 se dirigió a Estados Unidos y a Inglaterra prosiguiendo los planes que habían consumido más de quince años de su vida.

Miranda abordó acertadamente la solución de los problemas logísticos de la revolución. Su error principal consistió en subestimar los factores internos de la situación venezolana. Mientras actuaba con gran audacia y admirable persistencia en la solicitud de auxilios en el exterior, fracasaba en la consideración de los requisitos internos. No desarrolló una política de alianzas y acuerdos con la nobleza territorial criolla. Sobrestimó el estado de ánimo de la población en relación a las ideas separatistas. No midió adecuadamente la oportunidad de la expedición. Estos y otros elementos domésticos eran de indispensable apreciación para abrir operaciones militares contra los españoles. Más aún cuando la propaganda realista presentaba a Miranda como un agente de Inglaterra y los criollos sospechaban de las intenciones de los ingleses.

Las comisiones que se despacharon al exterior, después de la Declaración de Independencia, llevaban, entre sus más importantes instrucciones, la de adquirir armamento. El Gobierno caraqueño aspiraba al reconocimiento

de las potencias extranjeras, para tener acceso a los auxilios militares que tal reconocimiento daba opción. Este era el propósito esencial perseguido por los comisionados en las negociaciones diplomáticas.

A Londres fueron Simón Bolívar, Luis López Méndez y Andrés Bello. A Estados Unidos viajaron como representantes Juan Vicente Bolívar, Telésforo de Orea y José Rafael Ravenga. Los comisionados a las Antillas y Curazao, Mariano Montilla y Vicente Salias. Para tratar con las autoridades en Trinidad y Guadalupe, Martín Tovar Ponte y Juan Esteves. Y a la Nueva Granada marcharon el canónigo José Cortés de Madariaga y, después, Manuel Palacios.

Uno de los primeros pasos de la Junta de Cumaná fue solicitar fusiles, lanzas y municiones en Trinidad. Con este mensaje fue despachado a la vecina isla el teniente Carlos Guinet, comandante del fortín de San Antonio.

Estados Unidos y la Gran Bretaña eran los dos países en donde podían los patriotas encontrar auxilio de elementos de guerra. Estados Unidos hacía pocos años había logrado su propia independencia, proclamado los Derechos Universales del Hombre, y difundido principios políticos liberales. Inglaterra estaba interesada en echar a los españoles de las colonias americanas. Había mostrado en ocasiones anteriores decidido empeño en fomentar movimientos separatistas y crearle dificultades al dominio español.

Los patriotas fueron a negociar diplomáticamente el armamento y auxilio con el mayor apremio. A cambio ofrecían ventajas comerciales, relaciones de amistad y alianza, abolición de antiguas prácticas monopolistas, puertos abiertos a mercancías y traficantes. Consideraban provechoso para la causa de Venezuela, utilizar las contradicciones entre las grandes potencias coloniales. Manejar los conflictos y competencias en el campo internacional a favor de la independencia nacional. Esta posición tenía un profundo contenido patriótico, nacionalista y revolucionario. No se trataba de cambiar la dominación colonial de España por la dominación de otra potencia. Era usar una situación internacional objetiva en beneficio de la liberación nacional. El aislamiento del movimiento independentista de los recursos exteriores no podía significar otra cosa

que su estrangulamiento por la superioridad de España. Sin acceso a fuentes logísticas en el extranjero, los patriotas estaban condenados a una permanente escasez de medios e inferioridad numérica, lo que se traducía en el fracaso de la causa independiente. Si querían sobrevivir política y militarmente, no tenían otro camino que utilizar inteligentemente la coyuntura mundial. Aprovechar las pugnas entre Inglaterra y España, entre las potencias que se disputaban los grandes imperios coloniales. Actuar en el seno de las contradicciones internacionales en función de los intereses de Venezuela y de su independencia nacional. Fue este el sentido que imprimió a sus gestiones de más de dieciséis años el precursor Francisco de Miranda. Para aquella época, no estaban dadas todas las condiciones para ser comprendido así por los principales mantuanos caraqueños, quienes calificaron a Miranda de “traidor” y “agente inglés”. Pero ahora, en el período 1810-1812, obligantes necesidades políticas y militares imponían circunstancias semejantes en la búsqueda de auxilios en el exterior.

Las gestiones de los comisionados de Venezuela fracasaron. Los gobernantes de Estados Unidos se negaron a vender armas a los patriotas. Presentaron como excusa su política de mantenerse neutrales ante el conflicto entre España y sus colonias americanas. Pero, al mismo tiempo que cerraban las puertas a los venezolanos, las fábricas norteamericanas de armamento aceptaban los pedidos de España. A los españoles les interesaba el famoso fusil Kentucky, llamado “fusil de la frontera”. Había sido una innovación introducida por los cazadores en la Guerra de Independencia del Norte. Tenía el cañón más largo que los modelos europeos y era más liviano. Era arma favorita de los expertos tiradores de los ejércitos de Washington.

La aceptación de los pedidos de fusiles de los españoles y el rechazo a las propuestas de los independentistas de Venezuela, colocaban al gobierno norteamericano parcializado a favor de España. No era ninguna política neutral, ya que la negativa a vender armas a los patriotas era, en la práctica, entregarlos nuevamente al dominio colonial. Esta actitud le presentaba un cambio más pronunciado en contra de los movimientos separatistas de las colonias

españolas. El gobierno norteamericano se encontraba en víspera de un nuevo conflicto con Inglaterra, el cual estalló finalmente en 1812. Bajo la presidencia de Thomas Jefferson (1801-1809), Miranda fue recibido con simpatía. Pudo organizar en Nueva York la primera expedición del Leandro. Encontró facilidades para adquirir los elementos de guerra y reclutar el personal de oficiales y soldados. Pero, al nuevo presidente James Madison (1809-1817), no le interesaba fomentar el espíritu insurgente en las colonias españolas. El objetivo inmediato de la política norteamericana era la Florida y otros territorios vecinos. Sus proyectos eran sustituir el poder colonial español por la dominación norteamericana. No consideraban provechoso a sus intereses el movimiento independiente, pues sospechaban podía favorecer más la expansión de la influencia inglesa. El mantenimiento del *statu quo*, permitiría a Estados Unidos negociaciones con una España que saldría seguramente debilitada de las guerras con Napoleón. Esta política tendría resultados evidentes. En 1816, la ocupación de Florida por Andrew Jackson. Luego tocaría el turno a la anexión de otros territorios vecinos, y después vendría la oposición a los planes del Libertador de emancipar a Cuba y a Puerto Rico.

La negativa a vender armas a los patriotas venezolanos y la aceptación de los pedidos que España no eran, pues, una actitud casual de las autoridades norteamericanas. Obedecía al desarrollo de una política expansionista, que entraba en contradicción con el movimiento de independencia nacional de las colonias españolas. Los gobernantes norteamericanos aspiraban a suceder a los españoles en el dominio colonial. Era el anexionismo de la doctrina del “Destino Manifiesto” de Estados Unidos, predicado por los círculos dirigentes, y que conduciría a extender las fronteras norteamericanas hacia el Pacífico y México.

Las gestiones de los comisionados Juan Vicente Bolívar, Telésforo de Orea y José Rafael Ravenga no tuvieron ningún resultado en Estados Unidos. Este fracaso eliminaba la posibilidad de encontrar abastecimientos de armas y municiones en el Norte. Representaba un serio golpe para las aspiraciones de los patriotas, cuya suerte dependía de los auxilios que pudieran recibir del exterior.

Auxilios en buques, cañones, lanzas, fusiles, pertrechos para crear el poder armado de la naciente República, sin lo cual sería restituido el poder de los realistas. Las desgracias de esta delegación aumentaron, cuando desapareció Juan Vicente Bolívar al naufragar el barco que lo traía de Filadelfia, de regreso de su misión.

No tuvieron tampoco éxito los comisionados enviados a Inglaterra. La potencia que durante tantos años había fomentado subversiones en la América española, ahora mostraba repugnancia frente a la tentativa de independencia. Los ingleses no habían renunciado a su codicia por las posesiones coloniales españolas en América, pero ahora necesitaban la alianza de España. Napoleón Bonaparte era una grave amenaza a la integridad británica. Las conquistas francesas se extendían por toda Europa y nunca antes Inglaterra había corrido un mayor peligro. Un poderoso ejército cernía sus bayonetas sobre el propio territorio de las Islas Británicas, desde las cercanas costas francesas. Napoleón había invadido España, haciendo más inminente la amenaza. Las tropas inglesas se batían en la Península Ibérica al lado de los españoles. Inglaterra y España eran en esos momentos aliados en un esfuerzo militar contra Francia. En estas circunstancias, los ingleses no podían comprometerse en ninguna acción que los presentara ante España como favoreciendo la insurgencia en sus colonias americanas. Las gestiones de los patriotas en Londres fueron recibidas con frialdad y esguinces. En vano Simón Bolívar y López Méndez trataron de interesar a los ingleses en la causa independentista. Insistieron en los beneficios que se derivaban para el comercio y la influencia de Inglaterra, pero los ingleses no solo estaban en esos momentos en contra de facilitar cualquier adquisición de elementos de guerra con destino a los rebeldes, sino que se mostraban dispuestos a colaborar con España en el mantenimiento de su dominio colonial.

La actitud de Inglaterra tenía también que ver con las informaciones recibidas en su Cancillería sobre la actividad de Francia en la América española. Desde las Antillas llegaban a Londres continuas comunicaciones, dando

cuenta de las ideas afrancesadas de algunos dirigentes venezolanos. Las informaciones destacaban la presencia en Caracas de dos franceses: Delpech y Dejenneun. Los calificaban como amigos y confidentes de los patriotas. Delpech era considerado como un individuo infame, en oficio de Hodgson al conde de Liverpool. Los espías ingleses informaban del tráfico de armas francesas desde Guadalupe a los revolucionarios de Cumaná. Otras comunicaciones revelaban la llegada al territorio insurgente de operarios franceses especializados en la reparación de armas de fuego y la fabricación de pólvora⁹.

El fracaso de la misión en Inglaterra, cerraba a los patriotas una de las vías consideradas como más seguras para obtener armas y municiones. Significaba la imposibilidad de obtener recursos en Inglaterra, pero, además, el bloqueo del tráfico de armas en las Antillas, lo que era mucho más grave para la causa independiente. Representaba la formación de un cerco asfixiante alrededor del movimiento de los patriotas. En efecto, los ingleses ejercían la hegemonía en el mar Caribe. Una actitud de hostilidad de su parte podía privar a los insurgentes de todo acceso a medios en el exterior.

Pero los patriotas venezolanos no se dieron por vencidos en sus primeras gestiones, pues comprendían íntegramente la importancia decisiva que tenía para ellos la obtención de armas. Al fracasar en Estados Unidos y en Inglaterra, volvieron sus ojos hacia Napoleón Bonaparte. Estas negociaciones eran sumamente arriesgadas y se requería una gran audacia para llevarlas adelante. Desafiaban la prepotencia de los ingleses, pero para los patriotas lo fundamental era obtener armas. ¿De cuál otra manera podía sostenerse la rebelión en las provincias que habían proclamado la independencia? Había que buscar los elementos de guerra donde pudieran encontrarse. Lo contrario era darse por vencido. Representaba abandonar a Venezuela en brazos de la restauración realista. El peligro se desafiaba a sabiendas de lo que se arriesgaba, pero no había otra alternativa.

[9]_ *Documentos de cancillerías europeas sobre la Independencia de Venezuela*. Tomo I. Caracas.

Manuel Palacio Fajardo, debidamente autorizado por las autoridades de Caracas, entró en contacto con el diplomático francés Seruriér, acreditado ante el Gobierno norteamericano. Pidió al gobierno francés inmediato apoyo en fusiles, cañones, municiones y toda clase de equipo militar. Los primaros resultados de las conversaciones fueron altamente alentadores. Seruriér evidenció el interés que mostraba Napoleón por los negocios revolucionarios en la América española y adelantó la posibilidad de que Francia enviara a Cartagena o a las costas de Caracas un barco con armas, pertrechos y hasta soldados, para apoyar las aspiraciones separatistas de las colonias españolas.

Manuel Palacio Fajardo no fue el único en solicitar para los patriotas venezolanos el auxilio en armas de los franceses. Iguales gestiones adelantó Delpech con el diplomático Seruriér. Delpech, que representaba a los patriotas de Cumaná, había tenido estrechas relaciones con Miranda. Durante un tiempo realizó viajes por las Antillas en busca de elementos de guerra para sostener la lucha contra los realistas. Era un activo partidario de los independentistas. Seruriér mantenía informado a París de las negociaciones con Delpech. El representante de la Junta de Cumaná era acreditado como un buen conocedor de los asuntos venezolanos, y a sus amigos patriotas como ansiosos de liberarse de los españoles, para lo cual lo único que requerían eran las armas.

Delpech conoce a fondo la Colonia y los medios para restablecer en ella la independencia y pide que, en pago del traslado de diversas mercancías que los barcos franceses le han hecho, él llevará armas a sus amigos, los que harán una revolución inmediatamente¹⁰.

Después de las entrevistas con Seruriér en Estados Unidos, Palacio se trasladó a París a fin de llevar las gestiones directamente ante Napoleón. Igual viaje

[10]_ Oficio de Seruriér al ministro de Asuntos Exteriores en París, 1812. Obra citada.

haría Delpesch, con el mismo propósito. El duque de Bassano, ministro de Relaciones Exteriores de Francia, informó en 1813 a Napoleón la llegada de Palacio como agente de las provincias independentistas de Venezuela, y su misión de obtener el envío de armas. El memorándum del duque al Emperador da cuenta de estas negociaciones. “Su agente, el señor Palacios, quien antes de venir a Europa habló con el señor Seruriér de la situación de su país, se limitará a pedir algunos envíos de armas si no pudiese obtener tropas”¹¹.

La política de Francia hacia las colonias españolas de América había tenido variadas alternativas. Cuando las expediciones de Miranda, en 1800, las autoridades francesas de Guadalupe auxiliaron con tropas las defensas españolas... Era una consecuencia de los estrechos vínculos establecidos entre la Corte de Madrid y el emperador de los franceses. A raíz de los sucesos de Bayona, la vergonzosa sumisión de Carlos IV y Fernando VII, la renuncia de la Corona a favor de Napoleón y la designación de José Bonaparte como rey de España, se había pretendido que las colonias reconocieran al monarca impuesto por las bayonetas francesas. El fracaso de estas distensiones condujo a Francia a conspirar contra la dominación española y fomentar conflictos antibritánicos, como parte de su estrategia mundial. La guerra contra los ingleses y la encendida lucha en el suelo español inclinaban a Napoleón a una actitud favorable a la independencia de las colonias españolas. En aquellas circunstancias, todo cuanto distrajera el esfuerzo de guerra de los enemigos de Francia, resultaba provechoso para los planes del emperador.

Napoleón había hecho varios pronunciamientos a favor de la independencia de las colonias españolas, incluso había sustentado un cierto proyecto de equipar una expedición armada con destino a las costas sudamericanas. El duque de Bassano, al tratar el punto en la correspondencia con Napoleón, revelaba la decisión francesa de aprobar no solo el principio formal de la separación de las colonias de sus vínculos con España y consagrar su plena independencia,

[11]_ Informe del duque de Bassano a Napoleón, 10 de abril de 1813. Obra citada.

sino, incluso, contribuir militarmente a la ejecución de los proyectos de los patriotas. Estas ideas abarcaban el envío de armas y toda clase de pertrechos de guerra. Por supuesto, Napoleón ponía como condición que la independencia de estos países no significara ventajas para influencia británica.

En uno de sus memorándums a Napoleón, el ministro del Exterior reafirmó esta política.

Vuestra Majestad no se limitaba ya entonces a aprobar el principio de la independencia: se proponía ayudar a ponerlo en ejecución por envíos de armas y por todos los socorros que de ella dependiese, siempre que la independencia de aquella colonia fuese pura y simple y que no contrajera con los ingleses ningún lazo particular¹².

Bajo tan optimistas augurios, inició Manuel Palacio Fajardo sus gestiones por armas en París. Francia poseía un excelente material de guerra y, aun cuando los soldados decían que el emperador había descubierto un nuevo sistema de hacer la guerra: “Emplea nuestras piernas y no nuestras bayonetas”, la calidad del armamento francés no tenía nada que envidiar al usado por ingleses o norteamericanos. El dicho de la tropa reflejaba más bien la característica napoleónica de empuje y velocidad: el principio de que la fuerza de un ejército se expresa por la masa multiplicada por la velocidad. De ninguna manera una subestimación del poder de los medios de guerra del Ejército imperial. La artillería francesa era reconocida e imitada. Napoleón había introducido innovaciones: más liviana y de calibre más reducido en comparación a épocas anteriores, facilitaba mejores movimientos en los combates. Los fusiles eran de excelente fabricación. Las armas francesas habían conquistado merecida fama al compás de los éxitos militares de las tropas de Napoleón. No podía haber duda alguna para los agentes de los

[12]_ Oficio del duque de Bassano a Napoleón, París 18 de enero de 1812. Obra citada.

patriotas venezolanos. Si su misión tenía éxito, podían hacer una extraordinaria adquisición en armas y pertrechos.

Sin embargo, las gestiones en Francia también fracasaron. Cuando Palacio y Delpech llegaron a París la situación política y militar de Napoleón se complicaba cada día más. La atención de los frentes continentales requería todo el esfuerzo militar de los franceses. En el este de Europa, las campañas exigían la mayor tensión de la maquinaria de guerra montada por el emperador. En la Península Ibérica, la enconada lucha de los guerrilleros españoles consumía sin cesar material y personal del Ejército. Napoleón confrontaba una difícil situación, no estaba en capacidad de prestar auxilios a los independentistas sudamericanos; no podía ocuparse en aquellos momentos de atender las solicitudes de armas de las colonias españolas. La derrota de Leipzig ya se asomaba en el horizonte. El poder de Napoleón declinaba.

El resultado negativo de las diligencias ante Napoleón representó un duro contratiempo. Los patriotas abrigan esperanzas de obtener en Francia los recursos negados por Inglaterra y Estados Unidos. El fracaso de la misión de Palacio Fajardo cerraba casi por entero las posibilidades de adquisición de armas en el exterior, por lo menos en cuanto a Europa.

La República encontró, pues, muy difíciles sus primeros pasos en procura de medios para sostener su pronunciamiento independiente. La coyuntura internacional, que había favorecido ventajosamente las declaratorias separatistas, no se mostraba, sin embargo, propicia para los planes logísticos. Los intereses políticos y militares de ingleses, norteamericanos y franceses no se correspondían con las necesidades de los patriotas venezolanos en este aspecto concreto. Los insurgentes tendrían que pasar necesariamente sus primeros años en dificultades. Las puertas para la adquisición de elementos de guerra se cerraban casi herméticamente. Panorama inquietante, seguramente, para quienes sabían que sin armas no era posible sostener por mucho tiempo el poder de la naciente República.

En el campo interno, las primeras gestiones para la introducción de armas se realizaron tratando de interesar a los comerciantes. Los extranjeros eran

quienes estaban en mejores condiciones de dedicarse al negocio, pues sus vinculaciones en las Antillas permitían relaciones con los vendedores de fusiles y municiones. La Junta de Gobierno de Caracas se dirigió a los comerciantes extranjeros ofreciendo buenos contratos. Algunos de ellos fueron citados a la Casa de Gobierno para concretar las ofertas. Las necesidades más apremiantes alcanzaban a 12.000 fusiles, por los cuales se podían pagar 300.000 pesos. Los comerciantes no se mostraban muy interesados en la negociación, más por falta de confianza en el triunfo de los patriotas que por dudas sobre la solvencia de las autoridades.

El 13 de mayo de 1812, la *Gaceta de Caracas* publicó una exhortación de la Junta de Gobierno. Se invita:

... a los comerciantes extranjeros para que traigan o introduzcan a este Estado doce mil fusiles, ofreciéndoles que se pagarán los cuatro mil primeros a razón de treinta pesos, los cuatro mil segundos a razón de veinticinco y los últimos cuatro mil a razón de veinte pesos¹³.

De este modo se pensaba despertar la codicia de traficantes y mercaderes. La publicación había sido presionada por las urgencias en el frente militar. Los requerimientos del ejército eran cada vez más apremiantes.

Entre las causas de la caída de la Primera República no es la principal la falta de elementos de guerra. No es lo que influye de manera decisiva en la restauración realista. Pero en el ánimo de Miranda tiene un profundo efecto el cambio de la política británica. La negativa de auxilios ingleses cortaba los recursos para sostener una guerra prolongada. Las insinuaciones de mediación inglesa eran signos de una actitud de vuelta de espaldas no muy prometedora a la causa republicana. Para el general de 62 años esto significaba que mientras los realistas podían obtener medios y auxilios a discreción, los

[13]_ *Gaceta de Caracas*, 13 de mayo de 1810.

patriotas agotarían pronto sus recursos. La contienda quedó planteada en un terreno difícil, donde los resultados, para Miranda, parecen no ofrecer dudas. La causa republicana estaba perdida, por más que se puedan ganar una o dos batallas. Si se obtiene tiempo mediante una capitulación, evitando pérdidas en vidas, podía esperarse una mejor oportunidad. Intentar de nuevo desalojar a los españoles, asegurándose el apoyo de los recursos armados de Inglaterra.

Este juicio no se lo formó únicamente el Precursor. El licenciado Miguel José Sanz expresó el mismo punto de vista. Igual que otros patriotas, él consideraba que sin auxilios del exterior la idea de la independencia era una vana ilusión. Sin armas ni dinero era imposible sostenerse en el Poder. Y estas armas y dinero no se encontraban en el país, estaban en manos de las potencias europeas. Si Miranda quería servir a su patria, debía ganar tiempo para buscar los recursos en el extranjero.

El 14 de junio de 1812, Sanz escribió a Miranda:

Desde que tomé conocimiento en la Secretaría de Estado de los negocios políticos de Venezuela, formé la idea de que la independencia y libertad no podían verificarse sin el auxilio eficaz de las potencias de Europa o de alguna de ellas. La situación en que se hallan nuestras tropas, nuestra agricultura, nuestro comercio, nuestras rentas; el espíritu de partido de nuestros compatriotas, y la escasez de hombres capaces de llevar a cabo esta empresa, me han convencido de aquella verdad prácticamente. Es imposible, pues, mantener las fuerzas militares necesarias con tan poca población y con solo las rentas que produce actualmente la Provincia. Nosotros no podemos sostenerlo sin agricultura, población, comercio, armas y dinero... Si usted quiere tener la gloria de hacer independiente a su patria y que esta goce de su libertad, es preciso que no se fíe en los medios que aquí se le proporcionen, búselos usted de fuera.

Y terminaba el licenciado Sanz con esta lección para todos los tiempos: “Querer cosas extraordinarias por medios ordinarios es un desatino, es indispensable emplear los extraordinarios”¹⁴.

Los realistas pasaron a la ofensiva para reconquistar el Poder. Se apoyaban en las provincias de Coro, Maracaibo y Guayana, fieles a la Corona Española. De estas provincias recibían suministros y hombres. Mientras los patriotas no lograban obtener recursos en el exterior, a los realistas llegaban armas y pertrechos desde Puerto Rico y Cuba. La goleta española Ramona fue retenida en Curazao por las autoridades británicas. Venía cargada de fusiles, pólvora y cañones con destino a Coro. “La detención del navío ha causado tanto desagrado en Coro y Maracaibo, que aquellos gobiernos creen que la falta de las armas y las piezas de artillería a bordo de ella han impedido el sometimiento de Caracas”, informa Hodgson desde Curazao al conde de Liverpool¹⁵. Los ingleses dejaron en libertad la goleta. Su cargamento aumentó los refuerzos españoles.

En breve tiempo, los realistas obtuvieron superioridad sobre los patriotas. Era evidente la debilidad del Gobierno de Caracas, impregnado de espíritu vacilante y conciliador, le faltaba energía para emprender operaciones ofensivas. Los españoles pudieron conspirar y rearmarse sin muchas dificultades. El movimiento contrarrevolucionario prendió en casi todo el país: las guerrillas hostilizaban a los puestos republicanos, se levantaron los esclavos en los alrededores de Caracas; las traiciones y desertiones dislocaron el dispositivo de defensa de los patriotas. Jefes y tropas se pasaron al lado de los realistas: Reyes Vargas en Siquisique; José Martí en Guanare; Bernardo Goroyza en San Juan de los Morros; Francisco Fernández Vinoni en Puerto Cabello. Y, para completar, un terremoto llevó el pánico a varias poblaciones, confundiendo más aún el ánimo popular.

Pero no solo estos hechos se reflejaron en la precaria situación de la República. El nuevo Poder no se apoyó en las clases populares; no mejoró la situación de

[14]_ Citado por José Gil Fortoul, *Historia constitucional de Venezuela*. Tomo I. Caracas, 1964.

[15]_ Oficio de Hodgson al conde de Liverpool. Curazao, 5 de agosto de 1811.

los peones, esclavos, campesinos y artesanos; continuaron rigiendo privilegios odiosos, predominando los intereses de los grandes propietarios y de los aristócratas. La mayoría de la población no sintió que el cambio del régimen colonial al estado independiente significara mejoramiento en sus condiciones de vida. Por el contrario, los desajustes administrativos naturales, la subversión en el campo y las consecuencias propias de la guerra, crearon graves problemas en el abastecimiento de víveres, en el comercio y en la producción. El hambre y la miseria se extendieron entre la población pobre y las capas medias.

Contradicciones en el seno de la clase dirigente, impidieron unidad en el mando político y militar. En su lugar, imperaban desconfianzas y pugnas, las cuales minaban el esfuerzo común de resistencia. Se carecía aún de una madura concepción de la nacionalidad, privando las prácticas feudales, la mentalidad provincial, el patrimonio local.

Los realistas aprovecharon al máximo la ignorancia y el atraso político de las masas populares, explotando los hábitos de servidumbre y el fanatismo religioso, fomentados por los clérigos españoles principalmente en las masas provincianas, más alejadas de la influencia de la prédica revolucionaria.

En estas condiciones, no fue difícil a los realistas levantar un numeroso ejército contra los patriotas. Ganándose el apoyo de una mayoría considerable de la población, y reduciendo a minoría a los partidarios de la independencia, provocaron motines y revueltas en la retaguardia, fomentando traiciones y deserciones y desmoralizando al campo republicano hasta inducir a la capitulación.

El fanatismo religioso jugó un importante papel, lo cual Bolívar destaca al hacer el balance de las causas de la pérdida de la Primera República. Para el Libertador, este elemento había sido manejado por el enemigo con abundancia e inteligencia. Al “fanatismo religioso hipócritamente manejado por el clero, empeñado en trastornar el espíritu público por sus miras de egoísmo e interés de partido, temiendo la pérdida de su preponderancia sobre los pueblos

supersticiosos”¹⁶, acusó Bolívar como uno de los principales culpables de la derrota patriota, en el informe que presentó en 1812 en la Nueva Granada. Criterio ratificado en su proclama en Valencia en 1813, cuando señaló los fundamentales resortes usados por Monteverde para restaurar el poder realista. “Monteverde auxiliado de varios eclesiásticos ignorantes y desmoralizados, que descubrían en nuestra independencia y libertad la destrucción de su imperio”¹⁷.

Graves fueron los errores en el terreno militar. No se organizó un ejército inspirado en altos principios populares y revolucionarios. Las fuerzas armadas fuertes, agresivas, disciplinadas. En su lugar, los patriotas confiaron su defensa a milicias, las cuales ignoraban hasta el manejo de las armas, según Bolívar.

Para el Libertador, las tropas bisoñas no estaban en las mejores condiciones para asumir la defensa de la República. No eran las más indicadas para sobreponerse a los reveses inevitables de la guerra. Se carecía de combatientes fogueados, capaces de asimilar dificultades y contratiempos de las campañas. Lo que los patriotas necesitaban eran soldados que no consideraran todo perdido cuando los derrotaban una vez, sino que supieran sobreponerse a las primeras derrotas. Pero esta convicción solo se adquiere mediante la experiencia, después que el soldado bisoño ha participado en varios combates. Para Bolívar, esta era una realidad militar indiscutible.

... es una verdad militar que solo ejércitos aguerridos son capaces de sobreponerse a los primeros infaustos sucesos de una campaña. El soldado bisoño lo cree todo perdido, desde que es derrotado una vez; porque la experiencia no le ha probado que el valor, la habilidad y la constancia corrigen la mala fortuna¹⁸.

[16]_ Simón Bolívar. “Memoria a los habitantes de la Nueva Granada”, 15 de diciembre de 1812.

[17]_ Simón Bolívar. Proclama en Valencia, 20 de septiembre de 1813.

[18]_ Simón Bolívar. “Memoria a los habitantes de la Nueva Granada”, 15 de diciembre de 1812.

El espíritu de vacilación y conciliación en los principales círculos del Gobierno se reflejaba en la dirección de la guerra. “Nadie ve con más horror que yo la efusión de sangre y los funestos estragos de una guerra intestina”, exclamaba el marqués del Toro. En la conducción de las operaciones militares prevalecía la idea de reconciliarse con los sediciosos realistas. Había indecisión en los combates. Las tropas venezolanas no explotaron sus primeras victorias. En varias oportunidades, Miranda estuvo en condiciones de derrotar y destruir a Monteverde, pero se imponían otras miras políticas. La influencia del ala moderada y derechista entre los republicanos frenaba la guerra. Aspiraban a un avenimiento que ante todo conservara el orden y las viejas relaciones de propiedad. La guerra podía ahondar los conflictos sociales y la situación escapar de las manos aristocráticas. Y esto era peor que el dominio del deseado Fernando VII.

Mientras tanto, los españoles procedían sin cuartel, llevando la guerra a fondo, despiadadamente, con toda energía. Después del primer parpadeo, se arrojaron con agresivo ímpetu sobre las posiciones de los patriotas, usando toda clase de recursos: la prédica de los curas y promesas demagógicas a peones y esclavos; infundían el terror mediante castigos y represiones. Y aprovechaban todas las debilidades militares de los patriotas para aumentar las fuerzas de sus armas y avanzar con decisión hacia Caracas.

Miranda y sus inexpertos oficiales fueron derrotados. La Primera República capituló. Muertos o prisioneros, fugitivos o desterrados, los principales jefes patriotas fueron vencidos. Monteverde entró en Caracas el 12 de julio de 1812.

La concepción política y militar de la República de 1810-1811 no podía ofrecer otros resultados. Más tarde, Bolívar diría que los dirigentes de aquella época confundieron la dialéctica por la táctica y que no eran soldados, sino sofistas¹⁹. Faltaba experiencia en la dirección militar. Bolívar, Ribas, Mariño,

[19]_ *Idem.*

Piar, Montilla, Soublette y otros jefes criollos no tenían en 1812 ninguna práctica de la guerra. Con la excepción de Miranda y otros contados oficiales, el resto participaba por primera vez en operaciones militares. Los cuadros militares de la República se formarían después, en las campañas de 1813, en el año terrible de 1814, en la guerra a muerte, en las derrotas de 1815, forjados en el acero de las dificultades.

Si hubiera quedado un solo rayo de esperanza

Los realistas derrocaron el poder de los patriotas mediante la supremacía de sus armas. La violencia de los colonialistas españoles doblegó la resistencia venezolana. Para recobrar la patria no había otro camino que la lucha armada.

La victoria de Monteverde no significó el fin de la lucha. Para la mayoría de los patriotas, apenas comenzaba. La voluntad de continuar la guerra se imponía a pesar de la derrota, cuyos efectos estremecieron la moral de los independentistas. Sabían sobreponerse así a las grandes dificultades creadas por la destrucción de la República y la ocupación de todo el territorio nacional, superando la postración y fatigas aumentadas por los duros sacrificios, que impuso sobre los vencidos el triunfo español: sangre, cárceles, persecuciones, confiscaciones, destierros.

En la decisión de continuar la guerra actuaron varios factores fundamentales:

1.º La voluntad de un grupo destacado de dirigentes patriotas. Esta determinación expresaba el carácter antagónico que separaba sus intereses de clase y los representados por el realismo. Muchos mantuanos se pasaron a las filas españolas, traicionando la causa de la independencia nacional. Era la parte más vinculada al clero y a los negocios con España. Se contaban entre ellos algunos de los más ricos propietarios y principales miembros de la nobleza criolla. Para ellos, la lucha había concluido. Era aventura desafiar a España,

medir de nuevo fuerzas en el campo de batalla. Más aún cuando no se contaba con auxilios de ningún género. Se había apoderado de su espíritu el derrotismo. Pregonaban la necesidad de aceptar la autoridad de la Corona española y renunciar a la lucha armada. Los asustaban las consecuencias sociales del movimiento insurgente, sus posibilidades revolucionarias. Veían con horror la participación de los pardos, negros y mestizos, en la lucha por la independencia, con las armas en la mano. Pero el grupo más joven y avanzado rechazó la capitulación. Estaban impregnados de ideas radicales. Confiaban en la victoria de la causa republicana. Después de la derrota solo pensaron en salir al exterior a buscar armas y municiones para continuar la guerra.

2.º Las disposiciones de la capitulación de San Mateo fueron brutalmente violadas. Encarcelados numerosos civiles y militares, confiscadas las propiedades de los republicanos y muchos asesinados. La represión enardeció los ánimos, templó la voluntad de resistir. No había otra alternativa que persistir en la lucha. Pero lo más importante fue que la represión hizo fracasar las tendencias de reconciliación entre realistas y patriotas. Varias personalidades de ambos bandos intentaron crear un clima de apaciguamiento que mitigara los efectos de la pasada contienda y armonizara los intereses contrapuestos. El terror realista provocó el naufragio de estas tendencias. No era posible reconciliar a vencidos y vencedores en un clima de retaliaciones. Las confiscaciones, prisiones y asesinatos ahondaron el abismo que ya separaba a los patriotas y realistas y conduciría, más tarde, al decreto de guerra a muerte.

El apaciguamiento era propiciado por los ricos propietarios y nobles pasados al campo enemigo. Encontraba cierta acogida en el espíritu de derrota, después de la capitulación de Miranda, pero Monteverde y sus secuaces dieron rienda suelta a los odios y venganzas, en lugar de tomar el camino de la maniobra política. Por todo el país se llevó el terror contra todo sospechoso de simpatizar con las ideas independentistas. La propia violencia realista impuso la respuesta armada en las filas venezolanas.

3.° Un factor influyente en la voluntad de los patriotas, fue la convicción de que podían obtener armas y recursos en el exterior. Que no estaban agotados los medios de hacer la guerra, a pesar de los fracasos de las comisiones enviadas a Estados Unidos, Inglaterra y Francia. En la Nueva Granada aún se mantenía el poder surgido de la acción independiente. Estaban también abiertas las posibilidades de introducir armas de contrabando desde las Antillas.

La existencia de esta posibilidad de adquirir armas y recursos alimentaba la confianza de los patriotas. El propio Francisco de Miranda aceptó la capitulación con la idea de dirigirse a la Nueva Granada, y allí obtener dinero y armamento para volver a emprender operaciones contra los realistas. Para los que lograron escapar hacia el exterior la lucha no estaba perdida mientras se mantuviese una posibilidad de encontrar auxilios. Esta esperanza sostiene la llama encendida del patriotismo.

4.° Finalmente, jugó un importante papel en la decisión de continuar la guerra, la concepción general de que gran responsabilidad en las causas de la derrota estaba en los errores militares cometidos. En el balance crítico de las razones prevaletentes en la pérdida de la Primera República se hace énfasis en factores de orden táctico y estratégico. Bolívar insiste en señalar los errores en la conducción de la guerra: falta de espíritu ofensivo, defectos en el mando de las operaciones, mala preparación de las tropas; ausencia de dirección para la guerra, que era la función esencial del nuevo Estado en aquel período. Carecía la Primera República de una política que situara en primer plano los gastos de guerra e impidiera el uso del presupuesto en asuntos secundarios, y era, además, débil en la aplicación de medidas enérgicas a fin de movilizar a toda la población en el esfuerzo militar.

El enfoque crítico buscando la explicación de la derrota, además de otros factores, en errores militares, creaba una base subjetiva para no caer en el derrotismo. Los errores se podían corregir. Si una dirección adecuada podía conducir mejor la guerra, no había razón alguna para cesar la lucha. Si una parte considerable de la derrota era consecuencia de errores militares, al enmendarse, los resultados deberían favorecer a la causa patriota.

Las premisas fundamentales para continuar la guerra ya estaban dadas en 1813. Voluntad y decisión en la dirección político-militar como resultado de los antagonismos sociales, cuya pugna ya no podía conciliarse. Resolución moral y espíritu de combate, producto de las brutales represiones aplicadas por los realistas. Perspectiva de victoria como consecuencia de la convicción de que las causas de las derrotas anteriores eran pasajeras y posibles de superar si no se repetían los errores. Y, finalmente, medios materiales: armas y pertrechos para hacer la guerra.

La obtención de medios materiales para continuar la guerra era decisiva. Sin las armas y pertrechos los razonamientos políticos e ideológicos quedaban en el vacío. La voluntad de combatir, la resolución moral y la perspectiva de victoria eran condiciones necesarias e indispensables. Pero solo las armas daban la oportunidad real y práctica. Por eso, los patriotas concentraban en este factor su esfuerzo principal después de las derrotas de 1812.

¿Cómo resolvieron el problema de las armas en 1813?

Los Libertadores disponían de un gran sentido práctico. Esta era, precisamente, una de sus más admirables cualidades. Después de la pérdida de la Primera República, no se quedaron saboreando teorías. Una vez adoptado el juicio crítico fundamental, se entregaron a la tarea más importante: buscar los elementos de guerra para volver a la pelea.

¿Pero dónde adquirir las armas?

La búsqueda de las armas conducía inevitablemente al exterior. No había posibilidad de reiniciar el combate dependiendo de los medios existentes en el interior del país. Las provincias se encontraban bajo el imperio de la reacción realista. Los recursos eran casi inexistentes. Este problema tenía también que ser resuelto de una manera práctica. Y así lo hicieron los principales jefes patriotas. Los grupos más resueltos a continuar la guerra marcharon a la Nueva Granada, a Trinidad y las Antillas, a gestionar fusiles, pólvora y plomo.

Santiago Mariño, los Bermúdez, los Valdés y otros orientales organizaron la expedición a Güiría, con armas adquiridas en Trinidad. Compraron treinta

fusiles al italiano Susini. Otros diez fusiles los vendió el alguacil Harry Neyes. Susini era un veterano contrabandista, dedicado al tráfico entre la costa venezolana y la isla inglesa, que se había interesado en el negocio de suministrar armas a los insurrectos de Oriente. El alguacil Harry Neyes sustraía los mosquetes de la armería de la Milicia de Trinidad. Era un comercio peligroso, por las rigurosas disposiciones dictadas por las autoridades británicas.

En los primeros días de enero de 1813 desembarcaron los cuarenta y pico de expedicionarios en la costa de la Península de Paria. Después de los primeros combates se plantearon nuevas necesidades de armas. Mariño volvió a requerir el auxilio de sus amigos de Trinidad. Pide a Pablo Petri “cien franceses y algunas armas, que es lo único que necesitamos para libertar a las provincias de Cumaná, Margarita y Barcelona”²⁰.

Los patriotas orientales también acudieron a Guadalupe para encontrar solución al problema de abastecerse de elementos de guerra. En 1811, la Junta de Cumaná había establecido relaciones con traficantes franceses de Guadalupe para recibir cierta cantidad de pertrechos. Según los informes de Joaquín Albizu al conde de Liverpool, un tal Lagrave, mulato francés, había desembarcado en Cumaná 130 fusiles, un cañón de bronce y unas cargas de pólvora. Este mismo Lagrave firmó con los patriotas de Cumaná un contrato para surtirlos de fusiles y pertrechos. Después de la restauración realista, estos contactos se habían roto²¹.

Mariño organizó un sistema de trueque con los negociantes criollos y franceses: cacao por fusiles. Las cosechas de las plantaciones de cacao, propiedad de los realistas, fueron embargadas. Los cargamentos se enviaban a la isla de Guadalupe y a otras posesiones europeas en las Antillas. A cambio del cacao, los traficantes franceses, holandeses, ingleses y criollos entregaban fusiles, pólvora, plomo y

[20]_ Relatos de Oficiales de la Legión Británica. Citados por Caracciolo Parra Pérez. *Mariño y la Independencia de Venezuela*. Madrid, 1955.

[21]_ Informe de Joaquín Albizu al conde de Liverpool. Curazao, agosto de 1811. *Documentos de cancillerías europeas sobre la Independencia de Venezuela*. Tomo I. Caracas.

piedras de chispa. Las condiciones en las cuales se desarrollaba este tráfico eran particularmente difíciles.

Para 1813 existían extraordinarios obstáculos para la adquisición de armas en las Antillas. Había que burlar el bloqueo de los barcos españoles y el control de las autoridades británicas. España había declarado cerradas todas las costas de sus colonias en rebeldía, ordenando la captura de todo barco al servicio de los insurgentes o sospechoso de dedicarse al comercio de armas. Las disposiciones señalaban que toda nave dedicada al tráfico de elementos de guerra o bajo bandera rebelde sería confiscada. El capitán, todos sus oficiales y cinco de los tripulantes recibirían pena de muerte. El resto, condenados a prisión perpetua y trabajos forzados.

La alianza de Inglaterra con España determinaba la conducta de las autoridades británicas en el mar de las Antillas. Ingleses y españoles se batían juntos para expulsar a los franceses de la Península Ibérica. Fernando VII era un juguete en las manos de Napoleón en el castillo de Valencey, y Carlos IV, María Luisa y su amante Godoy se arrastraban bajo la protección francesa. Pero, el interés de los ingleses en aquel momento era mostrarse leales a la causa de España, aun cuando los monarcas Borbones dieran un espectáculo degradante de sumisión. El Gobierno de Londres dictó severas disposiciones para impedir todo suministro de armas a los insurgentes americanos.

Las autoridades británicas castigaban con destierro y confiscación de bienes a todos aquellos que fueran encontrados culpables de traficar armas destinadas a los rebeldes de las colonias españolas. Sus cómplices eran considerados como criminales y condenados a prisión. Las embarcaciones al servicio de este comercio podían ser confiscadas y toda la carga encontrada a bordo pasaba a propiedad del Estado. Los gobernadores de las posesiones inglesas en el Caribe dictaron medidas restrictivas de acuerdo con las instrucciones recibidas de Londres. Gendarmes, jueces y fuerzas militares recibieron directivas de perseguir las acciones de los patriotas sudamericanos.

Durante esta época, muchos venezolanos fueron condenados a trabajos forzados al ser descubiertos llevando armas para los patriotas orientales. A la persecución ni siquiera escapó una delegación enviada por Arismendi desde Margarita, acreditada con papeles oficiales de los independientes, para tratar con las autoridades británicas. Sorprendidos en el viaje hacia las Antillas fueron hechos prisioneros por los ingleses y de nada valió la protesta de Mariño y otros jefes patriotas. Se acusó a los venezolanos de conspiración con los franceses y de comercio en armas.

En Trinidad, la situación era de abierta hostilidad contra los independentistas. Después de la expedición de Mariño, las autoridades británicas declararon una persecución general en toda la isla para prender a los partidarios de los patriotas. Pero el celo policial se dirigía especialmente a impedir se utilizara a Trinidad como base para el contrabando de armas destinadas a Tierra Firme.

Inglaterra actuaba bajo la presión de los españoles. Estos se quejaban de que súbditos ingleses prestaban con frecuencia auxilios a los rebeldes de sus colonias y mostraban pruebas y evidencias de comerciantes dedicados al contrabando de armas, así como de embarcaciones que recalaban en las islas con cargas fletadas por los patriotas. Los venezolanos constantemente recorrían las Antillas buscando armas. Cuando victoriosos, adquirían elementos de guerra para sostenerse en el Poder; cuando derrotados, solicitaban armas para reiniciar sus luchas. La actividad de los rebeldes en las posesiones británicas, comprando armas y municiones, provocaba una serie de conflictos entre Inglaterra y España. Los agentes españoles enviaban continuas informaciones del tráfico de armas, y de los movimientos de los republicanos, al Gobierno de Caracas y a las autoridades en España. Una frecuente correspondencia llena de quejas y agravios llegaba a la Cancillería en Londres por intermedio del Embajador de España.

En esta época, los ingleses no querían aparecer comprometidos con los insurgentes. En Saint Thomas fueron expulsados comisionados venezolanos que trataban de negociar armamentos, “el gobernador ordenó que si enarbolaba

el pabellón venezolano se le hiciera fuego de las baterías de los castillos de la isla”²². No se aceptaban en los puertos las embarcaciones con el pabellón de los patriotas. El cerco alrededor del movimiento independiente intentaba ahogarlo, para favorecer los intereses de España.

Durante las guerras napoleónicas, Inglaterra había ocupado casi todas las posesiones europeas en las Antillas. Saint Thomas y las dependencias danesas en las Islas Vírgenes; Curazao y Aruba, posesiones holandesas, y otras bajo dominio francés, pasaron al control de los británicos. La escuadra inglesa ejercía un dominio casi completo sobre la navegación en las Antillas, y estaba en condiciones de estorbar seriamente las actividades de los patriotas.

Los norteamericanos también hostilizaban el tráfico de armas. Se quejaban de que los corsarios al servicio de los independientes del Sur causaban daños a la navegación y al comercio; perseguían y apresaban a las embarcaciones buscando pruebas de piratería, ejerciendo en las costas y puertos norteamericanos estricta vigilancia para impedir el contrabando de armas. Después de la derrota de 1812 Estados Unidos había endurecido más aún su política hacia los rebeldes de las colonias españolas. Esta conducta se reflejaba en una mayor persecución policial sobre el tráfico de armas y en las prohibiciones de su venta a los patriotas sudamericanos.

Pero ninguno de estos obstáculos fue suficientemente poderoso como para detener la actividad de los insurgentes, que no cesaron en sus esfuerzos por obtener armas. ¿Había una tarea más importante que adquirir los elementos de guerra? En toda circunstancia, una labor semejante requiere sacrificios y perseverancia, pero en la situación de 1813, exigía resolución y diligencia para vencer los impedimentos creados en el orden interno y en el extranjero. Los patriotas abordaron así sus urgencias de armamento, para intentar la reconquista del poder.

[22]_ Simón Bolívar. Carta al ministro de Relaciones Exteriores de Gran Bretaña. 10 de junio de 1814.

Mientras Mariño y el grupo de jefes orientales lograban fusiles y municiones en Trinidad, burlando las medidas de las autoridades inglesas, Bolívar y otros patriotas dirigieron sus empeños hacia la Nueva Granada.

Después de la proclamación de la independencia, los neogranadinos se habían abastecido de cierta cantidad de armamentos con más recursos que los venezolanos, sus negocios con el comercio de armas encontró menos dificultades. En 1811 y 1812, por Cartagena ingresaron varias embarcaciones con elementos de guerra provenientes de puertos de las Antillas. El gobernador Hodgson informó a Londres que un bergantín había llegado con mil seiscientos fusiles, municiones, pólvora, equipo de artillería y otros útiles militares. Los agentes ingleses también comunicaron el arribo de franceses para supervigilar la reparación de armas y la construcción de una fábrica de pólvora. En Cartagena, el movimiento independiente logró apoderarse de considerable cantidad de fusiles y grandes depósitos de pertrechos, a raíz del derrocamiento de los realistas. Era una tradicional plaza fuerte de los españoles y durante el régimen colonial había sido reforzada militarmente para resistir las incursiones de los piratas. Sus fortalezas guardaban la mayor parte del parque del Virreinato.

Fue en Cartagena donde el patriota venezolano doctor Antonio Nicolás Briceño, a quien los realistas llamaban “El Diablo”, equipó la primera expedición que invadió las provincias de Venezuela desde el Occidente. Briceño formó un cuerpo de voluntarios que incluía una mayoría de venezolanos y neogranadinos al lado de criollos antillanos y franceses. Las armas eran lanzas, fusiles y algunas cargas de municiones, adquiridas mediante trato con las autoridades de Cartagena y compras a contrabandistas.

“El Diablo” Briceño abrió operaciones por San Cristóbal. Cerca de trescientos hombres marcharon hacia Barinas, por la vía de San Camilo. Con mayores medios, los españoles, comandados por Yáñez, les salieron al paso, derrotándolos. Hecho prisionero, Briceño fue fusilado el 15 de junio de 1813. Así terminó la primera aventura patriota equipada con armas de la Nueva Granada.

Bolívar también buscó en las vecinas provincias neogranadinas las armas para sus proyectos de desquite. Después de cumplir algunas campañas al servicio del Gobierno se dispuso a emprender operaciones sobre Venezuela. No le fue fácil obtener autorización, pues surgieron disputas y personalismos, siendo necesario superar desconfianzas y recelos. Algunos oficiales se oponían, considerando el intento como descabellado. Finalmente, el presidente Camilo Torres dio el visto bueno para usar las armas y las tropas de la Nueva Granada.

El armamento suministrado estaba formado por: 2.000 fusiles, 140.000 cartuchos, 8 cañones de campaña y 5 obuses, e hizo posible la Campaña Admirable. Bolívar, Ribas, Urdaneta, Girardot, D'Elhuyar, Ricaurte, al frente de 500 hombres, invadieron el país por Cúcuta, en mayo de 1813, explotando audazmente la sorpresa estratégica. Mientras que fuerzas considerables del enemigo distraían su atención en los sucesos de Oriente. Después de una serie de batallas victoriosas, en las cuales capturaron armas y pertrechos, ocuparon Caracas el 7 de agosto.

Las armas obtenidas en la Nueva Granada permitieron la liberación del Occidente venezolano. En Oriente, el camino lo abrieron los fusiles y municiones adquiridos en Trinidad. Con estas victorias, los patriotas reconquistaron el Poder. Pero los realistas no estaban definitivamente derrotados; volvieron a refugiarse en las provincias de Coro, Guayana y Maracaibo y prepararon una más furiosa contrarrevolución. No estaban dispuestos a renunciar a sus posesiones coloniales sin ofrecer hasta la última resistencia.

Los patriotas se enfrentaron a la tremenda presión ejercida sobre sus fuerzas por la caballería llanera, movilizada por Boves. Una considerable parte de la población continuaba militando con las banderas del realismo, bajo la poderosa influencia del fanatismo religioso, la superstición y los prejuicios heredados del pasado, gente ganada por las consejas que presentaban a los Libertadores como enviados del diablo y enemigos de Dios, conquistada por la demagogia de Boves y otros caudillos realistas, quienes prometían a los peones recompensas en propiedades, tierras y grados militares, e impregnada

de desconfianza de clase hacia los “blancos”, nobles y propietarios, dirigentes del movimiento independentista.

Los realistas no solo contaban con ejércitos numerosos. Podían, además, reemplazar sus pérdidas con rapidez. Recibían armas y pertrechos desde bases en Cuba, Puerto Rico y hasta de algunas posesiones inglesas en el Caribe, sus aliados en la lucha contra los franceses. Las provincias bajo su control no habían sufrido ningún daño con la guerra, estando en condiciones de suministrar abastecimiento abundante a las tropas. Sus reservas en medios y en personal superaban ampliamente las precarias existencias a disposición de los republicanos.

Los patriotas estaban en capacidad de aumentar el número de sus efectivos, pues en relación a 1812, la causa venezolana había hecho ciertos progresos en la opinión popular. La brutalidad de la represión desatada por los españoles produjo efectos contrarios a los perseguidos por Monteverde. Nuevas justificaciones se agregaban ahora a la causa de la emancipación, entre ellas, el terror impuesto por el canario, las confiscaciones de propiedades, las persecuciones, asesinatos y atropellos. Indiferentes y pacíficos encontraban razones para alistarse a la lucha armada. Ayudaba, también, el prestigio de las victorias logradas por Bolívar y Ribas en la campaña de Occidente, y por Mariño y sus compañeros en las provincias de Cumaná, Barcelona y Maturín. Las derrotas sufridas por los realistas eran el más elocuente testimonio de las posibilidades ciertas de permanencia del poder republicano.

Pero los patriotas carecían de fusiles, cañones, municiones y lanzas. La pobreza de medios de combate limitaba el reclutamiento y los recursos tácticos que podía emplear el mando militar para contener la arrolladora ofensiva enemiga. La falta de armas será uno de los factores decisivos en la pérdida de la Segunda República.

Los realistas reunieron aplastante superioridad numérica y en armamento. Movilizaron millares de lanceros de las llanuras. Arrojaron contra los patriotas una aguerrida caballería. Contaban, además con infantería y artillería bien

equipadas. Partidas guerrilleras se infiltraban por entre las filas republicanas, para cortar las comunicaciones y hostilizar por la retaguardia, apoyándose en los elementos subversivos que abundaban en los campos y pequeños caseríos.

La defensa de la República dependía, durante aquellos años de 1813-1814, de las posibilidades de adquirir armas en el exterior. Los patriotas agotaron todos los recursos para obtenerlas, enviando urgentes comisiones a las Antillas, Inglaterra y Estados Unidos, con el objeto de emprender nuevas negociaciones. Lino de Clemente viajó a Norteamérica; el coronel Juan Robertson, a Londres, donde López Méndez realizaba activas gestiones con el mismo propósito. Otros agentes fueron enviados a Saint Thomas, Guadalupe, Trinidad y Barbados.

Bolívar y José Félix Ribas entraron en negociaciones con el comerciante William Robinson. Era un traficante internacional de armamentos que había mantenido relaciones con los independentistas de México y la Nueva Granada, colocando varios contratos de armas. Tenía fama de inescrupuloso, pero eran conocidas sus relaciones con los vendedores de elementos de guerra de Inglaterra. Un hombre en verdad indeseable, pero la hora no era para dilaciones ni contemplaciones. Los patriotas necesitaban armas y debían buscarlas dondequiera pudieran encontrarlas.

Otras gestiones se hicieron con Juan Camacho, de la firma Hermanos Camacho, de Curazao, armadores de varios corsarios al servicio de los patriotas, y vinculados a contrabandistas de las Antillas; habían surtido de armas a embarcaciones de los republicanos de Cartagena.

También se contrataron armas en Saint Thomas. La “Adm. Victoria”, una empresa que explotaba el negocio de armamentos en el Caribe, ofrecía en venta varios miles de fusiles y hasta unas piezas de artillería. Aceptaban parte del pago en frutos del país, cacao y café, así como cueros y mulas.

La Watson, Maclean & Co., una firma inglesa establecida en La Guaira, aceptó un pedido de seis mil fusiles, a veinte pesos cada uno. La compañía no se comprometía a introducir las armas por La Guaira, pues temía el bloqueo español y la vigilancia de las autoridades inglesas. Los patriotas carecían aún

de una escuadra que pudiera escoltar la navegación hasta sus costas, así que acordaron desembarcar las armas por Ocumare o Choroní, donde podrían ser protegidos por tropas de la República.

La Watson, Maclean & Co. exigía depósitos de dinero en garantía y otros seguros, accediendo los patriotas a todas las exigencias de los comerciantes. Finalmente, los ingleses anunciaron que estaban imposibilitados de cumplir la contratación.

Para halagar a los vendedores de armas, los patriotas ofrecían numerosas ventajas comerciales, especialmente a los ingleses. Prometían rebajas exclusivas de derechos para las importaciones desde Inglaterra por sus posesiones en las Antillas, y trato preferente en el intercambio mercantil. Bolívar llegó a afirmar que el principal objetivo del movimiento independiente, además de sacudir el yugo de los españoles, era establecer amistad y comercio con la Gran Bretaña. De esta manera pretendían atraer a los negociantes y barcos ingleses, con el propósito de lograr relaciones que permitieran el tráfico de armas²³.

Pero ni Inglaterra ni Estados Unidos toleraban el comercio de armas con los patriotas. Las medidas prohibitivas dictadas por las autoridades inglesas y norteamericanas surtieron efecto. El tráfico de elementos de guerra en las Antillas fue prácticamente congelado. Los republicanos quedaron sin posibilidad alguna de introducir armas al país, impotentes para adquirir el armamento necesario para la defensa. Las negociaciones con particulares y firmas dedicadas a este comercio no dieron ningún resultado positivo.

Influía en la situación poco favorable otro factor, además de las disposiciones dictadas por los gobiernos de Gran Bretaña y Estados Unidos, y era la falta de confianza sobre las posibilidades verdaderas de los patriotas. Se dudaba mucho de la capacidad que podían tener para lograr la victoria de su causa. Las derrotas de 1812, la popularidad del partido realista y los pocos recursos en manos de los patriotas militaban contra el crédito y prestigio de la precaria

[23]_ *Idem.*

República establecida en Caracas. Por otra parte, la marcha de los sucesos en Europa, donde las armas españolas e inglesas adelantaban con éxito la campaña contra Napoleón, no podía significar nada halagüeño para la suerte de las insurgencias en las colonias. Lo más probable era que España enviara tropas a América, una vez libre la Península de invasores franceses. En estas condiciones, toda negociación con los patriotas era cuando menos una aventura. Así lo consideraban los vendedores de armas, quienes miraban con desconfianza las posibilidades rebeldes de mantenerse en el Poder. El negocio de las armas era asunto que requería tiempo y fuertes inversiones, corriéndose grandes riesgos. Era este el panorama de las tremendas dificultades que confrontaban los patriotas para adquirir armas durante los años de 1813-1814.

Apenas lograron comprar algunas a los buques mercantes que tocaban en el puerto de La Guaira. 290 fusiles, 40 pistolas y 79 sables a James Johnson, capitán de una goleta sueca. 191 fusiles al capitán mercante Guillermo Ackers. Otras pequeñas cantidades se obtuvieron de igual manera. Los capitanes y propietarios de embarcaciones hacían buen negocio en estas operaciones, aprovechándose de la situación desesperada de los patriotas.

Las reducidas cantidades de armamento así adquiridas remediaron muy poco los problemas militares de la Segunda República. La superioridad de los ejércitos de Boves se impuso. A la tremenda desventaja en la posesión de los medios de combate, se unía la actitud que una parte considerable de la población continuaba manteniendo frente al movimiento independiente. Cuando Carlos Marx, en sus artículos sobre la Revolución Española, analizó la conducta inicial de las masas populares ante la revolución liberal de Riego y Quiroga, en 1820-1823, encontró como explicación el apego del pueblo a la iglesia y al trono. Las desventuras de Riego y Quiroga, después del levantamiento de Cabezas de San Juan, la marcha solitaria de la columna de Riego atravesando Málaga, Córdoba, Granada, con las calles abandonadas y las ventanas cerradas, sirvieron a Carlos Marx para expresar que “las musas, a las cuales se dirigía (la revolución), se pusieron en su contra, porque estaban apegadas

a la Iglesia y al Trono”²⁴. Una situación si no idéntica pero semejante, tenían que afrontar los partidarios de la Independencia en aquel período. Sobre la mayoría de las masas influían poderosamente las tradiciones de obediencia a las autoridades coloniales y de subordinación a las prédicas de los religiosos españoles. Los dos factores fundamentales de Poder: el trono, representado por los ejércitos de Boves; y la Iglesia, simbolizada por el clero realista, inclinaban la balanza de fuerzas a favor de la restauración colonial. Frente a tales adversarios, los patriotas oponían una defensa debilitada por la pobreza de medios y la inferioridad numérica.

El último esfuerzo desesperado por obtener armas, se hizo en junio de 1814. Bolívar dio instrucciones a Gual para dirigirse urgentemente al comandante de la Escuadra inglesa en Barbados. El Libertador solicitó dos mil fusiles para reforzar su ejército e intentar cerrarle el paso a las tropas de Boves. Pero, además, Bolívar pidió el envío de mil soldados ingleses. Se trata de “salvar a Caracas del saqueo”, y para tranquilidad de los propios y advertencia a los extraños, declaró que estos soldados “no se mezclarán de modo alguno en el gobierno civil y militar”. Por otra parte, “evacuarán tan pronto sea considerado necesario”²⁵.

Era este un paso de graves consecuencias. La dirección republicana sabía lo que arriesgaba con una invitación semejante, que podía prestarse a la intervención de una potencia cuyas tradicionales ambiciones no eran desconocidas, pero la situación era desesperada. Los patriotas llegaron al convencimiento de que sus propias fuerzas resultaban impotentes para contener el avance realista. Solos, sin ninguna ayuda exterior, estaban perdidos, y en las condiciones de la guerra a muerte, practicada por ambos bandos, la derrota significaba toda condenar a la más horrible suerte a la población que apoyaba la causa independiente, principalmente al pueblo de las provincias de Caracas

[24]_ Carlos Marx. *La Revolución Española*. Madrid, 1938.

[25]_ Simón Bolívar. “Instrucciones al Comisionado de Venezuela acerca de S.E. el Comandante de las Fuerzas de Tierra de S.M. Británica y S.E. el Almirante de la Estación de Barbados”. Junio 19 de 1814.

y de Oriente. Los antecedentes de las bárbaras represiones de Monteverde en 1812, las crueldades de Boves y sus oficiales en las regiones ocupadas durante su marcha sobre el centro, las venganzas que se esperaban por el fusilamiento de ochocientos prisioneros realistas en las bóvedas de La Guaira por órdenes de Bolívar, no era un panorama idílico. La victoria española representaba una verdadera catástrofe para los Libertadores.

El angustioso llamado de auxilio al Comandante de la Escuadra inglesa en Barbados no estaba en contradicción con el pensamiento y la acción del patriotismo de 1814. El enemigo principal era España y sus partidarios criollos, y obedecía a verdadero y puro patriotismo acudir a todos los medios para vencer al enemigo principal. La política de obtener armas y otros auxilios del exterior, correspondía a una estrategia justa; de otra manera, los realistas no podrían ser vencidos jamás. Renunciar a recibir ayuda del exterior era condenar para siempre a Venezuela al dominio extranjero; negarse a solicitar armas y pertrechos significaba en la práctica la liquidación del movimiento independiente. No era otra cosa que hacerles el juego a los realistas, a los enemigos de la independencia nacional.

Las autoridades españolas se cuidaban de señalar constantemente a los patriotas como agentes de Francia o de Inglaterra, como más conviniera a sus intereses en un momento determinado. Con frecuencia atribuían las tentativas independientes a la presunta influencia de agentes subversivos extranjeros; además de los objetivos de propaganda que inspiraban tales versiones, el enemigo se proponía quebrantar las vinculaciones de los patriotas con el exterior. El aislamiento de los insurgentes de las colonias era un propósito básico de la conducta española; no podía ser más claro. Reducido a sus propias dimensiones, el movimiento independiente estaba condenado a perecer. La asistencia en armas y otros auxilios desde el extranjero era indispensable para su sobrevivencia y desarrollo.

Simón Bolívar suministraría, un año más tarde, el tono del sentimiento patriótico alrededor del problema de la ayuda externa. Dijo en carta a Ricardo

Wellesley: “Si me hubiera quedado un solo rayo de esperanza de que la América pudiera triunfar por sí sola, ninguno habría ambicionado más que yo el honor de servir a mi país, sin degradarlo a la humillación de solicitar una protección extraña”²⁶.

En las condiciones de 1814, los patriotas no podían triunfar por sí solos. ¿Cómo podían hacerlo? España era una potencia mundial. Aun cuando ya en camino de la decadencia, sus fuerzas y recursos eran incomparablemente superiores a las mayores disponibilidades de los independientes. Como si fuera poco, tenía en sus manos, en la propia Venezuela, más numerosos medios que los patriotas. Hablamos de 1814 cuando todas las circunstancias favorecían la restauración realista. Por sí mismos, los insurgentes carecían de medios para enfrentarse a España. La pobreza logística y la inferioridad numérica solo podían ser compensadas en el campo republicano con la obtención de ayuda del exterior. Evidentemente, no había un solo rayo de esperanza de que la causa independiente pudiera triunfar por sí sola...

Cuando Bolívar alude a la posición de solicitar protección extraña está dramatizando una gestión inevitable en la situación de la Guerra de Independencia en 1814.

El camino de la liberación de nuestro país del dominio español conducía irremediablemente a la búsqueda de apoyo en el extranjero. No había tal degradación, por cuanto el fin de la acción era el logro del objetivo estratégico fundamental: la derrota del enemigo principal y la independencia de Venezuela.

Las razones para solicitar el auxilio de los ingleses son obvias. Era Inglaterra la que estaba en condiciones de hacerlo, desde el punto de vista material. Pero, por otra parte, en el marco de la situación mundial y de las circunstancias de la época, los ingleses jugaban —en cierta manera— un papel “progresista” en relación a los problemas de la independencia de las colonias españolas. Por sus propias conveniencias de expansión, sus intereses coincidían con el movimiento

[26]_ Simón Bolívar. Carta a Ricardo Wellesley. Kingston, 27 de mayo de 1815.

separatista y, en comparación a las potencias de la Santa Alianza, el tinte “progresista” de Inglaterra en aquel momento es incuestionable. Salvo Estados Unidos e Inglaterra, derrotado Napoleón, ¿en cuál puerta podían tocar los independientes?

Pero, al final, todos los esfuerzos y gestiones resultaron un fracaso. No llegaron ni las armas negociadas con traficantes particulares ni las gestionadas con tanto apremio ante el Comandante de la Escuadra inglesa en las Antillas. Boves derrotó a los patriotas. El 7 de julio de 1814, mientras la vanguardia realista llegaba a las afueras de Antímano, los caraqueños iniciaron la trágica emigración a Oriente. La última resistencia del ejército regular la opusieron los patriotas en Aragua de Barcelona y en Maturín. Las armas españolas vencieron a la Segunda República.

“¡Por armas iré hasta el polo!”

La lucha por la adquisición de armas en el exterior continuó en 1815, pues los patriotas no se resignaron a cesar la guerra en razón de la escasez de medios. Hubo quienes capitularon; otros, desmoralizados, renegaron de la lucha armada. En una asamblea en el Convento de San Francisco, cuando Boves avanza sobre Caracas, la desmoralización se pone en evidencia. “¡No tenemos gobierno, no tenemos sistema! —grita Tovar Ponte—; considero al país perdido”²⁷. Es el derrumbe de la tendencia vacilante y conservadora en el campo republicano; pero Bolívar, Mariño, Bermúdez y los dirigentes patriotas más firmes, no aceptaron la derrota. Mantuvieron la decisión de continuar la guerra.

Para proseguir esta había pocas alternativas donde escoger. Una de ellas era colocarse al frente de una partida guerrillera e internarse en el monte. Este fue el camino que tomaron algunos jefes patriotas. José Tadeo Monagas por San Diego de Cabrutica, Pedro Zaraza por los lados del Guárico, Manuel Sedeño por el Tigre, Olmedilla, Páez, Rangel y otros, por los llanos de Casanare y del Apure, salieron a disputar una por una las armas al enemigo, en un combate desigual.

Otra alternativa era marchar al exterior a buscar las armas, mediante las cuales cambiar la suerte de Venezuela. Fue este el camino adoptado por Bolívar,

[27]_ Vicente Lecuna, *La Guerra a Muerte*, Caracas.

Mariño, Bermúdez, los Montilla y otros. Las dos formas de continuar la guerra no eran excluyentes ni contradictorias. Las partidas guerrilleras en el interior del país constituirían los núcleos básicos alrededor de los cuales se formará el Ejército Libertador. Sus operaciones prolongarán la lucha, golpeando y cansando al enemigo, levantando la moral de los partidarios de la Independencia, despejando territorio para desembarcar la ayuda exterior. La búsqueda de elementos de guerra en el extranjero significará la obtención de los medios indispensables para librar la contienda. Eran dos formas que se complementaban, se fusionaban en la tarea común de organizar unas fuerzas armadas capaces de reponerse de las derrotas y enfrentarse con éxito al ejército realista. Las partidas guerrilleras no tenían porvenir alguno sin armas y equipo suficiente, pues la posibilidad de hacer la guerra en condiciones que permitieran cierta perspectiva de victoria dependía de la adquisición de medios, pero, al mismo tiempo, tales recursos serían inútiles si no se contaba con un esfuerzo militar en el interior del país. Este era el papel de los grupos guerrilleros que quedaron dispersos después del desastre del año 1814.

La idea de obtener material en el exterior para equipar suficientemente las fuerzas independientes la sustentaba el Libertador desde su salida del país en 1812. Cuando participaba en las campañas de la Nueva Granada juzgaba indispensable para salvar las Provincias Unidas aumentar al máximo el armamento a disposición de los patriotas. Y no había otra manera de hacerlo que ir a las Antillas a adquirir los fusiles y municiones.

Decía Bolívar, en aquella ocasión: “Es necesario aumentar abundantemente nuestro armamento: y para esto no hay más que mandar a buscar a las colonias cuantos fusiles sea posible”²⁸.

Cuando en 1814 la derrota postró de nuevo a la República, la idea de viajar a buscar los medios para proseguir la guerra no era nueva en el pensamiento del Libertador, sino el camino natural y lógico de una acción que ya

[28]_ Simón Bolívar, Carta al Secretario de Guerra, 17 de febrero de 1815.

han emprendido sus precursores en la causa independiente y que él mismo adoptó en 1812.

Bolívar abordó los problemas de la reconstrucción de la lucha en una forma práctica, pues la situación no podía prestarse a fantasías ni a una espera pasiva. Los términos eran muy concretos: fusiles, municiones y dinero. Cuando dejó las costas venezolanas en 1814 su objetivo era buscar elementos de guerra, y este propósito embargó toda su actividad en las Antillas, bajo la idea permanente de que la independencia de Venezuela solo podía salvarse mediante miles de fusiles e inversión de fuertes sumas de dinero para sufragar los gastos de la guerra.

El Libertador tenía una visión muy clara del problema, por experiencia de cinco años de lucha armada y dos grandes derrotas. Por eso, en Jamaica insistió de nuevo: “La Costa Firme se salvará con seis u ocho mil fusiles, municiones correspondientes y quinientos mil duros para pagar los primeros meses de campaña...”²⁹. Para Bolívar lo esencial del problema radicaba en obtener armas y dinero. ¿Puede pensarse, acaso, que olvidaba otros requisitos? Condiciones sociales y políticas para la emancipación existían como consecuencia de la situación de la Colonia y de sus contradicciones con la Metrópoli y otras madurarían en el curso de la propia guerra. Lo que hacía falta eran armas y dinero, elementos sin cuya presencia todos los requisitos y condiciones revolucionarios quedarían frustrados. Bolívar destacó en aquel momento el aspecto esencial del cual dependían los proyectos de continuar la Guerra de Independencia. No estaba desorientado en negocios secundarios.

Los seis u ocho mil fusiles, las municiones correspondientes y los quinientos mil duros eran las exigencias para salvar a Venezuela y llevar a cabo los primeros meses de campaña. Bolívar no se hacía ilusiones, pues el carácter de la guerra contra los realistas no permitía forjarse ideas falsas sobre una decisión rápida. Eran demasiado poderosos los intereses en juego y muy influyentes

[29]_ Simón Bolívar, Carta a Maxwell Hyslop, Kingston, 19 de mayo de 1813.

los factores de poder en manos de los españoles, así como precarias aún las fuerzas a favor de la Independencia. No era posible imaginar un esfuerzo serio sin recursos suficientes; se necesitaban medios para varias campañas y muchos años de lucha. El enemigo no estaba dispuesto a aflojar el dominio colonial ante las primeras de tentativas como lo demostraban evidentemente los cinco años que ya llevaba la guerra y la pérdida de la República en dos ocasiones. Cuando Bolívar hablaba de las exigencias militares iniciales no dejaba escapar la oportunidad de presentar el cuadro de las necesidades generales para asegurar la independencia definitivamente con la expulsión de los españoles de las Colonias. Ya no se trataba de seis u ocho mil fusiles y cien mil duros, Bolívar pedía: “Veinte o treinta mil fusiles; un millón de libras esterlinas; quince o veinte buques de guerra, municiones, algunos agentes y voluntarios militares que quieran seguir las banderas americanas”³⁰. Era una evaluación práctica y objetiva, sin rodeos, de lo que se requería para ganar la guerra.

Bolívar se conformaría, después, con menos para volver a Venezuela a continuar la lucha armada. Pero ya no pensarían los patriotas que bastaban unos cuantos fusiles y escasas cargas de municiones para realizar una empresa de las proporciones de la Independencia, ni que el éxito podía llegarles como resultado de una rápida decisión y una campaña fácil. El Libertador se había visto obligado a confesarlo ante los caraqueños. “Están disipadas las esperanzas de pronta victoria con que los había excitado”³¹. Los independientes se enfrentaban ahora a una España libre de problemas militares en su propio territorio. Expulsados los franceses de la Península Ibérica, los colonialistas españoles podían dirigir su atención hacia las rebeldes posesiones en América, concentrando el esfuerzo de guerra que antes distraían las tropas de Napoleón. Las victorias de 1812 y 1814 habían demostrado, además, que los realistas contaban con fuerzas suficientes para mantenerse por largo tiempo en el Poder.

[30]_ *Idem.*

[31]_ Simón Bolívar, Carta a Caracas, n.º 62, 28 de abril de 1814.

Los patriotas no tenían, pues, otra alternativa sino prepararse para una guerra prolongada, ya que las esperanzas de pronta liberación se habían disipado, como afirmaba el Libertador. Ahora los planes de operaciones militares tenían que elaborarse tomando en cuenta la capacidad del enemigo para mantener su superioridad durante un largo período. Esto significa veinte o treinta mil fusiles; un millón de libras esterlinas quince o veinte buques de guerra”.

Estas gestiones por miles de fusiles, dinero y barcos las hacía Bolívar ante los ingleses, y como no esperaba de ellos ninguna conducta filantrópica presentaba ofertas halagadoras y concesiones exclusivas en Panamá y Nicaragua una vez libres nuestros países de la dominación española, con ventajas para la apertura de canales que comunicara los dos océanos y permitiera a Inglaterra obtener grandes beneficios del comercio mundial.

Eran ofertas concretas dirigidas a lograr la adquisición de las armas y los pertrechos para continuar la guerra. Gracias a ellas, los ingleses podrían formar de Panamá y Nicaragua “el centro del comercio del universo por medio de la apertura de canales, que, rompiendo los diques de uno y otro mar, acerque las distancias más remotas y haga permanente el imperio de Inglaterra sobre el comercio”, según escribía Bolívar a Maxwell Hyslop desde Kingston el 19 de mayo de 1815. El Libertador llegó a Jamaica procedente de Cartagena, donde había dimitido la jefatura del Ejército ante las discrepancias imperantes en la Nueva Granada. Su preocupación era, entonces, interesar a Inglaterra en facilitar a los patriotas la posibilidad de lograr elementos de guerra, a cambio de lo que él mismo denominaba “ventajas tan excesivas” en concesiones comerciales.

Pero, a pesar de tales ofertas, los patriotas no obtuvieron auxilios ingleses en aquella ocasión. Inglaterra aún tenía compromisos con España y la Cancillería de este país ejercía una constante presión sobre Londres para evitar que los insurgentes se abastecieran de recursos británicos. Pero no eran tanto estos compromisos los determinantes en la conducta inglesa, como la mala impresión reinante debido a las derrotas sufridas por los independentistas de Venezuela

y la Nueva Granada. La causa republicana era una empresa desprestigiada y su crédito en el exterior era nulo. Los tremendos fracasos militares daban muy poca autoridad a la palabra de los patriotas, y en todas partes se recibía a los jefes rebeldes venezolanos con desconfianza y escepticismo, cuando no con frialdad y desprecio. Era la suerte de los vencidos. Se entiende cómo, en estas condiciones, las ofertas de los patriotas haciendo toda clase de proposiciones para lograr armas obtuvieran muy pobre aceptación en el extranjero.

Sin embargo, no se dieron por vencidos, pues por adquirir los elementos de guerra estaban dispuestos a todo, y comprendiendo la supremacía de este objetivo sacrificaban orgullo. Bolívar decía que estaba dispuesto a ir a Londres y hasta al Polo en procura de las armas: “Vengo a procurar auxilios; iré en su busca a esa soberbia capital; si fuera preciso marcharé hasta el Polo; y si todos son insensibles a la voz de la humanidad, habré llenado mi deber aunque inútilmente y volveré a morir combatiendo en mi patria”³². Bolívar consideraba la búsqueda de armas como el primero de sus deberes en aquel momento, cuando del material bélico dependía el destino de la causa independiente.

En 1816, los patriotas obtuvieron el apoyo de Alejandro Pétion, presidente de la República de Haití. Los haitianos habían logrado su independencia después de una sangrienta guerra contra los franceses. Toussaint l’Ouverture, quien era hijo de esclavos y había sido esclavo y después ganó el grado de general de división concedido por la Convención francesa, inició el movimiento de emancipación en 1800. Napoleón Bonaparte, a la sazón Primer Cónsul en París, envió 25.000 soldados para someter a Haití. Los rebeldes fueron derrotados y Toussaint l’Ouverture enviado prisionero al fuerte de Joux. Pero los haitianos continuaron la lucha bajo la dirección de los generales Jean Jacques Dessalines y Alejandro Pétion hasta vencer a los franceses en 1804. Con esta victoria, Haití rompió su dependencia colonial de Francia y estableció un régimen independiente.

[32]_ Simón Bolívar, Carta a Ricardo Wellesley, Kingston, 27 de mayo de 1815.

Sin embargo, los haitianos vivían bajo la constante amenaza de los intentos franceses por reconquistar el país. Al instaurarse la paz en Europa, con el triunfo de los aliados en la batalla de Waterloo, el presidente Pétion juzgó que las potencias europeas podían proyectar el envío de fuerzas expedicionarias para restablecer el dominio colonial. Los reaccionarios y colonialistas de todos los países levantaban continuamente el supuesto peligro del gobierno negro en Haití. Temían el contagio revolucionario en las posesiones en África y América. A estas circunstancias, se agregaba la división de la nación, provocada por el establecimiento al norte de un gobierno bajo el mando de Henri Christophe, quien se había proclamado emperador. Tal división hacía más débil la posición para resistir una invasión europea.

El presidente Pétion, abiertamente partidario de las aspiraciones de los patriotas sudamericanos, consideraba con acierto que las insurgencias en las colonias españolas representaban el mejor dispositivo estratégico de seguridad para su propia patria. De esta manera, inició una política de su ministro de armas y dinero a los rebeldes venezolanos. Consecuente con elevados principios políticos y sociales, con las tradiciones de lucha antiesclavistas de las guerras en Haití, y con su propia raza, Pétion hacía prometer la inmediata libertad de los esclavos a cambio de su ayuda en armas y dinero.

Seis años después de iniciada la lucha armada en Venezuela, los patriotas obtuvieron una nueva oportunidad de organizar una expedición con armas desde el exterior. La primera expedición de Los Cayos, equipada con las armas entregadas por Haití, trajo a las costas venezolanas 3.500 fusiles, 15.000 libras de pólvora, 10.000 libras de plomo y cien mil pesos, transportados por siete goletas y 230 hombres³³.

[33]_ Alejandro Pétion al general Marion, comandante del Distrito de Los Cayos: "Razones que no deben confiarse al papel, mi querido general, pero que tienden en gran parte a consolidar la República, me obligan a invitar a usted, por la presente, poner a disposición del general Bolívar, dos mil fusiles y sus bayonetas, de las depositadas en el arsenal de Los Cayos por Mr.

Las armas procedían de un cargamento de doce mil fusiles negociados por el coronel J.M. Durán con los ingleses, por órdenes del gobierno de la Nueva Granada. Vinieron a bordo de la corbeta Dardo, con destino a Cartagena. Cuando los realistas del Ejército Expedicionario de Morillo ocuparon la ciudad, Luis Brión logró salvar las armas y trasladarlas a Haití, en junio de 1815. Fueron depositadas en los arsenales de los Cayos de San Luis, bajo el cuidado del general Marion, comandante de la región.

Los fusiles y pertrechos salieron de los Cayos de San Luis a fines de marzo de 1816. Después de un combate con naves realistas encontradas a la altura de Los Frailes, la expedición desembarcó en Juan Griego en los primeros días de mayo. Con estas armas se abastecieron las guerrillas de Oriente, recibieron armamento las fuerzas de Arismendi en Margarita; Monagas, Zaraza y Cedeño en la provincia de Barcelona. Mariño abrió operaciones con seiscientos hombres sobre la provincia de Cumaná y Piar marchó a reforzar a Maturín.

Pero la mayor parte del parque se perdió en Ocumare cuando Bolívar intentó iniciar una campaña sobre Caracas. Morales lo derrotó en julio y capturó en las playas de Ocumare gran cantidad de municiones, tres mil fusiles y hasta la imprenta cedida por el presidente Pétion.

El fracaso de Ocumare anuló una buena parte de los frutos logrados en las gestiones de Haití. Pero el Libertador, incansable, volvió nuevamente en

Brión; pondrá usted, también a su disposición, el mayor número de cartuchos y piedras de fusil que pueda, no reservando, particularmente de los cartuchos, sino una pequeña cantidad. Haga usted salir estos objetos como envío hecho a la Gran Ensenada, cargándolos a bordo de una embarcación, cuyo capitán que usted colocará a bordo, y en el equipaje, sean dignos de su confianza; y esta embarcación, una vez fuera y de modo de no ser apercebida, alcanzará la que el general Bolívar destine para recibir estos objetos, y los pasará a su bordo. Es necesario que esto no se trasluzca, y confío en las precauciones que usted tomará a tal respecto”.

Otra orden de Pétion da instrucciones para que se entreguen a Brión 1.500 fusiles, con fecha 25 de febrero de 1816: “Si en el Arsenal de Los Cayos no hubiere cartuchos hechos que entregarle al general Bolívar, conforme a lo que os tengo escrito, le entregaréis cien quintales de pólvora y ciento cincuenta de plomo, pero tomando tal precaución que parezca se remitan a Jeremie. Procuraréis tener a la disposición del Gobierno un número suficiente de marineros haitianos para la fragata y la corbeta de la República, que llegarán a Los Cayos, pero haced de modo que esto no perjudique la expedición del general Bolívar” (7 de marzo de 1816).

septiembre de 1816 a la república negra. Presentó al presidente Pétion un informe optimista de las perspectivas de la guerra, atribuyendo las pérdidas al infortunio. Ocultó, en cierta manera, las profundas discrepancias en el seno de las filas patriotas y habló de la pujanza de las fuerzas que había dejado combatiendo por la causa de la independencia, solicitando, una vez más, el auxilio en armas municiones, barcos y dinero.

La solidaridad de Pétion se manifestó nuevamente. Tenía confianza en el Libertador, pues el hecho de que los patriotas venezolanos fueran a disputar con el enemigo en el propio campo de batalla bastaba para despertar su entusiasmo y apoyo. El presidente dice a Bolívar: “Si la fortuna inconstante ha burlado por segunda vez las esperanzas de Vuestra Excelencia, en la tercera puede serle favorable: yo, a lo menos, tengo este presentimiento”³⁴. Pétion, un veterano combatiente de las insurrecciones de los negros contra la dominación francesa y de las luchas por la liberación de su patria, tenía experiencia sobre las dificultades y contratiempos que deben vencerse en las operaciones militares. Las prolongadas contiendas en Haití desde 1789, cuando cobró vigor el levantamiento de los esclavos, pasando por las sangrientas batallas para expulsar a los franceses y las campañas de la guerra civil, eran ejemplos del largo camino que debía recorrerse para alcanzar la victoria.

Pétion dio órdenes a fin de que se entregaran a Bolívar nuevos auxilios en armamento de los depósitos de los Cayos de San Luis. La segunda expedición se equipó con cuatro mil quinientos fusiles, ocho cañones de campaña y gran cantidad de pólvora y plomo como para fabricar trescientos mil cartuchos. Llegaron a las costas venezolanas a fines de diciembre de 1816. Las armas y pertrechos de la segunda expedición de Los Cayos, a pesar de las pérdidas sufridas en la caída de la Casa Fuerte de Barcelona, cuando los realistas se apoderaron de una parte considerable del parque, tuvo una gran influencia para la campaña sobre Guayana en 1817.

[34]_ Alejandro Pétion, Carta a Simón Bolívar, 7 de septiembre de 1816.

La adquisición de estos elementos de guerra fue el resultado de la perseverancia de los patriotas en el desarrollo de una política: la lucha por la obtención de los recursos y medios indispensables para proseguir la guerra por la independencia. A pesar de los fracasos de Miranda en 1806, de la Primera República en 1812, de la campaña de 1813-1814, de la primera expedición de Los Cayos y de la derrota de Ocumare, los insurgentes mantenían constante su línea de concentrar el esfuerzo principal en la posesión de las armas. El armamento que llegó a las costas venezolanas en 1816 para avivar la causa de los patriotas era el fruto de esa firmeza y consecuencia.

Mientras Bolívar gestionaba las armas para la segunda expedición de Los Cayos, se solicitaban, simultáneamente, fusiles y municiones en otros países. López Méndez negociaba en Londres. Otra misión se despachó a México y Estados Unidos, inmediatamente después del fracaso de Ocumare. Salió de Bonaire el 7 de julio de 1816, presidida por Luis Brión, en los barcos Constitución, Bolívar y Arismendi. Llevaba instrucciones de insistir en la adquisición de armamento y si no podía obtenerlo, solicitar un empréstito para comprar las armas en Europa. Los patriotas no agotaban en una sola dirección sus esfuerzos. Era la expresión de una convicción ya arriesgada en el ánimo de los principales jefes de la rebelión: se necesitaban grandes recursos para librar y ganar la guerra a los realistas.

¿Son los Estados Unidos un enemigo?

El año 1817 tuvo para los patriotas un gran significado en la lucha por la consecución de los medios de guerra. Después de siete años de contienda armada y de dificultades para obtener armamento, la situación dio un vuelco favorable. Los factores determinantes de este cambio lo constituyeron los acontecimientos internacionales, en especial en Inglaterra y Europa.

Con la derrota de Napoleón en 1815. Después de los famosos *cientos días*, Inglaterra conquistó una indiscutible supremacía mundial. Comenzó una nueva era de expansión comercial y colonial del Imperio británico. Los comerciantes ingleses se apoderaron de mercados y fuentes de materias primas en los países más ricos. Era la época del naciente desarrollo industrial de Inglaterra. Los mercaderes y máquinas de vapor de las Islas Británicas imponían un práctico dominio sobre casi todo el mundo. Después de veinte años de guerras continuas, Inglaterra eliminó a la burguesía francesa como su más peligrosa competidora, y Francia fue relegada a la categoría de potencia de segundo orden; Holanda despojada de sus posesiones coloniales y África abierta a una agresiva conquista. Inglaterra aseguró las rutas de comercio con la India y convirtió a la península indostánica en provincia de procónsules ingleses. Junto con la Rusia Zarista, Austria y Prusia, también vencedoras en las guerras napoleónicas, se distribuyeron la influencia política y económica europea y arreglaron el mapa

del viejo continente. Si los comerciantes ingleses no lograban de *buenas maneras* imponer sus negocios, entonces la flota y los cañones abrían los mercados a la fuerza. Cuando China, años más tarde, prohibió la introducción de opio, la Gran Bretaña impuso su consumo mediante la guerra. La paz de 1815 inició una era de explotación de los países coloniales y semicoloniales por las potencias occidentales victoriosas.

El triunfo de 1815 colocó a Inglaterra a la cabeza de las potencias europeas, surgiendo de la guerra con una gran fuerza militar y naval. La flota británica tenía tantos buques y cañones como el resto de los países del mundo juntos. Inglaterra era la única nación con una economía industrializada, sin competencia en Europa. Esto fue la base material del desarrollo de sus fuerzas armadas y su industria de guerra.

Pero, el final de las guerras napoleónicas no trajo prosperidad para las masas populares en Inglaterra ni en el resto de Europa. “El período de reajuste de la posguerra fue de grandes y anormales dificultades económicas en toda Europa, intensificadas todavía más por las desastrosas cosechas de 1816-1817”³⁵. Inglaterra y otras naciones europeas fueron sacudidas por una ola de desempleo, reducciones de salarios, huelgas, motines de desocupados, etc. Los exsoldados, veteranos de las campañas contra Napoleón, eran los principales fomentadores de disturbios. Mientras la burguesía cobraba los resultados de la victoria, el malestar económico se extendía por todos los países europeos en el seno de los trabajadores y campesinos.

Como resultado de la paz, quedaron en Inglaterra grandes cantidades de material de guerra. Cañones, fusiles, municiones, sobrantes de la lucha, se amontonaban en los depósitos de las fábricas de armas. Los traficantes buscaban apresuradamente colocar contratos de armas por todas partes del mundo, pues con los progresos mecánicos, estas corrían el peligro de convertirse bien pronto en chatarra inservible, con muy poco valor.

[35]_ Eric J. Hobsbawm, *Las revoluciones burguesas*. Madrid, 1964.

La expansión comercial de Inglaterra tenía entre sus objetivos a Hispanoamérica, viejo propósito del Imperio británico. La colocación de las manufacturas inglesas y la extracción de materias primas baratas en estos países representaban una presa suficientemente halagadora para las ambiciones de los mercaderes de Manchester y del Lancashire. Superada la amenaza napoleónica y debilitados los vínculos de alianza con España, Inglaterra tenía las puertas abiertas para cooperar en la subversión de las colonias hispanas.

En estas condiciones, los patriotas venezolanos comenzaron a encontrar un ambiente más favorable en Londres. Sus prédicas ofreciendo glorias, recompensas y buenos salarios despertaban el interés de oficiales y soldados a media paga, desplazados de los ejércitos por la paz de Waterloo. Los vendedores de armas abrían créditos a los compradores del equipo militar sobrante de la guerra. Las proposiciones de los insurgentes ofreciendo ventajas comerciales una vez triunfante la causa de la independencia sudamericana, eran ahora recibidas con sumo beneplácito por la burguesía inglesa.

En 1817, las constantes y prolongadas gestiones de los agentes del movimiento independentista, iniciadas siete años antes, comenzaron a dar sus frutos. Los patriotas hicieron negociaciones por fusiles, cañones, lanzas, municiones y pólvora provenientes de vendedores británicos. Abiertas las posibilidades de adquirir el armamento tantas veces solicitado, el Libertador apremió a López Méndez y expresó su confianza de que por fin se lograra abastecer a sus fuerzas de los elementos de guerra requeridos para librar la lucha contra los realistas:

... el celo e interés que V.S. ha manifestado siempre por el mejor servicio de su país, me hace descansar tranquilamente en la confianza de que por este medio nos proveeremos abundantemente de las armas y municiones que necesitamos para asegurar más y más la libertad de Venezuela y darla a la Nueva Granada y demás territorios ocupados por el enemigo³⁶.

[36]_ Simón Bolívar, Carta a Luis López Méndez, Angostura, 20 de agosto de 1817.

Bolívar insistió, ante López Méndez, en que la falta de armas había sido una de las causas determinantes de las derrotas en los elementos de guerra. A su juicio, la posesión abundante le había permitido al enemigo la restauración realista y la servidumbre de Venezuela. La causa independiente careció de armamento en las “circunstancias más urgentes y decisivas”, y los españoles, convencidos de esta situación dedicaron especial atención a vigilar las costas venezolanas a fin de impedir la introducción de armas.

... no será superfluo recordar a V.S. que, excepto Cartagena, todos los demás puntos de América que han vuelto a la servidumbre deben su ruina principalmente a la falta de elementos militares; que Venezuela no es libre hoy porque ha carecido de los mismos elementos en las circunstancias más urgentes y decisivas: y que el enemigo, por último, bien convencido de que solo la falta de armas puede volvernos al yugo, dirige toda su atención a poseer las costas para impedirnos su entrada³⁷.

En realidad, la decadencia marítima de España impedía a los realistas ejercer una estrecha vigilancia sobre el extenso litoral venezolano, pero procuraban acechar cualquier acción de los rebeldes para frustrar sus intentos de obtener equipo bélico del exterior. Sin flota suficiente, solo podían dedicar unas cuantas naves a controlar el tráfico en las rutas principales hacia las Antillas. Más que en tales esfuerzos, los realistas confiaban en el espionaje establecido en las posesiones europeas en el Caribe, cuyas informaciones suministraban datos acerca de la actividad de los agentes del movimiento independiente. En algunas ocasiones, estas informaciones permitían reforzar el resguardo de las playas, aumentar la vigilancia y hasta llegar a tiempo para evitar un desembarco de armas. Pero, ciertamente, el Libertador actuaba con un propósito definido cuando destacaba entre las causas de la inferioridad de las fuerzas armadas de

[37]_ *Idem*.

los patriotas la pobreza de medios a su alcance, y la colocaba en el primer plano, con lo cual resaltaba la importancia de las gestiones confiadas a los agentes de la República en Londres.

La nueva actitud favorable dispensada en Inglaterra se reflejaba también en las Antillas. Como hemos dicho, la conducta de los ingleses obedecía a su política de abrir a toda costa nuevos mercados a sus productos. A las exigencias de expansión comercial de los mercaderes británicos, las posesiones de Gran Bretaña en el Caribe no podían sino expresar fielmente tal política. Eran las avanzadillas de la penetración inglesa en las colonias españolas. Desde 1810, los insurgentes habían estado continuamente recorriendo las Antillas en solicitud de fusiles, cañones, municiones, pólvora, lanzas. Mientras Napoleón constituyó una amenaza para el Imperio y a los británicos interesaba la alianza con España, las Antillas permanecieron cerradas al tráfico de armas, pero tan pronto se marchitaron las relaciones entre las dos potencias y resurgieron las apetencias del comercio mundial, los turbulentos puertos antillanos se convirtieron en activos centros de venta de los sobrantes de las guerras napoleónicas. La Cancillería británica disimulaba las relaciones con los rebeldes mediante una política sinuosa y hábil de promesas y garantías ante la Corte de Madrid, pero los súbditos ingleses no cesaban de participar en el abastecimiento a los patriotas. Eran inútiles las ofertas de España de hacer concesiones al comercio inglés en los mercados coloniales, abriendo el monopolio a los buques y mercaderes británicos. Inglaterra aspiraba y necesitaba más que eso.

A fines de 1817 se inició la introducción de armas por las rutas de Margarita y Angostura. Al comienzo, eran pequeñas cantidades, pero de una gran significación, pues abrieron la posibilidad de dotar a las guerrillas de Oriente, los restos gloriosos de las campañas de 1813, 1811 y 1816. Y más que eso, fue la ruptura del asfixiante cerco que amenazaba ahogar la lucha armada de los venezolanos, privándolos de armas y pertrechos, con lo cual la escasez de medios y la inferioridad numérica se convertiría en crónica, derrumbando definitivamente las esperanzas del partido independiente.

La apertura de las posibilidades logísticas en las Antillas y en Inglaterra significó, además de una incuestionable ventaja material, un saludable efecto moral para la causa libertadora. No era lo mismo combatir semiaislado como lo hicieron Bolívar, Mariño, Arismendi y demás jefes patriotas en 1813, 1814, 1815 y 1816, que saber abiertos los accesos a auxilios desde el exterior. Un nuevo aliento penetró en los proyectos de los patriotas, pues en las nuevas condiciones, dejaron de ser fantasía los planes que abarcaban a todo el continente en la estrategia revolucionaria. La guerra podía ser prolongada, pero comenzaba a dejar de ser incierta. Con el nuevo cuadro creado por la actitud inglesa se ensanchó el campo donde los patriotas podían maniobrar políticamente para obtener los medios de llevar adelante su empresa. La lucha por la independencia de las colonias españolas pasó a integrarse en mayor proporción al torrente de las contradicciones de la política mundial, situación que sabrán aprovechar más tarde a su favor para fortalecer sus fuerzas y acercar su objetivo. Era evidente que las perspectivas habían mejorado y este cambio comunicó confianza al movimiento independiente y elevó considerablemente su moral.

Pero si en Inglaterra había un ambiente más favorable para las gestiones de los republicanos, la actitud de Estados Unidos continuó mostrándose adversa. Las prohibiciones de prestar cualquier género de auxilio en armas y pertrechos a los independientes de las colonias españolas se mantenían, a pesar de las protestas. El 3 de marzo de 1817 se aprobó una ley de neutralidad y se dictaron rigurosas disposiciones estableciendo castigos a quienes la violaran. Estaba dirigida principalmente contra la venta de elementos de guerra a los rebeldes sudamericanos, y las autoridades no dudaban en aplicarla con la mayor severidad. Un grupo de oficiales británicos, quienes se encontraban en Filadelfia de tránsito a las colonias a incorporarse a las filas republicanas, fueron arrestados; se confiscó un barco cargado de municiones y fusiles con destino a los patriotas, cuando se encontraba en el puerto de Nueva York listo a partir; fueron arrestados numerosos agentes de los movimientos independientes, entre ellos, Manuel Hermenegildo de Aguirre, comisionado

oficioso de los insurgentes argentinos. Un juez lo encontró culpable de violar la ley de neutralidad por comprar dos barcos para el gobierno rebelde de su país. El presidente James Madison ordenó la detención y deportación de un grupo dedicado a organizar una expedición para ayudar a la lucha por la independencia de México. Por todo el territorio norteamericano se perseguía activamente a los partidarios de la independencia de las colonias españolas comprometidos o sospechosos de negociar armas y pertrechos, y una drástica vigilancia se dispuso sobre puertos y embarcaderos para impedir cualquier contrabando de elementos de guerra. Las naves en viaje a Sudamérica eran minuciosamente registradas, a fin de descubrir todo tráfico de armas, así como también se perseguía cualquier actividad de reclutamiento de voluntarios para servir en las filas independientes.

La indignación contra la conducta norteamericana fue general entre los patriotas, juzgándose la posición del gobierno de Estados Unidos como una parcialización abierta a favor de España. El despecho de los insurgentes era ampliamente justificado, ya que sentían traicionados los principios republicanos y liberales divulgados por la propia Guerra de Independencia norteamericana. En los países del Sur se consideró la política de Estados Unidos equivalente a “una hostilidad abierta”. Los chilenos los acusaron de condenar a muerte a la causa independiente. Las disposiciones norteamericanas provocaron a un periódico de Chile el siguiente comentario:

Mas no contento con haber adoptado este partido, no satisfecho con no haber propendido a nuestro auxilio en cuanto fuese conciliable con el sistema de neutralidad, el gobierno norteamericano promulga el 2 de marzo de 1817 un acta que equivale a una hostilidad directa contra los países independientes en la América del Sur³⁸.

[38]_ *El Telégrafo*, de Santiago de Chile. Citado por Daniel Guerra Irigüez en su libro *El pensamiento internacional de Bolívar*.

En Argentina, los patriotas produjeron también ruidosas protestas contra lo que consideraban una verdadera afrenta a las aspiraciones independientes, y en todas las colonias españolas no se disimulaba el sentimiento antinorteamericano en el seno de quienes luchaban contra la dominación realista.

En Venezuela, Bolívar expresó con gran dignidad la reacción del Ejército Libertador por la conducta norteamericana. Los patriotas habían esperado siempre encontrar en Estados Unidos un generoso apoyo a la causa independiente, y una de las primeras misiones diplomáticas de la República, en 1810, se dirigió a aquel país en busca de reconocimiento y ayuda en armas. No obstante los fracasos, se había insistido enviando comisionados en 1813 y nuevamente en 1815 y 1816, no faltando ofertas de tratados comerciales con privilegios para los barcos y negociantes norteamericanos. Inútiles fueron también las invocaciones de principios y doctrinas políticas. La imagen de Washington ejercía una extraordinaria influencia en el ánimo de los patriotas, así como el pensamiento norteamericano de finales del XVIII. Los insurgentes de las colonias se consideraban casi con derecho a exigir facilidades para la adquisición de armas de guerra en la lucha por la independencia de sus países; sin embargo, la actitud norteamericana era todo lo contrario a lo esperado. En lugar de apoyo, se dictaban en Estados Unidos las más severas leyes para obstaculizar la obtención de cualquier género de auxilios. En lugar de solidaridad con los agentes y comisionados sudamericanos, el gobierno norteamericano los perseguía, condenándolos a penas de prisión y multas. El Libertador declaró a Juan Bautista Irvine, agente de Estados Unidos en Angostura:

Hablo de la conducta de los Estados Unidos del Norte con respecto a los independientes del Sur y de las rigurosas leyes promulgadas con el objeto de impedir toda especie de auxilio que pudiéramos procurarnos allí. Contra la lenidad de las leyes americanas se ha visto imponer una pena de diez años de prisión y diez mil pesos de multa, que equivale a la de muerte, contra los virtuosos ciudadanos que

quisiesen proteger nuestra causa, la causa de la justicia y de la libertad, la causa de la América³⁹.

Las relaciones entre los patriotas venezolanos y el gobierno norteamericano se vieron afectadas por “los sucesos” que deterioraron sensiblemente el prestigio de Estados Unidos en el seno del movimiento independiente. En junio de 1817, el general MacGregor, al frente de un grupo de criollos, acometió la audaz aventura de liberar la isla Amelia, cerca de la Florida. Después de un breve combate con las reducidas fuerzas españolas, la isla fue ocupada y declarada independiente, recibiendo MacGregor el apoyo político de los patriotas sudamericanos. El *Correo del Orinoco* recogió con amplio entusiasmo las noticias de la hazaña de MacGregor, considerándola favorable a los propósitos estratégicos de la rebelión en las colonias españolas de América, pero el gobierno norteamericano no aceptó el pronunciamiento y menos aún la acción militar de MacGregor. El interés de Estados Unidos por la Florida y los territorios vecinos era muy pronunciado para que pasara desapercibida una rebelión en la isla Amelia. El asunto dejaba entrever manejos británicos, despertando la desconfianza de los políticos norteamericanos. En todo caso, los sucesos no se compaginaban con las ambiciones de expansión territorial del gobierno de los Estados Unidos, adelantada agresivamente desde los tiempos de Thomas Jefferson. El incidente se complicó cuando Lino de Clemente respaldó calurosamente a MacGregor y protestó la intervención norteamericana.

Lino de Clemente había sido enviado por Bolívar a Estados Unidos en un nuevo intento por persuadir a favor de América del Sur y había recibido instrucciones detalladas del Libertador de negociar con las autoridades fórmulas que permitieran, de alguna manera, suavizar las severas disposiciones de neutralidad que tanto perjudicaban la lucha contra los realistas. En último caso, Lino de Clemente debería gestionar en fuentes privadas

[39]_ Simón Bolívar, Carta a Juan Bautista Irvine. Angostura, 20 de agosto de 1818.

comerciales la obtención de un empréstito para destinarlo a la compra de fusiles y municiones en Europa y las Antillas. Cuando Lino de Clemente mostró su apoyo al general MacGregor y su desacuerdo con la intervención norteamericana, inmediatamente fue rodeado de un ambiente de abierta hostilidad, negándose el gobierno a recibir sus credenciales y aceptarlo como representante oficioso y conminado a abandonar el país. La acción norteamericana, tanto frente al caso de la isla Amelia como la actitud con el comisionado venezolano, aumentaron los recelos de los patriotas frente a la política de Estados Unidos.

Otro suceso, más grave aún, colmó la indignación de los independientes. Navas corsarias al servicio de los patriotas sorprendieron a dos embarcaciones norteamericanas traficando armas con destino a los realistas. Eran las goletas Tigre y Libertad, pertenecientes a los ciudadanos norteamericanos Peabody, Tucker y Coulter, apresadas cuando pretendían desembarcar armas y municiones para los españoles sitiados en Guayana. El incidente reveló la complicidad de ciudadanos norteamericanos con los enemigos de la Independencia. La situación era verdaderamente comprometedora para el gobierno de Estados Unidos. Mientras se negaban a vender armamento a los patriotas, perseguían a sus agentes, encarcelaban a sus partidarios, disolvían las expediciones organizadas en su territorio y montaban un dispositivo para cortarles cualquier auxilio, eran sorprendidos ciudadanos de ese país llevando armas a los realistas.

Los patriotas carecían de armas y no tenían dónde acudir para obtenerlas. En cambio, para los realistas estaban abiertas las puertas de Norteamérica para abastecerse de ellas. ¿Era esta la neutralidad de Estados Unidos? ¿No era esta una parcialidad de Norteamérica a favor de España?, preguntó el Libertador. El incidente provocó las más serias recriminaciones de parte de Bolívar. En una enérgica nota que escribió Juan Bautista Irvine, representante norteamericano en Angostura, dijo:

Mr. Cohett ha demostrado plenamente en su semanario la parcialidad de los Estados Unidos a favor de la España en nuestra contienda. Negar a una parte los elementos que no tiene y sin los cuales no puede sostener su pretensión cuando la contraria abunda en ellos es lo mismo que condenarla a que se someta, y en nuestra guerra con España es destinarnos al suplicio, mandarnos exterminar. El resultado de la prohibición de extraer armas y municiones califica claramente esta parcialidad. Los españoles que no las necesitaban las han adquirido fácilmente, al paso que las que venían para Venezuela se han detenido.

Bolívar se negó a pagar indemnizaciones por los cargamentos capturados a bordo de las goletas norteamericanas, rechazando categóricamente las protestas de Estados Unidos. Y cuando Irvine hizo veladas amenazas, el Libertador recordó al agente norteamericano que Venezuela estaba lista a defender sus derechos contra cualquier nación del mundo, sin amedrentarse por la fuerza.

La política exterior norteamericana estaba embargada en aquellos años por la idea de la expansión de sus fronteras, a costa de los territorios vecinos, pero querían hacerlo sin provocar demasiado a las potencias europeas. Mientras prolongaban sus dominios hacia el Atlántico y al Sur, los norteamericanos no deseaban crearse ningún conflicto nuevo con los países de Europa. Una guerra con Inglaterra en 1812, durante la cual los británicos saquearon a Washington, había dejado numerosos intereses afectados y un conjunto de problemas pendientes. Después de haberse apoderado en 1816 de Florida, los Estados Unidos pretendían que España reconociera este despojo sin necesidad de una guerra. El gobierno norteamericano se cuidaba de no estorbar este objetivo apareciendo como enemigo de los derechos de Fernando VII en sus posesiones sudamericanas. Estados Unidos tenía, además, otros motivos para ser cautelosos en sus relaciones con los insurgentes de las colonias españolas. Después de la derrota de Napoleón, había surgido en Europa una agresiva tendencia ultraderecha reaccionaria apoyada por las potencias de la Santa Alianza. Estaban a

la orden del día las restauraciones realistas, la cacería contra las ideas republicanas y el poder contrarrevolucionario. La Rusia de Alejandro I y sus aliados de Austria y Prusia miraban a los norteamericanos como los jacobinos del siglo XIX. Cualquier pretensión de Estados Unidos de malograr abiertamente el imperio de los Borbones podía producir un conflicto con la Santa Alianza, y ya tenían bastante con la Florida para crear un nuevo motivo de rozamientos.

Los norteamericanos no estaban en condiciones, para entonces, de desafiar a los grandes imperios europeos. En 1823, se atreverían con la Doctrina Monroe, pero ya cuando las diferencias, entre los socios de la Santa Alianza habían debilitado tanto a esta como para no hacerla peligrosa. Por otra parte, los norteamericanos no querían desalojar a los españoles en provecho de los británicos. Conocían suficientemente hasta dónde estaban implicados los ingleses en la subversión de las colonias españolas. Más que una ayuda a una ruptura definitiva de las colonias con España, los norteamericanos estaban interesados en prolongar la dominación española con vistas a una coyuntura internacional más favorable, en la cual pudiera Estados Unidos aprovechar con ventajas la decadencia del poder español. Finalmente, los independientes sudamericanos no parecían todavía suficientemente fuertes como para ser tomados en cuenta. Era demasiado arriesgar la Florida y otras conquistas vecinas por una causa que aún tenía más de aventura que de realidad.

Con este panorama político, no era de extrañar que Estados Unidos mostrara inclinación a suministrar armas y municiones a los realistas. La ley de neutralidad funcionaba, entonces, al compás de los intereses de la política exterior norteamericana. Como afirmaba el Libertador, la prohibición a los patriotas de adquirir elementos de guerra en Estados Unidos. Mientras se facilitaban a sus enemigos no era, ni más ni menos, que una franca parcialidad hacia un bando beligerante y condenar al otro, en este caso a los independientes, a la impotencia y derrota. Por eso, Bolívar preguntaba a Irvine: “Si el gobierno norteamericano no es enemigo, ¿por qué prohíbe a nuestros barcos o a nuestros amigos que traigan abastos a su propio riesgo...?”⁴⁰.

[40]_ Simón Bolívar, Carta a Juan Bautista Irvine. Angostura, 20 de agosto de 1818.

“Los pueblos desesperan por verse armados”

Las armas adquiridas en el extranjero comenzaron a llegar a manos de los patriotas de 1818 en adelante. Con estas armas hizo el Ejército Libertador la campaña de los llanos. En enero de 1818, Bolívar se reunió con Páez en el hato Cañafístola. Con más de cuatro mil hombres, entre los cuales se destacaba una respetable caballería, consideraron conveniente pasar a la ofensiva contra las tropas de Morillo, en inferioridad numérica en aquel teatro de operaciones. El 12 de febrero, los patriotas derrotaron al general español en las puertas de Calabozo, quedando abierto el camino hacia Caracas. Bolívar quería explotar el éxito y marchar velozmente hacia el centro, para aprovechar el desconcierto del enemigo. Su plan era llevar la guerra a la provincia de Caracas, donde abundaban los recursos y reforzar al Ejército. Morillo se retiró a El Sombrero. Mientras las noticias del avance de los republicanos llegaban a todas las poblaciones de los Valles de Aragua y a la capital, provocando una ola de pánico en las filas realistas. Aterrados, muchos huyeron a las Antillas, entre ellos, altos funcionarios del gobierno.

Bolívar y Zaraza ocuparon a Villa de Cura y luego pasaron a Cagua, pero Páez y otros jefes criollos no compartían la estrategia del Libertador. Todavía en esta época, la autoridad de Bolívar era muy discutida en el seno del movimiento independiente. Consideraban que era una aventura prolongar

la ofensiva más allá de los llanos y pisar un terreno donde la infantería y la artillería realistas eran francamente superiores a las fuerzas rebeldes. Los soldados patriotas se negaban a combatir fuera del marco de sus localidades y desertaban del ejército. Para Bolívar era la oportunidad de destruir la fuerza principal del enemigo; sin embargo, los principales caudillos militares se negaron a obedecerle y la ofensiva se paralizó. Mientras los republicanos dudaban y se retrasaban, los realistas aprovecharon el tiempo para concentrar sus efectivos. El 16 de marzo, en el trágico campo de batalla de La Puerta, Bolívar sufrió una tremenda derrota. Los patriotas tuvieron más de mil bajas y perdieron una gran parte de las armas y municiones que con tanto esfuerzo habían estado recibiendo desde el exterior durante el año 1817. Diez días después, La Torre obligó a Bolívar y a Páez a retirarse del combate de Ortiz. Las desgracias de los patriotas aumentaron con la desbandada de Rincón del Toro y las derrotas de Páez en Cojedes, Rangel en Nutrias y Cedeño en Los Palos.

A pesar de los resultados negativos de la campaña de los llanos en 1818, analizadas desde un punto de vista material, quedó sin embargo demostrado que, contando con medios suficientes, el Ejército Libertador era capaz de llevar la guerra hasta las posiciones enemigas, tomar la ofensiva y enfrentarse a las mejores fuerzas realistas. Los abastecimientos de armas y municiones desde el exterior permitían a los patriotas operaciones en más vasta escala y forjar una estrategia de mayor aliento.

En 1819, Bolívar emprendió la campaña de la Nueva Granada. El 27 de marzo inició la travesía de la Cordillera de los Andes. Mientras daba órdenes a Urdaneta para que amagara sobre Caracas, con el objeto de que los realistas mantuvieran fuerzas sobre el centro de Venezuela. Igualmente, Bolívar dio instrucciones a Páez para que se moviera sobre Cúcuta, en una operación de distracción que permitiera al Ejército Libertador caer sobre la Nueva Granada sin mayores contratiempos. El 25 de julio los patriotas ganaron la batalla de Pantano de Vargas, y el 7 de agosto decidieron la suerte de la Nueva Granada

en el campo de Boyacá, con lo cual la guerra tomó un rumbo definitivamente favorable a la causa independiente.

Los fusiles y municiones que hicieron posible los progresos republicanos se introdujeron al país desde el exterior, y fueron los resultados de prolongadas gestiones, en las cuales los patriotas dieron un gran ejemplo de tenacidad. La misión en Londres logró culminar la contratación de armas con una casa cuyos “socios son miembros del Parlamento”. Los comerciantes ingleses hacían un buen negocio vendiendo sobrantes de las guerras napoleónicas, pero no los atraía tanto las ganancias inmediatas del negocio de las armas como las perspectivas de una amplia apertura de los mercados de las colonias españolas en América para el comercio británico. Detrás de las bambalinas estaba *lord* Robert Castlereagh, cuya política exterior seguía con gran interés la situación colonial española. Mientras formulaba a Fernando VII proposiciones para una mediación británica en el conflicto, subrepticamente entregaba armas y municiones a los agentes de los patriotas en Londres.

Los cambios en las disponibilidades bélicas de los rebeldes no pasaron desapercibidas para los realistas. Además de las informaciones que suministraban los agentes en Londres y en las Antillas, los jefes militares constataban en la práctica el aumento de los medios de lucha en manos de los rebeldes. Ya no estaban frente a las partidas guerrilleras desarmadas de 1815; ahora combatían contra fuerzas regulares, en la mayoría de los casos bien provistas de lanzas, fusiles, pólvora y plomo, incluso piezas de artillería.

El general Morillo, como todos los oficiales españoles del Ejército Expedicionario, al igual que el más modesto de los funcionarios del gobierno de Madrid, sabían de dónde venían los elementos de guerra con los cuales se equipaban los insurgentes.

La Europa no podrá menos de ver con admiración cómo de una potencia amiga de España salen los grandes medios que poseen los enemigos para hostilizar sus posesiones, y cómo a cara descubierta sus

más acreditados oficiales, individuos de su nobleza y hombres de todas condiciones, toman parte activa en las banderas revolucionarias entre las hordas de los asesinos y en la guerra que se hace a Su Majestad. El ejército de Bolívar se compone por la mayor parte de soldados ingleses, la Guayana se guarnece por los ingleses, a la Margarita han llegado más de 1.500 individuos de la misma nación, y los buques de guerra, los numerosos parques de todas armas, las municiones, los vestuarios, los víveres, todos los elementos para hacerla y sostener la Independencia, han salido de los puertos del Rey de Gran Bretaña⁴¹.

Las mismas protestas que formulaba el general Pablo Morillo ante su ministro de Guerra, las hacía constantemente el canciller español en notas patéticas a *lord* Castlereagh, obteniendo como respuestas formales declaraciones sobre las prohibiciones dictadas por el gobierno británico para impedir que súbditos suyos cooperaran en las insurgencias de las Colonias. Sin embargo, las armas inglesas continuaban fluyendo a Angostura. En agosto de 1818, Bolívar dio cuenta a los jefes patriotas de que por el Orinoco habían llegado naves republicanas con 7.000 fusiles, 1.000 quintales de pólvora y 500 quintales de plomo. También llegó un tren completo de artillería “y cuanto es preciso para hacer la guerra”.

El tráfico de armas se intensificó con las Antillas. Barcos ingleses llevaban el equipo militar a Saint Thomas u otra isla cualquiera bajo dominio de la escuadra británica. Los elementos de guerra eran transbordados a las embarcaciones de bandera venezolana, las cuales llevaban su carga a las costas de Margarita o tomaban la ruta del Orinoco, rumbo a Angostura. En Trinidad, se dedicaba a comerciar en armas con los patriotas la firma Anderson y Aldenson, quienes eran propietarios de varias goletas, entre ellas La Barinosa, todas matriculadas bajo bandera inglesa. De esta manera, la navegación

[41]_ Pablo Morillo, Oficio al ministro de la Guerra. Calabozo, 12 de mayo de 1819.

corría menos peligro y las operaciones se realizaban invocando la protección del pabellón de Gran Bretaña.

En las Antillas, donde durante los años iniciales de la guerra, no faltó algún gobernador dispuesto a echar a cañonazos de sus posesiones a las embarcaciones patriotas, ahora se recibía a los rebeldes con las mayores atenciones. Las autoridades inglesas facilitaban las adquisiciones de armas, los negocios de los independientes y el comercio con los establecimientos de la naciente República.

El general Pablo Morillo daba al ministro de la Guerra, en Madrid, continuos informes sobre las conexiones entre las islas antillanas y los rebeldes, mediante las cuales se llevaban a cabo todo género de relaciones, principalmente el tráfico de armas y municiones:

... cuentan también con la protección abierta de las colonias, donde, en cambio de las presas que hacen a nuestro comercio, de los ganados que extraen y de los frutos que saquean, tienen los arsenales abiertos para carenar sus buques y cuanto armamento, municiones, vestuarios y efectos de guerra necesitan⁴².

Pero los patriotas no se conformaron con ocho o diez mil fusiles. Habían adquirido la experiencia de ocho largos años de guerra, y para sostener las campañas que exigía la guerra contra España estaban obligados a superar al enemigo en la posesión de los instrumentos de combate. No podían permitirse ninguna vacilación a este respecto. La lucha armada exigía una presión constante para adquirir fusiles, cañones, pólvora, plomo, pues de tales suministros dependían las operaciones militares, y esto significaba la suerte misma de la causa de la Independencia. Por eso, no bastaban las vías que se habían abierto para la introducción de armas al país; era necesario desarrollarlas con la mayor prontitud y actividad.

[42]_ Pablo Morillo, Oficio al ministro de la Guerra. 22 de julio de 1818.

En los años 1819-1820, continuamente fueron enviadas al exterior comisiones en busca de armas. Antonio José de Sucre y Tomás Montilla viajaron a Saint Thomas. Bolívar escribió a Sucre: “Los pueblos desesperan por verse armados y su seguridad lo exige imperiosamente”, expresando de esta manera la urgencia de los requerimientos militares del movimiento independiente. Los progresos de las tropas libertadoras habían incorporado al campo patriota nuevas zonas liberadas. Mientras las derrotas realistas aumentaban el prestigio de las banderas de la República. Pero estos éxitos estaban a merced de circunstancias inestables. Era indispensable fortalecer el poder armado para asegurar y consolidar los avances obtenidos. Tales eran los objetivos de las misiones al exterior: garantizar los abastecimientos de armas e impedir que la escasez de medios afectara la seguridad de las fuerzas independientes. Además de Sucre y Montilla, viajaron a cumplir misión en las Antillas los señores Hamilton y Anderson. Vallenilla y el doctor Forsyth fueron a Estados Unidos, en donde, a pesar de todas las consecuencias de la ley de neutralidad, Bolívar no dejaba de tener esperanza que pudiera lograrse la contratación de un empréstito para la adquisición de elementos de guerra. Desde Guadualito, había pedido a Zea preparar el envío de comisionados a Norteamérica. “La campaña no se ha emprendido por falta de armas”⁴³, decía al intendente, revelando la gravedad de los problemas logísticos que confrontaban los republicanos. Las gestiones ante Estados Unidos también fracasaron en aquella oportunidad. Una última tentativa en ese país se realizó en 1820. Manuel Torres, comisionado ante el gobierno norteamericano, por instrucciones de Bolívar, solicitó un acuerdo que permitiera a los patriotas comprar armamento a los fabricantes de aquel país. Era presidente James Monroe y secretario de Estado John Quincy Adams. Hubo un intercambio de notas, se celebraron conferencias y movieron influencias en la Cámara de Representantes, pero, finalmente, las peticiones fueron rechazadas. Estados Unidos se negaba a permitir a los patriotas la adquisición

[43]_ Simón Bolívar, Carta a Francisco Antonio Zea. Guasualito, 3 de junio de 1810.

de armas en el país o el uso del territorio norteamericano para prestar auxilio al movimiento independiente.

La historia de las gestiones por adquirir elementos de guerra en Estados Unidos no solo tiene interés para descubrir la política norteamericana frente a la independencia de las colonias españolas, la hostilidad de James Madison y las intrigas de James Monroe contra la causa de los patriotas sudamericanos, hasta 1822, cuando intereses políticos y económicos determinaron el reconocimiento diplomático. Esta historia pone de relieve, también, el carácter de los libertadores en sus negociaciones de armas. Estados Unidos dio en numerosas ocasiones, en forma evidente, motivos más que suficientes para abandonar todo intento de obtener allí armas y auxilios por parte de los insurgentes. Los resultados negativos se repitieron en 1811, 1814, 1815, 1817, 1820, pero los patriotas no cesaban en su empeño, a pesar de las negativas y por más rotundas que estas fueran. Una y otra vez insistieron, lo cual era una firme demostración de que la política de los independientes, concebía las gestiones por la adquisición de armamento en el exterior como uno de los aspectos fundamentales de la guerra.

Si los pueblos desesperaban por verse armados y no se abrían las campañas por falta de armas, como afirmaba el Libertador, no había otro camino que obtenerlas en el exterior. Esta fue la orientación que dieron los patriotas a la búsqueda de solución a sus problemas de logística.

En 1819, Peñalver y Vergara viajaron a Londres en busca de dinero para comprar armamento en la propia Inglaterra, donde ya había condiciones favorables para tales negocios. Luis Brión llegó hasta abandonar el ejercicio de la Presidencia del Gobierno de Angostura, del cual estaba encargado, para ocuparse de obtener armas e introducir las a Venezuela. Y Conchita Mariño, la hermana del general libertador de Oriente, fue a Jamaica a gestionar los fusiles y municiones que necesitaban las guerrillas de las provincias de Cumaná, Maturín y Barcelona. Regresó al frente de unas barcasas cargadas de pólvora y plomo, auxilios que resultaron decisivos para la campaña de Bermúdez sobre Caracas, en 1821.

Después de 1820, se abrieron nuevas posibilidades de adquirir armas en el exterior. Con la liberación de la Nueva Granada, los patriotas lograron acceso a las vías del Sur y a puertos sobre el Pacífico. Inmediatamente movilizaron sus agentes hacia Chile y Argentina en solicitud de cañones, obuses, fusiles, plomo, pólvora y dinero. El primer cargamento de fusiles y cartuchos lo compró el comisionado Muñoz a los chilenos, apoyándose en facilidades decididas por el general Bernardo O'Higgins. Luego llegarían a Chile, con la misma misión de Muñoz, el peruano Juan de Salazar y el propio edecán Daniel Florencio O'Leary, enviados por Bolívar. El general San Martín envió mil quinientos fusiles para contribuir a las campañas del Sur. En 1823, los patriotas enviaron a Bernardo Monteagudo ante el gobierno de México en busca de armas, dinero y soldados para la campaña del Perú. Otra misión se despachó a Guatemala con el mismo objeto.

Desde la batalla de Boyacá, en 1819, hasta fines de 1822, es decir, en tres años, los patriotas introdujeron del exterior veintiocho mil fusiles, provenientes principalmente de Inglaterra y las Antillas. No obstante, estas adquisiciones no cubrían todas las exigencias militares, pues los insurgentes estaban empeñados en la expulsión definitiva de los realistas de todas sus posesiones en el continente, llevando la guerra hacia el Sur, hacia los campos de Pichincha, Junín y Ayacucho. Sometido a la constante presión del Libertador, quien solicitaba continuamente armas para el ejército, el vicepresidente, general Santander, favorecía todos los proyectos de introducción de armamento. Cuando el comerciante Juan Anderson presentó un plan de venta a la República de varios miles de fusiles, Santander se apresuró en responderle: "Muy bien me parece el proyecto de usted, de traer armas y municiones para este país, sea por Santa Marta, sea por Guayana. Usted debe proceder con la seguridad de que este cargamento será pagado, al entregarlo, en doblones"⁴⁴.

[44]_ Francisco de Paula Santander, Carta a Juan Anderson, noviembre de 1821.

La dependencia de las operaciones militares de las fuentes de abastecimientos de armas situadas en el exterior, fue un proceso inevitable. Durante más de catorce años de guerra, las campañas de los patriotas estarán sujetas a las armas que lograban introducir al país. Sus bases logísticas funcionaban en las Antillas y cuando dejaban de fluir a Margarita o a Angostura los cargamentos de fusiles, piezas de artillería, plomo y pólvora, se debilitaba el impulso de la guerra. Pero la lucha armada progresaba cada vez que llegaban los medios de combate a las manos libertadoras. Del exterior no solo llegaban las armas, sino también el vestuario de buena parte del ejército en los últimos años de la guerra.

La dependencia logística de fuentes exteriores representó un grave problema para los ejércitos republicanos. Políticamente, permitió tentativas de potencias extranjeras de influir en el curso de la guerra y en los destinos del movimiento independiente. Sobre la base de esta inevitable dependencia es por lo que, durante cierto tiempo, se tejieron en Inglaterra las maniobras de mediación. Se pretendió usar el otorgamiento de auxilios para inclinar a los patriotas a favor de una fórmula de avenencia con España, según la cual se conservaban los derechos de Fernando VII a cambio de una limitada representación en estas Cortes. Por supuesto, para cumplir el papel de mediación, los ingleses fijaron condiciones que significaban la obtención de provechosos privilegios comerciales y de amplia influencia política en estas colonias. La supeditación de recursos del exterior, también sirvió de apoyo a los británicos para intentar imponer una solución monárquica a la lucha de los independientes, como condición para el reconocimiento diplomático y la prestación de auxilios militares. Inglaterra insinuó su disposición a dar su reconocimiento a los gobiernos insurgentes y facilitar la ayuda militar y económica si se establecían instituciones monárquicas. De estas maquinaciones nacieron estas ideas de coronar a Bolívar, a San Martín y, de incluso, traer príncipes europeos. Tanto *lord* Castlereagh como George Canning vieron en estos proyectos una forma de preservar los intereses británicos en la América española y, al mismo tiempo, encauzar el movimiento independiente sin correr el peligro de un desbordamiento por caminos revolucionarios.

Desde el punto de vista militar, la subordinación logística del exterior significó un tremendo obstáculo táctico y estratégico. Quedaban fuera del alcance de estas decisiones de la dirección patriótica los recursos del ejército. Una situación semejante repercutía muy seriamente en la planificación, en el desarrollo de estas operaciones, en el cumplimiento de estas campañas. Las acciones militares tenían, en ocasiones, que interrumpirse en espera de la llegada de las armas y municiones del exterior. Se aplazaban campañas. Mientras arribaban a Angostura los barcos despachados desde Saint Thomas. Fue evidente que esta circunstancia contribuyó a la prolongación de la Guerra de Independencia.

Sin embargo, la dependencia logística del exterior era una situación natural dentro de estas condiciones de la época y del desarrollo de las colonias españolas en América. No había ni la más remota posibilidad ni para patriotas ni tampoco para los realistas de contar con una industria de guerra, suministradora de equipo militar. Estaban obligados a abastecerse de los recursos provenientes de los países europeos o de Estados Unidos, en los cuales se habían desarrollado industrias de guerra. En tales condiciones, la marcha de la actividad militar de los insurgentes sufría las alteraciones de los suministros proporcionados por sus agentes en el exterior. Era muy natural la alegría que producía en las filas de los patriotas la introducción de armas al país. “Sucre me dice de Caicara que vierten remontando el Orinoco 3.000 fusiles. ¡Viva la buena nueva!”, exclamaba Bolívar⁴⁵.

[45]_ Simón Bolívar, Carta a Francisco de Paula Santander, 24 de febrero de 1820.

Maestranzas de guerra

El atraso económico del país no permitía a los patriotas el establecimiento de una producción nacional de elementos de guerra. Una industria de este tipo corresponde a cierto nivel de desarrollo, situación que estaba muy lejos de alcanzar las colonias españolas a principios del siglo XIX. La evolución de las armas de fuego había hecho de la producción bélica una de las ramas económicas que requería mayor técnica e inversión de capitales, y fueron precisamente tales circunstancias las que permitieron, entre otras, el ascenso de la burguesía al Poder en los siglos XVIII y XIX. Las armas de fuego significaron la supremacía de las ciudades sobre los feudos, de las milicias burguesas frente a las caballerías de los príncipes, de las naciones adelantadas ante el submundo atrasado. Los cañones y fusiles, en cuya producción intervenía determinantemente la técnica avanzada de la época, relegaron a los espadachines, arqueros y piqueros, a la jabalina y a la cota de malla, símbolos del dominio feudal.

Pero la Venezuela de 1810 no reunía ninguna de las condiciones para el establecimiento de una industria de guerra: era un país colonial, feudal-esclavista, agropecuario, no siendo extraño que en su guerra predominaran la lanza y el caballo, cuyo imperio solo disminuía cuando el teatro de operaciones se trasladaba a las serranías y bosques.

Sin embargo, la extraordinaria presión de las exigencias militares, obligaron a los patriotas a improvisar rústicos talleres destinados a la reparación de las armas o a la elaboración de partes no complicadas de las mismas. Estas maestranzas, denominación que recibían en la época dichos talleres, se establecían cuando los insurgentes dominaban un territorio determinado. El carácter nómada de las guerrillas o el vivac de las campañas, no eran condiciones apropiadas para instalaciones de este género.

Las primeras maestranzas de guerra aparecieron en Caracas en 1811. La *Gaceta de Caracas*, en su número del 11 de junio, publicó una información dando cuenta de la existencia de una “fábrica de fusiles” en Petare. La Junta de Gobierno concedió su inmediata protección a la empresa, que era dirigida por el “artista de herrería” don Manuel Toro, colaborando en la maestranza don Gerónimo Ricaurte, Dionisio Palacios y don Manuel de las Casas. Los proyectos, impregnados de entusiasmo, consignaban la intención de producir treinta fusiles diarios. Los primeros modelos obtuvieron vivos elogios de las autoridades caraqueñas, las cuales tenían idea sobre las necesidades de las milicias, pero que desconocían las duras realidades de la guerra. Pese a las continuas reorganizaciones que practicó el gobierno, la maestranza de Petare no dio los resultados apetecidos.

Durante su tránsito por Mérida, en 1813, el ejército de los patriotas utilizó un taller fundado por el canónigo Uzcátegui. Los insurgentes merideños habían establecido una maestranza en la cual se fabricaban lanzas, picas y se reparaban mosquetes. El canónigo Uzcátegui era un ferviente patriota que fundió hasta el órgano de la Catedral, a fin de aprovechar el metal en la producción de rústicos elementos de guerra, ayudado por un grupo de artesanos de la ciudad. El taller del canónigo Uzcátegui fue muy útil a las operaciones militares que culminaron con la reconquista del poder en 1813.

Después de la liberación de Caracas, como resultado de la Campaña Admirable, los patriotas establecieron de nuevo varias maestranzas en la capital dedicadas a la producción para el ejército. Francisco Jacot instaló una fábrica

de pólvora. Jacot era español, partidario de la independencia de Venezuela. Comenzó a producir pólvora en pequeñas cantidades, con la ayuda de operarios y de su propia familia, quienes se ocupaban de la refinación y mezcla del azufre y carbón. También se organizó un taller para la reparación de fusiles y fundición de lanzas, astas y picas. Se estableció la producción de fornituras, dirigida por los maestros Ramón Uslar y Pedro Antonio Pérez. Las mujeres formaron un costurero para entregar diez mil uniformes al Ejército Libertador. Otros dos talleres se montaron para ocuparse de fabricar alpargatas para la tropa.

No obstante, ninguna de estas instalaciones para abastecer de pólvora al frente y reparar las armas inutilizadas parcialmente en la contienda, lograron satisfacer las exigencias de las operaciones militares. Las demandas superaban con creces la precaria producción. Además, la técnica era muy primitiva y los materiales empleados de muy baja calidad. Por otra parte, se carecía de recursos, dinero, maquinarias, personal adiestrado. En estas condiciones, las maestranzas cumplían una función muy secundaria en la logística independiente. Ni siquiera estaban en capacidad de abastecer al ejército en aquellos renglones más elementales, como el surtido de calzado, vestidos, cobijas. Los útiles para los hospitales tuvieron que recogerse de donaciones de las familias caraqueñas, y la pólvora y el plomo se obtenían con inaudito esfuerzo.

Durante los años de las grandes derrotas —1815-1817— no hubo medios para ninguna clase de establecimientos destinados a producir material de guerra. Como en ninguna otra época, la lucha armada tomó un carácter guerrillero. Reducidos grupos de patriotas hicieron una guerra fluida y nómada en Oriente y los llanos de Apure. Fueron los tiempos en los cuales se improvisó con cualquier vara una lanza, volviendo a los días de la pica fabricada con astillas de madera dura. Los insurgentes tuvieron poca cosa que oponer a los realistas, pero no por eso la guerra cesó. Con el enorme entusiasmo que despierta una causa justa en los hombres, los patriotas sustituían la pobreza de medios con los elementos más rudimentarios y las coberturas tácticas más ingeniosas, procedimientos que solo estaban al alcance de los pueblos y de sus vanguardias en armas.

En estos años, aun cuando fueron introducidas al país las armas del arsenal de Los Cayos, se redujeron al mínimo las posibilidades de los patriotas, y fue necesario acudir a grandes sacrificios para continuar la lucha armada.

Cuando los independientes ocuparon Guayana en 1817, mejoraron sus posibilidades de instalaciones de talleres destinados a la producción para la guerra. Bolívar comunicó en julio de 1818 la llegada a Angostura de máquinas e instrumentos y de hábiles artistas con el objeto de establecer maestranzas para la reparación de armas. Tanto las máquinas como los artesanos provenían de contrataciones realizadas por los agentes insurgentes en Londres, y permitían al ejército poner nuevamente en uso fusiles y algunas piezas de artillería que sufrían daños durante las operaciones militares o en las largas y accidentadas travesías. La reparación de armas representaba una considerable economía para los agotados caudales de la República, pero su ventaja principal consistía en cubrir la siempre deficiente dotación de las fuerzas armadas, remediando en algo la permanente falta de armamento.

También en Guayana se hicieron instalaciones para la construcción, armadura y carenaje de embarcaciones de la escuadra patriota. Bajo la dirección del almirante Brión, se artillaban y ponían en condiciones de combate cañoneras y otras unidades navales, aprovechando para tales fines todos los recursos disponibles, desde las maderas extraídas de las misiones del Caroní hasta los objetos útiles arrancados a las presas capturadas por los corsarios al servicio de la República.

Con la liberación de la Nueva Granada, se lograron mayores posibilidades para cierta producción de guerra. Las provincias de la Nueva Granada no habían sido tan devastadas por la guerra como los territorios venezolanos en poder de los patriotas. Conservaban riquezas que los republicanos sabrían aprovechar con prontitud. Pablo Morillo se dio perfecta cuenta del significado de la pérdida de la batalla de Boyacá. En agosto de 1819 comunicó a su ministro de la Guerra:

El sedicioso Bolívar ha ocupado inmediatamente la capital de Santa Fe, y el fatal éxito de esta batalla ha puesto a su disposición todo el reino y los inmensos recursos de un país muy poblado, rico y abundante, de donde sacaré cuanto necesite para continuar la guerra en estas provincias, pues los insurgentes y menos este caudillo, no se detienen en fórmulas ni en consideraciones.

Ya para 1820, los patriotas tenían en funcionamiento tres fábricas de pólvora en la Nueva Granada: una en Santa Fe, otra en Tunja y una tercera en Vélez. El vicepresidente Francisco de Paula Santander, en su correspondencia con el Libertador, informaba: “Aquí he levantado una tercera fábrica que va saliendo regular, destila ya nitro, se adelanta y vendrá a producir algo”⁴⁶.

La importancia que le daban los patriotas a su reducida pero vital producción de guerra, puede valorarse por el hecho de estar personalmente el vicepresidente Santander encargado de su supervisión. No queda en manos secundarias, pues su atención estaba a cargo de una de las principales figuras de la Gran Colombia, hombre de confianza de Bolívar y precisamente distinguido por su capacidad de organización. Fue Santander quien preparó en Casanare las fuerzas principales de vanguardia que atravesaron los Andes en 1819 para la campaña de la Nueva Granada, y la atención que dispensaba a las maestranzas de guerra no era burocrática, sino directa y minuciosa, como lo prueban sus oficios y cuentas al Libertador: “Dentro de cuatro días enviaré veinte mil cartuchos. El tiempo ha estado lluvioso que no deja trabajar en nitros y pólvora, que necesitan sol”⁴⁷, escribía Santander a Bolívar. Y cuando una de las fábricas de pólvora dejó de cumplir la cuota de producción asignada, el propio vicepresidente tomó el asunto en sus manos, hizo comparecer a los jefes del establecimiento, investigó

[46]_ Francisco de Paula Santander, Carta a Simón Bolívar, 16 de noviembre de 1819.

[47]_ *Idem*.

las causas de la falla e informó al Libertador que había dado al responsable “una descarga cual la merece”⁴⁸.

En la Nueva Granada se instalaron también, después de 1820, los talleres principales de reparaciones de armas. Una parte del personal de Angostura fue trasladado a Santa Fe y se ampliaron los establecimientos para atender las exigencias generales de casi todo el ejército en este aspecto. La reparación de los fusiles era una ocupación muy importante, pues el pésimo transporte y los malos caminos ocasionaban serios daños a las armas que se enviaban hacia los frentes, lo que no era nada extraño, ya que los fusiles tenían que hacer un largo recorrido hasta llegar a las manos del soldado. Además del trasbordo en las Antillas, el armamento despachado desde los puertos ingleses, al llegar a Angostura era remitido en mulas a los distintos lugares de destino. Cuando se trataba de las campañas de la Nueva Granada o del Sur, tenía que ir de Angostura a Bogotá, atravesando los intransitables caminos de las montañas de San Camilo.

Han venido dos mil quinientos fusiles, pero todos necesitan de recomposición porque con el agua, el barro y los golpes han quedado en un estado el más horrible. No están destruidos, pero cada uno de ellos necesita de pasar por la armería⁴⁹.

De tal manera que, en ocasiones, los patriotas perdían más armas en las marchas y transportes que en los propios combates.

Algunas veces, era tal el estado de las armas que se hacía imposible su reparación. Los fusiles llegaban a Santa Fe sin posibilidad alguna de ponerlos en servicio. “De los 500 remitidos de las provincias del Norte no ha sido posible componer 400, porque más de 80 llegaron que no traían sino los cañones y las platillas de las llaves”⁵⁰. Pero, las partes sobrantes de los fusiles que no tenían

[48]_ *Idem*.

[49]_ Francisco de Paula Santander, Carta a Simón Bolívar, 8 de junio de 1820.

[50]_ Francisco de Paula Santander, Carta a Simón Bolívar, 19 de septiembre de 1819.

reparación no por esto eran desechadas. Con ingeniosos arreglos, se usaban para fabricar un arcabuz de tipo casero, el cual se suministraba a las partidas guerrilleras. Los cañones de los fusiles inservibles también se utilizaban para construir una especie de ametralladora, muy primitiva: se fijaban seis o diez sobre un soporte, lo que a corta distancia causaba grandes destrozos. Páez los usó para armar la flotilla de embarcaciones del Apure.

Las maestranzas de guerra del ejército patriota cumplieron un papel importante en el esfuerzo independiente, dentro de la rusticidad de su desarrollo, por lo que la dirección republicana se ocupaba de ellas directamente, considerándolas como factores esenciales en la conducción y desarrollo de la guerra. Más que resultado de recursos técnicos, fueron obra de la perseverancia y sacrificios de los hombres comprometidos en la causa insurgente.

Como de ordinario sucede en la guerra

Los patriotas se abastecieron también de la propia dotación de los realistas. Con las armas capturadas al enemigo en las emboscadas, en los asaltos, en el campo de batalla, realizaron importantes campañas y mantuvieron la guerra durante largos años. El definitivo desenlace de la contienda se decidió en el combate, desarmando al enemigo. En la batalla de Ayacucho, los patriotas redujeron a la impotencia a los realistas, e hicieron prisioneros al virrey, cuatro mariscales de campo, diez generales de brigada, dieciséis coroneles, sesenta y ocho tenientes coroneles y doscientos ochenta y cuatro oficiales de otros grados, además de dos mil soldados. Capturaron siete mil fusiles, catorce piezas de artillería, grandes cantidades de municiones y otros pertrechos de guerra. Las armas arrebatadas al enemigo significaron la doblegación de la voluntad española, el acto final de la Guerra de Independencia en las colonias sudamericanas. Pero, antes hubo catorce años de lucha, en los cuales los patriotas tuvieron que hacer prodigios de todo género para poseer las armas. Ayacucho fue solo la culminación del proceso de confrontación de fuerzas, que aún se prolongaría hasta el 2 de enero de 1826, cuando se rindió El Callao. El camino recorrido para llegar al desarme final del enemigo fue difícil. Los años iniciales, de inferioridad numérica y escasez de medios, fueron de una lucha muy desigual. Así transcurrieron los nueve primeros años de la guerra.

Los patriotas no solo tuvieron que hacer grandes esfuerzos para obtener armas en el exterior, sino también extraordinarios sacrificios para conseguir abastecerse con armamento arrebatado al enemigo.

La campaña de Occidente, en 1813, la iniciaron los patriotas con los auxilios suministrados por la Nueva Granada, pero no hubiera sido posible alcanzar los objetivos señalados sin las armas capturadas en Niquitao, Los Horcones, Taguanes. En los cuatro meses de operaciones, los insurgentes surtieron a sus efectivos militares con los arsenales enemigos. Sabían aplicar el antiguo principio de que la guerra debe nutrirse de la guerra misma, buscando hacer realidad esta norma hasta donde sus propias fuerzas y las del adversario podían permitirlo.

La liberación de las provincias orientales en ese mismo año, iniciada con la expedición a Güiría, comienza con los fusiles adquiridos en Trinidad. Después, Mariño y sus compañeros lograron obtener más armamento en Guadalupe, pero el grueso de las armas para movilizar las tropas hacia Caracas provino de las victorias sobre los realistas. Fueron lanzas, sables, fusiles, municiones y cañones tomados al enemigo en el campo de batalla.

En la defensa de la Segunda República, la casi totalidad de las armas con las cuales lucharon los patriotas constituían trofeos arrebatados de las manos realistas. Pocas se habían comprado a las goletas extranjeras que recalaban en La Guaira. Otras eran todavía parte de los auxilios recibidos de la Nueva Granada, pero la mayoría eran frutos de la sangre y del sudor de los independientes, disputando por ellas a fuego y lanza. En la primera batalla de Carabobo, donde Bolívar derrotó a Cajigal, los patriotas capturaron quinientos fusiles y nueve cañones, y, antes, en las victorias de Mosquiteros, en Virigirima y en Araure el año 1813, habían obtenido ciertos pertrechos como para continuar la guerra. Mientras que Mariño, cuyas fuerzas habían sido dotadas, en parte, con las armas ganadas por Arismendi en Margarita y con los parques capturados en Cumaná, Maturín y Barcelona, tuvo también oportunidad de apoderarse de armamento con la victoria de Bocachicha, el 31 de marzo de 1814.

Cuando resultaban triunfadores, se apoderaban de lanzas, fusiles y hasta de algunas piezas de artillería, mas había dificultades para tomar la pólvora y el plomo, pues estos pertrechos no eran trasladados en grandes cantidades a los sitios de combate, por regla general. En consecuencia, siempre existía una situación deficitaria de estos elementos.

Pero aun con los triunfos logrados en la campaña de 1813, el campo de batalla no pudo superar con sus trofeos la tremenda pobreza de armamento confrontada por la República. En los combates se capturaban armas, pero también se perdían cuando el desenlace resultaba adverso. Para el Libertador estos eran percances naturales de la guerra y no había razón alguna para sorprenderse. Un ejército en campaña no solo obtiene victorias, sino que también puede sufrir derrotas y consecuentemente pérdidas en elementos de guerra. Así lo apreciaba Bolívar cuando informaba de descalabros de este género: “Hemos sufrido pérdidas de armas y municiones, como de ordinario sucede en la guerra”⁵¹ .

Durante el asedio de Morales a San Mateo, los propios patriotas hicieron volar su depósito de pólvora cuando lo creyeron en peligro de caer en manos del enemigo. En la batalla de La Puerta, en junio de 1811, perdieron tres mil fusiles nuevos y nueve cañones. En Villa de Cura, los realistas capturaron un almacén de pólvora, según parte de Boves, y en Aragua de Barcelona, ya en los finales de la Segunda República, los patriotas dejaron en poder de sus enemigos miles de fusiles y numerosas cargas de pertrechos. Estos fueron algunos de los desastres de 1811, que no serían los últimos. En el año 1814 perdieron un cuantioso parque en las playas de Ocumare y en el año 1817, cuando sucumbió la Casa Fuerte de Barcelona, los realistas se apoderaron de grandes cantidades de elementos de guerra que habían sido introducidos al país con la segunda expedición de Los Cayos.

Dentro de las condiciones en las cuales libraban la lucha armada los patriotas, las pérdidas de material de guerra no desmoralizaban sus filas, pero

[51]_ Simón Bolívar, Carta a Luis Brión, San Fernando, 15 de marzo de 1818.

significaban duros golpes para el esfuerzo militar y político. Los insurgentes defendían sus depósitos de armas y municiones con los mayores bríos. Es famosa la defensa de Valencia por Urdaneta en marzo de 1814, cuando Bolívar dio órdenes de perecer con la ciudad antes de entregar al enemigo el parque que allí se conservaba: “Defenderéis a Valencia, ciudadano general, hasta morir; porque, estando en ella todos nuestros elementos de guerra, perdiéndola se perdería la República”⁵². El propio Bolívar estuvo a punto de morir tratando en vano de reembarcar los fusiles y municiones en Ocumare para impedir que cayeran en manos de los realistas, y se cubrieron de gloria los heroicos defensores de la Casa Fuerte de Barcelona, dirigidos por Pedro Manuel Freites, en cuya custodia reposaban las armas de la segunda expedición de Los Cayos.

Con las armas arrebatadas al enemigo hicieron la guerra los patriotas después de las derrotas de 1814, cuando quedaron en el país aisladas guerrillas como sobrevivientes de los ejércitos abatidos por los realistas en Aragua de Barcelona y Maturín. José Tadeo Monagas reagrupó unas partidas por los llanos de San Diego de Cabrutica, al sur de lo que es hoy el estado Anzoátegui, llegaron a reunir cuatrocientos hombres. Las tribus caribes se incorporaron a estas guerrillas, bajo la dirección de su capitán, el indio Tupepe, y de Manaure, quien era el segundo jefe. Por las sabanas de Guasay y Chamariapa, los patriotas movilizaron a los indios terecais. Semidesnudos, cubriéndose solo con guayucos, organizaron una activa resistencia, comandados por Francisco Vicente Parejo. Por los lados de Río Caribe estaban las guerrillas de José Rivero, quien hecho prisionero en una de sus correrías, fue decapitado por los españoles, y el coronel José Francisco Peñaloza, también muerto a manos del enemigo después de sostener numerosos combates al frente de insurgentes de la provincia de Barcelona.

Otros famosos guerrilleros de esa época fueron el entonces comandante Andrés Rojas y el capitán Jesús Barreto. Andrés Rojas se mantuvo peleando

[52]_ Simón Bolívar, Carta a Rafael Urdaneta, 26 de marzo de 1814.

en la provincia de Cumaná, rodeado de un grupo de valerosos combatientes, y Jesús Barreto hizo la guerra de guerrillas en las inmediaciones de Maturín. En esta misma provincia dirigían unas guerrillas los Sotillo, Miguel, Pedro y Juan. Este último, cincuenta años después, sería uno de los más famosos generales de la Guerra Federal, pero en aquel tiempo era solo un joven guerrillero, aun cuando ya renombrado por su destreza con la lanza. En Caicara, combatían las guerrillas comandadas por los hermanos Hernández, entre los cuales sobresalía Pedro Hernández, el mayor de ellos. Y en Cumanacoa, el bravo Domingo Montes.

Por los lados de Chaguaramas, mandaba unas guerrillas Pedro Zaraza, formadas por unos doscientos hombres armados con lanzas y sesenta fusiles. En la batalla de Urica, Zaraza dirigió el ala izquierda de la caballería; con una carga impetuosa, rompió el flanco derecho de los realistas en donde se encontraba Boves. La leyenda atribuyó a Zaraza el lanzazo que terminó con la vida del caudillo realista. Después de la derrota de 1814, quedó muy pobremente armado, sosteniendo la guerra por los rastrojos del Guárico. Zaraza era un guerrillero extraordinario, muy respetado y seguido por sus hombres. Ducoudray-Holstein escribió que, después de Páez, era quien tenía “mayor autoridad e influencia sobre los llaneros”. Los realistas secuestraron a uno de sus hijos para obligarlo a rendirse, pero el jefe patriota se mantuvo inquebrantable ante las presiones de sus enemigos.

Manuel Cedeño era el jefe de las guerrillas en El Tigre. También él había reunido la gente dispersa y sostenía en los campos de la provincia de Barcelona activas operaciones contra los españoles. Cedeño había conquistado fama de valiente en las filas republicanas, participando en la campaña de 1813. Cuando en marzo de 1814, Boves se retiró a Villa de Cura a curarse de una herida sufrida en San Mateo, el Libertador confió a Cedeño la misión de penetrar en las posiciones enemigas, sorprender a Boves y traerlo prisionero al Cuartel General. Tal era su renombre como oficial temerario y audaz.

Las guerrillas lograron extender su influencia y controlar partes importantes de las provincias de Cumaná, Maturín y Barcelona, llegando a cobrar suficiente auge como para organizar un gobierno y un estado mayor general que unificara el mando. El gobierno guerrillero se formó en mayo de 1816, después de una reunión en San Diego de Cabrutica, a la cual concurrieron los principales jefes de Oriente; los Monagas, Zaraza, Andrés Rojas, los Hernández, Francisco Tupepe, Marcos Manaure, los Sotillo, Jesús Barreto, Francisco Vicente Parejo, Jesús Francisco Blancas y otros. Eran en total noventa y dos jefes guerrilleros, quienes se constituyeron en asamblea. Después de prolongadas deliberaciones y catorce votaciones —ya que no se ponían de acuerdo— eligieron a José Tadeo Monagas como general en jefe y a Pedro Zaraza como segundo. Las principales decisiones militares fueron aprobar los proyectos de liberar a Cumaná, Barcelona y preparar una expedición para abrir operaciones sobre Caracas.

Los grupos dispersos de las derrotas en la Nueva Granada se refugiaron en los llanos de Apure y Casanare. Allí actuaban las guerrillas patriotas formadas por restos de las fuerzas republicanas que habían participado en las campañas de Barinas, Guárico y Mérida. Eran las partidas armadas bajo la dirección de Olmedilla, Rangel, Páez, Guerrero y otros. En las riberas del Arauca el caudillo local era Nonato Pérez. A los llanos llegaron, además de numerosas personalidades civiles neogranadinas, los jefes militares Rafael Urdaneta, Francisco de Paula Santander, Manuel Servier, José María Carreño, Francisco Conde y Juan Antonio Paredes.

En 1816, la emigración reunida en Guasualito y los grupos guerrilleros del Casanare y Apure acordaron formar gobierno con el propósito de unificar los esfuerzos para reconquistar la República. Después de celebrar un congreso eligieron una Junta de Gobierno, integrada por el doctor Fernando Serrano, quien había sido gobernador de Pamplona, como presidente; el doctor Francisco Javier Yáñez, secretario general, y los militares Urdaneta y Servier con el carácter de consejeros. Este gobierno no duró mucho: un pronunciamiento de las unidades militares lo sustituyó por la jefatura de José Antonio Páez, como general en jefe.

Páez había logrado reunir bajo su mando a los grupos de caballería llanera, a los cuales se unieron después numerosos desertores de las filas realistas. Ganados a la causa republicana por las ofertas de recompensar sus servicios con el reparto de las tierras y propiedades enemigas, los peones de los llanos comenzaron a engrosar los efectivos de Páez. Caracciolo Parra Pérez ha recogido los relatos de oficiales de la Legión Británica, describiendo el aspecto que estos hombres presentaban ante los ojos de los extranjeros: “Gente de aspecto feroz y salvaje a quienes los avíos militares no humanizaban ni mejoraban. Montados en bestias famélicas y agotadas”. De la manera como vestían, nos dicen:

Muchos sin calzones, ropa interior u otra alguna, excepto una faja de paño azul o de algodón por los ijares... Otros llevaban pantalones pero sin medias, zapatos ni botas y generalmente, con una sola espuela, algunos llevaban una especie de sandalia con el pelo hacia afuera.

Sobre las armas que formaban el equipo de los combatientes de las llanuras venezolanas, decían los oficiales británicos:

En la diestra llevan una vara de ocho a diez pies de largo con una lanza de hierro muy afilada en la punta... a veces poseen un antiguo mosquete recortado de doce pulgadas a guisa de carabina, y con un sable largo o tajante de punta y filo, o una espadita colgada de costado⁵³.

Tanto las guerrillas orientales como las de los llanos de Apure y Casanare, realizaron verdaderas proezas durante los años 1815 y 1816 para dotarse de armamento. Aislados por los golpes del año 1811, no recibían armas del exterior

[53]_ Caracciolo Parra Pérez, *Mariño y la Independencia de Venezuela*, Madrid, 1955.

y tenían que obtenerlas tomándolas en el combate con los realistas. En estos duros años sostuvieron la lucha armada a costa de los pertrechos del enemigo. Su arma principal era la lanza y cuando faltaba la punta de hierro era sustituida por madera endurecida al fuego. Las guerrillas no necesitaban de muchos instrumentos para hacer la guerra.

En cuanto a armas, iban bastante mal provistos, pues muy pocos las llevaban... Algunos tenían mosquetes con bayonetas; otros carabinas; casi todos solamente lanzas. Pero su arma favorita era el machete, que, sin lugar a duda, resultaba en manos de aquellos hombres la más mortífera de todas⁵⁴.

Este rudimentario armamento lo suministraba la guerra misma. Para vestirse bastaban los despojos de un enemigo caído en la emboscada. El alimento consistía, por lo general, en raciones de carne sin sal y hubo épocas en las cuales toda la comida era carne de burro y vainas del cují. Así estuvieron guerreando los patriotas durante los años 1815, 1816 y buena parte de 1817. En pequeñas partidas, sorprendiendo al enemigo, hostilizándolo constantemente, moviéndose sobre sus líneas de comunicaciones y abastecimientos, operando en los vastos territorios de las provincias orientales y los llanos del Apure y Guárico.

La importancia de este movimiento guerrillero fue incuestionable para la causa independiente. Constituyó el núcleo básico a cuyo alrededor se organizó el ejército que realizaría las grandes campañas posteriores, dándole el poder a los patriotas y liquidando las fuerzas realistas. Era un movimiento que contaba con el apoyo de la población y estaba hondamente enlazado a las aspiraciones populares. La presencia de los peones llaneros sosteniendo las operaciones militares en Apure y de los caribes, guairiqués y terecais en las guerrillas orientales eran evidencias del sello popular de las mismas. Pero era, además,

[54] *Idem.*

un movimiento que tenía ambición de poder, como lo prueban los intentos por formar gobierno con José Tadeo Monagas en Oriente y el doctor Fernando Serrano en la Trinidad de Arichuna. Esta tendencia a integrar instituciones de poder, además de tener un signo político, reflejaba la voluntad de unificación de las guerrillas, de darle una dirección única a la guerra y de continuar la lucha a pesar de las derrotas anteriores.

El obstáculo principal que se oponía al desarrollo de la causa independiente durante aquellos años era la falta de armas. El movimiento guerrillero no estaba en condiciones de progresar dentro de las condiciones de la escasez de medios, pues la transformación de las guerrillas en ejército regular y la posibilidad de realizar campañas importantes, es decir, constituir una amenaza seria para el dominio realista, dependía sustancialmente de la posesión de armas. Pobremente armados como lo estaban, las partidas guerrilleras tenían que resignarse a labores de hostigamiento y operaciones secundarias, ya que las limitaciones impuestas por la pobreza de recursos materiales no daban para más.

Las posibilidades de llevar a cabo campañas decisivas para la guerra solo fueron abiertas con las armas provenientes del extranjero. La campaña de Guayana se pudo realizar con fusiles, pólvora y plomo llegados del exterior, de manera especial el armamento introducido desde Haití. Y para la campaña de la Nueva Granada, así como para las operaciones que culminaron en la batalla de Carabobo, en 1821, fueron indispensables los suministros de Inglaterra y las Antillas. La escasez de medios condenaba a los patriotas a operaciones limitadas en el orden táctico y estratégico, y si este mal se convertía en crónico no podía menos que prolongar indefinidamente la contienda y afectar muy gravemente la causa independiente, comprometiendo incluso su propia suerte. En estos años es, precisamente, cuando la dirección patriota realizó el esfuerzo mayor de su gestión en la búsqueda de armas en el exterior y su introducción al país. Este fue el objeto de las diligencias de Bolívar en Haití y la índole principal de las instrucciones de los agentes en Londres, Estados Unidos y en las Antillas.

La llegada de elementos de guerra del extranjero permitió el progreso de las guerrillas y su transformación en ejércitos regulares. A partir de 1816, los orientales recibieron armas de las Antillas y con los desembarcos de las expediciones de Los Cayos, aumentaron sus medios. Páez comenzó a recibir armas desde 1817, enviadas desde Angostura por el Libertador, lo cual permitió al caudillo llanero reforzar considerablemente sus posiciones. José Tadeo Monagas, Manuel Cedeño, Pedro Zaraza, Andrés Rojas, a quienes Bolívar otorgó los despachos de generales de Brigada, aumentaron sus fuerzas y extendieron su influencia por las provincias de Barcelona, Maturín, Cumaná y Guárico. Mariño y Piar, quienes habían arribado con la primera expedición de Los Cayos, abrieron operaciones también en Oriente. La guerra tomó un nuevo aspecto, nutrida por los suministros del exterior, pero las condiciones para este auge no solo eran el resultado de la posibilidad de contar con armas, sino también consecuencia de la lucha librada por los grupos guerrilleros en las peores situaciones de pobreza de medios e inferioridad numérica. Las guerrillas habían creado los instrumentos morales, formado los recursos humanos y preparando las circunstancias políticas para la continuación de la guerra, la formación de un gran ejército patriota, la realización de grandes campañas y la victoria final de la causa independiente.

Las capturas de armas continuaron jugando un papel importante en los abastecimientos insurgentes, sin llegar nunca a ocupar el rango de los suministros provenientes del exterior. En la ocupación de Angostura, los patriotas obtuvieron importantes pertrechos del arsenal enemigo. A partir de 1820, junto con los triunfos republicanos, aumentaron los elementos de guerra conquistados a las tropas realistas. La liberación de Maracaibo, en enero de 1821, dejó en manos de los patriotas más de cien mil cartuchos y material de artillería. En la toma de Cartagena se capturaron tres mil fusiles y gran cantidad de pólvora y plomo. Carabobo permitió arrebatarse al enemigo un copioso parque. Habían quedado atrás los años de la escasez de medios y de la inferioridad numérica, la época guerrillera del Ejército Libertador.

Mulas a cambio de fusiles

La lucha por la posesión de las armas planteó a los patriotas numerosos y difíciles problemas. Uno de los más complicados fue cancelar el valor de los elementos de guerra provenientes del extranjero. Los traficantes de Londres y las Antillas no suministraban auxilios por generosa disposición a colaborar desinteresadamente con la causa rebelde. Cobraban el precio de las armas, fijado en la mayoría de las ocasiones en forma leonina, con exigencias perentorias. Mientras más embarazosa era la situación de los republicanos, más duras fueron las condiciones fijadas por los vendedores de armas. Los términos de las negociaciones se aliviaron a partir de 1817, con la acumulación de los sobrantes de las guerras napoleónicas y el mejoramiento de las perspectivas militares de los insurgentes. Estos cambios, a los cuales también debe agregarse el creciente interés británico por desalojar a España de sus colonias, no significaron, sin embargo, fórmulas muy liberales para vender armamento. Los patriotas tuvieron que hacer grandes sacrificios para atender el valor de las contrataciones de fusiles y municiones.

Los gastos de la guerra tenían que ser cubiertos con los recursos propios del país, pues no había otra manera de cancelar las compras de armamento y otros artículos destinados al ejército. La solución del problema no fue fácil. En los primeros años, los patriotas afrontaron grandes dificultades. En la mayoría de

las provincias eran recibidos con hostilidad o indiferencia. Grandes masas de la población, bajo la influencia de los religiosos españoles, no habían sido ganadas aún por las ideas de la independencia nacional. Actuaban sometidas a la presión ideológica, política y social de la colonia. En estas condiciones, los insurgentes encontraban numerosos obstáculos para obtener recursos destinados a sostener la guerra.

Urdaneta describió un cuadro deprimente de la situación que encontraban a su paso en la campaña de 1813-1814.

El soldado republicano es mirado con horror, no hay un hombre que no sea enemigo nuestro, voluntariamente se reúnen en los campos a hacernos la guerra; nuestras tropas transitan por los países más abundantes y no encuentran qué comer; los pueblos quedan desiertos al acercarse nuestras tropas y sus habitantes se van a los montes, nos alejan los ganados y toda clase de víveres, y el soldado infeliz que se separa de sus camaradas tal vez en busca de alimentos es sacrificado.

Los realistas habían logrado, con brutales represiones, sembrar el terror entre los habitantes de Venezuela. Este ambiente ejercía una poderosa coacción sobre el espíritu de las masas, por lo que muchos hombres del pueblo veían con temor las consecuencias de mantener relaciones con los insurgentes. Pero, además, la conducta de una parte considerable de la población estaba determinada por el fanatismo religioso, el atraso político y los complejos culturales, de los cuales se valían los realistas para mantener su dominación.

De un país en tales condiciones hostiles, hubo necesidad de extraer recursos para hacer la guerra. La situación se complicaba por la devastación que afectaba a las provincias bajo control republicano. Además de las consecuencias del terremoto de 1812, cuyos estragos causaron un duro daño a Caracas y otras ciudades, el territorio dominado por los patriotas fue rápidamente empobrecido por las operaciones militares. Después de las derrotas de 1814, las familias

partidarias de la causa independiente quedaron arruinadas, pues la mayoría de sus bienes y propiedades fue confiscada o saqueada. Muy pocos recursos había a la mano para la empresa de costear los gastos de la guerra. A medida que se prolongó la lucha armada, la ruina se extendió a todo el país. La agricultura y la ganadería fueron abandonadas; los hombres dedicados a la producción en el campo huyeron de la guerra o fueron reclutados para servir en cualquiera de los dos bandos. Las antiguas riquezas se extinguieron. Las tierras y poblaciones que ocupaban y evacuaban los ejércitos durante las campañas, quedaban desoladas por los combates y las emigraciones. Tal era el panorama general de Venezuela para 1817, con excepción de algunas provincias que se habían salvado de los efectos de la guerra.

Durante la Primera República (1810-1812), según la crítica de Bolívar, un conjunto de debilidades y contemplaciones habían impedido la utilización plena de los recursos en los preparativos de guerra. El Libertador atribuía a los dirigentes de aquella época “una insensata disipación de caudales y rentas públicas en objetos de frivolidad, cuando debieron emplearse en preparativos de guerra”⁵⁵. Para el Libertador, habían cometido un grave crimen al descuidar la dotación de armas y equipo para el ejército. Era el principal deber del gobierno dedicar el presupuesto a reforzar las defensas republicanas cuando, precisamente, estaban amenazadas por la restauración realista. Los líderes de la “Patria Boba”, como se ha llamado aquel período, no entendieron esta exigencia elemental de la conducción de la guerra. En lugar de “emplearse en preparativos de guerra” todos los recursos del Estado, se consagraron a gastos burocráticos y a cubrir servicios distintos a las urgentes necesidades militares. Esta debilidad no la perdonó Bolívar cuando enjuició críticamente las causas de la derrota de 1812 ante el Congreso de la Nueva Granada.

[55]_ Simón Bolívar, Representación al Soberano Congreso de la Nueva Granada, 27 de noviembre de 1812.

La corrección de la política de “insensata disipación de caudales”, significaba una dirección enérgica para colocar en el primer plano las tareas relativas al sostenimiento de los gastos de guerra, subordinando a este interés toda otra consideración. A partir de la experiencia de la Primera República, los patriotas adoptaron una actitud más resuelta. El fracaso de los primeros años fue una dura lección. Si querían sobrevivir a una nueva tentativa, estaban obligados a solucionar satisfactoriamente el problema de la posesión de las armas. Sin emplear en esa dirección todos los recursos y caudales, era imposible alcanzar tal objetivo. Después de 1812, para la dirección patriota la suerte de la guerra dependía de los recursos que se emplearan en ella, de manera sistemática y sostenida.

Sin disponibilidades en efectivo, ni oro ni plata, los patriotas apelaron al ganado y frutos del país como medios de pago. Mulas, yeguas, reses, tabaco, café, cacao, añil y otros efectos de la producción agropecuaria aún existentes, fueron utilizados para crear un sistema de trueque con los vendedores de armas. En las Antillas aceptaban estos artículos a cambio de fusiles y municiones. La negociación permitía a los comerciantes recargar los precios de los elementos de guerra, doblando a veces su verdadero valor. La especulación no tenía límites en vista de la ansiedad de los insurgentes por adquirir armamento.

A pesar de las privaciones voluntarias y las rígidas disposiciones imponiendo severas economías, las campañas ocasionaban elevados gastos, especialmente las compras de pólvora y plomo para reponer las pérdidas ocasionadas en las operaciones; las dotaciones de fusiles, lanzas y machetes a los combatientes y el abastecimiento de otros elementos de guerra para el ejército. No bastaban las actividades de los jefes militares para reducir lo más posible los gastos. Aun así, se requerían grandes erogaciones para colocar a las fuerzas armadas en condiciones de combatir.

La necesidad de cubrir los crecidos presupuestos de las campañas imponía a la dirección patriota una acción constante para recolectar frutos y ganado en las provincias bajo control republicano. El Libertador mantenía a los generales con instrucciones precisas acerca de estas tareas.

Los inmensos gastos que se han hecho en la última campaña, los nuevos empeños que se han contraído para comprar elementos de guerra y vestuarios, la extrema necesidad en que está el gobierno de cumplir religiosamente todos sus contratos para equipar y armar las divisiones que obran en provincia, exigen que se tome por ahora el mayor interés en recoger todos los frutos que puedan servir para cubrir el crédito del gobierno, en que se cifra, en gran parte, la salvación del país. En consecuencia, ordeno a V.S. que recoja todas las mulas que haya en toda la provincia de su mando⁵⁶.

En esa época, las mulas eran muy solicitadas por sus naturales condiciones para soportar pasadas cargas y recorrer largas distancias, lo cual las hacía valiosas para el transporte de mercancías. En las Antillas, las mulas de Venezuela tenían gran demanda. Se exportaban a Estados Unidos, México, Centroamérica y otros países. Además de utilizarse en el transporte comercial, eran excelentes para servir a los ejércitos en la movilización de la artillería de montaña trabajo donde resultaban insustituibles.

Pero, además de las mulas, los patriotas usaban el café y el cacao como medio de pago a los vendedores de armas. El trueque de cacao y café por fusiles y municiones se estableció desde 1810 con la isla de Guadalupe y otras posesiones europeas en el Caribe. A partir de 1815, se intensificó cuando los comerciantes antillanos lograron la complicidad de los ingleses. En 1816, los insurgentes se apoderaron de numerosas haciendas de café y cacao en las costas de la provincia de Cumaná. Partidas guerrilleras realizaban operaciones para echar a los realistas de las fincas y haciendas más productivas. Las cosechas eran embargadas y despachadas con destino a las Antillas. La administración de estos bienes pertenecía por entero al ejército y a las guerrillas de los patriotas. Los resultados que se obtenían negociando las cosechas se

[56]_ Simón Bolívar, Carta al general Pedro Zaraza, Angostura, 18 de junio de 1818.

dedicaban al mantenimiento de las operaciones militares, principalmente a la compra de elementos de guerra.

Tan importante era la posesión de estas haciendas, por el destino que daban a sus cosechas los rebeldes, que el general Pablo Morillo consideraba como la fundamental consecuencia de su victoria en Oriente, en 1817, haber desalojado de enemigos las propiedades de las costas de Cumaná. Cuando en julio de 1817, participó al ministro de la Guerra en Madrid, los resultados de las operaciones realistas en las provincias orientales, no dudó en destacar que:

... por consecuencia de estas operaciones y del país que ha quedado libre, vuelven a entrar en poder de la Real Hacienda los muchos bienes que hay secuestrados a los rebeldes en la costa de Güiría, y en general todas las haciendas de cacao y café, de que por espacio de un año han extraído los rebeldes tantos frutos y tan considerables sumas. Con ellas granjearon créditos entre los extranjeros y establecieron un comercio de armas y municiones con que han infestado estas provincias.

El mayor interés de los españoles era privar a los patriotas de los beneficios que procuraban con la ocupación de las haciendas en las costas de Cumaná, y advertían, como una de las mayores amenazas a la dominación realista, este tráfico entre las islas vecinas y los rebeldes venezolanos, lo que no resultaba difícil para estos, por la cercanía de Trinidad. Las goletas tomaban sus cargas de las playas, bajo la protección de las guerrillas, y luego se amparaban en el pabellón británico al navegar aguas afuera. Los españoles, careciendo de suficientes embarcaciones como para impedir la burla del bloqueo, no tenían otra alternativa que ocupar con sus fuerzas las posiciones en tierra. Pero esto significaba un despliegue muy numeroso de tropas para hacer permanente la vigilancia. No estaban en condiciones de mantenerla y los patriotas, impulsados por sus urgencias de armas y pertrechos, encontraron la forma de proseguir el comercio de elementos de guerra desde las costas de Cumaná, después de 1817.

Los negociantes de las Antillas surtían a los rebeldes hasta de piezas de artillería por las playas orientales. Debido a la escasez de recursos para pagar y a las dificultades propias del transporte, las entregas de armas no eran en grandes cantidades, pero significaban una extraordinaria ventaja para la causa independiente. Gracias a la introducción de estas armas, la guerra nunca se apagó en las provincias de Cumaná, Barcelona y Maturín. Margarita fue otro punto clave para el tráfico de armas, y los expertos marineros de la isla el factor humano decisivo para hacer llegar los fusiles, el plomo y la pólvora a las manos combatientes. Las provincias orientales fueron durante toda la lucha armada por la independencia, un continuo foco de guerrillas que desafiaban la autoridad realista. Cuando, después de cada derrota, los españoles daban por muerta la insurrección, esta resurgía en las lanzas y fusiles de las guerrillas. La razón no solo era el patriotismo de los orientales sino, también, las facilidades que tenían para introducir armas desde el exterior. En las provincias orientales todo se prestaba para el comercio de armas: extensas costas, buenas para el desembarco furtivo; cercanía de las colonias inglesas; haciendas de cacao y otros frutos, y los indios guaiquíries, audaces navegantes y diestros contrabandistas. Con estos medios a su alcance, los patriotas no desaprovechaban ninguna oportunidad para abastecerse de elementos de guerra.

En 1817, después de haber hecho grandes esfuerzos para someter a Oriente, Morillo daba cuenta a Madrid de los resultados de la campaña:

Hemos cogido catorce cañones de los calibres 4, 8 y 21, más de quinientos fusiles y todas las municiones. Estas y el armamento lo compraban en las colonias en cambio del cacao, café y demás frutos de estas costas, que son las más ricas de Venezuela y de donde han sacado para hacernos la guerra inmensos recursos⁵⁷.

[57]_ Pablo Morillo, Oficio al ministro de la Guerra, Cumaná, 2 de julio de 1817.

Era inútil considerar estas capturas como una resonante victoria. Los insurgentes se las ingeniaban para reponer los fusiles, cañones y municiones con nuevas introducciones al país. No sin grandes sacrificios, por supuesto, pero con la decisión de quienes estaban haciendo una guerra justa.

La preocupación mayor de los realistas eran las Antillas. De allí se abastecían los independientes de todo cuanto podían pagar, una vez que se atenuaron las restricciones impuestas por Inglaterra debido a sus vínculos con España. En julio de 1814 se había firmado un tratado de alianza entre las dos potencias. Inglaterra se comprometió a no prestar ninguna clase de auxilios a los insurgentes, mientras España aceptaba la participación británica en su comercio con las colonias de América. Cuando se firmó este tratado apenas hacía dos meses que Napoleón había abdicado en Fontainebleau, Inglaterra estaba en guerra con Estados Unidos y los asuntos mundiales se encontraban en un período de reajustes y arreglos. La alianza con España era el resultado de la política de *lord* Castlereagh, de acuerdo con las circunstancias imperantes al salir de las guerras napoleónicas, pero él no se proponía cumplir el tratado. En relación con América, su objetivo era apoderarse del mercado desalojando a sus competidores y asegurar la influencia inglesa mediante el establecimiento de gobiernos independientes probritánicos. Una vez desaparecidas las circunstancias que obligaron a los ingleses a proclamar los derechos de Fernando VII, se dedicaron a desarrollar sus propios planes. En vano el conde de Fernán Núñez, a nombre de Su Majestad Católica, ofreció mayores concesiones comerciales a cambio de una intervención de Inglaterra en favor de España. Los ingleses ya estaban decididos a llevar a cabo su juego en provecho de sus intereses en el nuevo continente⁵⁸.

En esa época, las Antillas eran lugar y asiento de toda clase de aventureros. Allí encontraban refugio y modo de vida los audaces de todas las nacionalidades:

[58]_ William W. Kaufmann, *La política británica y la independencia de la América Latina*, Caracas, 1963.

piratas, contrabandistas, tratantes de esclavos, mercenarios para cualquier empresa, traficantes de armas, corsarios, prófugos de la justicia, gente fuera de la ley tenían en las numerosas islas del Caribe su mundo. Los continuos conflictos entre holandeses, franceses, ingleses y españoles por la posesión de los territorios antillano; las incursiones de piratas de las más variadas banderas; el tráfico de negros y las emigraciones provocadas por las guerras, habían creado un abigarrado conjunto de intereses de cuya intrincada mezcla los patriotas sabían aprovecharse para crear su sistema de abastecimiento de armas.

Morillo no cesaba de quejarse del apoyo que comenzaron a recibir los patriotas en las Antillas.

Cuentan —informaba a sus superiores en España— también con la protección abierta de las colonias, donde, en cambio de las presas que hacen a nuestro comercio, de los ganados que extraen y de los frutos que saquean, tienen los arsenales abiertos para carenar sus buques y cuanto armamento, municiones, vestuarios y efectos de guerra necesitan⁵⁹.

Las Antillas se convirtieron en el “verdadero foco de la guerra en Venezuela”, según la calificación del general Pablo Morillo. A las actividades subversivas desarrolladas desde las islas vecinas, atribuían las autoridades realistas las causas de las operaciones militares de los patriotas, el contrabando de armas y los auxilios que recibían las guerrillas insurgentes. Para el Capitán General del Ejército Expedicionario Español y Pacificador de Venezuela, el origen de todos los males estaba en las Antillas, en la proximidad de sus costas, en la codicia de sus comerciantes, en el virus revolucionario de los emigrados. El centro de la conspiración contra España, desde donde provenían los medios de la rebelión, estaba allí, en los

[59]_ Pablo Morillo, Oficio al ministro de la Guerra, 22 de julio de 1818.

dominios de la escuadra inglesa. En un oficio a su ministro de la Guerra, decía Morillo: "... la proximidad de las Antillas, que facilitaba el comercio clandestino en aquellas provincias, era otra causa favorable a los insurgentes, proveyéndoles de cuantos medios necesitaban para la resistencia"; y en otra comunicación insistía:

La codicia de los comerciantes extranjeros, particularmente los ingleses, les ha abierto sus almacenes en Europa y en las Antillas, y con las esperanzas de adquirir haciendas o de recibir en cambio los ricos frutos de este continente, concurren a porfía para suministrar a los rebeldes cuanto pueden desear⁶⁰.

No estaban equivocados los jefes realistas en cuanto al papel que cumplían los comerciantes antillanos en el suministro de armas a los patriotas, pero ya sus quejas no tenían ningún efecto. De 1817 en adelante, los independientes intensificarán cada vez más su comercio de elementos de guerra con las vecinas Antillas y la propia Inglaterra. Teniendo ya bajo su control, aun cuando con intervalos de dominación enemiga, las costas y regiones de algunas provincias orientales, perfeccionarán su sistema de introducción del armamento y el trueque de mercancías con los negociantes extranjeros.

Para cumplir con las exigencias de este comercio, la dirección patriota imponía una política de colocar a las órdenes del gobierno y del ejército todos los recursos que pudieran tener valor para cambiarlos por armas y auxilios de guerra. Ganado, frutos y otros objetos se disponían solo tomando en consideración los requerimientos de la lucha armada. Los intereses particulares y otras circunstancias quedaban en un segundo lugar. Se procedía de igual manera para atender las más urgentes necesidades del ejército.

[60]_ *Idem.*

Hacer conducir para Barinas cuanto ganado encuentren recogido o puedan recoger, sin atender a que sea o no manso, a quien pertenezca ni a nada más que a la subsistencia del ejército, objeto infinitamente más sagrado e interesante que la conservación de la propiedad privada⁶¹.

Tal era el tono de las instrucciones de Bolívar a Páez. La prioridad de las tareas de armar, equipar y sostener al Ejército constituía la base esencial de la doctrina de guerra de la dirección independiente. Esto explica no solo las disposiciones que colocaban en primer plano las necesidades militares, sino el elocuentísimo hecho de que eran los principales dirigentes quienes se ocupaban directamente de la organización de las requisas de ganados y frutos. Páez despachaba las mulas y reses desde Achaguas hacia Angostura. Zaraza realizaba operaciones sobre Barinas para tomar las cosechas de tabaco. Mariño embarcaba las cargas de cacao de las provincias orientales. El presbítero y coronel José Félix Blanco se ocupaba de la administración de las misiones del Caroní para extraerle hasta el último recurso para la guerra. Bermúdez reunía todo cuanto de valor encontraban a su paso las guerrillas de Oriente. Y Santander, años más tarde, tendría bajo su dirección, además de las fábricas de pólvora, la recaudación de los empréstitos y de los embargos.

El sistema creado para el comercio de armas con las Antillas, la solución a los complicados problemas de las contrataciones de elementos de guerra, la recolección de frutos y ganado para cubrir los compromisos con los vendedores de armas, constituye una de las más notables lecciones de la abnegación y capacidad de los libertadores. Este trabajo “sucio”, muy distinto de las grandes operaciones en los campos de batalla, realizado por el esfuerzo colectivo de numerosos cuadros militares y civiles, que requería la cooperación del pueblo y los servicios de numerosos combatientes empeñados en un esfuerzo común,

[61]_ Simón Bolívar, Nota al general José Antonio Páez, 10 de marzo de 1820.

fue una labor decisiva para asegurar la sobrevivencia de la causa independiente y, después, su victoria sobre los realistas.

Este esfuerzo fue extraordinariamente difícil en los primeros años de la guerra, cuando rodeaban a los patriotas un ambiente hostil, las dificultades y la adversidad. No dejó nunca de ser peligroso, aun después de mejorada la situación militar, pero, además, su realización encontró al lado de la beligerancia abierta del adversario el desgano del indiferente y la cobardía del mundano. La pasiva resistencia de quienes desde las rendijas veían el tránsito de los ejércitos. “El país es patriota, pero no quiere el servicio militar, tiene víveres y bagajes pero no ganas de darlos”⁶², diría Bolívar durante las operaciones en el Perú. Y así era, en efecto, no solo en los países del Sur. La renuencia de muchos a aceptar heroicamente los sacrificios de la guerra y la frialdad del indolente, eran plagas extendidas al paso de los libertadores. Cuando iban derrotados se convertía en despiadada soledad; sí vencedores, en solapada resistencia.

[62]_ Simón Bolívar, Carta al general Antonio José de Sucre, 1823.

Pólvora y plomo con preferencia a todo

Guayana cumplió un papel clave en la obtención de recursos para sostener la guerra. Su liberación en 1817, marcó un cambio en el curso de la lucha armada. La estratégica región al margen del Orinoco desempeñó una importante función en los planes logísticos del movimiento independiente.

Hasta 1817, las posibilidades de ocupar de manera permanente un territorio que ofreciera óptimas ventajas militares y recursos, habían resultado infructuosas. La reconquista del Poder en 1813, en Caracas y Oriente, fue fugaz. La isla de Margarita no llenaba todos los requerimientos exigidos. Era una posición en líneas exteriores, pobre en recursos, sin comunicaciones seguras con el gran interior venezolano y fácil de hostilizar por la escuadra española. No brindaba máxima seguridad al ejército ni a la dirección patriota. Tampoco reunía condiciones para facilitar el crecimiento de las fuerzas armadas.

La isla de Margarita había jugado una extraordinaria misión al servicio de la república. Fue base principal para el contrabando de fusiles y pertrechos, y sus costas refugio de corsarios, cuyas acciones rindieron gigantesco esfuerzo en la tarea de armar a los insurgentes. Sus hombres nutrieron las guerrillas orientales y fueron factor fundamental de la minería venezolana. Para sostener las banderas de la rebelión en todo el país, la indomable resistencia de los margariteños fue incuestionable aliento moral. Sobre la isla se estrellaron los intentos

de Morillo por “pacificar” las provincias orientales, y esta victoria elevó el espíritu de combate en las filas republicanas. Pero, la Nueva Esparta carecía de un conjunto de requisitos indispensables para servir de base expansiva a la guerra, de manera especial en cuanto a las comunicaciones con los frentes de operaciones, los recursos a disposición del ejército y los elementos de seguridad para el funcionamiento de los órganos de dirección del movimiento independiente.

En los llanos de Apure y Casanare, los patriotas habían logrado mantener zonas liberadas desde 1815. Allí se refugiaron las emigraciones de la Nueva Granada, de Barinas y Mérida, huyendo de las represiones de la restauración realista. Con los grupos dispersos de las derrotas, se formaron las guerrillas que, en septiembre de 1816, en la Trinidad de Arichuna, proclamaron el mando supremo del general José Antonio Páez. Esta región tenía grandes ventajas, por sus comunicaciones con la Nueva Granada y las posibilidades de operar sobre Barinas, Guárico, los Valles de Aragua y la provincia de Caracas, pero estaba relativamente aislada del exterior marítimo, lo cual era vital para el abastecimiento de armas y las relaciones con los agentes en las Antillas, Estados Unidos y Europa.

En las provincias de Cumaná, Maturín y Barcelona, las guerrillas habían obtenido el control de extensos territorios. Para 1816, José Tadeo Monagas tenía en su poder a Aragua de Barcelona, a San Mateo en la vía a Barcelona, la región del Pao hasta San Diego de Cabrutica. Mientras el general Manuel Cedeño derrotaba a Nicolás Ceruti en El Tigre y nuevamente en Caicara extendiendo así la influencia de las armas republicanas. Sin embargo, estas conquistas no eran estables. Las provincias orientales eran muy vulnerables a los ataques realistas. Zonas para mantener una lucha fluida, guerrillera, de movimientos, pero no favorables al establecimiento de una base sólida.

Los patriotas necesitaban un territorio que reuniera condiciones de seguridad, recursos, comunicaciones con el interior y el exterior. Los elementos de seguridad eran indispensables para proteger al ejército y a los cuadros dirigentes en las peores emergencias. Después de largos años de guerra,

durante los cuales ya en varias oportunidades las derrotas habían obligado a los principales jefes a abandonar el país, era una necesidad política y militar el establecimiento de una base fija. Las continuas huidas al exterior habían fomentado una atmósfera de descrédito a la causa independiente, cuyas consecuencias perjudicaban el desarrollo de la guerra. Daban una triste demostración de fragilidad, de lucha artificial, sin arraigo en las condiciones objetivas del país. Impresión que creaba hondos recelos en los países a donde acudían los insurgentes en solicitud de auxilios. Advertía Brión a la dirección patriota, después de los fracasos de 1816.

Escriba Vuestra Excelencia a los generales que obran en el interior de Oriente y no le oculte Vuestra Excelencia amargas verdades. Con la unión deberéis alcanzar la victoria, pero si sois desgraciados debéis escoger la muerte antes que abandonar vuestro patrio suelo, pues en ninguna parte seréis recibido: es preciso que reconquistéis la opinión pública.

Razón más que poderosa para procurar por todos los medios establecerse en un territorio. Pero, tal propósito no podía cumplirse sin dar a la dirección rebelde un conjunto de medios de seguridad que permitieran la sobrevivencia de su misión, aun en caso de mayor infortunio.

En cuanto se refiere a los recursos y comunicaciones, el movimiento insurgente requería urgentemente de los primeros para el abastecimiento de armas desde el exterior y garantizar la subsistencia del ejército. Poco valor tenía la ocupación de una provincia que no diera a los patriotas ganados, frutos, bienes, en cantidades suficientes para cubrir los requerimientos más urgentes de la guerra. Esta exigencia correspondía a la perentoria necesidad de afrontar los gastos del mantenimiento de fuerzas armadas y de las operaciones militares. Finalmente, una base debería ofrecer ciertas condiciones de acceso al exterior marítimo y de comunicaciones con el interior del país. La dirección de la

guerra no podía aislarse de los contactos con el extranjero, donde se encontraban sus principales fuentes logísticas, ya que eso significaría casi la muerte por asfixia del movimiento independiente, ni quedar cortado en sus relaciones con los frentes operacionales del interior, sin riesgo de perder su propia acción dirigente. Tenía que estar en una posición céntrica, para aprovechar las ventajas de operar en líneas interiores.

El general Manuel Piar fue de los primeros en dirigir la visión de los patriotas, sobre las posibilidades que presentaba la provincia de Guayana. En carta al general José Antonio Páez, el 28 de noviembre de 1816, destacaba:

Guayana es la clave de los llanos, es la fortaleza de Venezuela: Guayana ha sido el centro y refugio de los enemigos; ha sido la fuente que ha derramado la esclavitud en la República. Ella, por su posición, está en contacto con los países extranjeros y con todo el interior; ella está cubierta y protegida por un muro más fuerte que el bronce, por el Orinoco; ella, en fin, es el único país de Venezuela que, excepto de las calamidades de la guerra anterior, nos ofrece recursos para proveernos de lo necesario, y el único punto de defensa que podemos elegir, así para establecer nuestros almacenes, como para tener un asilo seguro si la suerte nos redujera al último término. La ocupación de Guayana debe ser, pues, con preferencia, el objeto de nuestros esfuerzos. Sus ventajas son incalculables.

La misión estratégica que Piar asignaba a Guayana revela la gran profundidad con que este veía el desarrollo de la lucha armada. Su pensamiento abarcaba la necesidad de los recursos para sostener la guerra, los contactos con el exterior y los frentes internos, la capacidad natural para la defensa, pero —a diferencia de la generalidad de los jefes militares de su época— no se limitaba a los requerimientos más inmediatos del conflicto. Partiendo de las experiencias de los años anteriores y de la comparación de las fuerzas en

guerra, suponía la prolongación de la lucha. Piar vislumbraba una estrategia, por “si la suerte nos redujera al último término”, en las condiciones más desfavorables. No hay aquí ninguna idea de abandonar el país ni renunciar a las armas, sino encontrar un sitio rodeado de elementos de seguridad donde en caso de la mayor desventaja, pueda diferirse la decisión, ganar tiempo, pero continuar la guerra. Tales eran las ventajas que parecían incalculables al general Piar y lo decidían a colocar la ocupación de Guayana con preferencia a cualquier otra operación.

El gran aliento de esta visión estratégica de Piar, sobresale en el marco de las condiciones concretas de la época. Entonces los patriotas llevaban ya siete largos años de guerra, habían sufrido numerosas derrotas y afrontado duros fracasos. Las disidencias habían afectado muy seriamente la unidad de sus filas. Estaban rodeados de hostilidad, traiciones y ruinas, y en pleno apogeo la guerra sangrienta, a muerte. Bolívar había perdido las armas y el parque de Los Cayos en la aventura de Ocumare y se encontraba de nuevo en Haití: Páez no tenía suficientes fuerzas para sostener el sitio de San Fernando y solicitaba ayuda de los orientales.

Temeroso de una expedición de La Torre. En las provincias de Barcelona, Cumaná y Maturín se mantenían activas las guerrillas, pero debilitadas por las discrepancias y pugnas que separaban a los jefes militares.

Guayana había permanecido en poder de los realistas todo el curso de la guerra. Un intento en 1810 para unirse a la Declaración de Independencia de Caracas y Cumaná había sido aplastado. A partir de 1811, los realistas pasaron a una acción ofensiva. Comenzaron a atacar las posiciones republicanas y mandaron expediciones sobre las provincias de Barcelona, Maturín y la isla de Margarita. La Junta de Caracas, en combinación con los gobiernos de Barcelona y Cumaná, organizó un ejército para someter a los guyaneses. Los efectivos se pusieron bajo el mando de Francisco González Moreno y Manuel Villapol, ambos españoles, pero fervientes partidarios de la causa independiente. Un primer intento resultó un fracaso para los patriotas. A fines de 1811, de nuevo

se reunieron fuerzas para terminar con la hostilidad de Guayana, pero los realistas concentraron recursos superiores y rechazaron a sus enemigos. Desde ese momento, la provincia se convirtió en una de las más activas bases de operaciones contra los partidarios de la Independencia. Allí se abasteció de tropas y pertrechos el implacable Boves. Armas y provisiones suyas contribuyeron a aumentar los ejércitos de la restauración en 1814. Desde una inmejorable posición, proveían a las embarcaciones de su bandera con multitud de recursos destinados a todas las posiciones realistas. Sus auxilios ayudaron a la derrota de la segunda República en La Puerta y en Aragua de Barcelona.

Piar inició la campaña sobre Guayana en octubre de 1816. Con armas suministradas por la primera expedición de Los Cayos, había abierto operaciones en las provincias orientales, colocando bajo sus órdenes a numerosos grupos guerrilleros. El 27 de septiembre batió en El Juncal a Francisco Tomás Morales, con la ayuda de MacGregor, quien desde Ocumare se había abierto paso hasta Oriente. Reforzado con las armas capturadas al enemigo, aumentó sus efectivos y se dispuso a la liberación de Angostura. El 8 de enero de 1817, derrotó a Lorenzo Fitzgerald en el Paso del Caura. Pero los españoles, que sabían sus propósitos, reunieron un mayor número de fuerzas y el 18 de enero lo obligaron a retirarse frente a Angostura.

Guayana no podía ser tomada sin la combinación de fuerzas navales. El 19 de enero de 1817, Piar escribió al Libertador, ganándolo para sus proyectos y solicitando el apoyo de la flotilla de Brión: “Yo espero que siendo mi proyecto tan conforme al bien de la Patria y a las intenciones y planes de V.E., merecerá su aprobación y la cooperación que pido de las fuerzas marítimas”, repitiendo en seguida la prédica sobre las excelencias de la región: “... las ventajas que nos ofrece esta provincia son incalculables”. Bolívar, de regreso de Haití al frente de la segunda expedición de Los Cayos, había desembarcado armas por Barcelona. Reforzados con los nuevos suministros, los patriotas pasaron a operaciones más audaces. El 30 de enero completaron la conquista de las misiones del Caroní. El 17 de febrero, de nuevo Piar obligó a Fitzgerald a batirse en

derrota y un mes más tarde tiene lugar la batalla de San Félix, siendo vencidas las fuerzas realistas al mando de Miguel La Torre, en victoria que Bolívar calificó como el más brillante suceso alcanzado por las armas independientes en Venezuela. En mayo, Bolívar y Piar se unieron en la mesa de Angostura y, ya con el apoyo de la flotilla, quedó abierto el camino. Desde el cuartel general establecido en Casacoima, Bolívar dirigió las acciones finales para la posesión de la provincia. El 17 de julio, los realistas iniciaron la evacuación de Angostura y días después abandonaron las fortificaciones de Guayana la Vieja.

La liberación de Guayana dio a los patriotas el objetivo fundamental que había guiado la campaña: la ocupación de una región que suministrara recursos para hacer la guerra. El Libertador comunicó la buena nueva con la plena apreciación del gran triunfo obtenido por la República y sus proyecciones en la suerte del conflicto. “Por fin teñimos a Guayana libre e independiente... Además, poseemos ganado y caballos. Como en el día la lucha se reduce a mantener el territorio y prolongar la campaña, el que más logre esta ventaja será el vencedor”⁶³. Para Bolívar estaba perfectamente claro que la ocupación de la estratégica provincia iba a suministrar los medios necesarios para prolongar la guerra y, al hacerlo, hallar las formas de estabilizar los frentes y luego superar al enemigo.

Las ventajas logradas por los insurgentes no podían pasar desapercibidas para el mando militar realista. Morillo tomó inmediatamente cuenta de la situación. No solo había perdido una rica provincia, sino que ahora los rebeldes tenían en sus manos una base para sus comunicaciones con Apure y la Nueva Granada, lo cual les permitiría coordinar sus operaciones y extender el fuego insurreccional. Pero lo que más preocupaba al Pacificador eran las facilidades obtenidas para introducir armas y agitadores.

V.E. habrá observado cuanto han sido mis esfuerzos para conservar y sostener a Guayana, el punto más importante de Costa Firme, y el

[63]_ Simón Bolívar, Carta a Martín Tovar Ponte, 6 de agosto de 1817.

que poseído por los rebeldes, va a poner en duda el feliz éxito de las armas del Rey, a servir de abrigo y asilo a la multitud de emigrados y malcontentos de todas partes, y a que, dominando un país fértil y lleno de recursos, aumenten considerablemente los medios de prolongar esta ruinosa y sangrienta guerra. Sus comunicaciones por el Orinoco se extenderán a muy poca costa por el Apure y el Meta hasta el interior del Nuevo Reino de Granada, y poseyendo al mismo tiempo los llanos de Casanare hasta el pie de la misma cordillera, pueden facilísimamente introducir sus emisarios, conducir armas y encender nuevamente la guerra en aquel pacífico virreinato⁶⁴.

Como puede verse, el general español asimilaba cabalmente los propósitos de la dirección patriota. Las posibilidades abiertas a los rebeldes para establecerse en un territorio que ofreciera seguridad y protección a sus cuadros civiles y militares y la adquisición de medios para prolongar la guerra, eran dos objetivos cuya significación no escapaba a Morillo, hasta el punto de comenzar ya a someter a duda el éxito de la empresa realista.

Guayana atendió las aspiraciones más urgentes de los patriotas. En cuanto a recursos, encontraron suficientes para sus necesidades. Muchas familias españolas y criollas se habían refugiado en la provincia desde 1810, huyendo del nuevo gobierno establecido en Caracas, La Guaira, Barcelona, Cumaná, Maturín y Margarita, y temerosas de las consecuencias del movimiento revolucionario, trasladaron la mayor parte de sus caudales a donde se consideraban bien defendidas de anarquías y confiscaciones. La incautación del dinero y las joyas que no lograron poner a salvo en la evacuación, sirvió a los patriotas para reponerse de miserias y privaciones de la larga lucha armada. Se usaron de inmediato para enviar comisiones a las Antillas y Trinidad en busca de fusiles y municiones. En ese momento, los fundos republicanos estaban completamente

[64]_ Pablo Morillo, Oficio al ministro de la Guerra, Chaguaramas, 8 de mayo de 1817.

agotados, y la caída de Barcelona había dejado en la penuria a la causa independiente. Los caudales de Guayana permitieron iniciar nuevas gestiones para comprar armas y pertrechos.

El dominio sobre las misiones del Caroní fue aprovechado para extraer productos agropecuarios. Establecidas por religiosos españoles, estas misiones habían prosperado gracias al trabajo gratuito de los indios y no haber sido afectadas por la guerra. Eran ricas en ganado, madera, frutos y otros artículos, algunos muy solicitados en el comercio exterior.

En los primeros ocho meses de liberación, administradas por el presbítero y coronel José Félix Blanco, quien había sido designado por Piar y luego ratificado por Bolívar, las misiones del Caroní suministraron al ejército: 14.513 reses, 1.787 yeguas, 801 caballos, 301 mulas, 202 pacas de algodón y numerosas cargas de otros productos. Con estos recursos, los patriotas intensificaron su intercambio con los mercaderes de las Antillas, asegurándose como resultado el abasto de elementos de guerra. Embarcaban el ganado, algodón, añil; y en cambio obtenían fusiles, pólvora, plomo, lanzas, machetes y materiales para el vestuario de la tropa.

Bolívar se ocupaba personalmente de dar instrucciones a la administración de las misiones. Había logrado superar los conflictos entre Piar y Blanco, procurando el máximo rendimiento para que “no se nos disloque nuestra miserable máquina”, y declarando que preferían un combate con los españoles que los disgustos entre los patriotas. Pedía constantemente noticias sobre el número de ganado con que podía contar para la compra de armas y municiones. Recomendaba capar todos los toros que no fueran necesarios para la cría en los hatos, con vista al engorde e intercambio por elementos de guerra. En carta del 5 de septiembre de 1817, apuraba al coronel Blanco: “Dígame usted qué otro fruto podrá sacarse de este departamento que tenga más estimación y sea más fácil para la extracción”, y agregaba que lo desesperaba pensar se podía perder la oportunidad de triunfar y marchar a Caracas por la falta de municiones. “Lo peor es que, no habiendo otro fruto que el ganado, nos será

muy difícil conseguir las porque los extranjeros no lo quieren por ningún precio”. El 18 del mismo mes, pedía quinientas cuarenta mulas, “ya que es necesario destinarlas todas para satisfacer nuestros créditos, porque de otra manera se nos cierra la puerta para la compra de armas en lo sucesivo...” Para el mismo fin solicitaba todos los cueros al pelo que pudieran recogerse y “los cuatro mil novillos para satisfacer también nuestras deudas”. Y pendiente de que las desavenencias no perjudicaran la marcha de las misiones, reprochaba a Piar cuando este acusaba a Arismendi de estar sacando unas mulas para provecho personal: “¡Por Dios, general! ¿Y qué dirán entonces nuestros enemigos y calumniadores? ¿Si sabe usted que con las mulas, ganados y otros valores se han buscado en las colonias y se han proporcionado aquí mismo elementos de guerra que no teníamos...?”.

Con posibilidades de comunicación con el exterior, Simón Bolívar despachó instrucciones a sus agentes para que propagaran entre gobiernos y comerciantes las vías abiertas de negociar con la República. Personalmente, informó al gobernador de Trinidad que había quedado levantado el bloqueo del Orinoco y expedito para los británicos el comercio con Angostura, a cuyo puerto invitaba a los súbditos ingleses. A Fernando Peñalver, en Puerto España, decía que con la ocupación de Guayana, “se facilitaba extraordinariamente” las empresas de los comerciantes que quisieran introducir elementos de guerra. Y el Libertador insistía en que sus requerimientos eran pólvora y plomo con preferencia a todo: “Yo espero que hará usted valer con los extranjeros todas estas razones y que, sacando todo el partido posible de las ventajas que acabamos de obtener, nos hará venir pólvora y plomo con preferencia a todo”. Según las instrucciones, Peñalver debería comunicarse con las otras colonias vecinas ya que no solo de Trinidad podían venir elementos de guerra. Lo único que se requería era inspirar confianza a los vendedores de armas, “asegurando que tenemos en ella con qué pagar, muchos podían resolverse a traernos lo que necesitamos... Trate usted, mi amigo, en inspirar confianza a esas gentes, y en procurarnos los medios únicos que nos faltan para ver libre nuestra patria”.

Pólvora y plomo con preferencia a todo, esta era la preocupación de la dirección independiente. Si tenían el dominio del Orinoco y los recursos de las misiones del Caroní era para colocarlos al servicio de sus exigencias logísticas. “Haz un esfuerzo para que los extranjeros nos traigan armas y sobre todo pólvora y plomo”, escribió el Libertador a Leandro Palacios, en carta del 7 de agosto de 1817 y con Fernando Peñalver volvía a insistir el 1 de septiembre. Solo necesitaba de los objetos que había pedido en carta anterior, pues “sin ellos estamos perdiendo el tiempo que es lo más precioso en estas circunstancias”. Consideraba inútil repetir, pero lo hace, “que haga siempre sus esfuerzos para que no nos falten estos objetos, pues estoy seguro que usted no me olvidará, ni mucho menos, siendo en servicio de la patria”. El 15 de noviembre escribía a López Méndez: “... le recomiendo encarecidamente se esfuerce por procurarnos cuantas armas y municiones sean posibles”, notificándole que los vendedores no cancelarían ningún derecho por su introducción y sería pagada en plata, oro o frutos del país. Al almirante Brión le anunciaba que desde los llanos se estaban mandando mulas, todas cuantas se podían recoger y había dado órdenes para sacar mucho más de Barinas, así como algodón, tabaco, añil y cueros, y que a cambio esperaba recibir los elementos militares.

Con Guayana comenzaron a funcionar efectivamente, las arterias logísticas del Ejército Libertador. Desde Inglaterra, López Méndez inició el envío de las armas y municiones adquiridas mediante negociaciones con casas británicas. Angostura se convirtió en el puerto de introducción del armamento. Una parte considerable de las cargas eran transbordadas en las Antillas, donde las recogían las embarcaciones de Brión. Los ingleses temían entrar con armas al Orinoco. Algunos, por falta de confianza en las noticias de los éxitos militares de los independientes o temiendo ser atacados por corsarios al servicio de los realistas; otros, por los inconvenientes que presentaba la navegación del Orinoco para barcos de cierto calado. Esto último era una ventaja para Angostura, desde el punto de vista militar. Los barcos grandes del enemigo no podían

alcanzar sus costas y en las aguas del Orinoco privaba la superioridad marinera de las pequeñas embarcaciones artilladas por los patriotas.

Sin embargo, los negocios para lograr las armas no se desarrollaban con facilidad. La dirección patriota se quejaba con frecuencia del “imperio del desorden y de la desorganización en que nos hemos hallado hasta ahora”; de la falta de cuadros para atender las tareas dirigentes, lo cual ponía en peligro las funciones oficiales “si no vienen los hombres capaces de ayudar al gobierno”, además de la falta de embarcaciones para el tráfico de ganado y frutos, entrando todo ello el comercio de los elementos de guerra que con tanto apremio requerían. Otras veces, los agentes en el exterior despachaban a Angostura cargamentos que no eran los solicitados por el mando patriota: “El cargamento que ha traído el bergantín Sarah nos es del todo inútil”, decía Bolívar en carta a López Méndez, cuando llegó esta nave inglesa conduciendo unas sillas de montar en lugar de los fusiles que esperaban en Guayana.

Nuestros llaneros, que son los que sirven en nuestra caballería, no necesitan ni se acomodan en las monturas extranjeras. Sables, que es lo único de que pueden hacer uso, no han venido, como tampoco ninguna otra arma de las que necesita absolutamente nuestra infantería, que debe proveerse de todo del extranjero.

Pese a tales inconvenientes, Bolívar —para quien las armas “han sido siempre mi anhelo, y el principal objeto de mis comunicaciones”— continuó la terca y sostenida labor de presionar sobre los agentes de los patriotas en el exterior a fin de que aprovecharan las ventajas adquiridas con la liberación de Guayana para introducir armas y pertrechos. A partir de 1818, comenzaron a ser satisfechas las exigencias de la dirección independiente. Y Pablo Morillo no pudo menos que constatar, en comunicación enviada a su ministro de la Guerra desde el campamento realista establecido en las inmediaciones del Arauca, el hecho de estar ya el Ejército Libertador en buenas condiciones de armamento.

El capitán general observó —y seguramente no sin cierta curiosidad— cómo los soldados patriotas habían dejado de ser una banda semidesnuda para presentarse ante la propia vista de sus tropas luciendo vistosos uniformes de paño en colores azul y rojo. En oficio del 28 de febrero de 1819, decía:

La Guayana ha sido surtida con profusión de armas, municiones, vestuarios y buques de guerra. Hemos visto por primera vez las tropas rebeldes vestidas a la inglesa completamente, y a los llaneros de Apure con morriones y monturas de la caballería británica. Bolívar, después de haber vestido y armado su ejército, tiene, según los avisos más ciertos, depósitos considerables de cuanto puede necesitar, y le llegan socorros de todas partes en cambio de la extracción de mulas, de carne, de cuero y de sebo que sacan por el Orinoco los extranjeros.

Los morriones, las elegantes casacas de los oficiales, la vestimenta nueva de los mestizos combatientes, el abigarrado colorido de los pintorescos uniformes de los voluntarios ingleses, no eran, sin embargo, suficientes para mejorar el concepto que los españoles tenían del ejército venezolano. Y un oficial del “estado mayor nuestro”, decía Morillo, escribía que “el nombre colectivo de horda era el que propiamente pertenecía a semejante reunión de asesinos”.

Pero la liberación de Guayana va a significar en la historia de la Guerra de Independencia más que vestimenta nueva para los soldados y oficiales del Ejército Libertador. En el territorio liberado los patriotas establecieron instituciones del poder, lo cual tendrá, además de gran trascendencia política, una especial proyección en las tareas de la adquisición y posesión de armas.

Cubriendo requisitos formales hasta donde era posible en las condiciones de guerra, los patriotas formaron gobierno en Angostura. Reunieron un Congreso, designaron una Corte de Justicia y un Poder Ejecutivo. Se creó una fuente legítima de la autoridad sobre hombres y ejércitos, territorios, bienes y

recursos. En adelante, la dirección política y militar se ejercería a nombre de un Estado y no en representación de una parcialidad alzada.

La organización de instituciones del Estado contrarrestaba la propaganda, ampliamente difundida por los realistas en el exterior e interior del país, presentando a los patriotas como una banda terrorista y una “horda de asesinos”, bandoleros y piratas. Materializaba la idea de un gobierno de la República y a esta como una entidad concreta. Objetivizaba el carácter nacional de la lucha armada, haciendo más asequible la concepción de que se trataba de una guerra de la Patria venezolana contra España y no de dos bandos en conflicto civil. Eran la expresión de un nuevo orden establecido, legítimo y duradero.

Las premisas para el establecimiento de ciertas instituciones del poder se habían dado con la liberación de Guayana. En primer término, la existencia del Ejército Libertador, que no era ya un grupo de guerrillas dispersas, sino una fuerza regular capaz de realizar campañas de envergadura y, por tanto, asegurar la propia existencia y autoridad del Estado. Esta fue la condición esencial que permitió la formación del gobierno de Angostura. El flujo, irregular pero creciente, de armas y pertrechos del exterior, garantizaba el desarrollo de las fuerzas armadas, su permanencia y aun en la situación más desfavorable, la prolongación de su resistencia. Las armas daban una garantía de estabilidad a los órganos del poder establecidos. En segundo término, el centro de poder se había formado después de ocho años de guerra, al reconocerse la autoridad suprema de Bolívar y pasar a segundo plano las disidencias de épocas anteriores. El fracaso de los gobiernos guerrilleros y el reconocimiento del Libertador por las principales fuerzas armadas que operaban en Apure, Guayana y Oriente, dio unidad al mando político y militar. En tercer término, la existencia de un amplio territorio liberado, constituido básicamente por Guayana, pero al cual podían agregarse la provincia de Margarita, las zonas libres de Barcelona, Cumaná y Maturín y la región apureña bajo control de Páez. Los patriotas estaban ya en condiciones de ejercer una autoridad firme en Guayana. La estabilidad estaba garantizada no solo por la situación natural de la provincia,

favorable a su defensa militar, sino esencialmente porque ya comenzaban a superar la prolongada y difícil etapa de la escasez de medios y de la inferioridad numérica. Estos cambios trascendentales también eran consecuencia de los abastecimientos que comenzaban a llegar a Angostura: fusiles, pólvora, plomo y demás elementos de guerra, provenientes de las Antillas y de Inglaterra.

La creación de las instituciones del poder no fue, pues, arbitrario capricho de la dirección independiente. Las condiciones las dio el desarrollo de la guerra, maduradas en difícil proceso y como consecuencia de factores objetivos que se conjugaron con la liberación de Guayana. Pero tales condiciones no surgieron espontáneamente: hubo voluntad, decisión y conciencia. El esfuerzo y sacrificio en la continuación de la lucha, la concentración de las energías en un objetivo y la persistente gestión por adquirir las armas suficientes, fueron obra de la tenacidad del Ejército Libertador.

El establecimiento de un gobierno en Angostura facilitó a los patriotas sus gestiones para la consecución de elementos para negociar. El objetivo que perseguían con la formación de órganos de poder tenía un sentido más bien práctico que teórico. Fuera del país, el prestigio de la causa insurgente se había quebrantado con la frecuencia de los reveses y fracasos. Ingleses, norteamericanos y los mercaderes de las Antillas veían con bastante escepticismo las posibilidades de los independientes, por los efectos de las derrotas de 1812 y 1814, de la incertidumbre de los años 1815 y 1816. Con la liberación de Guayana y la formación del gobierno, los agentes republicanos en el exterior reforzaron sus credenciales. Ya no hablaban a nombre de grupos armados sin asiento alguno, sino que ejercían la representación de un Estado. Los vendedores de equipos militares no negociaban con partidas guerrilleras, pero sí podían hacerlo con un gobierno establecido. Las guerrillas nómadas no podían comprometer la palabra de una nación, caso distinto era el compromiso de un gobierno.

La formación del gobierno de Angostura facilitó a los agentes ingleses su labor subversiva. Londres no podía ocultar la salida de los barcos con armas y

pertrechos. Una crónica, fechada en la capital de Inglaterra por el corresponsal del periódico *Correo del Orinoco*, informaba:

La gran cantidad de buques, hombres y armas que en los últimos tres meses han dejado nuestras costas para el teatro de la guerra en la América del Sur parece tener una influencia preponderante sobre la disposición especulativa y aventurera de nuestro país. Buques de gran porte bien tripulados y bien armados continúan en dar la vela uno tras de otro no solo del río Támesis sino también de varias otras partes del Reino Unido.

Bolívar comunicaba a los generales el pronto arribo de siete mil fusiles y grandes cantidades de pólvora y plomo. A José Tadeo Monagas escribía dando cuenta de “tan interesantes noticias, tan plausibles, tan ventajosas para nuestra patria, que me apresuro a comunicarlas a V.S. sin perder un momento. Tenemos, por fin, cuanto necesitamos en armas y municiones de guerra”, en carta del 1 de julio de 1818. A Leandro Palacios anunciaba la misma nueva: “Con estos elementos pondremos un ejército formidable”. La misma información la enviaba el Libertador a Arismendi, Zaraza, Páez, a todos los frentes, ayudando a fortalecer la moral de los combatientes. “Ya están en nuestros almacenes las armas y municiones que nos condujo la escuadra. Jamás habíamos tenido un parque tan provisto y abundante”.

Aun cuando muchas de estas afirmaciones tenían un carácter más propagandístico que real, lo cierto fue que el establecimiento del gobierno en Angostura dio un decisivo impulso a la introducción de armamento al país. Los traficantes en armas y agentes ingleses sintieron más confianza en las inversiones que hacían al negociar con los patriotas. Por su parte, los comisionados en el exterior pintaron con los más relevantes colores la nueva situación en Guayana. Dieron noticia de la gran victoria que había significado la liberación de la provincia, del crecimiento de los ejércitos patriotas y de la extensión de

la autoridad de los libertadores. Estas informaciones estaban dirigidas a dar mayor fuerza a las exigencias de reconocimiento diplomático de la República y obtener mayores ventajas en el comercio de fusiles y demás elementos de guerra. Los efectos de las informaciones sobre el establecimiento del gobierno en Angostura, confirmados por despachos desde Trinidad, Curazao y Saint Thomas y publicadas en la prensa de París, Londres y otras capitales, no fueron despreciables. En las cancillerías de las potencias europeas advirtieron que la lucha en las colonias españolas había dejado de ser un conflicto de descontentos contra los abusos de las autoridades de Su Majestad Católica, para convertirse en una guerra en cuyos resultados no podían ser indiferentes. Los pasos posteriores, tanto de Inglaterra como de las potencias de la Santa Alianza, comprobarán los efectos de los cambios introducidos en la situación venezolana con la liberación de Guayana y la formación de las instituciones del poder en Angostura.

Además de las grandes facilidades para adquirir en el extranjero las armas y municiones, el dominio sobre Guayana dio a los patriotas una base para distribuir las a los distintos frentes de guerra. Su situación en líneas interiores y la conexión con las zonas guerrilleras de Apure, Barinas, Guárico, Casanare y Oriente, permitía a la dirección insurgente hacer llegar fusiles, pólvora, plomo, lanzas y demás pertrechos a donde lo exigieran las operaciones militares. El 7 de mayo de 1818, Pablo Morillo recomendaba a su ministro de la Guerra observar con atención el mapa de Venezuela a fin de que se diera cuenta de la tremenda pérdida que había significado la caída de Guayana: "... ruego a V.E. que mire los mapas y observe los ríos Orinoco, Apure y Meta, que son mucho más navegables que lo que yo pensaba que eran antes de dejar a Madrid". A través de tales vías, los patriotas harían llegar medios y recursos a sus tropas y generales, asegurándose la posibilidad de medirse en iguales condiciones o con ventajas frente sus enemigos. De esta manera, los patriotas pasaron a iniciar la etapa de las grandes campañas y operaciones de 1818 y 1819, conquistando la superioridad militar.

No estaba equivocado el general Pablo Morillo cuando consideraba la liberación de Guayana como un hecho de gran influencia sobre todo el curso de la guerra. “Yo consideraba la Provincia de Guayana de tanta importancia que me atreví a observar a S.M. en Madrid que una vez perdida, Caracas y Santa Fe de Bogotá estaban en peligro”, escribía el 7 de marzo de 1818. Ya en esta época, el capitán general de los ejércitos realistas comenzaba a modificar su juicio sobre los combatientes venezolanos. Y un año después, apreciaba que los patriotas no carecían de genio y de conocimiento. Más aún, juzgaba que la prolongación del conflicto había dado oportunidad a los patriotas de instruirse sobre la guerra y que ahora impregnaban sus operaciones militares de gran maestría. El veterano de las campañas contra Napoleón en la Península Ibérica, descubría virtudes ya viejas en los ejércitos independientes, pero que solo las victorias podían de hacer resaltar:

La ocupación de Guayana y la prontitud con que pueden los rebeldes del Orinoco extender sus relaciones hasta darse las manos con los malcontentos de la Nueva Granada, es fácil concebir, mucho más si se tiene presente el carácter revolucionario de los habitantes de Venezuela, que ni carecen de actividad ni de genio y conocimiento. La continuación de los sucesos militares los ha instruido y pelean con valor y encarnizadamente.

Evidentemente, los patriotas aprendieron a hacer la guerra en la propia escuela de la lucha armada y su prolongación les permitió crear los cuadros de dirección. Como dijo Napoleón: “La guerra se aprende en la guerra”, y este fue el camino que tomó obligatoriamente la formación de los mandos militares de los ejércitos independientes. Los fracasos y las derrotas no hicieron otra cosa sino enseñarles a encontrar soluciones a los problemas planteados en el curso del conflicto. Y como siempre ocurre en toda contienda, el ejército mejor preparado termina por enseñar a su enemigo las maneras de combatirlo. Así,

el Ejército Libertador terminó por asimilar lecciones de guerra de sus propios adversarios. Los reveses y el infortunio dieron experiencia, templaron el ánimo y dieron sabiduría, y el tiempo y la tenacidad fueron factores indispensables para alcanzar los objetivos estratégicos.

Pero todas las virtudes acrisoladas en el proceso de la guerra, necesitaron de medios para vencer. Guayana significó un serio adelanto en la posesión de las armas, sin las cuales la actividad, el genio y los conocimientos hubieran quedado frustrados.

Dinero sacado a fuerza de bayonetas

El 8 de octubre de 1817, los patriotas contrataron con James Rooke la introducción de un regimiento de voluntarios de las Antillas inglesas y de un cargamento de pólvora y plomo. Para los gastos de esta misión, Bolívar hizo recoger y entregar cincuenta mulas.

Mulas, ganado, algodón, tabaco, cueros, cacao, todos los recursos fueron utilizados para adquirir armas y sostener la guerra. El 18 de junio de 1818, el Libertador dio órdenes al general Pedro Zaraza a fin de que tomara “el mayor interés en la recaudación y conservación de los fondos del Estado que existan en esa provincia y que, por ahora, no deben ser destinados a otro objeto que a la compra de armas y municiones”. Armas y municiones, estos eran los objetivos esenciales para cuya adquisición los dirigentes republicanos buscaban todos los recursos y ponían a disposición todos los medios. No escapaban a tales medidas los bienes de particulares, las joyas de las iglesias, los caudales de los enemigos ni la imposición de empréstitos forzados a las poblaciones. No había otra alternativa para cubrir los gastos de la lucha por la independencia, cancelar las contrataciones del equipo militar y asegurar la subsistencia del ejército.

La utilización de las joyas y alhajas de las iglesias no tenían ningún origen anticlerical ni era radicalismo jacobino. Se trataba de una cuestión práctica las joyas y alhajas de las iglesias eran un botín de guerra para cualquiera de los dos

bandos. Si no las tomaban los patriotas, quedaban en manos de los realistas para ser usadas contra la causa independiente. En 1814, cuando la emigración a Oriente, la dirección insurgente trató de poner a salvo los tesoros de los templos y conventos caraqueños. Era una medida destinada a protegerlos del saqueo de las tropas de Boves, impedir que sirvieran al financiamiento de la restauración realista, pero también para utilizarlos en la adquisición de elementos de guerra, dotar al Ejército Libertador de fusiles, pólvora y plomo, y asegurar la continuación de la lucha armada.

La consideración fundamental que privaba por encima de cualquier otra circunstancia era el interés de la causa independiente. El 17 de febrero de 1815, en comunicación al secretario de Guerra, Bolívar declaraba: “Es necesario aumentar abundantemente nuestro armamento... Si las rentas del Estado están agotadas, los particulares, las instituciones, las iglesias tienen alhajas de valor y debe apreciarse en más la existencia de los individuos que una pompa inútil”. Y en noviembre de 1819, cuando nuevas urgencias de fondos para comprar elementos de guerra requerían recursos inmediatos, no tenía reparos en decir a Santander expresiones en las cuales no deja de notarse un signo de irónico acento:

... sobre diezmos. Hasta ahora no se han tomado más que 11.000 de los señores canónigos entre Tunja y Pamplona. Cuando tomásemos la mitad de sus rentas, no haríamos más que ponerlos a medio sueldo como está todo el mundo. Respeto mucho su ministerio sagrado, pero como su reino no es de este mundo, por desprenderlos de los bienes mundanos debemos aliviarles la conciencia. Todo esto es fuera de chanza.

En ocasiones, no había necesidad de violento embargo del oro y la plata de las iglesias; sacerdotes criollos, tan fervientes partidarios de la independencia como cualquiera de los generales, donaban los objetos de valor de sus

parroquias para servir al mantenimiento de la guerra. Como el famoso canónigo Uzcátegui de Mérida y otros decididos adversarios de los realistas. También ocurría que los propios fieles. Cuando huían los curas españoles con las tropas enemigas, entregaban voluntariamente las joyas y alhajas para contribuir a la compra de fusiles, cañones, pólvora y plomo.

La guerra se hizo siempre en condiciones de sacrificios y privaciones. Los bienes de los dirigentes republicanos fueron confiscados conforme a órdenes dictadas por los realistas desde 1814. En las campañas o durante las emigraciones, los patriotas sufrieron toda clase de calamidades. El ejército soportó penurias, desnudez, carencia de lo más elemental y necesario para las operaciones. En 1814, los trabajadores de los talleres cedieron la mitad de sus salarios para la defensa de Caracas. Oficiales y soldados no recibían paga sino ocasionalmente. Las raciones eran escasas, insuficientes y a veces desaparecían, conformándose los combatientes con alimentarse de lo que a su paso por los pueblos podían obtener. Mal vestidos, pobremente equipados, sin medicinas ni cobijas, así pasaron la mayor parte de la guerra, sobre todo los años difíciles de las derrotas y reveses. Endurecidos en esta escuela, la dirección independiente convirtió en una norma valerse de lo mínimo, no condicionar jamás la lucha a la abundancia de recursos y caudales. Y cuando se pretendió excusar la falta de suministros al ejército por no contarse con dinero, el Libertador advertía en 1819 a los gobernadores de Trujillo y Maracaibo: “Que no sea una causa de disculpa la falta de caudales, pues si fuese esta falta una causa suficiente para no proveer las necesidades del ejército, Colombia no existiera”. En realidad, quienes habían combatido durante largos años en condiciones de escasez de medios y privaciones de toda índole, sabían lograr los recursos apelando a todos los arbitrios.

La adquisición de las armas y pertrechos representaba la mayor exigencia y a este objeto se dedicaban los patriotas. En 1819, considerando “los crecidos y forzosos gastos de la guerra que sostiene Venezuela con el fin de consolidar su independencia”, el gobierno de Angostura declaró pertenecientes al

Estado todos los cueros de ganado vacuno, cualquiera que fuesen sus dueños, “sin reserva ni excepción”. Esta abolición de la propiedad privada sobre los cueros, permitió a las autoridades satisfacer compromisos con vendedores de elementos de guerra de Inglaterra y las Antillas. Ese mismo año y para obtener recursos con igual fin, se pusieron en venta tierras baldías. Quinientas leguas cuadradas a un precio que no podía ser menor de un peso fuerte por cada ciento cincuenta varas castellanas. Cada legua tenía cinco mil varas⁶⁵.

Otra medida utilizada para obtener armas, fue brindar excepcionales facilidades a los comerciantes extranjeros. En 1816, Bolívar pidió a Gual procurara difundir en Estados Unidos la idea de que las relaciones comerciales con los independientes venezolanos podrían ser muy provechosas para los mercaderes norteamericanos. Bolívar prometía comprar todos los elementos de guerra que ofreciera en venta Estados Unidos. “Armas, municiones, vestidos y aun buques de guerra, son artículos que tendrán en la primera una segura y preferente venta”⁶⁶.

En 1818, ya en posesión de la provincia de Guayana, se tomaron nuevas medidas para enviar comisionados al exterior a fin de interesar a los comerciantes en armas y municiones. El gobierno ofrecía todas las ventajas para el establecimiento de firmas mercantiles que tuvieran dichos propósitos. Las comisiones recibieron instrucciones precisas de la dirección independiente para divulgar en el extranjero, especialmente en Estados Unidos, Inglaterra, las ventajas que daba el gobierno. Con fecha 4 de julio de 1821, se adoptaron nuevas disposiciones a fin de facilitar el comercio de equipos militares y su introducción al país. Se dictó un decreto mediante el cual todos los fusiles que se introdujesen por los puertos de la República quedaban libres de pagar derechos, así como igualmente quedaban exonerados el plomo y la pólvora. Además, se concedía a los comerciantes el cinco por ciento menos de derechos a toda mercancía que

[65]_ *Correo del Orinoco*, 12 de mayo de 1819.

[66]_ Simón Bolívar, Carta a Gual, 11 de noviembre de 1816.

por valor igual al armamento llegara en los mismos barcos. Todas estas disposiciones estaban dirigidas a estimular el comercio y la introducción de armas, y como los extranjeros eran los únicos que podían abastecer a los patriotas, el gobierno de la República los eximió del pago de todos los impuestos y contribuciones personales. Otro decreto los declaró libres de la obligación de prestar servicio militar. Por todos los medios, los jefes independientes buscaban halagar a los traficantes de armas a fin de estimularles a desarrollar relaciones con el gobierno y abrir posibilidades de dotar suficientemente al ejército.

A medida que la guerra se prolongó, aumentaron los gastos en la adquisición de armas, por lo que fue necesario poner continuas contribuciones a la población. Estas contribuciones recaían principalmente entre las personas pudientes, propietarios o comerciantes ricos. Eran elaboradas listas, fijando las mayores sumas a quienes habían colaborado con el enemigo. Ya desde 1814 se había establecido la práctica de ordenar a los ciudadanos entregar sus joyas y dinero al ejército como medida de emergencia para acopiar recursos. Durante las campañas de Occidente y Oriente en 1813, muchas poblaciones contribuyeron voluntariamente con objetos de oro y plata. Pero en estos primeros años del conflicto, los patriotas aún estaban impregnados de confusas ideas sobre la manera de conducir la lucha armada, a pesar del decreto de guerra a muerte. Las derrotas y adversidades afirmarían una política más enérgica en la búsqueda de los medios de continuar las operaciones militares. Cuando el Libertador tomó el mando del ejército que se dirigía a actuar sobre Santa Marta, por orden del gobierno de la Nueva Granada, en 1815, comenzó a perfilar esa nueva actitud. Dio instrucciones al gobernador de Cartagena para que los enemigos pagaran, “de grado o por la fuerza”, los gastos de la guerra. De los almacenes de propiedad de los españoles debería sacarse la tela para hacer los vestidos de la tropa y obligar a los mismos a costear la hechura. “Esto será una pequeña indemnización del mal que nos hacen”, declaraba Bolívar. Pero no solo el enemigo debería contribuir al esfuerzo de guerra de manera forzada, también era preciso obligar a los patriotas a hacerlo. Y el Libertador citaba el

caso de altos funcionarios del gobierno cuyos bienes habían sido embargados para cubrir las cantidades fijadas como contribución al empréstito forzoso, ejemplo a seguir obligatoriamente por todos⁶⁷. Después de 1814, las guerrillas se sostuvieron ejerciendo la propiedad sobre todos los bienes necesarios a la subsistencia de los combatientes y al mantenimiento de sus operaciones. Igual política se aplicó con toda energía en las campañas de los años 1816 y 1817, y en la extracción de recursos de Guayana.

La liberación de la Nueva Granada, en 1819, abrió a los patriotas nuevas fuentes de recursos. Casi agotados los de Venezuela, las provincias de la Nueva Granada cargarían en adelante con la mayor responsabilidad en el sostenimiento de la guerra. En los primeros meses, después de la batalla de Boyacá, más de medio millón de pesos llegarían a Angostura para destinarlos a la adquisición de armamentos. En 1820, Bolívar despachó a Montilla con 30.000 pesos a Saint Thomas, para comprar pólvora y plomo; Soublette pudo abonar parte de las contrataciones de armas llegadas a Guayana; Brión recibió dinero para viajar a las Antillas a negociar armas. Los caudales embargados a los realistas en la Nueva Granada dieron gran impulso a las adquisiciones de elementos de guerra, y cuando también se agotaron los fondos expropiados al enemigo, los independientes recurrieron a la fijación de empréstitos o contribuciones forzosas a los ciudadanos de recursos económicos en las poblaciones liberadas.

Santander jugó un papel de primera magnitud en el levantamiento de recursos en la Nueva Granada, al actuar de manera decisiva en la organización y recaudación de los empréstitos y contribuciones. La dirección republicana tomó las medidas indispensables para asegurar la extracción de fondos de la Nueva Granada. Apenas siete días después de la batalla de Boyacá, el Libertador se dirigió a Zea para la compra de armas, a pesar de los daños causados al país por la guerra, sin contar con “la cuantiosa suma que producirán las propiedades de los opresores y malcontentos fugitivos”⁶⁸.

[67]_ Simón Bolívar al gobernador de Cartagena, 17 de enero de 1815.

[68]_ Simón Bolívar a Francisco Antonio Zea, Bogotá, 14 de agosto de 1819.

Santander tenía a su cargo la responsabilidad de despachar el dinero recaudado para cubrir los gastos de la guerra, especialmente la adquisición de armas. Y cuando presentó objeciones a las constantes exigencias que llovían de todas partes y se quejó del rigor de las contribuciones forzadas, Bolívar respondió desde Pamplona, el 1 de noviembre de 1819: “Las grandes medidas, para sostener una empresa sin recursos, son indispensables, aunque terribles”. Aun a riesgo de resultar impopulares y debilitar ciertas adhesiones, los patriotas no tenían otra alternativa. Las contribuciones forzosas eran “terribles”, pero “indispensables” ¿De qué otra manera podía sostenerse la guerra?

La exigencia de recursos se mantenía insistentemente sobre Santander. Después de la liberación de la Nueva Granada, las necesidades de equipo militar crecieron; los independientes requerían mayores fuerzas para defender las posiciones conquistadas y llevar a cabo operaciones que permitieran limpiar de enemigos el territorio liberado. Era Bolívar, como siempre, quien mantenía constante la presión en procura de recursos y medios. Declaraba el 14 de noviembre de 1819: “Ahora necesitamos más que nunca de dinero” para “contentar a los ingleses y comprar armas”, y exigía a Santander: “Con que mande usted, mande usted, mande usted, mucho dinero que yo le juro que vendrán fusiles y todo lo que se necesite”. Y advertía: “No dejaré de suplir con la bayoneta el dinero”.

Santander y los dirigentes de la Nueva Granada realizaban todo género de esfuerzos para dar satisfacción a las necesidades militares. Despacharon comisionados para Santa Marta con doce mil pesos, a negociar un cargamento de fusiles ofrecido en venta por comerciantes ingleses. Dieron instrucciones a Montilla para adquirir fusiles y pólvora “de cualquier modo y a cualquier precio”⁶⁹. Sucre, también recibió dinero para comprar armas en Saint Thomas. Se pagaron seis mil fusiles llegados por los puertos del Pacífico. Se remitieron fondos a Páez, solicitados con apremio para gastos de operaciones en Apure. Se dispusieron medidas para

[69]_ Santander a Bolívar, 25 de febrero de 1821.

cubrir el presupuesto de treinta mil pesos mensuales pedidos por Bolívar para sostener la Guardia Colombiana. Pero nada de esto parecía completar los requerimientos militares y las cartas del Libertador terminaban siempre: “Dinero, dinero, dinero. Salud y dinero, adiós”⁷⁰.

A Santander le parecía imposible sacar un millón de pesos de un golpe de Popayán, Antioquia y Chocó, y así se lo decía a Bolívar dándole toda clase de explicaciones⁷¹. Pero cuando aumentaban las peticiones y de nuevo se planteaban las urgencias de armamento, declaraba que iba a instar a Antioquía a fin de que entregara veinticuatro mil pesos “para los dos mil fusiles”⁷².

Las continuas imposiciones de contribuciones, las reclutas forzosas de personal para el ejército y la prolongación de la guerra, no dejó de producir fatiga y resistencia en grandes sectores de la población. A medida que se sucedían los años sangrientos de constantes campañas militares, régimen de guerra, devastación de los pueblos y ciudades, ruina económica y crecidas pérdidas de vidas, se extendía el cansancio. La dirección patriota se veía obligada a emplear mayor coacción para reunir hombres y recursos, a fin de proseguir la guerra, recrudeciéndose la violencia a raíz de la preparación de las campañas del Sur, dirigidas a liberar al Perú y expulsar definitivamente a los españoles del continente. Libres ya casi totalmente los territorios de Venezuela, Nueva Granada y Ecuador, la gente solo anhelaba paz. Sin embargo, los dirigentes republicanos consideraban, con toda razón, que no estaba asegurada la independencia. Mientras los realistas conservaran su poderío militar en el Perú, y exigían un último sacrificio a pueblos ya extenuados por trece agotadores años de la más encarnizada lucha armada.

Con espíritu contrariado, Bolívar se quejaba a Santander de la resistencia que encontraba para reunir dinero y hombres:

[70]_ Bolívar a Santander, Cúcuta, 19 de mayo de 1820.

[71]_ Santander a Bolívar, 17 de octubre de 1819.

[72]_ Santander a Bolívar, 25 de febrero de 1821.

He agotado el manantial de mi rigor para juntar los hombres y el dinero con que se ha hecho la expedición al Perú. Todo ha sido violencia sobre violencia. Los campos, las ciudades, han quedado desiertos para tomar tres mil hombres y para sacar doscientos mil pesos. Yo sé mejor que nadie hasta dónde puede ir la violencia, y toda ella se ha empleado. En Quito y en Guayaquil se han tomado los hombres todos, en los templos y en las calles, para hacer la saca de reclutas. El dinero se ha sacado a fuerza de bayonetas⁷³.

Para obtener dinero se acudió también al exterior en solicitud de empréstitos. Esta fue una de las gestiones realizadas con mayor insistencia desde 1810. Agentes de los patriotas se desplazaron hacia Inglaterra, Estados Unidos, Francia, las Antillas. No hubo puerta que no tocaran ni prestamista a quien no hicieran proposiciones. Pero, los primeros años de la guerra no fueron propicios; era una aventura sin porvenir alguno prestar dinero a una causa tan desafortunada. En la época de la adversidad y las derrotas, cuando la causa independiente contaba con un crédito muy pobre, apenas 67 partidarios y amigos muy fieles aceptaban el desafío. Un préstamo de tres mil pesos necesitó Santiago Mariño para comprar las armas de la expedición de 1813 en Trinidad, y para cobrar embargaron una propiedad del general en Chacachacaro. El Libertador Simón Bolívar, en 1815, tuvo que acudir en Kingston a Maxwell Hyslop para obtener cien pesos y evitar lo llevaran ante un juez por deudas en la pensión. Ese mismo año, una expedición de auxilio a Cartagena, organizada por Bolívar, fue financiada por particulares de Jamaica. Y un grupo de amigos de la causa independiente, encabezado por Luis Brión y Robert Sotherland, suministraron los fondos necesarios para la primera expedición de Los Cayos, en 1816. En Saint Thomas, luego de repetidas gestiones, Benedetti y otros comerciantes establecidos en la isla, abrieron en 1817 un crédito a los patriotas

[73]_ Bolívar a Santander, 15 de abril de 1823.

para adquirir mil fusiles. Para fines de 1816, los republicanos habían contraído compromisos por más de ochocientos mil pesos, destinados a la compra de fusiles y otros pertrechos.

La lucha por la posesión de las armas condujo a los insurgentes a la negociación de recursos económicos en el exterior aceptando, incluso, las más leoninas condiciones de pago. Los prestamistas eran también halagados con honores y recompensas, y fue una hazaña de tanto mérito como las logradas en el campo de batalla, negociar con rufianes y especuladores. Imponían intereses y formas de cancelación, aprovechando que los patriotas no poseían reconocimiento diplomático y argumentando el peligro a correr por sus inversiones. López Méndez logró la participación de los comerciantes ingleses Hurry Powles & Hurry y de James Mackintosh en el préstamo que cubrió los gastos de las armas y la expedición de los voluntarios británicos, a fines de 1817, cuando ya los independientes se habían establecido en la provincia de Guayana. Lino de Clemente hizo gestiones por un empréstito en Estados Unidos. Palacios Fajardo buscó dinero en París y en Hamburgo, y hasta al príncipe Carlos Juan de Suecia se solicitaron auxilios para adquirir armamento.

Después de la victoria de Boyacá, la situación mejoró para las negociaciones por dinero, aun cuando no desaparecieron las dificultades ni menos la tendencia especulativa de los prestamistas. Una comisión formada por Peñalver y Vergara no encontró en Londres condiciones favorables para contratar un empréstito en 1820 por tres millones de pesos. Pero, la situación ya no era la misma de los primeros años y eran mejores las perspectivas de obtener recursos económicos.

Para las campañas del Sur, Bolívar solicitó dinero a México, Guatemala, Chile y Argentina. Las gestiones ante Chile las realizó Daniel Florencio O'Leary, primer edecán del Libertador.

La finalidad de todas las gestiones por contratar empréstitos en Inglaterra, en Estados Unidos o en los propios países de la América española no era otra que sufragar los gastos de la guerra, especialmente adquirir armas.

Los corsarios

Los problemas del transporte e introducción de las armas a Venezuela también fueron resueltos con gran decisión y audacia. No era suficiente adquirir los elementos de guerra en el exterior: había que conducirlos a las costas venezolanas. Luego desembarcarlos en Margarita, Barcelona, Ocumare y llevarlos hasta Angostura, según la situación de la lucha armada en el país. Las armas obtenidas en Haití y las negociadas en Saint Thomas, Curazao, Guadalupe y otras islas de las Antillas, tenían que ser conducidas hasta su destino. Incluso la mayor parte del armamento comprado en Inglaterra, llegaba solo hasta Saint Thomas y desembarcado en esta colonia o en cualquiera otra bajo dominio británico, ya que los propietarios y capitanes de barcos se negaban a llevar armas directamente a los puertos bajo control de los rebeldes, considerando dicha operación demasiado arriesgada para las naves y sus tripulantes. Los patriotas tenían que encargarse de recoger en las Antillas el equipo militar y transportarlo a Margarita o a Angostura.

España había dictado terminantes disposiciones de guerra para impedir el tráfico de armas con los insurgentes. Las reglas del bloqueo a las costas por donde podían introducir armamento, comprendían hasta la pena de muerte para capitanes de naves y largas condenas de presidio para la tripulación. Barcos y cargamento eran confiscados, y aun cuando España no tenía una flota suficiente para ejercer riguroso control sobre el extenso litoral venezolano, su sistema de

espionaje en el Caribe funcionaba con satisfactoria eficiencia. Las embarcaciones en aventuras con armas corrían el riesgo de ser delatadas y, puestos en guardia los españoles, el peligro de ser apresada en alta mar o en el momento del desembarque.

En los primeros años, la tarea fue mucho más dura, por la alianza de Inglaterra con España. En esa época, el tráfico de armas tenía no solo que burlar la persecución española, sino evadir, también, la vigilancia y el control de la escuadra y las autoridades británicas. En esas condiciones, pocas embarcaciones se atrevían a prestar sus servicios a los independientes, temiendo tanto las represalias españolas como las inglesas. Con motivo de las guerras napoleónicas, Inglaterra había ocupado la mayoría de las posesiones europeas en el Caribe, desalojando a los franceses, holandeses y daneses. Desde Barbados, la escuadra británica ejercía una considerable supremacía naval, coordinando la navegación con el pretexto de vigilar el tráfico de esclavos y armas, así como impedir las actividades de los agentes subversivos de Francia. La hostilidad de algunas autoridades inglesas se había expresado especialmente en Saint Thomas, donde fueron expulsados en 1814 los comisionados Lino de Clemente y Juan Robertson, nombrados por Bolívar como agentes extraordinarios ante el gobierno de Inglaterra. En esta misma isla, naves que enarbolaron el pabellón de los patriotas fueron obligadas, bajo la amenaza de los cañones, a izar la bandera de España.

La introducción de las armas a Venezuela era tarea que requería barcos y marinos. Hombres y embarcaciones que aseguraran la empresa de abastecer al Ejército Libertador, impidiendo el aislamiento del movimiento independiente de sus fuentes logísticas situadas en el exterior. El rompimiento de las arterias de suministros significaba la asfixia de la causa sostenida por los patriotas, por lo que burlar el bloqueo español era asunto de vida o muerte.

Las operaciones de los insurgentes contra el dominio español, dependían de las armas y pertrechos llegados del extranjero. Sin embarcaciones, estos suministros se paralizaban y la resistencia, tarde o temprano, se agotaría por la ausencia de medios. Sin posibilidades de cubrir todas las vías de navegación, por la debilidad de su escuadra, los realistas prestaban atención a las costas y se las disputaban a

los patriotas. Juzgaban con razón que negando las costas a los rebeldes cerraban las vías de recepción del armamento extranjero y resultaría más cómodo batirlos contando con la abrumadora superioridad numérica y de armas, "... el enemigo, por último, bien convencido de que solo la falta de armas puede volvernos al yugo, dirige toda su atención a poseer las costas para impedir su entrada"⁷⁴. El sostenimiento de Margarita y de las playas orientales fue una constante preocupación del mando militar español.

Por su parte, los patriotas vieron siempre con preferencia las operaciones que brindaran como ventaja la posesión de un puerto al exterior. Margarita, las costas de las provincias de Cumaná y Barcelona, después Guayana, fueron objetivos de primera importancia, buscando lugares donde no encontrarán obstáculos los desembarcos de armas y pertrechos del exterior. La causa independiente no podía sobrevivir y desarrollarse sin comunicación con el extranjero. Sin costas, barcos y marinos, su destino quedaría limitado a una guerra de bandas errantes, sin perspectiva alguna de alcanzar poder ofensivo y, por tanto, impedida de destruir y aniquilar al enemigo, objetivo superior de la guerra. Tal concepción estaba clara en el ánimo de los dirigentes republicanos. Para Mariño y Bermúdez, permanentemente atentos a realizar operaciones sobre las costas de Güiría, a fin de tener a la mano el tráfico con Trinidad, Granada, San Vicente, Barbados, Santa Lucía y la Martinica. Para Arismendi, sosteniendo a Margarita con el mayor heroísmo. Para Piar, concibiendo a Angostura como una base segura de "contactos con los países extranjeros", y para Bolívar, quien sabía que su infantería "debe proveerse de todo del extranjero".

Los vínculos con los suministros de armas eran el barco y su complemento indispensable: el marino. Sin el concurso de una línea de comunicación marítima, los patriotas carecerían de los medios para combatir. Se consumirían en la pobreza de los recursos que podía brindar el propio país, insuficiente desde todo punto de vista para sostener una guerra tan larga y, menos aún, para ganarla.

[74]_ Simón Bolívar a Luis López Méndez, 17 de noviembre de 1818.

No fue tarea fácil levantar una flotilla para introducir las armas y asegurar el contacto con el exterior. Cuando se inició la lucha armada, los insurgentes apenas podían disponer de un escaso número de embarcaciones. El 23 de marzo de 1812, las fuerzas navales de la República fueron destruidas en el Orinoco, al fracasar el intento de someter a los realistas de la provincia de Guayana. Estas fuerzas estaban integradas por el grupo de cañoneras y goletas armadas al servicio de Margarita y Cumaná, bajo la dirección de Felipe Esteves. Con la capitulación de Miranda, los patriotas quedaron sin recursos de ningún género. Apenas se salvaron algunas embarcaciones, en las cuales huyeron unos cuantos rebeldes a las islas más cercanas. Con las victorias logradas en 1813, Santiago Mariño y los libertadores de Oriente organizaron una escuadrilla, que contribuyó a las operaciones militares. Manuel Piar, entonces coronel, tuvo a su cargo la jefatura de los barcos que bloquearon a Puerto Cabello durante el sitio de esta plaza. Pero las derrotas de 1814 dejaron de nuevo a los patriotas sin fuerzas navales. Algunas embarcaciones lograron refugiarse en las Antillas, otras desertaron o fueron capturadas por el enemigo. La piratería de Giuseppe Bianchi se apropió de unas cuantas goletas “en pago a servicios prestados a la República”.

En 1816 comenzaron a reorganizarse las fuerzas navales de los patriotas. En Haití se reunió gran parte de las naves de la Nueva Granada, las cuales habían huido de Cartagena con la caída de esta ciudad en poder de Morillo. Después de insistentes gestiones de Bolívar, quien necesitaba barcos para sus proyectos de expedición, fueron puestas a la disposición de Luis Brión. Reunidas con algunas salvadas de las costas venezolanas, se formó la escuadrilla para realizar la empresa invasora de los Cayos de San Luis.

Sin embargo, no bastaban estas seis goletas para atender las operaciones navales, el transporte y la introducción de armas, las misiones contra las unidades realistas y demás exigencias de la contienda. Fue preciso buscar la ampliación de los recursos a fin de satisfacer el mínimo de las necesidades de guerra en el mar. Los patriotas encontraron la solución en los corsarios. Convirtieron a los aventureros de las Antillas en los compañeros de ruta de la causa independiente.

Las disposiciones monopolistas establecidas por España en sus colonias americanas, hicieron del contrabando uno de los mejores negocios. Comerciantes ingleses, franceses, holandeses y de otras nacionalidades, practicaban un frecuente tráfico ilegal con las costas sudamericanas. Los extranjeros remontaban el Orinoco y hasta el Apure, para canjear mercancías europeas por tabaco, cueros, sebo, etc. Con las playas orientales la navegación clandestina era permanente, sostenida por embarcaciones provenientes de las Antillas. Durante los siglos XVI y XVII hubo numerosos conflictos por la posesión de las islas vecinas a Venezuela entre holandeses, franceses e ingleses, quienes buscaban fundar establecimientos para incrementar el contrabando con Tierra Firme, lo que producía choques con los intereses españoles.

El contrabando proporcionó grandes fortunas a comerciantes ingleses y holandeses, por conducto de las islas de Trinidad, Curazao y otros puntos del mar Caribe. Las autoridades españolas resultaban impotentes para impedir la introducción de las manufacturas extranjeras. Inglaterra, bajo los efectos de la competencia francesa e impulsada a colocar los productos de su naciente proceso industrial, estimulaba abiertamente las prácticas del contrabando con las colonias españolas. Durante las guerras entre Inglaterra y España el tráfico ilegal se intensificó. España se vio obligada a hacer concesiones, permitiendo la participación de los ingleses en el comercio colonial, pero a través de Cádiz. No obstante, los mercaderes británicos continuaron practicando el contrabando.

El contrabando creó una extensa navegación ilegal entre las Antillas y las costas venezolanas. Embarcaciones grandes y pequeñas, bajo las más diversas banderas, se dedicaban al tráfico marítimo, burlando la vigilancia española. En épocas de guerra, los contrabandistas se transformaban en corsarios, prestando sus servicios a cualquiera de los bandos en lucha a cambio de una participación en el reparto del botín capturado a las presas enemigas.

Así se establecieron multitud de naves corsarias en las islas danesas de Saint Thomas y San Juan, en la sueca de San Bartolomé, en la francesa de Guadalupe, en las posesiones inglesas, en la multitud de cayos e islotes del mar Caribe. Los

corsarios servían a Estados Unidos o a Francia, a España o a Inglaterra, conforme a sus particulares intereses y al curso de la guerra. Durante la contienda entre Estados Unidos y la Gran Bretaña, muchos norteamericanos y franceses armaron navíos y se dedicaron al corso. Al restablecerse la paz, emigraron al golfo de México y al mar de las Antillas, buscando fortuna en el nuevo teatro de operaciones abierto con motivo de la rebelión de las colonias españolas.

Los barcos dedicados al corso no podían hacerse a la mar sin bandera y patente expedidas por un gobierno. De lo contrario, eran considerados como piratas y no disfrutaban de acogida en los puertos neutrales. La piratería era perseguida por todos los países, por lo que resultaba más conveniente la carrera de corsario. Aventureros de toda índole buscaron las banderas y patentes de las repúblicas proclamadas por los movimientos independientes en las colonias españolas. Con estos atributos disfrutaban, en buena medida, de la benevolencia de la escuadra británica.

Al entrar al servicio de los patriotas, los corsarios podían abrir operaciones contra las naves enemigas y apoderarse de su cargamento. La práctica corsaria permitía a los capitanes disponer, legítimamente, de las presas españolas capturadas. Una parte se distribuía entre oficiales y tripulantes. Otra parte entre el capitán y el propietario de la nave. Y otra, finalmente, se entregaba al gobierno otorgante de la patente. Esta distribución se regía por convenios y reglamentos dictados por cada gobierno, a cuyo servicio se prestaba el corso.

Además del hostigamiento al comercio enemigo, los corsarios cumplían misiones en el transporte de armas y soldados, participaban en acciones de guerra contra naves aliadas de los realistas, bloqueaban puertos, formaban parte de expediciones y desembarcos. Recibían a cambio recompensas en dinero o mercancías y hasta grados militares.

Muchos capitanes corsarios eran dueños de sus propios barcos o servían a las órdenes de armadores y propietarios. Luis Brión, Arismendi y algunos otros altos dirigentes patriotas poseían embarcaciones dedicadas al corso. Los capitanes de estas naves procedían de las más diversas nacionalidades: italianos, franceses,

norteamericanos, holandeses, ingleses y criollos de las Antillas y de las colonias españolas. Era frecuente que se dedicaran abiertamente a la piratería, atacando a los barcos mercantes neutrales y repartiéndose sus despojos, pero otros sirvieron con espíritu heroico a la rebelión sudamericana. Se jugaron la vida transportando armas a las costas venezolanas o en las campañas de Ocumare y Guayana. Hubo capitanes y marineros que vinieron a la guerra en busca de aventuras y riquezas, pero dejaron la vida en los naufragios, masacrados por las bombardas o despedazados entre los garfios de un abordaje.

Gracias a los corsarios, los patriotas lograron contar con un eficaz dispositivo para la introducción de armas al país. Por supuesto, no eran muy exigentes en cuanto a la moral y a los antecedentes de aquella gente. ¿Cuáles podían ser las normas para seleccionar aliados tan útiles en la época? A servir a la patria vinieron entonces hombres que procedían de la más variada condición: endurecidos aventureros internacionales; expertos contrabandistas de todos los mares; audaces navegantes, conocedores de todas las mañas para burlar el bloqueo; sagaces traficantes de armas. Con la ayuda, no siempre desinteresada, de estos compañeros de ruta, los libertadores mantuvieron palpitantes las arterias logísticas que alimentaban las fuerzas armadas independientes.

La tripulación de los corsarios se componía de mercenarios contratados en las Antillas. Mulatos de las islas francesas, negros de Jamaica y Trinidad, indios de las costas sudamericanas, desertores de las milicias nativas en las colonias inglesas, esclavos fugados bajo la seducción de las promesas de libertad, guaiquiríes venezolanos, excelentes navegantes. De este exuberante conjunto se formó la marinería de las flotillas que derrotaron a los españoles en los mares y ríos de Venezuela.

Margarita sirvió de base a los corsarios al servicio de los patriotas, la más importante durante el curso de la guerra. “Las ventajas que los rebeldes fueron consiguiendo poco a poco en Margarita animaron a los descontentos de Venezuela, se fomentaron los corsarios insurgentes y principiaron a introducirse armas y municiones de todas las Antillas”, informaba el 1 de abril de 1817 el general Pablo Morillo al ministro de la Guerra en Madrid. La posición de la isla permitía el

contacto con Trinidad y las colonias inglesas vecinas, las relaciones con los patriotas de las provincias orientales y el hospedaje del tráfico español proveniente de Europa.

Los corsarios fueron no solo de gran utilidad para el transporte y la introducción del armamento, sino también en la conquista de importantes objetivos militares, como la liberación de Guayana, en el suministro de abastecimientos a las guerrillas de las costas y en la realización de operaciones de “comando” contra establecimientos enemigos.

La importancia de la actividad de las fuerzas navales en la introducción de las armas y en el desembarco de expedicionarios como elemento de la guerra librada por los independientes, puede valorarse por las propias declaraciones del mando realista. Para Morillo, la falta de una marina en su disposición para enfrentarse a las naves republicanas, constituía una de las primeras causas de sus derrotas a partir de 1818. “Sin Marina, sin recursos y con muy pocas fuerzas europeas como estamos en el día, cuente V.E. con que estas provincias sucumbirán precisamente al enemigo y que la pérdida de la Nueva Granada es infalible”, confiesa a su ministro de la Guerra en oficio del 22 de junio de 1818. El general ya no estaba en condiciones de atajar el ascenso de las fuerzas armadas de los patriotas, cada vez más fortalecidas por la llegada de armas desde las Antillas e Inglaterra, transportadas por embarcaciones grandes y pequeñas.

Las fuerzas navales de los independientes, nunca llegaron a ser muy grandes; en realidad eran una especie de “guerrillas navales”. En el Orinoco, por ejemplo, los patriotas aprovechaban todo cuanto podía flotar para equiparlo con artillería liviana y rústica. Estas flotillas de pequeñas embarcaciones, apoyadas por fortines situados en las orillas, eran más peligrosas por su número y rapidez que por su tamaño y poder de fuego. El conocimiento de la navegación por caños y vericuetos del río y la imposibilidad del enemigo de penetrar con grandes barcos, hacían sus posiciones casi inexpugnables. Otro tanto ocurría en el Apure, donde formó una flotilla fluvial con numerosas flecheras bien armadas, con las cuales mantenía sus comunicaciones y las utilizaba para transporte y misiones tácticas. Las guerrillas navales de la República, en ocasiones, llegaron hasta a operar atrevidamente en lugares bajo dominio realista,

como en La Guaira y el lago de Maracaibo, introduciéndose hasta las propias bases del enemigo para tomar presas y causar daños a sus instalaciones.

El coronel Hippisley ha dejado una crónica sobre las naves al servicio de la causa independiente. Burlona, pero que no deja de tener importancia para apreciar cómo se efectuaba la lucha armada en mares y ríos, y los medios con que contaban los patriotas en aquella época. Dice Hippisley:

¿Quiere usted conocer las fuerzas marítimas de la Serenísima República? Pues bien, en la cuenca que forma el Orinoco frente a la ciudad, tiene una veintena de grandes buques que traen el recuerdo de los grandes yates de paseo; los de mayor tamaño llevan una pieza de cañón, son las cañoneras; las otras sirven para el transporte exclusivo de soldados son las flecheras. Las rocas y las corrientes impiden la subida de grandes barcos hasta ese sitio; de esta manera los almirantes de agua dulce de la República se muestran llenos de coraje y seguridad. El almirante de agua salada, un tal Brión, tiene una docena de goletas armadas con las que recorre en apariencia de corsario las costas de Caracas. Es un hombre de cierto talento para el oficio⁷⁵.

Los hombres de estas flotillas eran “la canalla más atroz y desalmada”, según el general Morillo. Cuando el Pacificador y Jefe del Ejército Expedicionario de España intentó, en julio de 1817, someter a sangre y fuego a la isla de Margarita, a fin de liquidar aquel intolerable foco de subversión para toda la Colonia, encontró una resistencia insospechada. Al frente de dos mil soldados españoles y apoyado por más de seiscientos caribes, indios reclutados en el vecindario, procuró aplastar a los heroicos margariteños. Después de haber sido rechazado en Matasiete, describió así a sus enemigos:

[75]_ Publicado en *Journal du Debats*, París, 30 de octubre de 1819. (*La Independencia de Venezuela y los periódicos de París*, por Jesús Rosas Marciano).

Pasaban de quinientos rebeldes de la canalla más atroz y desalmada de la isla que la defendían, hombres feroces y crueles, famosos y nombrados entre los piratas de las flecheras, el terror de las costas de Venezuela, y facinerosos que cada uno contaba muchos asesinatos⁷⁶.

Estos “hombres feroces y crueles”, “piratas de flecheras” que, según Morillo, eran el terror de las costas venezolanas y contaba cada uno con varios asesinatos, fueron los valerosos guerrilleros de los mares y ríos, en cuyo seno acudieron en nombre de Luis Brión, Felipe Esteves, Antonio Díaz y otros capitanes que tanto contribuyeron a la victoria.

Pero, así como militaron bajo el pabellón republicano corsarios que se ennoblecieron en el ejercicio de la guerra y en el servicio heroico, también integraron las fuerzas navales de los patriotas, piratas como los Bianchi, Luis Aury y multitud de otros de su misma catadura. Era inevitable que, durante un largo período, se viera precisada la causa independiente a utilizar todo género de “compañeros de ruta”. La guerra, sobre todo en sus difíciles años iniciales, exigió un grado tan extraordinario de sacrificios que no era posible reglamentos a la hora de solicitar recursos y medios.

Era frecuente que los corsarios cometieran excesos contra neutrales en sus operaciones, se aprovecharan algunos para realizar actos de piratería, abusaran de la situación de guerra para cometer desmanes contra prisioneros y causar daños a la navegación pacífica. “En el Mediterráneo, el comercio europeo sufría de las depredaciones cometidas por los navíos berberiscos; en el mar de las Antillas, están expuestos a ataques más temibles todavía. Allí parecía que se hubieran dado cita los aventureros sin empleo de todas las naciones para ejercer su culpable industria, para vivir del pillaje a mano armada, a expensas de los navegantes pacíficos⁷⁷. Este es el panorama de las Antillas después de finalizada la Guerra de Independencia, dibujado por un almirante francés, interesado en

[76]_ Pablo Morillo, Oficio al Ministro de la Guerra, 28 de agosto de 1817.

[77]_ Citado por Caracciolo Parra Pérez en *Mariño y la Independencia de Venezuela*, Madrid, 1955.

apoyar injustas reclamaciones contra Venezuela. Pero, aun siendo una apreciación exagerada, no guarda demasiada distancia con la situación real imperante algunos años antes.

La circunstancia de cometerse los excesos enarbolando la bandera de los patriotas, era causa de serias complicaciones para la República. Provocaban innecesarios rozamientos con Inglaterra, Francia, Estados Unidos y otros países. Los patriotas eran acusados de brindar protección a actos de piratería, permitir ataques a mercantes neutrales y pacíficos, molestar el comercio entre las colonias de las Antillas y causar daños a súbditos extranjeros. Aun cuando no había peores piratas que las propias potencias europeas y Estados Unidos, cuyos dominios en el Caribe habían sido instaurados usando las mayores violencias, los independientes no estaban interesados en crearse nuevas dificultades. El enemigo principal en ese momento era España, las fricciones con otras potencias deberían ser atenuadas en lo posible, a fin de estar en capacidad de concentrar la atención total en la lucha principal. Las continuas reclamaciones perjudicaban las relaciones internacionales de los patriotas y amenazaban obstaculizar, aún más, las gestiones por la adquisición de elementos de guerra en el exterior.

En marzo de 1817, la dirección republicana dictó unas ordenanzas estableciendo normas sobre el ejercicio del corso bajo la bandera nacional. Se fijó la entrega de una fianza de seis mil pesos como garantía para optar la patente. Los capitanes tenían que ser venezolanos, gozar de “estimación pública, jurar fidelidad a la República y someter a revisión el crucero de la nave. Se impusieron reglas obligatorias de respeto a los prisioneros de guerra”. Se prohibió el saqueo de los efectos personales de los pasajeros, cuando el enemigo se rindiera sin abordaje.

Cuando los excesos se repetían, los capitanes corsarios eran despedidos del servicio:

Contra los esfuerzos de usted, y sin necesidad de sus servicios, se ha elevado la República de Colombia al estado de no necesitar de más corsarios que degraden su pabellón en todos los mares del mundo. En

consecuencia, podrá restituirse usted a sus buques y llevárselos fuera de las aguas de Colombia⁷⁸.

Pero la época de las ordenanzas y de las cartas de despido correspondió a un periodo cuando ya los patriotas estaban en ascenso. Habían pasado las horas de inseguridad, los asfixiantes años de la sobrevivencia; ahora podían depurar sus filas. Luis Aury, a quien Bolívar puso fuera de las aguas de Colombia en 1821, como tantos otros capitanes franceses, ingleses y criollos, fue de una extraordinaria utilidad durante los años difíciles. Muchos de ellos desafiaron bloqueos y prohibiciones para transportar los elementos de guerra, suministrando las armas para las campañas de 1815 y 1816. Llevaron a Angostura los fusiles, plomo y pólvora para la campaña de la Nueva Granada y desembarcaron los medios para las operaciones que culminaron en la batalla de Carabobo. Condujeron las armas a Santa Marta, Cartagena y al Sur para las campañas del Perú.

[78]_ Simón Bolívar a Luis Aury, 18 de enero de 1821.

Armas y moral

Como necesariamente ocurre en la guerra, los problemas relacionados con la posesión de las armas tenían una especial repercusión en la moral del Ejército Libertador y de la población partidaria de la Independencia.

La moral en la guerra se expresa, principalmente, en el valor del combatiente, en su voluntad de lucha, en el brío para soportar sacrificios, en el ánimo para llevar adelante las operaciones militares. Con frecuencia ha sucedido la derrota de ejércitos no tanto por recibir estragos superiores a los que podían soportar, sino porque, antes de ser vencidos, ya se había desvanecido su espíritu de pelea. ¿Qué es lo que lleva a una tropa a huir sin estar quebrantada físicamente? ¿Qué conduce a un hombre al desfallecimiento antes de sufrir más allá de lo que puede aguantar? No es vencido por la acción material del enemigo ni por los tormentos. Estaría en capacidad de resistir golpes superiores, pero su espíritu de lucha se ha desplomado.

La moral en la guerra tiene un fundamento ideológico. Se inspira en el patriotismo, en una causa noble, en la fe en el triunfo propio. En la formación de la moral del combatiente juegan factores tan importantes como la confianza en la dirección política y militar, el apoyo del pueblo, los éxitos en combates anteriores, la convicción de estar en capacidad de vencer; la preparación, experiencia y entrenamiento para hacer la guerra, entre otros.

Los patriotas contaron con elevadas fuerzas morales para llevar a cabo la Guerra de Independencia. Algunas surgieron junto con el estallido del movimiento. Fueron los razonamientos políticos y humanísticos que inspiraron la acción de los precursores y, después, las actas separatistas de 1810 y 1811. Otros factores morales fueron incorporándose y madurándose en el curso de la propia guerra, a medida que la lucha armada tomaba un carácter popular y patriótico, se incorporaban a ella las masas del pueblo, levantándose una plataforma antiesclavista y democrática.

Por supuesto, la moral combatiente de la República no se mantuvo a un mismo y rectilíneo nivel durante todo el curso de los quince años de lucha armada. Sufrió los efectos de los propios vaivenes de la guerra. Extremadamente sensible, debido a la naturaleza misma del movimiento independentista, a su falta de cohesión ideológica revolucionaria militante, la moral insurgente se alteraba con frecuencia con los reveses, los cambios en la situación internacional, las noticias de España y de Inglaterra, como era de esperarse. Pero siempre hubo sectores, más adheridos a la causa por razones sociales y políticas, que mantuvieron un ánimo más resuelto pese a todas las vicisitudes.

Durante la campaña de 1813-1814, por ejemplo, las noticias llegadas a Venezuela sobre las derrotas de Napoleón, crearon una sensación de escepticismo en las filas republicanas, contribuyendo a la desmoralización frente a los avances realistas. Como se sabe, cuando los patriotas estaban ocupando Caracas, el 7 de agosto de 1813, las tropas francesas eran expulsadas de España. La reacción realista y la desbandada independiente coincidieron con el ascenso de los ejércitos españoles en la Península, la retirada de los franceses, el hundimiento de Napoleón y la ocupación de París por los ejércitos aliados. Estas noticias, llegadas a conocimiento de los venezolanos con dos y tres meses de retraso, significaban la restauración de Fernando VII, la posibilidad de España para enviar expediciones militares a someter la rebelión en sus colonias, el fin de la coyuntura que había permitido en 1810-1811 las proclamaciones de independencia. Tales noticias fomentaron más aún el derrotismo golpeando la moral de combate ya maltrecha con los reveses

en las operaciones, la escasez de medios, la inferioridad numérica y la falta de apoyo popular.

Influye también en la moral, en épocas de guerra, la confianza en las armas que se tienen a la mano para luchar; su cantidad y calidad, su superioridad o inferioridad ante el enemigo. El hombre es superior a todas las armas; a fin de cuentas, las armas no son sino instrumentos del hombre.

Pero un hombre pobremente armado está más expuesto al peligro y a la muerte. Excluyendo condiciones excepcionales, un hombre escasamente armado necesita una alta dosis de moral para enfrentarse a otro abundantemente pertrechado. El grado de dominio sobre el armamento, su profusión y eficacia, son evidentemente elementos que de un modo u otro juegan cierto papel en la moral de un ejército. Por supuesto, sus efectos serán transitorios. Carecen del sentido estable y permanente de las fuerzas morales provenientes de factores ideológicos.

En la Guerra de Independencia, la existencia o escasez de las armas en las filas insurgentes influían sobre las perspectivas de los combatientes, en su convicción o escepticismo sobre la victoria. De igual manera los afectaba la situación de las armas en el campo enemigo, si este se mostraba poderoso o débilmente equipado. El estado de correlación de las armas se reflejaba en la moral de los patriotas. Efectos semejantes no tenían por qué dejarse de sentir también en el campo realista.

Cuando en 1815 llegó a las costas venezolanas la expedición del general Pablo Morillo, el despliegue de aquel poderoso aparato armado golpeó duramente el ánimo de los partidarios de la Independencia. Era “el mayor y más hermoso ejército que ha visto la América”, según la expresión del mariscal de campo Juan Manuel Cajigal, capitán general de Venezuela. Una escuadra de sesenta buques, encabezados por el San Pedro Alcántara, navío de 64 cañones; las fragatas Diana e Ifigenia, de 34 cañones cada una; una corbeta de 22 cañones y una goleta de 8, además de 13 cañoneras bien dotadas. Seis batallones de veteranos de las recientes batallas contra Napoleón, los de León, Valencey, Victoria, Extremadura, Barbastro y Cazadores de Castilla; dos regimientos de caballería: Dragones de la Unión

y Húsares de Fernando VII; un escuadrón de artillería de campaña formado por 18 piezas y dos compañías de artillería de fortaleza.

La presencia de un ejército de diez mil hombres tan bien y abundantemente armado, al cual se sumaban las tropas victoriosas que bajo el mando de Boves y Morales habían liquidado la Segunda República, era un impacto desmoralizante para la causa independiente. La agobiadora superioridad de tales armas, en comparación a los reducidos grupos dispersos de las guerrillas sobrevivientes de las derrotas de Aragua de Barcelona y Maturín, llenó de abatimiento al movimiento de los patriotas. Era un aparato armado de aplastantes proporciones para los habitantes de Venezuela, quienes jamás habían visto fuerza alguna semejante. Frente a recursos de tanto poderío, muchos sintieron perdida toda esperanza de reconquistar la patria y aniquilada la voluntad de continuar la lucha.

Después de las derrotas de 1814 y de la llegada de la expedición de Morillo, el campo enemigo aparecía como una fortaleza invencible y un suicidio oponer alguna resistencia. El sentimiento realista se afianzó en sectores de la población, partidarios de la Independencia se hicieron perdonar sus pecados de rebeldía. Otros, simulaban someterse a España buscando una manera de evadir el castigo y lograr reincorporarse posteriormente a la lucha. Tal fue el caso, entre varios, de Arismendi, quien se presentó cerca de La Asunción ante los jefes realistas. Según un señor Sevilla, testigo de la escena, el jefe de la insurrección de Margarita se arrojó de rodillas ante Morillo y derramó lágrimas de arrepentido. El general lo perdonó, pero

... en los ojos del brigadier Morales, que estaba presente, brilló un relámpago de ira mal comprimido por los deberes impuestos por la disciplina. “Mi general —dijo apuntando con el índice al famoso cabecilla, que permanecía arrodillado—, mi general, no haga usted semejante cosa. Ese hombre que tiene usted a sus plantas no está arrepentido: lo está engañando a usted miserablemente”⁷⁹.

[79]_ Simón Bolívar a Luis Aury, 18 de enero de 1821.

Muchos patriotas emigraron a las Antillas, como ya lo había hecho un grupo numeroso de dirigentes políticos y militares a raíz del desastre de Aragua de Barcelona. Solo unas cuantas guerrillas en las provincias orientales, en los llanos del Guárico y de Apure, mantuvieron la moral suficiente para proseguir la lucha armada. Para el capitán general Juan Manuel Cajigal, la “única y sola fuerza que existía en Venezuela que no reconociera con gusto la autoridad legítima del soberano”⁸⁰, era Pedro Zaraza, quien al frente de unos sesenta hombres mantenía una guerrilla por Villa de Cura. A pesar de las afirmaciones de Cajigal, Zaraza no era el único. También continuaron haciendo resistencia las guerrillas de Páez, Olmedilla, Rangel, Guevara y otros en Apure, y en las provincias orientales, los hermanos Monagas, Andrés Rojas, Manuel Cedeño, Montes, Parejo y otros jefes guerrilleros.

Sin embargo, la moral del movimiento insurgente había quedado profundamente afectada por las derrotas en el campo de batalla, las noticias de España sobre la restauración de Fernando VII y la presencia del aparato armado llegado con los expedicionarios de Cádiz. La influencia en el ánimo independiente de la abrumadora superioridad de las armas realistas no sería, por supuesto, permanente. Factores militares, políticos y sociales irán paulatinamente desplazándola, y ocupando su lugar para abrir nuevas convicciones y perspectivas a los combatientes de la República. Como lo demuestran las operaciones de las guerrillas en los años 1815 y 1816, así como la actividad de la emigración en las Antillas en procura de armamento y la realización de las expediciones de Los Cayos, el espíritu de lucha, el brío y la voluntad de los patriotas no fueron aniquilados.

Así como afectaba la moral de la causa independiente el flujo de armas a manos enemigas, la presencia de equipo militar propio jugaba un signo contrario. La introducción de fusiles, cañones, pólvora, plomo y lanzas elevaba el espíritu de combate, reforzaba la decisión de continuar la lucha, aumentaba la confianza en la suerte final de la guerra.

[80]_ Don Juan Manuel Cajigal, *Memorias sobre la Revolución Venezolana*, Caracas, 1960.

Las adquisiciones de armas en el exterior y su introducción al país, desempeñaban un papel destacado como factores que contribuían a dar aliento y brío al campo rebelde. En este sentido, no solo cumplían una misión material, táctica, en el terreno de los encuentros y batallas, sino que también desataban fuerzas morales, vitales para hacer y ganar cualquier guerra.

Las armas de las expediciones de Los Cayos surtieron efectos tonificantes en la moral de los patriotas. Después de la derrota y caída de la Segunda República, los fusiles y municiones que llegaron de Haití significaron la posibilidad material de emprender con más vigor la lucha armada, influyendo en el ánimo de los partidarios de la Independencia. La llegada a Margarita y Angostura de las armas adquiridas en las Antillas y de las que despachaba López Méndez desde Inglaterra tuvieron efecto también decisivo para inspirar confianza. A partir de ese momento, se fortaleció la convicción de estar participando en una causa con un destino victorioso. Cuando Bolívar declaraba en Guayana, hablando ante el Consejo de Estado el 1 de octubre de 1818: “Nuestro Ejército ha recibido lo que siempre le ha faltado: armas, municiones”, su tono optimista estaba impregnado de seguridad en el futuro. Habían pasado los tiempos peores. Quedaron atrás ocho años de guerra en condiciones de pobreza y privaciones.

Así como el despliegue del aparato expedicionario de Morillo impresionó a sectores de la población, poseídos por la incertidumbre o el desaliento, la presencia de armas inglesas destinadas al Ejército Libertador, la llegada de barcos desde el exterior a los puertos controlados por los venezolanos con elementos de guerra, influía a favor de la causa patriótica. Conociendo el Libertador estos efectos, no perdía oportunidad de comunicar a los generales republicanos toda novedad sobre la introducción de armas. Bolívar montaba un verdadero despacho de propaganda donde quiera que se encontrara su Cuartel General. Mantenía una constante comunicación —hasta donde lo permitían las circunstancias de su tiempo— con todas las divisiones del Ejército. Era frecuente que su secretario sacara varias copias de una misma carta para enviarla a distintos jefes militares. Su interés era mantenerlos informados de las últimas noticias de

los diferentes frentes, pero especialmente de la llegada de elementos de guerra. Y el Libertador insistía, cuando daba a los generales cualquier información sobre el desembarco de armas, que se comunicaran tales noticias inmediatamente a las tropas y a la población. El *Correo del Orinoco*, por su parte, tampoco desaprovechaba ninguna oportunidad para dar cuenta de la llegada a Angostura de goletas inglesas, danesas o de otras nacionalidades portando fusiles, cañones, pólvora y plomo para reforzar a los independientes.

¿Qué efectos morales deseaban los patriotas con esta propaganda? En primer término, era una proclamación de que no estaban solos en la guerra; que no se trataba de un movimiento aislado, al cual los realistas y España podían reducir con facilidad. Así como el enemigo recibía auxilios y apoyo de la Península Ibérica, la causa republicana podía mostrar una relación de fuerzas en el marco internacional a favor de sus intereses. Esto tenía que contar para el cálculo de probabilidades de quienes aún no se decidían entre los dos bandos, y también para reforzar la convicción de victoria en las propias filas. Si España poseía medios y recursos para mantener la guerra, no menos estaban en condiciones de hacerlo los independentistas si recibían, en cierta manera, auxilio de Inglaterra. Precisamente de Inglaterra, la primera potencia del mundo, y a quien incluso el propio Fernando VII tenía que acudir buscando dinero para sostener sus gastos de guerra.

Las cartas de Brión sobre sus gestiones en las Antillas y las de López Méndez informando la compra de elementos de guerra, eran copiadas en la Secretaría del Libertador y remitidas a los generales con órdenes de que se “publicaran en el departamento de su mando”. Las noticias de “que se preparan algunas expediciones considerables que nos traen cuanto podemos desear para una larga lucha con la España”, merecían la más amplia divulgación⁸¹. Se informaba que Brión había dejado en las Antillas depositadas para trasladar a Angostura, “cuanto condujeran las dos últimas corbetas inglesas despachadas por nuestros agentes en Londres” y que el coronel Campbell había ido a Estados Unidos a buscar dos fragatas de

[81]_ Simón Bolívar a Zaraza. Angostura, 5 de julio de 1818.

guerra⁸². Cualquier oportunidad era buena para incluir en una correspondencia la información de que:

... además de los fusiles, pólvora, vestuarios y tropas inglesas, hemos recibido posteriormente mil quinientos fusiles más, y una gran cantidad de pólvora. Contamos en Venezuela con ocho mil fusiles, que tenemos ya, y con más de seiscientos quintales de pólvora, y aún está pendiente una contrata de diez mil fusiles, que espero se realice⁸³.

Sabiéndose asistidos de suministros, los patriotas estaban en condiciones de afrontar con serenidad los reveses. Esto era un elemento moral muy importante. Cuando no había perspectiva de reponerse de las derrotas, la sensación de impotencia podría conducir a un derrumbe del espíritu de lucha, tal como había ocurrido, en algunos casos, en 1812 y 1814. El funcionamiento de las arterias logísticas del exterior permitió a la dirección infundir en sus filas la idea de que podían recuperarse de los fracasos y vencer las dificultades.

“Morillo no espera nada de España, y a nosotros no nos faltan esperanzas de socorros ingleses”, decía Bolívar a Guillermo White en 1819, desde la Laguna de los Laureles. No gana ninguna guerra quien está anticipadamente persuadido de perderla. La confianza de recibir armamento daba a los patriotas seguridad en el futuro, con lo cual disponían de una gran ventaja moral sobre sus adversarios, cada día más desmoralizados por la disminución de sus abastecimientos. A medida que se prolongaba la guerra, los realistas recibían menos recursos desde España: “Sin dinero y sin buques no pueden enviar un solo hombre a América”⁸⁴.

Las armas jugaron también un destacado efecto moral en la decisión de continuar la guerra. Mientras el cerco exterior creado por las combinaciones de alianzas entre Inglaterra y España obstaculizó la adquisición de armamento, las tendencias

[82]_ Simón Bolívar a Zaraza. Angostura, 14 de julio de 1818.

[83]_ Simón Bolívar al coronel Justo Briceño, 20 de agosto de 1818.

[84]_ Simón Bolívar a Zaraza. 18 de agosto de 1818.

capituladoras y conciliacionistas perjudicaron extraordinariamente la lucha por la independencia nacional. Como hemos señalado en fragmentos anteriores, uno de los motivos que más influyó en la desmoralización de Francisco de Miranda en 1812, fue la pérdida de la perspectiva de obtener auxilios de Inglaterra. Pero cuando, a partir de 1816, se hizo evidente que los patriotas podían disfrutar de suministros exteriores de elementos de guerra, la decisión de continuar la lucha hasta el final fue inquebrantable.

Armas y el centro del poder

Durante una larga etapa, la Guerra de Independencia se desarrolló en condiciones de graves disidencias en las filas de los patriotas.

La autoridad de la Junta Suprema de Caracas encontró resistencia por parte de la Junta de Cumaná. Las operaciones militares que tenían como objeto someter a los realistas de Guayana, en 1811, fueron obstaculizadas por las discrepancias:

No era posible que aquellas operaciones tuvieran un buen suceso, si se atiende a la falta de unidad en el mando de las fuerzas, a las divergencias de opinión entre los diversos jefes respecto a los movimientos y del plan de hostilidades contra los enemigos y, lo que es más decisivo y funesto para las armas de la República, la independencia con que deseaban obrar los diversos gobiernos⁸⁵.

Esta situación tuvo mucho que ver con el fracaso del ejército expedicionario mandado a actuar contra la provincia realista, la forma como fueron conducidos los preparativos de guerra y las propias acciones militares.

[85]_ José de Austria, *Historia de Venezuela*. Tomo I, Caracas, 1960.

La dirección de Francisco de Miranda fue causa de divisiones y rivalidades. Un grupo de oficiales intentó, en 1812, destituirlo del mando mediante un golpe de mano, por desacuerdo en la conducción de la guerra. Otras personalidades, como los Toro, objetaron las facultades extraordinarias concedidas por el Congreso y se marginaron del gobierno.

En 1813, la organización de los auxilios de la Nueva Granada destinados a la libración de las provincias venezolanas, fue motivo de fricciones entre el mando patriota. En la Segunda República coexistieron la autoridad y dirección de dos libertadores. Bolívar en Occidente y Mariño en Oriente. Alrededor de estos dos jefes, se núcleo separadamente el campo republicano. La división del poder político y militar influyó en las derrotas del “Año Terrible”.

Las derrotas de 1814 profundizaron la división. Se degeneró casi en un estado anárquico. Como “la derrota no tiene paternidad”, a todos se atribuían sus causas. Fueron muy enconadas las pugnas entre Bolívar y Bermúdez, José Félix Ribas y Bolívar, Mariño y Arismendi. Los dos libertadores fueron desconocidos por sus antiguos oficiales. El fortín de Pampatar disparó contra Bolívar y este estuvo a punto de perder la vida. Junto con Mariño, fue hecho prisionero en Carúpano y amenazados ambos de fusilamiento. Tienen que huir del país acosados por sus propios jefes militares. Después, Bermúdez y Piar rompieron sus vínculos, y tras la batalla de Magüeyes, donde triunfa otra vez Boves, ocurrieron nuevas divisiones. A la batalla de Urica no concurrieron todas las fuerzas independientes, fraccionadas por las disidencias y conflictos internos. El guerrillerismo local se extendió por todas las provincias orientales. En cada región, un caudillo local se alzó con la autoridad. Los sobrevivientes de la Segunda República se dispersaron en medio de la mayor falta de unidad, sin centro de dirección ni gobierno.

En 1815, las disidencias se convirtieron en una guerra abierta en la Nueva Granada. Bolívar se separó de las tropas confiadas a su jefatura para evitar que “la Nueva Granada se dividiera en partidos, y la guerra doméstica”⁸⁶ y desde

[86]_ Simón Bolívar al presidente de la Nueva Granada, 8 de mayo de 1815.

Kingston protestaba porque “las reliquias de Venezuela han sido destruidas por las intrigas y la mala fe de nuestros enemigos interiores”⁸⁷.

Las divisiones estuvieron a punto de hacer fracasar la primera expedición de los Cayos de San Luis. Durante los preparativos, fueron frecuentes los conflictos entre los dirigentes exilados. La policía de Haití tuvo que intervenir en varias riñas y duelos. La dirección de la expedición fue causa de serias rivalidades entre Bolívar y Bermúdez, dividiéndose la emigración en dos grupos antagónicos. Para esa misma época, en el interior de Venezuela, José Tadeo Monagas y Manuel Cedeño se disputaban la dirección del movimiento guerrillero oriental, sin que ninguno de los dos quisiera ceder la jefatura.

Después del desastre de Ocumare en 1816, las pugnas estallaron con violencia. Los jefes militares orientales desconocieron toda autoridad de Bolívar, quebrándose la precaria unidad establecida penosamente en las reuniones finales, antes de partir la expedición de Los Cayos.

En 1817 continuaron los patriotas sin cohesión ni unidad en sus filas. Una reunión organizada por Mariño y Madariaga en Cariaco aumentó las disidencias. Mientras unos jefes militares aceptaban las decisiones de dicho Congreso, otros las rechazaban y proclamaban la dirección de Bolívar. A fines de ese mismo año, la lucha por el mando estuvo a punto de desatar una guerra civil entre Bolívar, por una parte, y Mariño y Piar, “insubordinados” contra la autoridad de aquel. Finalmente, el general Piar fue fusilado en Angostura.

Entre los grupos guerrilleros de los llanos de Apure y del Casanare, también fueron frecuentes las divergencias entre distintos líderes militares y políticos. Otras pugnas tuvieron como escenario a Margarita, las misiones del Caroní, la Nueva Granada, Angostura. Los generales Páez y Nonato Pérez mantuvieron una larga competencia por sus respectivas jurisdicciones llaneras. Brión y Arismendi chocaban por intereses contrapuestos. Mariño afrontó numerosos conflictos de autoridad con Bermúdez en las provincias orientales. No había un caudillo que no se

[87]_ Simón Bolívar a Luis Brión. Kingston, 16 de julio de 1815.

sintiera con suficientes privilegios para rechazar a otro rival y colocar su autoridad local por encima del mando general.

Las disidencias constituían uno de los más graves problemas planteados al desarrollo de la causa independiente. Al fraccionar esfuerzos y recursos, la división quebrantaba las tareas de guerra contra los realistas. No eran posibles la planificación y realización exitosa de grandes campañas sin cohesión en las filas patriotas, pues no permitía la plena utilización de los medios a disposición de la causa independiente. La dispersión de la dirección tenía un grave efecto en el seno de las masas, cuya opinión no podía ser definitiva y sólidamente conquistada para un movimiento debilitado por las pugnas internas, que no presentaba frente a los realistas una perspectiva de seguridad y de gobierno. Negativas repercusiones tenía también esta situación en las relaciones entre los patriotas y el exterior, tan importantes para la adquisición de elementos de guerra. Un panorama de anarquía era el menos indicado para facilitar las negociaciones con los vendedores de armas y los agentes extranjeros.

Las exigencias a favor de una dirección única no dejaban de sentirse en el campo patriota con gran fuerza. Al lado de las disidencias y conflictos, había siempre una tendencia creciente hacia la formación de un centro de poder. Junto a los elementos de fraccionamiento, se desarrollaban permanentemente otros factores de unidad. Los requerimientos por la unificación del mando surgían como una consecuencia de las propias necesidades de la guerra. A medida que la lucha armada se prolongó, las exigencias por la unidad cobraron un carácter de insoslayable urgencia, hasta pasar a ser una cuestión de sobrevivencia, de vida o muerte.

Durante las campañas de 1813-1814, cuando la división entre los ejércitos de Occidente y Oriente, las gestiones por el “reconocimiento de un centro de poder”⁸⁸, según la fórmula que empleaba Bolívar, ocupó lugar preponderante en la actividad política de los republicanos. Desde Valencia, insistiendo sobre la

[88]_ Simón Bolívar a Santiago Mariño, Valencia, 27 de noviembre de 1813.

necesidad de un mando único, Bolívar planteaba el 16 de diciembre de 1813 a Santiago Mariño: “No me parece propio retardar el establecimiento de un centro de poder para todas las provincias de Venezuela”⁸⁹. La marcha desafortunada de las operaciones militares, los grandes reveses sufridos tanto por Bolívar como por Mariño, no contribuyeron a facilitar la estructuración de este centro de poder, al contrario, aumentaron los motivos de fricción.

Los gobiernos guerrilleros de 1816, encabezados uno por José Tadeo Monagas en San Diego de Cabrutica y otro por el doctor Francisco Serrano, sustituido después por Páez en los llanos de Apure, fueron también expresiones de las tendencias hacia un centro de poder que se manifestaron constantemente en las filas insurgentes, a pesar de todas las discrepancias. La organización del llamado Congresillo de Cariaco, en 1817, correspondió igualmente a estas exigencias. Ha sido presentado recurrentemente como producción de las disidencias, pero hay evidencias históricas de que, la mayoría de sus participantes buscaban con su acción la estructuración de un centro dirigente, indispensable en las circunstancias de la guerra.

Por supuesto, las disidencias no tenían origen solamente en las rivalidades caudillistas, aun cuando fundamentalmente así se expresaban. En el fondo, eran manifestaciones de contradicciones sociales y políticas en el seno del Ejército y de los partidarios de la Independencia, cuyos alcances no es el objeto analizar en el presente trabajo. Estas diferencias no solo se reflejaban alrededor de la lucha por el mando militar, sino también en las continuas discrepancias entre federales y centralistas, que tanto agitaron a la República desde 1810, las pugnas entre partido civil y partido militar, los agrupamientos a favor y en contra del poder personal y otras manifestaciones similares, ecos de naturales contradictorios intereses de clases y capas sociales.

A la larga, el centro de poder se formó en torno a Bolívar, quien logró a mediados de 1818 fortalecer su autoridad como máximo jefe del movimiento independentista. La última tentativa de disputarle el mando la organizó el coronel

[89]_ Simón Bolívar a Santiago Mariño, Valencia, 16 de diciembre de 1813.

inglés Henry Willson, de quien se descubrió posteriormente estaba al servicio de los españoles. Con la complicidad de varios oficiales venezolanos y neogranadinos, intentó dar un golpe militar para desconocer al Libertador y poner en su lugar al general Páez. El golpe debería darse en San Fernando y, como suele ocurrir, se pretendía aprovechar el malestar creado por la desigual campaña de los llanos en 1818, en la cual surgieron desavenencias entre Bolívar y Páez alrededor de las operaciones sobre la provincia de Caracas y los patriotas tuvieron numerosas bajas en su personal, así como pérdidas en material de guerra.

Pero la estructuración del centro de poder en torno a Bolívar no fue fácil, sino la culminación de un proceso lento, contradictorio, doloroso. Hubo que vencer grandes obstáculos, que maduraran un conjunto de condiciones bajo la presión de la guerra. Fue necesaria la conjunción de variados intereses coincidentes en la lucha armada contra la dominación española.

Bolívar tenía elevadas cualidades para el ejercicio del mando supremo: una concepción universal del movimiento emancipador, visión profunda de sus alcances, sostenida perseverancia, dedicación sin mengua y con pasión a la lucha, tenacidad a toda prueba. Estas cualidades personales eran indispensables para desempeñar la dirección en una situación excepcional como la Guerra de Independencia, cuyos requerimientos sobrepasaban el valor y el sacrificio. Sin embargo, por encima de cualidades personales, Bolívar supo interpretar el momento histórico. Procediendo de la clase social más elevada de la Colonia, se identificó con los objetivos sociales y políticos que esta se propuso con la separación de España. Mas no bastaba esta condición; era preciso al mismo tiempo interpretar las demandas de otras clases y capas sociales que, aun cuando mantuvieran contradicciones con la nobleza territorial criolla, se unieran en la lucha por la emancipación nacional. Bolívar lo hizo. Mantuvo la ruptura del dominio colonial español como el objetivo estratégico fundamental de la guerra, pero unió al mismo las aspiraciones por la igualdad, la abolición de la esclavitud, el reparto de las tierras y propiedades del enemigo, transformaciones que interesaban al pueblo y convirtieron la lucha armada por la Independencia en una guerra popular.

Bolívar contribuyó a darle a la contienda un carácter de guerra de liberación con la proclamación de la guerra a muerte. Con las disposiciones sobre la libertad de los esclavos en 1816 y de distribución de las tierras y propiedades en 1817, las masas populares fueron incorporadas a la guerra y esta asumió caracteres antiesclavistas y democráticos. La política dirigente de todo este proceso no fue la obra exclusiva del Libertador, sino de un movimiento, más bien de un ejército, ya que esta fue la forma predominante que asumió la organización de los patriotas durante la guerra; de un ejército, de sus ideas y de sus hombres. Sin embargo, es evidente que Bolívar imprimió acentuadamente su identidad al mismo y lo expresó con la mayor fuerza, especialmente en los años que van desde 1813 hasta 1823. Después, su aislamiento de las masas y del ejército y las fatigas creadas por una lucha tan prolongada y difícil, serán aprovechados por los grandes propietarios, las camarillas civiles y los religiosos para llevarlo a las posiciones más reaccionarias. Ya Bolívar era un cadáver. “Sobre todo en los años del 28 al 30, cuando ya en la agonía, su genio ahora impotente se deja arrastrar a la más extremada reacción, por la improvisación de ministros miopes y el interés de amigos ambiciosos”⁹⁰.

Gravitaron contra la aceptación de la jefatura de Bolívar las más variadas circunstancias. Se trataba de la dirección de una guerra en la cual abundaban los caudillos militares de extraordinario valor personal. Jefes que se batían en las primeras líneas de acción al frente de sus hombres, que en cada combate arriesgaban la vida con una increíble temeridad. ¿Tenía Bolívar alguna cualidad en el terreno del valor que lo hiciera superior a generales tan impetuosos como Páez, Bermúdez, Cedeño o como el propio Piar, a quien Bolívar tres años después de su fusilamiento tenía que reconocer: “Es necesario ser justos; sin el valor de Piar la República no contara tantas victorias”?⁹¹ El Libertador era un hombre de valor, pero no era esta una cualidad singular en la cual no compitieran otros

[90]_ José Gil Fortoul, *Historia constitucional de Venezuela*. Tomo I, Caracas, 1954.

[91]_ Simón Bolívar a Santander. San Cristóbal, 20 de abril de 1820.

generales independientes. En el campo de las victorias, ¿cuáles eran las creenciales de Bolívar para aspirar a jefe de la Revolución? Las principales victorias de las campañas de 1813-1814 fueron atribuidas a José Félix Ribas, “el general invencible”; a Campo Elías, el triunfador en Mosquiteros; a Girardot, el héroe neogranadino; a los bravos caudillos orientales. Bolívar carga con la responsabilidad de la caída de Puerto Cabello en 1812, con las derrotas de Barquisimeto, el desastre de La Puerta y la emigración a Oriente. Las hazañas de Santiago Mariño libertando las provincias de Cumaná, Maturín y Barcelona en 1813, sin auxilios del exterior, tras haber iniciado la lucha al frente de un puñado de hombres y con treinta fusiles, no tiene ningún mérito menor para deslucir ante la Campaña Admirable de Bolívar desde Cúcuta.

¿Qué aportaba Bolívar a la causa independiente después de 1814? No es su prestigio ni su autoridad. Los reveses de la Segunda República dejaron el prestigio y la autoridad del Libertador tan maltrechos, que uno de sus edecanes, Chamberlain, lo abandonó. Rehusaba seguir prestando sus servicios “... a quien va a ser despreciado en todas partes”. Los nuevos reveses de 1816 y 1817 afectaron tanto el nombre de Bolívar que Juan Revenga escribió a Martín Tovar, desconsolado: “Sus apasionados en todo lo culpan. La victoria no le acompaña ya”.

Bolívar es prácticamente, un proscrito cuando en 1814 abandonó Venezuela. En Pampatar lo rechazaron a cañonazos y si no es por la destreza de un marinero, su embarcación hubiera sido echada a pique. Los jefes militares lo destituyeron del mando supremo. Piar lo buscaba en Carúpano para someterlo a un pelotón de fusilamiento. José Félix Ribas, su tío y mariscal de campo de la República, formuló contra él un iracundo libelo de gravísimas acusaciones. Acusó a Bolívar y a Mariño de haberse embarcado furtivamente llevándose la escuadrilla con la cual contaban los restos del ejército para defenderse, y toda la pólvora, los fusiles y el plomo, dejando impotentes a los patriotas de Cumaná. Pero la más grave imputación era la de haber robado “toda la plata de las iglesias de Caracas, oro y piedras preciosas”, que constituían los últimos y únicos recursos de los independientes para continuar la resistencia, repartiéndose el botín con el pirata Bianchi en alta mar.

Los agravios de José Félix Ribas llegaron hasta señalarlos como responsables del robo del equipaje de su hermano Juan, a quien “arrojaron al agua a fuerza de sable y fusil” después del despojo. Sindicado como ladrón, desertor y bandolero, Bolívar fue arrestado junto con Mariño:

... los sorprendí, arresté sus personas y les quité la plata, pertrechos y fusiles que les habían cabido en suerte; los dejé allí bajo su palabra de honor; pero luego que monté a caballo para venirme la quebrantaron fugándose con los dos buques de guerra que trajeron, y corrompiendo los comandantes de ellos al efecto⁹².

Si Bolívar ocupó el mando de la primera expedición de Los Cayos fue porque quienes suministraron los medios de financiar, organizar y realizar la audaz empresa, prácticamente impusieron su jefatura por encima de las disidencias. En efecto, solo un grupo de los emigrados reconocía méritos al Libertador para encabezar la expedición. Mariano Montilla llegó hasta a desafiarlo a duelo, después de lanzar contra él varios sablazos. Aliados a Montilla estaban, entre otros, Bermúdez, recién llegado de Cartagena, donde había ejercido la función de general en jefe de las tropas encargadas de defender la ciudad. El prestigio de Bolívar se encontraba golpeado por los reveses del año de 1814. No inspiraba confianza servir bajo sus órdenes. Fue la intervención de Luis Brión, a cuya responsabilidad estaban las embarcaciones destinadas al transporte de la expedición y una parte de las armas depositadas en el arsenal de San Luis, además del apoyo del comerciante Robert Sutherland, quien facilitó el dinero para financiar la aventura, lo que influyó a favor de su designación como jefe expedicionario.

Año y medio después de su destitución del mando, de ser un proscrito acusado de bandolero, desertor y ladrón, Bolívar regresó de nuevo a Venezuela. Venía

[92]_ Cartas de José Félix Ribas a Martín Tovar, citada por José Gil Fortoul, *Historia constitucional de Venezuela*. Caracas, 1964.

ahora al frente de una expedición con 3.500 fusiles y un parque de 15.000 libras de pólvora y 10.000 libras de plomo. Para los patriotas representaba la oportunidad de rearmarse y continuar la guerra. Los hostiles caudillos orientales, dejando a un lado las discrepancias y acusaciones, acogieron el mando supremo del Libertador. Hasta Bermúdez, su encarnizado enemigo de 1814, su rival enconado en Haití, lo siguió hasta Margarita para ponerse a sus órdenes. Y como no lo encontró en la isla, lo buscó en Carúpano y al saber su partida, se presentó ante él en Ocumare, ofreciéndole sus servicios, sin importarle al colérico coronel saber que Bolívar lo rechazaba y hasta prohibió desembarcarse. ¿Qué es lo que ha cambiado para aceptar a Bolívar como jefe? ¿Cuáles son las razones que daban a este hombre, hasta hace poco despreciado como desertor y a punto de ser fusilado, la categoría de centro del poder? ¿Qué es lo que de pronto llevaba al arrogante Bermúdez a correr tras de él casi mendigando aceptar sus servicios? Bolívar no había ganado ninguna gran batalla desde su partida de Los Cayos, ni ha sufrido ninguna transformación personal que hiciera tan repentinamente olvidar pasados fracasos e infortunios. Pero si no había nada de esto, en cambio Bolívar traía consigo un factor fundamental de poder: 3.500 fusiles, 15.000 libras de pólvora y 10.000 de plomo, y una flotilla de combate en la cual había por lo menos cinco goletas bien artilladas, agregándose después el bergantín Indio Libre y la goleta Fortuna, apresadas al llegar a las costas venezolanas. Con este esencial factor de poder en sus manos, ¿quién otro podía disputarle la autoridad del mando en las condiciones existentes para entonces en Venezuela? Aquellas armas significaban la posibilidad de continuar la guerra y abrían la perspectiva de victoria para la causa independiente. En la situación de escasez de medios confrontada por los insurgentes en 1816, los fusiles, barcos, pólvora y plomo que traía Bolívar eran, inevitablemente, el único factor para el reagrupamiento de los patriotas. Así volvió el Libertador a ser reconocido y acatado como centro de poder.

La jefatura de Bolívar, no duraría mucho tiempo. La derrota de Ocumare, donde se perdió una parte considerable del armamento de la expedición de Los Cayos, quebrará nuevamente el centro de dirección. Los fracasos

originaron otra vez el estallido de las disidencias. Cundieron la amargura y el desaliento. Al perder Bolívar los recursos a su disposición, se volvieron a someter a dudas y discusión sus facultades de mando. Su prestigio y autoridad decrecieron con la misma rapidez como habían ascendido. Como el mismo Libertador solía decir: “En la guerra no se cometen faltas impunemente”⁹³. La tremenda derrota de Ocumare costaría caro a Bolívar y los caudillos rivales estaban prestos a cobrarse inmediatamente.

Al regresar el Libertador a Güiría, los jefes militares orientales, encabezados por Mariño y Bermúdez, desconocieron su jefatura. Esta vez apenas escapó de un linchamiento. Sus enardecidos compañeros no solo le quitaron el mando, sino que lo acusaban de ser culpable de la pérdida de los elementos de guerra, del fracaso del ejército y de colocar otra vez el movimiento en condiciones de inferioridad. Una tropa amotinada, al grito de “¡Abajo Bolívar! ¡Viva Mariño! ¡Viva Bermúdez!”, recorrió las calles de Güiría para linchar al Libertador. Según Felipe Larrazábal, Bolívar se vio obligado a desenvainar la espada para defender su vida, amenazada por los soldados: “Los contuvo con su serenidad y valor extraordinarios, pasando por medio de ellos con espada en mano”. El propio Bermúdez, a la cabeza de sus hombres, le tiró una estocada. Pudo salvarse gracias al coronel Isava y al licenciado Gaspar Moreno, quienes “estaban presentes y evitaron la consumación del más horrible crimen”⁹⁴. De esta manera, el centro del poder con Bolívar, cuya “legitimidad” había sido consagrada por la asamblea de Villa del Norte el 7 de mayo de 1816, lo echó por tierra el motín de Güiría.

No pasaron muchos meses de tan graves sucesos cuando Bolívar era de nuevo admitido por los mismos que estuvieron a punto de lincharlo. Volvió a ser centro de poder aun cuando esta vez tenía que compartirlo con el general Santiago Mariño en una especie de dirección colectiva. En efecto, en esta nueva reorganización del mando, Bolívar quedó como “Jefe Supremo” mientras Mariño

[93]_ Simón Bolívar al coronel Jerónimo Urquiza, 28 de diciembre de 1817.

[94]_ Felipe Larrazábal, *Historia de Venezuela*. Caracas, 1955.

asumió la Jefatura de las Fuerzas Armadas, una fórmula con la cual se pretendió armonizar las disidencias y contradicciones. Pero, ¿cuál es el cambio ocurrido para que fuese aceptado como Jefe Supremo quien meses atrás había sido repudiado, víctima de un motín y prácticamente echado de las costas orientales? ¿Cuáles fueron las causas que de nuevo indujeron a los patriotas para elevar al centro de dirección a quien solo cosechaba derrotas?

Después del fracaso de Ocumare y de los sucesos de Güiría, Bolívar regresó a Haití. Iba de nuevo a buscar armas, a solicitar del presidente Pétion fusiles, pólvora y plomo para continuar la guerra. Sin dejarse amedrentar por la adversidad y los reveses, insistió en la tarea de introducir medios y recursos a fin de sostener la lucha armada. A fines de diciembre de 1816, está otra vez frente a las costas de Juan Griego. Venía con mayor cantidad de elementos: 4.500 fusiles, 8 cañones de campaña, barcos, pólvora y plomo para fabricar 300.000 cartuchos. Las armas para reponer las pérdidas sufridas; para equipar las guerrillas y convertirlas en ejército. Los fusiles y pertrechos que necesitaba Piar para liberar a Guayana. Los pertrechos que Mariño y Bermúdez requerían para sostener las provincias de Maturín y Barcelona. Las armas sin las cuales Arismendi perdería Margarita, y Páez no estaría nunca en posición de superar a los realistas. Bolívar era el hombre de las armas. De nuevo en sus manos, este poderoso factor de poder, su figura y sus fuerzas se convertían en un centro aglutinante, en un “centro de poder”.

Otros caudillos contribuían a la guerra con “su gente”. Reunidas bajo el mágico efecto de un nombre, de un prestigio, cada jefe militar tenía “sus” tropas. Las condiciones de la época eran una fuente de caudillismo debido a las estructuras sociales de la Colonia, la forma de propiedad de la tierra y las costumbres sociales. La guerra generaba espontáneamente caudillismo. El ejército era la forma de organización de los patriotas, la única y exclusiva forma de organización. De su seno surgían los jefes impuestos por el valor en el campo de batalla, los renombres y prestigios locales, manifestación de un estilo de democracia militar que desconocía, por lo general, superioridades originadas en títulos de nobleza o “limpieza” de sangre. En este medio se formaron Bolívar, Mariño, Arismendi, Bermúdez, Páez, Piar, Zaraza, Cedeño,

Monagas y una multitud de generales y coroneles guerrilleros. Cada uno con “su gente”. Algunos, los más locales, con “su patriecita”, una región de donde no salían porque “su gente” no gustaba pelear fuera del terreno que dominaban.

En los años de 1814 a 1818, Bolívar se quedó sin “su gente”. Era lo que los venezolanos llamamos “un general sin soldados”. La base política y social de Bolívar era la provincia de Caracas. Allí estaban sus antiguas propiedades y esclavitudes, sus haciendas y bienes, sus amigos y familiares. El escenario de su actividad política y militar en 1810-1812, el teatro de las principales operaciones de la campaña de 1813. Los pueblos que lo proclamaron Libertador. En la provincia de Caracas estaba la base del poder político y económico de su clase social. Pero, después de 1814, ya la guerra no se hizo en la provincia de Caracas. La guerra se llevaba a cabo en Oriente, en Guayana, en Apure. Allí a la “gente” la tenía otros caudillos: Mariño, Bermúdez, Arismendi, Páez, Piar, Monagas, Cedeño, Zaraza, Nonato Pérez, los generales llaneros y orientales. Cuando Bolívar intentó en varias oportunidades abrir operaciones sobre Caracas, era impulsado no solo por razones estratégicas y logísticas. También iba en busca de “su gente”, quería tener un soporte más sólido para apuntalar “el reconocimiento de un centro de poder”. Todas estas tentativas resultaron fracasos. En julio de 1816, el intento ocasionó el desastre de Ocumare. En 1817, sufrió una tremenda derrota en Clarines, cuando pretendió avanzar desde Barcelona. Y en 1818, repitió el proyecto con el ejército de Apure, después de las operaciones en Calabozo, enfrentándose a la cerrada oposición de Páez, quien le negó el concurso de su caballería.

La predilección de Bolívar por Caracas, o la exagerada idea que tenía del patriotismo de sus habitantes y de los recursos que aquella ciudad podía proporcionar al partido que la ocupase, fue causa de muchos errores en su carrera militar. En más de una ocasión se le vio posponer operaciones más importantes, para apoderarse de ella o socorrerla según el caso⁹⁵.

[95]_ Daniel Florencio O’Leary, *Memorias*. Caracas, 1879.

Volvería a Caracas solo después de la batalla de Carabobo, en 1821.

Dos elementos decisivos se unieron para dar a Bolívar el “centro de poder”. La posesión de las armas y las victorias. En cierta medida, las últimas dependieron de las primeras. Las victorias consolidaron definitivamente su autoridad y su dirección. Los suministros de fusiles, cañones, barcos, pólvora y plomo dieron a Bolívar el factor esencial del poder. Bolívar no llegó nunca al país sin un cargamento de armas. En 1813, entró en Caracas con las armas victoriosas de la Nueva Granada. En 1816, desembarcó en Carúpano con las armas de la primera expedición de Los Cayos y a fines de ese mismo año, de nuevo volvió a Venezuela con otro cargamento de material de guerra, esta vez el mayor de todos. De 1817 en adelante ya no necesitó ir a buscar las armas al exterior. Con la liberación de Guayana y el dispositivo montado por sus agentes en las Antillas y en Londres podía recibirlas en Margarita y en Angostura. Pero nadie puede dudar de que si el Libertador hubiese sido obligado por el curso de la guerra a salir de nuevo del país, hubiera vuelto en la primera oportunidad conduciendo fusiles, cañones, pólvora y plomo. Si Bolívar fue un “general sin gente”, hasta 1817, no dejó nunca de ser un “general con armas”. Esta característica, fundida con las condiciones intelectuales, políticas e históricas bien conocidas, fue lo que le dio “el centro de poder” y puso a sus órdenes a todos los generales con gente y sin gente.

Bolívar utilizó los suministros de material de guerra para formar el centro de dirección y aglutinar las fuerzas armadas republicanas bajo un mando único. Desde 1816, era Bolívar quien tenía en sus manos el control de las arterias logísticas fundamentales, de las fuentes de suministro provenientes del exterior. Bolívar suministró los medios en 1816 para liquidar la dispersión guerrillera y formar ejércitos bajo las órdenes de Mariño, Bermúdez, Piar, Monagas, Zaraza y otros jefes. Dio quinientos fusiles a Mariño y cuatrocientos a Piar para levantar tropas y abrir operaciones en las provincias de Cumaná y Maturín. Abasteció de armas a las guerrillas de Monagas y Zaraza. Con sus armas y los barcos de Brión, quien lo acataba, hizo posible la liberación de Guayana y el control del Orinoco. Desde Angostura, comenzó a suministrar armas a Páez y a

otras fuerzas en los llanos. Ya a partir de 1817, se creó una dependencia logística de todas las unidades y guerrillas del ejército del centro, representado por Bolívar. Todos los caudillos acudían a Bolívar para abastecerse de fusiles, pólvora, plomo, vestuario y otros pertrechos de guerra. El 24 de julio de 1817, los patriotas habían dado legitimidad al centro de poder en una asamblea en San Miguel, donde proclamaron al Libertador como Jefe Supremo de la República y del Ejército. Después, las disidencias pasaron a un segundo término. Piar fue fusilado por sedición y rebeldía. Páez reconoció la jefatura de Bolívar. Todos los caudillos se agruparon alrededor de la autoridad del gobierno en Angostura.

El Libertador mantuvo firmemente la dirección después de 1818, no solo mediante la conducción de la política y militar, en sentido general y el ejercicio de la autoridad “legítima” emanada de la formación de instituciones y órganos de poder en Angostura, sino también a través de nexos concretos y prácticos que en la guerra suelen ser a veces más efectivos que la teoría. Así, la distribución de armas constituyó un factor centralizador de la dirección política y militar, de unidad de las fuerzas armadas y de los partidarios de la Independencia. Mientras en 1815 y parte de 1816, la búsqueda de medios en distintas direcciones contribuyó a la dispersión guerrillera, de 1817 en adelante la existencia de una fuente de suministros constituyó un decisivo factor de centralización y aglutinamiento. Un ejemplo de cómo operaba esta distribución de elementos de guerra puede observarse en 1818: 1.000 fusiles y 10.000 cartuchos para el general José Antonio Anzoátegui; 1.000 fusiles para el general Francisco de Paula Santander; 600 fusiles y 10.000 cartuchos para el general José Antonio Páez; 600 fusiles y 20.000 cartuchos para el general Santiago Mariño; 500 fusiles y 10.000 cartuchos para el general José Tadeo Monagas; 400 fusiles y 20.000 cartuchos para el general Bermúdez; 75.000 cartuchos para la dotación de la escuadra al mando de José Padilla.

Pero, además, Bolívar mantenía enterados a todos los generales de la marcha de las contrataciones de armamento en el exterior; de las negociaciones de sus agentes en las Antillas y Londres, de la llegada de los barcos con recursos y toda noticia indicadora del aumento en sus almacenes militares. La difusión de estas informaciones, además de

constituir un impulso moral, como hemos indicado en capítulos anteriores, servía para fortalecer la autoridad de Bolívar y del gobierno establecido en Angostura. Era evidente que mientras llegaran armas y pertrechos a las manos del Libertador y este estuviera en capacidad de abastecer al ejército, su “centro de poder” cumplía la exigencia primordial histórica de aquel momento: suministrar los medios para ganar la guerra. Esto era un requisito indispensable para asegurar la autoridad de un “centro de poder”; y en momentos de guerra la base esencial de su gobierno. Bolívar procuró acrecentar por todos los conductos sus elementos bélicos, a fin de que el aparato del Estado por él encabezado estuviera en condiciones de llenar su objetivo principal. Los despachos que expedía su Secretaría desde el Cuartel General, dando cuenta de las negociaciones y movimientos vinculados a la introducción de armamentos, llevaban a todos los oficiales y soldados esta convicción. Era una de las funciones mejor desempeñadas por esa especie de “oficina de prensa” que el Libertador montaba en sus campamentos.

Los éxitos militares consolidaron definitivamente el “centro de poder”, especialmente la campaña de la Nueva Granada. Los períodos de derrotas y fracasos sembraban el desaliento y la anarquía en las filas republicanas, así como las victorias galvanizaban la opinión y hacían más por la unidad que todas las proclamas y llamamientos. Con el triunfo de Boyacá y los positivos resultados de la liberación de la Nueva Granada, Bolívar dejó de mortificarse como lo hicieran en 1817, cuando escribía: “La voz corrió que yo era desgraciado y que todo me salía mal”, a raíz de ser destrozado frente a las trincheras del realista Jiménez. Ahora sí, sus palabras en Guayana corresponderán a una situación real de poder:

Jamás he tenido una situación tan feliz, aunque digan lo que quieran. El poder supremo está en mis manos, y no se tratará de quitárseme impunemente. ¡Pobre del que lo intentara! Dos mil hombres me obedecen y están dispuestos a ejecutar cuanto les mande. Deben obedecerme los ambiciosos y los intrigantes, y me obedecerán⁹⁶.

[96]_ Simón Bolívar a Pedro Briceño Méndez, San Félix, 19 de junio de 1817.

La transformación de la lucha armada en una guerra popular, con la incorporación del pueblo al lado de la causa independiente, proceso que se acentúa a partir de 1818, hizo más estable y sólida el reconocimiento de un centro dirigente único bajo el liderazgo de Bolívar. Al desarrollo de la mentalidad a favor de la unidad y de un solo centro de mando, ayudó la conversión de la guerra del terreno local al ámbito nacional y colombiano, como consecuencia de las operaciones de Guayana, las campañas de Apure, Calabozo y la Nueva Granada, con las cuales se debilitó la preponderancia de los factores del guerrillerismo local. Pasó paulatinamente al primer plano, la organización y ascenso de un ejército con mayores características nacionales, cuya expresión más brillante tendría lugar en 1821, con la ejecución del plan de operaciones y maniobras que culminaron en la batalla de Carabobo. Los excesos de guerrillerismo local, de tan funestas consecuencias en el período 1813-1818, cuando un oficial de los voluntarios ingleses llegó a comentar: “Casi puede decirse que no existían dos jefes que fueran amigos y que se sintiesen dispuestos a ayudarse mutuamente”⁹⁷, aun cuando no fueron quebrantados definitivamente, pasaron a un segundo plano.

La formación de un “centro de poder” constituyó un hecho de trascendental importancia para el curso de la guerra. Al superarse la dispersión, la existencia de direcciones paralelas y reducirse las disidencias, la guerra pudo desarrollarse en mejores condiciones. La posesión de las armas como factor de mando influyó decisivamente para que este “centro de poder” recayera en las manos de Bolívar.

[97]_ Citado por Caracciolo Parra Pérez, *Mariño y la Independencia de Venezuela*. Madrid, 1955.

Las cañas huecas y los polvos negros

Es bien conocido el papel que jugó Bolívar en la conducción política y militar de la lucha por la Independencia. Lenin ha dicho que, “ninguna clase ha logrado en la historia instaurar su dominio si no ha promovido a sus propios jefes políticos, a sus representantes de vanguardia, capaces de organizar el movimiento y dirigirlo”. Bolívar fue la personalidad más completa producida por el tormentoso proceso de la guerra de emancipación. Su elevación al mando supremo de los patriotas obedeció a que él se identificó y expresó en sus ideas y en su acción, aquellas necesidades sociales históricas de la época que habían madurado suficientemente. Como dirigente, Bolívar no fue solo un portavoz esclarecido de su clase y menos aún un factor pasivo, sino que ejerció una gran influencia sobre el desenlace de los acontecimientos de su tiempo. Era hombre de una inquebrantable voluntad para alcanzar el objetivo propuesto; valeroso y perseverante al afrontar las más duras derrotas y adversidades; clarividente en el análisis del desarrollo de la lucha y de aguda sagacidad para aprovechar las oportunidades de triunfo. Cualidades que solo se apagaron cuando, ya al final de su brillante carrera política y militar, las camarillas más reaccionarias lo utilizaron con propósitos negativos. Cumplida la ruptura del dominio colonial español, se agotó la función progresista de aquella parte de la nobleza territorial criolla que había desempeñado misión relevante en el movimiento independentista.

Entre las múltiples actividades que desplegó Bolívar, se encuentra su apasionada labor por dotar a las fuerzas insurgentes de los medios necesarios para hacer y ganar la guerra. El Libertador se dedicó a este aspecto esencial del mando con una diligencia extraordinaria. Asegurar el abastecimiento suficiente de fusiles, pólvora, plomo y demás pertrechos, fue su preocupación constante desde 1813. Mantuvo en sus manos una permanente iniciativa a fin de dar solución a los problemas logísticos, manejándolos activa y audazmente, con la seguridad de que de ellos dependía, en cierto nivel, la suerte de la contienda.

En la lucha por la posesión de las armas, Bolívar también expresaba no un hecho caprichoso, sino una exigencia militar práctica de la guerra: la necesidad de superar la escasez de medios en las filas patriotas. Pero, Bolívar imprimió a este requerimiento imperioso de las circunstancias de guerra su sello personal, acelerando la solución favorable. Antes del Libertador, otros dirigentes patriotas dieron énfasis a las tareas relacionadas con la adquisición de armamento: Francisco de Miranda, quien dedicó quince años de su vida a la búsqueda de medios y recursos para expulsar a España de sus colonias; el licenciado Miguel José Sanz: “Si usted quiere tener la gloria de hacer independiente a su patria y que esta goce de su libertad, es preciso que no se fíe en los medios que aquí se le proporcionen, búsquelos usted de fuera”; o el precursor Manuel Gual, cuyos preparativos de expedición sobre Carúpano, en 1799, son un testimonio de tales empeños:

Bastarían cuatro o seis mil fusiles, otros tantos vestuarios, algunos cañones de campaña, algunas municiones, algunos doscientos hombres de tropa sobre los españoles que podrían juntarse en Tierra Firme y dos fragatas de guerra para proteger por unos días las primeras acciones⁹⁸.

[98]_ *Documentos Relativos a la Revolución de Gual y España*, prólogo del Dr. Héctor García Chuecos, Caracas, 1949.

Todos ellos, y los que en adelante entregaron muchas de sus energías a la dotación bélica de la República, reflejaron las exigencias del momento. El éxito de Bolívar obedeció a que se reunieron condiciones favorables en la coyuntura mundial y en la situación nacional, pero no fueron ajenas sus cualidades personales, su genio y temperamento.

Por las armas, Bolívar viajó a la Nueva Granada, a Jamaica, a Haití. Estaba dispuesto a ir hasta Londres: “Iré en su busca a esa soberbia capital”, escribió a Wellesley, y si fuese preciso marcharé hasta el Polo”. Por las armas, Bolívar patrocinó una política de otorgar ventajas comerciales a ingleses y norteamericanos; de favorecer con amistad y alianza a quienes facilitaren auxilios militares; de eximir del servicio militar y del pago de impuestos y contribuciones a los extranjeros vinculados al negocio de elementos de guerra. Por las armas, Bolívar soportó humillaciones, que serían rechazadas “si me hubiera quedado un rayo de esperanza de que la América pudiese triunfar por sí sola”. En la búsqueda de armas, aceptó toda suerte de privaciones: “Estoy procurando obtener socorros de este gobierno que me serán prestados, si no hoy, mañana u otro día. Mientras tanto, estoy viviendo en la incertidumbre y en la miseria”⁹⁹, escribía a Brión desde Kingston, en la época que tenía que pedirle dinero prestado a Maxwell Hyslop porque “no tengo un duro” y se veía en los mayores apuros para pagar comida y habitación. “Estas seis onzas las tenía destinadas para pagar la mesada, que no puedo satisfacer si Ud., no tiene la bondad de reemplazármelas”¹⁰⁰, “Esta maldita mujer me cobra ahora más de cien pesos de gastos extraordinarios, que verdaderamente son injustos; pero como ella es tan maldiciente, tan perversa y tan habladora, no quiero que me vaya a ejecutar delante de un juez por tan poco”¹⁰¹.

En procura del armamento, el Libertador hacía viajar comisiones a todos los países donde podía existir alguna posibilidad de obtenerlo. Mariano y Tomás Montilla, Fernando Peñalver, Francisco Antonio Zea, Lino de Clemente,

[99]_ Bolívar a Brión, 16 de julio de 1815.

[100]_ Bolívar a Maxwell Hyslop. Kingston, 8 de noviembre de 1815.

[101]_ Bolívar a Maxwell Hyslop. Kingston, 4 de diciembre de 1815.

Forsy, Vallenilla, Anderson, Hamilton, Manuel Torres, Vergara, Hudson, Luis Brión, Pedro Gual, Muñoz, Juan de Salazar, Monteagudo, Palacio, MacGregor, son algunos de los integrantes de misiones designadas para gestionar en el exterior las armas requeridas para las operaciones militares. Y se desprendía hasta de su jefe de Estado Mayor, Antonio José de Sucre, y de su primer edecán, Daniel Florencio O'Leary, a fin de dar a la consecución de los medios la más alta consideración.

Cuando en septiembre de 1816, temió que en el ánimo del presidente Pétion influyera el fracaso de la primera expedición para negarle nuevos recursos, solicitó que al menos se le facilitaran los costos para viajar personalmente a Estados Unidos, a Londres, a México, a Buenos Aires en busca de fusiles, cañones, pólvora y plomo, el objeto de su ansiedad y demanda urgente del movimiento:

Si no puedo obtener más nada de V. E., al menos me atrevo a confiar en que V. E. me facilitará los medios que están a su alcance para que pueda trasladarme a los Estados Unidos de América, o a Londres, o a México, o a Buenos Aires, para solicitar alguna protección con el objeto de liberar a Venezuela y a la Nueva Granada¹⁰².

Aun teniendo agentes y comisionados en activas gestiones en el extranjero, Bolívar no se conformaba. Acosaba a sus amigos, parientes y partidarios en el exilio en solicitud de auxilios en armas, tratando se vinculasen al dispositivo logístico: "... te encargo procures que algunos comerciantes nos traigan pólvora, plomo, piedra de chispa y fusiles, sobre todo pólvora fina para fusil"¹⁰³, decía a Martín Tovar Ponte en una de las tantas cartas enviadas a este o a otro de los emigrados residentes en Trinidad, en Saint Thomas, en Jamaica, en las cuales se expresaba la dramática pobreza de medios confrontada por los insurgentes.

[102]_ Bolívar a Pétion, septiembre de 1816.

[103]_ Bolívar a Martín Tovar Ponte, 6 de agosto de 1817.

Para Bolívar no había elemento más indispensable que las armas. En la guerra, cualquier otra cosa podía sustituirse o pasar sin ella por considerable tiempo. Pero sin armas ni pertrechos, poco podía hacerse:

Juzgue usted de la importancia y de la inquietud con que aguardo estos elementos, sin los cuales no puedo emprender grandes operaciones y por cuya falta no he reportado las ventajas que debía de tantos esfuerzos y sacrificios... La falta de cualquier otro auxilio puede repararse, o en todo caso sufrirse, pero sin muchos fusiles y pólvora, no puede pensarse en grandes adquisiciones¹⁰⁴.

Solo la imprenta era “tan útil como los pertrechos”, como decía a Fernando Peñalver, calificándola de artillería del pensamiento.

No se trataba de que Bolívar pensara en aquel momento en una saturación táctica para lograr sus objetivos. La experiencia de la Primera República, pero más aún las derrotas de las campañas de 1813-1814, habían demostrado a los patriotas que en lo inmediato no podían esperar la victoria como resultado de combates sucesivos en lapsos cortos. Sobre las posibilidades de los independientes gravitaban tres factores de indudable fuerza. En primer término, el enemigo era poderoso, contaba con capacidad para mantener su superioridad durante cierto tiempo, no determinado con precisión, pero que evidentemente no estaba muy próximo. Esta superioridad era consecuencia indiscutible, su abundancia en medios y en mayoría numérica. Segundo, el movimiento libertador era todavía débil en comparación a los realistas. Había sufrido duras derrotas, no una sino varias y sangrientas derrotas. Como toda rebelión contra los poderes tradicionales establecidos, pasaba aún por la inevitable etapa de la escasez de medios y la inferioridad numérica, lo cual colocaba a los patriotas en condiciones desventajosas transitoriamente, mientras no logran

[104]_ Bolívar a Luis López Méndez, 12 de junio de 1818.

transformar la debilidad en fortaleza. Y, finalmente, la causa independiente no había ganado a la parte determinante de la población, y continuaba siendo expresión de vanguardias sociales. En aquellas condiciones, ¿cuál era, según el Libertador, la tarea principal? En una carta a López Méndez, Bolívar la definió con la mayor exactitud. Consistía en introducir a Venezuela la cantidad de armas y pertrechos necesarios para llevar a cabo la guerra en las condiciones más difíciles y por un tiempo que no se podía establecer: “Es, pues, preciso que nosotros por nuestra parte nos esforcemos por introducir en el exterior tantos recursos militares cuantos sean bastantes, para sostener una guerra obstinada y cuya duración nadie puede determinar ni prever”¹⁰⁵.

Toda guerra, “cuya duración nadie puede determinar ni prever”, significa gran desgaste, aun cuando no sea una guerra de posiciones, sino de movimientos, como era la librada por los patriotas. Para mantener una contienda de este tipo, era más necesario que para cualquiera otra introducir al país la mayor cantidad de recursos militares. La concepción estratégica de Bolívar, exigía asegurar buenos y sólidos conductos logísticos, acumular medios, estar en capacidad de sostener la guerra por el tiempo que fuera necesario, prepararse para una guerra larga.

Sin embargo, Bolívar no renunció nunca de antemano a la idea de acortar la guerra, de acelerar su desenlace. Lo intentó en 1818, cuando la campaña de Calabozo. Entonces había comunicado a Páez su decisión de “levantar un ejército de siete u ocho mil hombres de todas armas, buscar al enemigo donde quiera que se encuentre, marchar sobre él, destruirlo y terminar para siempre la guerra”¹⁰⁶. Después de reunirse con los llaneros en el hato de Cañafistola, el ejército organizado en Angostura avanzó sobre los llanos del Guárico, sorprendió a las avanzadas realistas y el 12 de febrero ganaba la batalla de Calabozo, con la cual se abrieron las puertas de Caracas. El propósito de Bolívar era

[105]_ Bolívar a Luis López Méndez, 20 de noviembre de 1817.

[106]_ Bolívar a Páez, Angostura 15 de diciembre de 1817.

... si el enemigo me espera, dentro de ocho días habré dado la batalla que decidirá la suerte de la campaña. Si se retira, evitándola, el suceso es más cierto por nuestra parte, porque será perseguido vivamente y perderá su ejército en la retirada¹⁰⁷.

Sin embargo, no se logró el plan propuesto debido a la inconformidad de Páez quien, argumentando que el Ejército Libertador perdería su ventaja al salir de las llanuras y enfrentarse a la infantería superior de los realistas, se negó a secundar las ideas de Bolívar. La victoria de Calabozo no pudo ser explotada. Páez retiró su caballería, mientras Bolívar llegaba con sus fuerzas hasta El Consejo, en los Valles de Aragua, para después ser derrotado en la tercera batalla de La Puerta, perdiéndose así los resultados de la campaña y una oportunidad de decidir la guerra.

El objetivo de la Guerra de Independencia era aniquilar a las fuerzas realistas, destruirlas, que significaba anular su capacidad de combatir, reducirlas a la impotencia, desarmarlas. ¿Cuánto tiempo se necesitaba para alcanzar dicho objetivo? Eso dependía de las propias fuerzas y poder del Ejército Libertador, de los auxilios que pudiera recibir del exterior y de la conquista de la opinión del pueblo, del apoyo de la mayoría de la población. Como decía Bolívar, nadie podía determinar ni prever la duración de la guerra, por eso era necesario prepararse, introduciendo la mayor cantidad de armas y pertrechos, sin renunciar jamás por anticipado a la idea de acelerar su desenlace, aprovechando toda oportunidad que brindara el desarrollo de las propias fuerzas con errores del enemigo.

Bolívar sabía con claridad que solo contando con suficientes armas podía el movimiento patrio lograr sus objetivos. Luchó activamente para que esta exigencia de la guerra fuera seguida celosamente. No perdía ocasión que exhortar al trabajo en esta tarea: “Trabaje usted con actividad como acostumbrara, para que no le

[107]_ Bolívar al Consejo de Gobierno, 5 de febrero de 1818.

falten las armas y municiones a nuestras tropas, que es con las que podemos libertar a Venezuela y pasar a la Nueva Granada”¹⁰⁸.

Pero, además, la insistencia de Bolívar en colocar en el primer plano las gestiones por obtener auxilios del exterior e introducir grandes cantidades de armas, obedecía a sus ideas de llevar a cabo grandes operaciones, de elevar la guerra del perímetro de la guerrilla local a la magnitud nacional, colombiana y continental. El ejército Libertador nació en las campañas de 1813 y en las derrotas de 1814 pero su verdadera infancia fueron los campamentos guerrilleros de las provincias orientales y de las llanuras de Apure, en 1815 y 1816. Allí se formaron los jefes y combatientes de la Independencia. Sin embargo, a pesar del extraordinario papel cumplido por la lucha guerrillera, era obvio que la guerra solo podía ser decidida en grandes operaciones, por un ejército regular, en una guerra regular. Mientras algunos jefes y caudillos se conformaban con las armas y pertrechos para librar acciones en el ámbito local. Bolívar planificaba la formación de un gran ejército en consonancia con las verdaderas e imperiosas necesidades de la lucha. Cuando caudillos locales solo llegaban en sus proyectos a arrojar a los realistas fuera de los límites de sus provincias, Bolívar era el portavoz de quienes aspiraban a desalojar el dominio español de todo el continente, demanda en armonía con los requerimientos históricos y sociales de la época. Bolívar no podía conformarse con los pertrechos capturados en una emboscada. Su concepción de la guerra iba más allá de la guerrilla local e, incluso, del ejército nacional. A tales planes tenían que corresponder los más abundantes medios y amplios recursos militares, armas y pertrechos para superar en el terreno táctico y estratégico al ejército de España en sus colonias sudamericanas.

Para adquirir fusiles, cañones, pólvora y plomo, la dirección republicana apeló a las medidas más extraordinarias. Se levantaron contribuciones y empréstitos forzosos. Joyas y alhajas de iglesias y conventos fueron embargadas. Se confiscaron propiedades y caudales de los realistas. Mulas, reses, caballos, cueros,

[108]_ Bolívar a Brión, 5 de noviembre de 1816.

tabaco, cacao, café y toda clase de frutos eran considerados como propiedad del ejército para usarlos en la cancelación de contrataciones de armas en el exterior. La determinación de los patriotas de obtener la posesión de los elementos de guerra por encima de todo, la expresaba fielmente el Libertador en 1819: “Yo mandaré diez mil fusiles a Cundinamarca, o me vuelvo loco. Los enviaré a pesar del mundo entero”¹⁰⁹. Y cuando todo parecía fallar. No llegaban las armas. Se retrasaban las gestiones en Inglaterra. Se negaban los norteamericanos. Los traficantes de pertrechos obstaculizaban los créditos. Surgían dificultades en el transporte. Cuando todo parecía oscurecer el panorama, los patriotas revelaban su moral con la confianza en el desarrollo de la guerra. Con ánimo sarcástico, Bolívar decía a Santander:

No han llegado los fusiles, pero espero que lleguen de alguna parte. No se ha conseguido nada en Inglaterra, pero espero algo en nuestro favor. Los americanos son neutros, pero espero aún algo favorable. La expedición irlandesa no se ha hecho aún, pero espero que se haga pronto. El ejército de infantería de Páez es muy pequeño, pero espero que se aumente con los enfermos¹¹⁰.

Palabras con las cuales el Libertador se burlaba de la adversidad, pero que al mismo tiempo mostraban la convicción de que los factores en juego se inclinarían, tarde pero seguro, a favor de la causa independiente.

Bolívar fue, evidentemente, el más caracterizado de los líderes insurgentes en ocuparse de la solución de los problemas logísticos planteados por la guerra, en encarar con el mayor coraje y audacia la tarea de dotar de medios y recursos la empresa rebelde. Pero no fue el único. El proceso independiente promovió a las primeras filas a un conjunto de cuadros dirigentes, depositarios de los

[109]_ Bolívar a Santander, 22 de diciembre de 1819.

[110]_ Bolívar a Santander, 10 de abril de 1820.

requerimientos históricos, sociales, políticos y militares de la época. En la lucha por la posesión de las armas y la formación de conductos para el abastecimiento bélico, se distinguieron muchos de estos hombres. Sin embargo, la labor que cumplieron Luis López Méndez y el almirante Luis Brión mereció destacarse por sus méritos y grandezas.

López Méndez fue el agente permanente de la República en Londres, designado en 1810, cuando la Junta Suprema de Gobierno envió una misión a Inglaterra para gestionar el reconocimiento de las nuevas autoridades venezolanas y el suministro de auxilios militares. Bolívar dijo que él era “el verdadero libertador de Colombia”, con lo cual hizo el más justo elogio de la incansable actividad rendida por López Méndez para hacer llegar a las manos de los patriotas las armas y pertrechos provenientes de Inglaterra.

López Méndez aprovechó con sagacidad las fricciones entre la Gran Bretaña y España por el dominio de las colonias americanas, utilizando en beneficio de la causa independiente las ambiciones inglesas por romper el monopolio comercial y extender su influencia sobre las posesiones españolas. Los primeros años, su misión no tuvo éxito. Más interesa a los británicos la amistad y alianza con España, mientras existiera la amenaza de Napoleón, que las promesas de ventajas comerciales formuladas por el Gobierno de Caracas, más aún cuando los españoles, ante los aprietos confrontados en la propia Península, estaban dispuestos a hacer concesiones al comercio inglés. Pero tan pronto cesaron estas circunstancias convenientes y volvió a imperar a plenitud el apetito de los mercaderes de Yorkshire y Lancashire, comenzó a lograr progresos.

A fines de 1817, López Méndez concluyó los preparativos para enviar las primeras expediciones de voluntarios a Venezuela. Se ofrecieron aventuras y recompensas a quienes se alistasen al servicio de los ejércitos independientes de Suramérica. Oficiales a media paga y soldados licenciados después de las guerras napoleónicas, la mayoría de los cuales se encontraban desempleados o ansiosos de probar fortuna en tierras descritas como maravillosas por la propaganda de los rebeldes, fueron invitados a combatir al lado de los patriotas. La liberación

de Guayana y el establecimiento de un gobierno en Angostura, ayudó mucho a impulsar el reclutamiento de voluntarios y la adquisición de elementos de guerra. López Méndez firmó contratos con el coronel G. Hippisley para formar un regimiento de húsares de setecientas plazas, con el coronel Federico August Campbell para organizar un regimiento de cazadores, con el coronel J. Albert Gillmore para un cuerpo de artillería y con los coroneles Robert Skeene y Henry Wilson para formar regimientos de húsares. A nombre de la República, López Méndez concedía grados de “coroneles” a los firmantes de los contratos. Quedaban además autorizados para extender grados desde sargento a subteniente, o venderlos para cubrir gastos de expedición.

Para la compra del armamento y el financiamiento de los regimientos de voluntarios, López Méndez negoció un empréstito con comerciantes británicos, entre quienes figuraron Hurry Powles & Hurry y James Mackintonsh. La prensa de Londres no ocultaba la actividad de los agentes sudamericanos. En el *New Times* del 11 de octubre de 1817 se informaba cómo en los cafés de la ciudad se colocaban anuncios invitando a los oficiales a alistarse en las expediciones a Venezuela. Y en el *Morning Chronicle* se publicó un aviso el día 13 de octubre con el siguiente texto: “Suramérica: Se invita a las personas que quieran dirigirse allí a proveerse de vestidos en la casa R. Hisschmann, número 34 Noble Street, Foster Lañe”. Estas informaciones eran enviadas por el Embajador de España en Londres a la Corte de Madrid¹¹¹.

En noviembre de 1817, estuvieron listos para partir los expedicionarios y los elementos de guerra. En la corbeta *Britannia*, fueron embarcados tres mil fusiles, setecientas mil piedras de chispas, 395 lingotes de plomo para fabricar proyectiles, cinco cañones de a 6, un obús de a 5½, además de otros pertrechos. Otra corbeta, la *Prince*, debería transportar los Húsares Rojos, al mando del coronel H. Wilson; la fragata *Indian*, de veinticuatro cañones, con el Segundo Regimiento de Húsares a las órdenes del coronel Skeene; la fragata *Esmeralda*, con el coronel G. Hippisley

[111]_ *Documentos de cancillerías europeas sobre la Independencia de Venezuela*. Tomo I, Caracas.

y el Primer Regimiento de Húsares, y en la fragata Dowson, los voluntarios reclutados por el coronel Campbell. Tanto los barcos como el material de guerra eran desechos, sobrantes de guerra. Sus precios habían sido groseramente elevados por los vendedores y podían ser considerados como una verdadera estafa. Algunas de las embarcaciones estaban reacondicionadas malamente y en pésimas condiciones de navegación. Sin embargo, las necesidades de la lucha en Venezuela exigían imperiosamente despachar de cualquier modo auxilios militares.

Mientras en la rada de Portsmouth se preparaba la expedición, el Príncipe Regente de Inglaterra dictaba una drástica disposición prohibiendo a sus súbditos servir en ejércitos extranjeros. Pero la orden real era más para mostrarla al embajador español, como prueba de lealtad a los intereses de Su Majestad Católica, que para verdaderamente cumplirla y hacerla cumplir. Por su parte, el embajador no cesaba de comunicar a la Cancillería británica:

Antes no se veía salir de estos puertos sino una que otra expedición para ayudar a los insurgentes, como, por ejemplo, la de Miranda, San Martín, Mina, etc., mas últimamente parece que toda la población de Inglaterra se da a esta ocupación... Al Two Friends siguieron el Gladwin y el Morgan Ratler, y hoy se prepara el Amelia Wuson y otros buques para conducir nada menos que cuadros enteros de oficiales y suboficiales y de equipos completos para regimientos de húsares y de lanceros, y aun para tres brigadas de artillería¹¹².

De esta primera expedición apenas ciento cincuenta voluntarios llegaron a Angostura. Los barcos tocaron en la isla sueca de San Bartolomé y después pasaron a la de Granada, en enero de 1818. La fragata Indian naufragó cerca de las coletas de Brest y solo se salvaron cinco hombres. Cuando los expedicionarios arribaron a las Antillas, comenzaron a enterarse de las grandes dificultades de la

[112]_ *Idem.*

guerra en las colonias, de las inclemencias tropicales y especialmente que no había paga regular. Las noticias sobre la lucha a muerte que se sostenía en Venezuela terminó por convencerlos de que no iban a una guerra fácil. La mayoría se negó a continuar el viaje y desertó. Sin embargo, la presencia del grupo que llegó a Angostura tuvo un extraordinario efecto moral en las filas rebeldes y en el ánimo del enemigo. Las armas, rescatadas y transportadas por Brión hasta Guayana, fueron de una gran utilidad para las campañas de 1819.

López Méndez continuó gestionando voluntarios, armas y empréstitos, abriendo los canales logísticos de la insurgencia venezolana. En junio de 1818, proyectaba invertir un nuevo préstamo en la adquisición de buques para reforzar la escuadra patriota, pero Bolívar le dio instrucciones de que la negociación fuera orientada a comprar armas, cuya necesidad era más perentoria: "... apresúrese V.S. a mandarnos un armamento completo, y todo género de pertrechos y municiones de guerra que nos son infinitamente más útiles"¹¹³. Se trataba de doscientas mil libras esterlinas ofrecidas como empréstito a la República.

Las deudas contraídas durante esa época ocasionaron posteriormente numerosas y agresivas reclamaciones contra Venezuela de parte de súbditos extranjeros apoyados por sus respectivos gobiernos. Las calamidades comenzaron en 1819, cuando López Méndez fue a parar a una cárcel en Londres. La prensa recogió el suceso en la siguiente nota:

Por una demanda ante la Corte de la Cancillería, se ha resuelto el encarcelamiento de S. E. don López Méndez, quien se hace llamar Embajador de la República de Venezuela. El motivo es una deuda de treinta mil libras esterlinas obtenidas en diversos proveedores. El principal accionista es el Sr. Campbell, quien lo hizo arrestar¹¹⁴.

[113]_ Bolívar a López Méndez, 12 de junio de 1818.

[114]_ *Journal du Debats*, 24 de noviembre de 1819. (Jesús Rosas Marcano: *La Independencia de Venezuela y los periódicos de París*).

Pero ni la cárcel, las amenazas de sus acreedores ni las impertinencias de quienes se sentían burlados, lograron amedrentar al agente de los insurgentes en Inglaterra. Bajo la constante urgencia de los requerimientos de Venezuela, “negociará V.S. con toda diligencia, y haciendo los últimos esfuerzos, un crédito de un millón de pesos fuertes, por lo menos, con que comprar y remitir inmediatamente las armas, municiones y demás elementos de guerra”¹¹⁵. López Méndez cumplió su cometido de negociar con los ingleses la dotación de medios para liberar a su patria. Por eso, fue justo Bolívar cuando le dio el título de verdadero libertador de Colombia, “debido al éxito que había tenido en procurar armas, provisiones y hombres de Inglaterra para la causa de la República”¹¹⁶.

Figura clave en la lucha por la posesión de las armas, fue también el curazoleño Luis Brión. Su nombre ha quedado en la historia venezolana como el Almirante de la República, pero su mejor papel lo desempeñó en la adquisición e introducción de fusiles, cañones, pólvora y plomo para las filas republicanas. En los años más duros, cuando todos dudaban del porvenir de los independientes, Brión dio a los patriotas las armas, el dinero para obtenerlas y los barcos para transportarlas.

Luis Brión nació en Curazao, hijo de padres holandeses. Educado en Holanda, allá hizo su servicio militar en un batallón de cazadores. Ya tenía veintiocho años cuando se sumó a la causa insurgente. Era hombre curtido en el arte de la navegación. Su familia había hecho fortuna en el negocio del contrabando entre las Antillas y las costas venezolanas. Disfrutaba de prestigio y autoridad entre armadores y corsarios, y estaba relacionado en la compra y venta de armas. Tenía sus propias embarcaciones y ninguno como él para conocer las playas de Venezuela. Experto en los cruceros de las Antillas, en puertos y ensenadas era, además, constructor naval, de espíritu aventurero e intrépido en la guerra. Incorporado a la rebelión colonial, escribió a sus familiares: “Me he hecho ciudadano de Venezuela, adoptando como mi patria ese país, por cuya causa quiero vivir y morir”.

[115]_ Bolívar a López Méndez, 12 de junio de 1818.

[116]_ Petrif Loraine, *Simón Bolívar* (Citado por J.B. Cunningham Graham en su obra *José Antonio Páez*).

En 1811, participó en gestiones en Saint Thomas, procurando romper las prohibiciones que sobre el comercio de armas habían establecido las autoridades británicas. Formó parte de una misión del gobierno de la Nueva Granada y logró comprar a traficantes en Inglaterra un cargamento de fusiles y municiones. Estas armas fueron conducidas por Brión a Cartagena en la fragata Dardo, de veinticuatro cañones. Además de miles de fusiles, embarcó 50 mil libras de pólvora, y cincuenta mil de plomo. Cuando llegó a Cartagena, la ciudad estaba bajo el asedio de Morillo, y poco faltó para que el armamento fuera capturado por los realistas. Las armas se trasladaron a Haití y depositadas en el arsenal de los Cayos de San Luis.

Brión fue uno de los principales organizadores de las expediciones de 1816. Compartía con Bolívar los secretos de las negociaciones realizadas con el presidente Pétion. Aportó 3.500 fusiles, 132.000 piedras de chispa y embarcaciones de su propiedad. Reclutó los mercenarios que se necesitaban en la tripulación y facilitó el dinero para cancelar sus contrataciones. Influyó en favor de la designación de Bolívar en el mando supremo. Los suministros de Brión para armar y equipar la primera expedición pasaron de 160.000 pesos, una verdadera fortuna para la época. Bolívar lo nombró almirante y jefe de la escuadra, calificándolo como “el primer protector de la América y el más liberal de los hombres”¹¹⁷. El prócer haitiano Mairion, refiriéndose a la participación de Brión y a la ayuda que prestó, afirmaba:

Antes de marchar la expedición, Bolívar nombró a Luis Brión jefe de la escuadra y esto era justo porque Brión había poderosamente contribuido con sus propios medios a la habilitación de los buques, lo que ningún otro estaba en estado de hacer como él.

Durante la celebración de las negociaciones con las autoridades haitianas, fue necesario tomar algunas medidas conspirativas para reforzar los elementos de

[117]_ Bolívar a Brión, 16 de julio de 1815.

seguridad alrededor de las expediciones. Los realistas mantenían un servicio de información en las Antillas por medio del cual seguían los pasos de los patriotas y reportaban todas las actividades subversivas contra el dominio español. Había funcionarios ingleses enrolados al servicio de España, así como norteamericanos, quienes vendían información sobre las ocupaciones de los rebeldes. La dirección republicana buscaba por todos los medios burlar a sus enemigos. No solo se trataba de la seguridad de los expedicionarios y de la suerte de la empresa, sino también de conservar en secreto los auxilios suministrados por el presidente Pétion. Bolívar empleaba un lenguaje conspirativo y misterioso para designar los fusiles y la pólvora. Se transforman en “cañas huecas y polvos negros” o simplemente en mercancía, tratando de disimular los resultados de las gestiones con las autoridades haitianas. Decía a Brión en una carta que no tendría nada diferente a la de un conspirador de la actualidad:

Mi querido Almirante: He hablado con mis amigos sobre las cañas huecas y los polvos negros y me han asegurado que tendremos todo lo que antes nos ofrecieron. Además, tengo un negocio de la misma especie que nos será sumamente útil; así llevaremos una gran cantidad de esta mercancía. Permítame usted que no le hable más claro porque me exigen un gran secreto de una y otra parte¹¹⁸.

Después del fracaso de Ocumare, fue Brión quien salvó los fusiles y pertrechos que se lograron evacuar en la desbandada. Cuando los corsarios participantes en las operaciones vieron derrotados a los patriotas, pretendieron cobrarse sus servicios apropiándose de las armas. Se encontraban en Bonaire en actitud de abierta reclamación contra Bolívar cuando se presentó Brión con la flotilla y obligó a los corsarios a devolver los elementos de guerra. De esta manera se logró evitar la pérdida del resto de los recursos de la primera expedición de Los Cayos.

[118]_ Bolívar a Brión, 6 de noviembre de 1816.

En 1816, se dirigió a Estados Unidos y a México en busca de un empréstito para comprar armas, pero naufragó frente a las costas de Cuba y estuvo a punto de perder la vida. De nuevo en Haití, contribuyó a los preparativos de la segunda expedición utilizando su crédito y relaciones en las Antillas. Ya para esa época, las deudas de Brión montaban a más de trescientos mil pesos en suministros de armamento, víveres, barcos, dinero en efectivo y todo género de recursos. La tripulación de la flotilla a sus órdenes, tenía seis meses sin cobrar. En una carta a Arismendi, le pedía separara ganado o frutos a fin de cancelar parte de las deudas contraídas, “si no lo hago, mi honor queda comprometido”. Entre sus principales acreedores, aparecía Goodman Freets, de Saint Thomas, quien había abierto crédito para la adquisición de armas; y Joseph Foulke, de Curazao, proveedor de víveres, pólvora y plomo.

La liberación de Guayana dio un respiro al almirante para calmar a sus acreedores. Personalmente, se encargó de comunicar la noticia a sus relacionados en las Antillas, informando especialmente que habían capturado a los realistas 160.000 pesos en plata, 300.000 monedas de cobre, 14 naves y 83 piezas de artillería. Pero, los caudales enemigos no fueron utilizados para aliviar las deudas de Brión, sino para obtener del exterior nuevos elementos de guerra.

En 1818, Brión cumplió una de las misiones más importantes, al conducir a Guayana el cargamento de armas despachado por López Méndez desde Londres en el Britannia. Después de rescatarlo de las intenciones de algunos comerciantes antillanos que querían embargar, pretextando cobro de deudas, el almirante se presentó con la preciosa carga en Angostura, en medio de los saludos de la artillería y vítores de los patriotas. Bolívar exclamó: “Es increíble la satisfacción que ha causado la llegada de este ilustre defensor de nuestra Independencia después de haber desempeñado de un modo digno de él una comisión difícil, en que iba la salud de la Patria”¹¹⁹. De esta manera, Brión colocó en las manos del ejército las armas para la campaña de la Nueva Granada.

[119]_ Bolívar, julio de 1818.

Brión continuó prestando los más valiosos servicios en la adquisición e introducción de los elementos de guerra. A él se dirigía Bolívar para solicitar la pólvora o el plomo requeridos en las operaciones militares, con órdenes como esta:

La falta de pólvora que debió conducir la escuadra, compromete la suerte de la República... Sin pérdida de un momento salga El Cóndor en solicitud de pólvora... en San Cristóbal me han asegurado que hay doscientos o trescientos quintales que vendían a cuatro reales la libra. Con el dinero en la mano puede conseguirse a buen precio, pero que sea volando esta operación¹²⁰.

O cooperando estrechamente en las acciones de guerra contra los barcos enemigos o en apoyo a las fuerzas insurgentes de tierra. Pero ya el crédito y las relaciones de Brión se resentían. Amenazaban con embargar sus embarcaciones y hasta hacerlo detener en los puertos antillanos por no cancelar las deudas contraídas en la adquisición de armas. En 1819, Bolívar prometió darle veinticinco mil pesos en los primeros meses de 1820, y en el curso de los meses siguientes, cien mil pesos, “y si se toma, como espero a Caracas, tendré el gusto de que usted sea enteramente pagado”¹²¹, contestándole Brión que debía mucho dinero “en todas partes y mis amigos empiezan a molestarme con razón; mire usted que mi crédito sufre mucho”.

A pesar de que ninguna de las promesas se cumplió y nada se abonó de las deudas, el almirante continuó activamente transportando armas. Solo se lamentaba que con más dinero estaría en capacidad de llevar veinte mil fusiles a Angostura, comprados en Saint Thomas. Para Brión, la llave que abría las puertas hacia los arsenales era el dinero. Con dinero se podrían comprar armas en Santo Domingo, en la isla de San Cristóbal, en Saint Thomas y hasta en Norteamérica,

[120]_ Bolívar a Brión, Angostura, 3 de octubre de 1817.

[121]_ Bolívar a Brión, Angostura, 14 de diciembre de 1819.

a pesar de todas las disposiciones de la ley de neutralidad. Y en febrero de 1820, decía a Bolívar que, con un puerto en la Nueva Granada y con dinero, estaría en condiciones de “suministrar a usted veinticinco mil fusiles, que desde luego habría conseguido”; pero el almirante confrontaba la más penosa de las situaciones y se lamentaba ante el Libertador:

Usted no puede tener idea, mi querido amigo, de los trabajos y tormentos que he pasado y estoy pasando por la Patria, sin dinero, sin víveres, sin auxilio de nadie, en qué estado debe estar mi espíritu, amenazado por los malvados e intrigantes.

Brión murió a los treinta y nueve años, en 1821. Su muerte llenó de duelo a los patriotas, especialmente afligió a Bolívar, quien al saber la noticia escribió:

El primer compañero de la empresa generosa de libertar a Colombia no existe, pero Colombia le debe la mitad de su dicha... El primer compañero de la lucha armada, más amante de la humanidad y de sus nuevos ciudadanos que de su propia fortuna¹²².

Murió lleno de deudas contraídas en la tarea de dar a los independientes la posesión de las armas. Al desaparecer había cubierto con honor su destino, como el Libertador llamara en 1818 el papel que el curazoleño cumplía en las filas rebeldes:

Yo tengo fijada mi esperanza en los nuevos servicios que usted ha de hacer en esta vez trayendo a Guayana los recursos de que carecemos. Siempre ha de ser usted el instrumento de nuestra salvación. No se olvide Vd. que este es su destino¹²³.

[122]_ Bolívar a Guillermo Parker, 12 de diciembre de 1821.

[123]_ Bolívar a Brión, San Fernando, 15 de mayo de 1818.

La liberación de la Nueva Granada abrió las vías del Sur al tráfico de armas. Los patriotas comenzaron a despachar agentes a Chile y Argentina a comprar fusiles y municiones. Las campañas de Carabobo, en 1821, y de Pichincha, en 1822, dieron la victoria a los independientes en Venezuela y Ecuador. Quedó planteada la lucha contra el poder realista en el Perú, sin cuya extirpación no podía considerarse definitiva la liberación de las antiguas colonias españolas. La necesidad de contar con mayor cantidad de medios para superar al enemigo, obligó a Bolívar a intensificar sus gestiones por equipo militar. Al mismo tiempo que se negociaban contrataciones por Santa Marta y Cartagena, se solicitaban armas en Santiago y Buenos Aires.

Entre los encargados de buscar armamento en el Sur figuró Daniel Florencio O'Leary, quien a los diecisiete años se alistó como voluntario y llegó a Angostura en el primer grupo de expedicionarios despachados desde Inglaterra por López Méndez. En 1821, designado por Bolívar, había cumplido su primera comisión en el comercio de armas, comprando en Jamaica y otras islas británicas planchas de plomo para fabricar proyectiles y otros útiles de guerra. En 1824, con vista a la campaña definitiva en el Perú, O'Leary, entonces primer edecán del Libertador, fue enviado a Chile en solicitud de dinero, pólvora y fusiles. Bolívar había pedido a Chile dos millones de pesos de un empréstito celebrado por el gobierno de Bernardo O'Higgins con comerciantes británicos. Este dinero se requería urgentemente para sostener los gastos de la campaña en el Perú. El embajador en Santiago, Juan de Salazar, hizo las primeras tentativas, pero el empréstito había sido ya comprometido en cubrir necesidades de los propios chilenos. O'Higgins había renunciado al mando a principios de 1823 y reemplazado por una Junta, hasta que el general Ramón Freire encabezó el gobierno. Pero el Libertador insistió en que Chile tenía que contribuir con dinero para comprar armas. Cuando se ofrecieron cuatrocientos mil pesos en billetes contra el empréstito, Bolívar dio órdenes inmediatamente para que se invirtieran en fusiles y materiales para las tropas. En abril de 1824, recibió instrucciones O'Leary de que a veinticinco mil pesos prometidos por Larrea y Laredo, exministro del Perú en Chile, les diera el mismo fin:

S.E. ordena a usted que la invierta en fusiles con bayoneta de excelente calidad, en pólvora fina para cartuchos de fusil y en plomo y en piedras de chispa. Estos artículos son urgentes para el ejército, y la inversión de esta cantidad debe hacerse en ello proporcionalmente; pero en mayor cantidad plomo, fusiles y pólvora fina¹²⁴.

Para esta época, los patriotas habían logrado uniformar su armamento individual de infantería, adoptando el fusil inglés, dejando para las guerrillas el viejo fusil español. Las órdenes para O'Leary eran de adquirir precisamente fusiles ingleses nuevos con sus bayonetas y despacharlos desde Valparaíso; el puerto de Huanchaco, tomando todas las precauciones en el transporte y, si era posible, con la escolta de un buque de guerra. Si no encontraban fusiles ingleses, debería usar el dinero de Larrea y Laredo en comprar pólvora fina y lingotes de plomo para fabricar pertrechos. Así también pedía el Libertador se consiguieran hierro dulce de Vizcaya, estaño y papel, los cuales eran usados para hacer cartuchos y en las reparaciones de material de guerra:

Los fusiles, la pólvora, el plomo y las piedras de chispa son elementos indispensables que S.E. necesita con urgencia para esta campaña que ya está principiando y usted deje tomar un interés extraordinario en remitirlos, aun cuando no le alcancen los fondos que tiene¹²⁵.

En sus primeras gestiones. O'Leary apenas pudo obtener trescientos fusiles nuevos a diez pesos y medio cada uno. La pólvora, las piedras de chispa ni tampoco el plomo se conseguían en Valparaíso. El 20 de junio de 1821, O'Leary comunicaba a Bolívar desde Santiago de Chile que, no existiendo en aquella ciudad comerciantes que vendieran los fusiles necesarios para la campaña, había ofrecido

[124]_ Vicente Lecuna. *Relaciones diplomáticas de Bolívar con Chile y Buenos Aires*, Caracas, 1954.

[125]_ *Idem*.

al gobierno comprar dos mil fusiles por diez mil pesos o más. Pero el gobierno rehusó la negociación, por tener apenas en sus depósitos cuatro mil y cubrir apenas sus exigencias militares. O'Leary compró a un coronel Sánchez trescientos cincuenta fusiles buenos a diez pesos cada uno y parece que al fin las autoridades chilenas vendieron al agente de Bolívar seiscientos cuarenta fusiles que, aun cuando no eran ingleses, sino de fabricación holandesa, fueron aceptados. A fines de junio se despacharon mil cien fusiles en la corbeta Chacabuco, además de algunas cargas de plomo y piedras de chispa adquiridas a duras penas. Después, O'Leary se quejaría de que los funcionarios del ejército chileno habían jugado una mala pasada en la venta de fusiles, metiendo en los cajones armas en mal estado como si fueran nuevas:

... cuando el Secretario General y el Prefecto de Trujillo me pidieron fusiles con las mayores instancias, supliqué al Gobierno me franquease algunos, ofreciéndole dinero o reemplazarlos dentro de poco tiempo; ¿Qué hizo el gobierno? Mandó a encajonar seiscientos cincuenta fusiles hechos pedazos y me los mandó a entregar.

A pesar de estos percances, el primer edecán del Libertador continuó sus gestiones por proveer al ejército patriota de armas para la campaña del Perú. Entre sus negociaciones, firmó un contrato con la casa Robertson & Cía. y Lynch por cinco mil fusiles ingleses. Compró, además, a esta misma firma, catorce mil pesos en pólvora. El 1 de septiembre de 1824, informaba al secretario general de Bolívar la pronta llegada a Santiago de un barco que conducía “mil fusiles ingleses. Los compraré a su llegada y los remitiré al señor Prefecto de Trujillo”. Otros contratos que más tardé firmó O'Leary fueron desaprobados por Bolívar, ya que no llegarían a tiempo, sino después de terminada la campaña. En efecto, después de la liberación de Lima y de gran parte del Perú, como resultado la batalla de Junín, los patriotas pasaron a la ofensiva. En octubre, al mando del general Antonio José de Sucre, el ejército estaba en condiciones

para dar la batalla definitiva. El 9 de diciembre el enemigo caía abatido en el campo de Ayacucho.

La campaña del Perú necesitó muchos recursos en armas y pertrechos, no solo por los requerimientos de las operaciones contra los realistas, sino porque fue necesario renovar el equipo utilizado en liquidar la traición de Riva Agüero. La guerra consumió multitud de recursos provenientes de Venezuela, la Nueva Granada, Ecuador, además de los adquiridos en el Sur.

Al mencionar a los líderes de la Independencia que más se destacaron en la acción práctica por resolver los complicados problemas de la dotación de armas, no es posible olvidar a Francisco de Paula Santander. Desde la vicepresidencia de Colombia, el prócer neogranadino dirigió y administró los recursos destinados a satisfacer los compromisos con los vendedores de elementos de guerra, siendo quien organizó las contribuciones y empréstitos de las ciudades colombianas con los cuales se despachaban las comisiones a buscar armas al exterior. Su labor en este frente, como en la formación de las maestranzas de reparación de armas y en la fabricación de pólvora fue incansable. Tampoco pasó desapercibido Manuel Palacio Fajardo, activo agente de los insurgentes durante los años 1810-1814. Solicitó auxilios militares en la Nueva Granada, en Estados Unidos, y son muy conocidas sus gestiones en París, a fin de obtener armas de Napoleón. Después de la derrota de Francia, procuró obtener la ayuda de Bernardotte, convertido en el príncipe Carlos Juan de Suecia, quien lamentó no hacerlo por tener que atender los conflictos con Noruega. La actividad de Manuel Palacio Fajardo provocó hasta su detención por un policía de Luis XVIII, acusado de comerciar con armas de guerra, conspiración y tentativas de reclutamiento.

Al regresar de cumplir una misión en la búsqueda de armas, perdió la vida el hermano mayor del Libertador, Juan Vicente Bolívar. Había sido designado comisionado ante el gobierno de Estados Unidos, ocupándose de lograr la adquisición de material de guerra para fortalecer las defensas de las autoridades separatistas de Caracas. Con sesenta mil pesos, trató de que los fabricantes norteamericanos aceptaran un pedido de Venezuela, pero los españoles se

habían adelantado y habían comprado por trescientos mil pesos. Este hecho sirvió de pretexto para negarse a vender armas a los venezolanos; sin embargo, la verdad era que ya para esa época la política exterior norteamericana estaba orientada a preservar la dominación española en las colonias americanas a fin de ser sustituida por la propia dominación de Estados Unidos. La renuencia a prestar auxilio a los independientes, se transformó más adelante en franca hostilidad norteamericana, según los mismos pronunciamientos de Simón Bolívar. Ante las grandes dificultades, Juan Vicente Bolívar pareció dudar de su comisión y recomendó a la Junta de Caracas utilizar el dinero en comprar maquinaria para diversas manufacturas. Los patriotas cuyas verdaderas urgencias eran de carácter militar, fusiles y municiones, le dieron instrucciones de volver al país. “Más de setenta mil pesos en frutos y pieles se han dirigido a Bolívar el de Norteamérica para comprar fusiles; y apenas nos ha suministrado los necesarios para un batallón, por más que se le ha instado para que vengan”¹²⁶. Valiéndose de insistentes empeños —y casi de contrabando—, Juan Vicente consiguió sacar de Estados Unidos mil quinientos fusiles y remitirlos a La Guaira. De vuelta a Venezuela, se embarcó en Filadelfia en el bergantín Nery que venía a Puerto Cabello, y desapareció al naufragar la nave cerca de las Bermudas.

Las tareas referentes a la solución de los problemas de abastecimiento de elementos de guerra, no fueron hazañas de un jefe militar, sino el resultado de los esfuerzos conjuntos de los patriotas, en las cuales se destacaron numerosos cuadros. Junto a Brión, estaban Felipe Esteves, Antonio Díaz, los capitanes y marineros de la escuadra. Junto a Bolívar y Santander, los obreros y maestros de los talleres de fabricación de pólvora y de reparación de armas, los oficiales y soldados que vencían multitud de dificultades e inclemencias para transportar las armas desde Angostura hasta las manos del ejército. Al lado de López Méndez, O’Leary, Pa-

[126] Roscio, citado por Caracciolo Parra Pérez en su obra *Historia de la Primera República de Venezuela*. Caracas, 1959.

lacio Fajardo, se esforzaron también agentes y comisionados, tanto criollos como extranjeros, en el desarrollo de una labor fundamental para sostener y hacer triunfar la lucha por la Independencia.

Pero, así como grandes hombres se empeñaron en las complicadas tareas de la posesión de las armas, fue también insustituible durante un largo período la colaboración de especuladores, pícaros y aprovechadores. El negocio de las armas era asunto sumamente intrincado, pleno de vericuetos y suciedades. Era imposible pasar por él solo con la ayuda de las manos limpias de los héroes. Cuando comenzaron las derrotas, mucha gente de “orden” se desvinculó de la causa independiente. La guerra atrajo a quienes vivían fuera de la ley. Para obtener fusiles y municiones, los patriotas tuvieron que hacer a un lado los escrúpulos. Desertores, piratas, traficantes de las Antillas, contrabandistas internacionales, tahúres de todos los rincones del mundo. Los hermanos Bianchi, José Susini, Aury. Los libertadores se sentaron a la misma mesa con los piratas. Los héroes compartieron el campamento con los indeseables. La moral de la patria joven era una moral revolucionaria, al servicio de los objetivos de combate. Por la posesión de las armas hubo que correr el riesgo de toparse con un Bianchi... y hasta con dos, Giovanni y Giuseppe.

Un pistoletazo

La lucha por adquirir las armas estuvo marcada por fracasos, errores, malos negocios, dificultades. La adversidad fue durísima con los libertadores. Los patriotas necesitaron alta moral, bien templado el pulso, gran firmeza política para afrontar las penalidades y vencerlas.

Durante los seis primeros años de la lucha armada, fueron muy escasos los recursos obtenidos en el exterior. La mayoría de las gestiones fracasaron, con excepción de las armas obtenidas en pequeños lotes en las negociaciones con vendedores particulares y las facilitadas por la Nueva Granada en 1813. Ofertas de todo género, súplicas, misiones diplomáticas, resultaron negativamente. Los patriotas no encontraban ni quien prestara auxilios ni dónde comprar armas. “Fuimos abandonados por el mundo entero; ninguna nación extranjera nos ha guiado con su sabiduría y experiencia, ni defendido con sus armas, ni protegido con sus recursos”¹²⁷, decía Bolívar en 1815.

Hasta 1816 no vendrían las armas de las expediciones de Los Cayos, las cuales apenas cubrieron las necesidades de las guerrillas orientales y la campaña sobre Guayana, debido a las pérdidas en Ocumare y en la Casa Fuerte de Barcelona. Después de 1817, con la liberación de Guayana y los cambios en la situación

[127]_ Bolívar al editor de *The Royal Gazette*, Kingston, 1815.

internacional, fue cuando comenzaron a introducirse armas en ciertas cantidades. En el intervalo, en las duras condiciones de la pobreza de medios, los patriotas tuvieron que arreglárselas como podían. Con lanzas, picas y uñas. Abasteciéndose de corsarios, negociando con los contrabandistas, capturándolos en el combate. Cuando faltaban las armas, la guerra perdía intensidad, desplazándose hacia el nivel heroico de las guerrillas. Pero nunca la ausencia de medios suficientes fue motivo para cesar la lucha. Es una ley de la guerra del pueblo que este logra su armamento en el propio curso de la lucha, creando factores políticos y condiciones para proveerse de fuentes logísticas situadas en el exterior o arrebatándoselo en el combate al enemigo. Por esta o aquella vía, o la combinación de ambas, la guerra del pueblo obtiene, tarde o temprano, superioridad de medios hasta liquidar a su adversario. También una ley de la guerra popular que los intentos de conseguir aprovisionamiento de armas en los años iniciales de la guerra, están siempre acompañados de duros reveses.

Aún en 1818, y posteriormente, la falta de armas se sentía en las filas independientes, privando de capacidad al ejército para la realización de ciertas operaciones, obstaculizando campañas o dando ventajas a los realistas. “Yo sería infaliblemente dueño de la provincia de Caracas y de su capital, si hubiera tenido a tiempo municiones y armas que poner en manos de centenares de hombres que se me presentaban por todas partes”, decía Bolívar a Arismendi, y más adelante insistía: “La falta de municiones y armas, repito, es lo que me ha hecho volver a esta plaza para procurármelas por todos los medios, aun los más extraordinarios”¹²⁸. Y, en efecto, los patriotas se valdrían de todos los recursos pacíficos y violentos para obtener fusiles, pólvora y plomo, pero muchas veces con poca suerte, estafados por los negociantes, golpeados por el infortunio o quebrantados por las pérdidas en los combates.

La propia prolongación de la guerra era, en buena parte, atribuida por Bolívar a la carencia de material de guerra. Cuando Morillo se jactaba de las

[128]_ Bolívar a Arismendi. Angostura, 13 de julio de 1818.

victorias logradas en los primeros meses de 1818, el Libertador sostenía que el jefe español debía su permanencia en Venezuela a la pobreza de armas en las filas insurgentes: “Si el general Morillo existe aún en Venezuela, debe esta precaria fortuna a la carencia por nuestra parte de elementos militares... Pero ya los tenemos, y bien pronto no fechará de Venezuela sus mentirosos despachos”¹²⁹.

En el trato con vendedores de armas, los patriotas no fueron afortunados. Eran frecuentemente víctimas de estafas, de incumplimientos de contratos, de especulación y altos recargos en los precios. Así, por ejemplo, la casa Victoria, de Saint Thomas, se quedó con adelantos en frutos y dinero en 1813, entregados a cuenta anticipada de contrato por fusiles y cartuchos. Esta estafa representó una burla a los independientes, en momentos cuando más urgían de elementos de guerra para defender la Segunda República. El engaño quedó sin posibilidad alguna de reclamación. Santiago Mariño entregó al francés Canabal alhajas de oro y plata provenientes de embargos a iglesias y caudales realistas en las provincias orientales, a fin de cubrir la compra de un cargamento de armas en la isla de Guadalupe. Las operaciones de Maturín y Cumaná reclamaban imperiosamente suministros ante el peligro de sufrir graves reveses a manos del enemigo. Canabal desapareció con las alhajas, las armas no llegaron nunca. Felipe Esteves, el valiente capitán de la flotilla, capturó la goleta española Gran Pelicano, que navegaba con rumbo a La Habana. Con el apremio de las necesidades de material de guerra, llevó la presa a Martinica con el objeto de negociarla a cambio de fusiles, pólvora y plomo. Los comerciantes aceptaron el trato, pero no cumplieron nunca, y Felipe Esteves tuvo de regresar a Venezuela, estafado, sin presa y con las manos vacías. Y como estos, fueron numerosos los casos en los cuales los traficantes de armas burlaron la buena fe de los rebeldes.

Uno de los robos que más afectó a los patriotas, fue el perpetrado por Bianchi en 1814. Tratando de salvar el tesoro y las armas que quedaban a la República, después del desastre de La Puerta y la retirada a Caracas, Bolívar resolvió embarcarlos

[129]_ Bolívar, julio de 1818.

en la escuadrilla con destino a Oriente. Giuseppe Bianchi era el comandante de las embarcaciones republicanas. Tanto él como su hermano gozaban de la más alta confianza de los patriotas, especialmente de los orientales. Mariño los llamó en una ocasión “esclarecidos ciudadanos y valerosos republicanos”. Ante el avance de Boves y la decisión de emigrar a Oriente, se les confió el oro y la plata labrada de las iglesias caraqueñas, recursos dispuestos para atender los gastos del ejército, y las armas y pertrechos que no pudieron ser evacuados por tierra. Antes de partir de La Guaira, desertó Giovanni Bianchi, llevándose sus embarcaciones con el pretexto de que no se remuneraban anticipadamente sus servicios ni se cancelaban sueldos atrasados. Giuseppe aceptó el precioso cargamento, pero en rumbo a Margarita escapó con las armas y el tesoro. La intervención de Mariño y Bolívar, quienes persiguieron al pirata, logró que devolviera dos terceras partes de ciento cuatro arrobas de plata y algunas goletas. Bianchi marchó a las Antillas con la mayoría de los fusiles, pólvora y plomo la porción que tomó de las alhajas, a “cambio de servicios prestados”, y un tercio de la flotilla de la República, dejando a los independientes en las condiciones más precarias.

Otro desastre fue la pérdida de la mayor parte de las armas de la primera expedición de los Cayos, obtenidas después de tantos esfuerzos, organización y preparativos y en las cuales tantas esperanzas habían depositado los rebeldes tras de seis años de derrotas. Como se sabe, luego de desembarcar en Juan Griego y pasar a Carúpano, el Libertador organizó una invasión por Ocumare de la Costa, con la idea de abrir operaciones sobre Caracas. Había dejado armas a las guerrillas orientales, a Mariño y a Piar, con las cuales estos formaron tropas, pero llevó consigo seiscientos hombres y la mayor parte de los elementos de guerra. Quería aprovechar que Morillo estaba ocupado con casi todos sus efectivos sometiendo a la Nueva Granada y, en una maniobra audaz, arrebatarle la capital de Venezuela. El 6 de julio ocupaba a Ocumare, y mandó fueran adelante Soublette, Anzoátegui y MacGregor para batir a los realistas en los Valles de Aragua, mientras él se ocupaba de desembarcar los fusiles, cañones y municiones. Pero ni suerte ni destreza acompañaron a los patriotas en esta aventura. Soublette, al frente de la

vanguardia, derrota al enemigo en las puertas de Maracay, pero le faltó audacia y no explotó la victoria, abandonando el espíritu ofensivo. Morales llegó con refuerzos y, aprovechando la confusión de los republicanos, rehízo la tropa derrotada. Con fuerzas superiores destruyó a Soublette y avanzó sobre Ocumare. A la playa, donde aún no se había terminado la operación de desembarcar los fusiles y el parque, llegaron alarmantes noticias. Una falsa alarma divulgó la inminencia de la proximidad del enemigo. Cundió el pánico. Los mercenarios reclutados en las Antillas huyeron a la desbandada. Desordenadamente se atropellaban para alcanzar las goletas y escapar de la costa. Bolívar trató desesperadamente de salvar las armas. Los bultos estaban a medio abrir en la playa, mientras se escuchaba el fuego de fusilería en el camino hacia Maracay. La confusión se convirtió en espantada. En vano Bolívar acosaba a los hombres con el objeto de que reembarcaran el material de guerra. Todo era inútil. Los despavoridos soldados no obedecían. Quedó abandonado en la playa:

... fui engañado por un edecán del general Mariño... y por los marineros extranjeros que cometieron el acto más infame del mundo, dejándome entre mis enemigos en una playa desierta. Iba a darme un pistoletazo cuando uno de ellos, Mr. Bideau volvió del mar en un bote y me tomó para salvarme¹³⁰.

Cómo sería la situación desesperada, cuando un hombre como Bolívar, cuyo valor no era desconocido y afrontaba con gran entereza la suerte adversa, confesó haber estado a punto de perder el dominio en sí mismo y, a fin de no ser capturado vivo, iba a darse “un pistoletazo”.

En el desastre de Ocumare, los realistas se apoderaron de cerca de mil quinientos fusiles, docenas de miles de cartuchos, pólvora y plomo a granel, vestuario, documentos y hasta una imprenta. Afortunadamente se salvaron las armas

[130]_ Bolívar a Pétion, septiembre de 1816.

con las cuales MacGregor realizó su hazaña de abrirse paso por San Juan de los Morros y unirse en los llanos de Barcelona con las guerrillas de Monagas y Zaraza. Y las que aún no se habían bajado a tierra y pretendieron, después, apoderarse de ellas los corsarios.

Aquel fracaso estremeció la moral de los patriotas. Tuvo mucho que ver con el motín de Güiría, las amenazas de linchamiento de Bolívar, la falta de ánimo y el decaimiento en las filas combatientes de la República durante 1816.

Pero como si no fuera poco lo ocurrido en Ocumare de la Costa, un nuevo desastre esperaba a los patriotas con las armas y pertrechos de la segunda expedición de Los Cayos. Después del fracaso de Ocumare, Bolívar obtuvo nuevos auxilios en Haití, con los cuales volvió a Venezuela por la isla de Margarita. Otra vez con la idea de abrir operaciones sobre la provincia de Caracas, desembarcó en las costas de Barcelona, en enero de 1817. Una parte considerable del material de guerra fue depositada en la llamada Casa Fuerte de Barcelona, un establecimiento de bahareque que había sido antiguo asiento de un convento de padres franciscanos. Los realistas al tener noticia de la llegada de Bolívar con un cargamento de armas, despacharon inmediatamente fuerzas sobre Barcelona. Viendo en peligro los depósitos de la Casa Fuerte, el Libertador solicitó urgentemente a Piar ochocientas mulas a fin de colocar fuera del alcance de los españoles las armas de la República.

Es tan indispensable defender esta ciudad, que de su conservación depende la libertad de la Patria. Todos mis pertrechos, armas y municiones, vestidos y cuantos elementos de guerra tengo, están aquí. Si se abandonan y caen en poder de los enemigos somos perdidos.

Se trataba de salvar las armas que con tanto empeño se habían logrado de la solidaridad de Haití. El Libertador llamó también a Mariño para que acudiera en defensa de Barcelona, aceptando incluso su designación como Jefe de las Fuerzas Armadas, en aras de poner a buen resguardo el material de guerra. Ya desde Villa

del Norte, había escrito al general: “No crea usted que yo deseo mandarlo, por el contrario, debe usted persuadirse que yo deseo someterme a un centro de autoridad que nos dirija a todos con la más severa rectitud”¹³¹.

Los realistas lanzaron fuerzas superiores al combate, bajo el mando de Real y Jiménez; este último había derrotado a Bolívar en Clarines, mientras sus unidades navales hostilizaban por la boca del Neverí. Los patriotas resistieron con gran valor, y Pedro María Freistes sostuvo heroicamente la Casa Fuerte. Un mensaje urgente del Libertador a Zaraza, indicaba la desesperada situación: “¡Vuele usted, sin dilaciones, a contribuir a la salvación de la República, salvando a Barcelona!”. Pero todo fue inútil. Con la caída de Barcelona, se perdió la mitad de los elementos de guerra de la segunda expedición de Los Cayos. Más de dos mil fusiles, piezas de artillería, dinero, millares de cartuchos, pólvora, plomo, vestuario.

El revés de Barcelona representó otro tremendo impacto moral y material para los patriotas. Además de quedar reducidos sus recursos y medios, resultaron seriamente afectados en su ánimo y unidad, especialmente la autoridad y el prestigio de Bolívar. En el breve plazo de ocho meses, los patriotas habían perdido dos cuantiosos cargamentos de armas y pertrechos, y precisamente en el momento menos favorable, cuando aún el movimiento republicano no se había recuperado de los efectos de las derrotas de 1812 y 1814.

Otras desgracias, de consecuencias tan perjudiciales como una derrota militar, se abatieron sobre los patriotas durante el curso de la guerra. El 26 de marzo de 1812, se produjo el terremoto que sepultó guarniciones enteras, dejó en ruinas establecimientos militares y fomentó confusión entre sectores atrasados de la población, al ser utilizado por los curas españoles en prédicas antirrepublicanas. Después serían los naufragios, hundiéndose barcos y cargamentos de armas. A raíz del desastre de Ocumare, se resolvió el viaje del almirante Brión a Estados Unidos y a México, en solicitud de armas o dinero para comprarlas. Era

[131]_ Bolívar a Mariño. Villa del Norte, 29 de diciembre de 1816.

también necesario lograr recursos para reparar la flotilla, “pues mis barcos no pueden ser útiles ni sostener el mar por falta de arboladura y velamen”¹³². Rumbo a Nueva Orleans partieron las naves Bolívar, Constitución y Arismendi, llevando las cargas de frutos y mercancías que pudieron reunir para intentar negociarlas en el Norte. Pero, frente a la isla de los Pinos, una tempestad los tomó por sorpresa. Milagrosamente salvaron la vida Brión y un puñado de marineros. Se hundieron barcos, cargamentos, equipajes, documentos y también muchas esperanzas. En 1818, se hundió la fragata *Indian*, de veinticuatro cañones, fletada por López Méndez de acuerdo a contratación firmada con su dueño William Gibbon, de Londres, y cargada con parte de las armas de los voluntarios británicos. Apenas se salvaron cinco hombres.

A estas desgracias, se agregaba la multitud de dificultades confrontadas por los agentes de la República en el exterior. Manuel Palacio Fajardo, arrestado y expulsado de Francia por la policía de Luis XVIII; Lino de Clemente, extrañado de Estados Unidos por protestar contra el intervencionismo norteamericano; López Méndez, sometido a prisión por no pagar los empréstitos; el neogranadino Real, en la cárcel por otra deuda de ciento cincuenta mil pesos en armas y municiones; comisionados recibidos a cañonazos en Saint Thomas; otros, condenados a trabajos forzados en Trinidad, por violación de las disposiciones sobre el comercio de armas.

No era extraño que, ante tales adversidades y la dura prolongación de la guerra, algunos espíritus fueran relajados, sobre todo entre la emigración de derrotados de 1811. Habían pasado por grandes penalidades en las Antillas, careciendo de medios de subsistencia y soportando persecuciones y hostilidades de parte de las autoridades inglesas, presionados por los agentes de España. A estos emigrados se refería Bolívar en carta a Leandro Palacios, en agosto de 1818, cuando se enteró que algunos proyectaban acogerse a las amnistías parciales dictadas por los realistas y marcharse a Caracas: “¡Qué vergüenza que, en tales circunstancias,

[132]_ Brión a Arismendi. Bonaire, 23 de julio de 1816.

los emigrados que habían resistido por cuatro años a todas las miserias, abandonen la causa de su país! ¿Será posible que prefieran ir a servir al enemigo cuando su patria los necesita?”.

Sin embargo, la mayoría del movimiento independiente resistió con éxito todos los fracasos, todos los reveses, venció todos los obstáculos. Uno solo de los desastres sufridos por los insurgentes en el curso de quince años de guerra, era suficiente para hacer vacilar el pulso más firme. Pero la respuesta siempre fue la continuación de la guerra. Cuando Bolívar declaraba que era “el hombre de las dificultades”, expresaba no solo su voluntad, sino la resolución del Ejército Libertador de llevar a cabo su tarea principal a costa de todos los sacrificios.

En la Guerra de Independencia se probó que, como suele ocurrir en todas las guerras del pueblo, sostenidas a favor de una causa justa, los fracasos pueden ser convertidos en fuente de triunfos. Las experiencias adquiridas en los reveses de hoy permiten organizar las victorias de mañana, si existe una fuerza moral superior capaz de no dejarse desplomar ante las primeras y segundas situaciones difíciles.

En la adversidad se forjó la voluntad de los patriotas, su inquebrantable decisión de sostener y ganar “una guerra obstinada”. Esta resolución se colocó íntegra en la lucha por la posesión de las armas. Desgracias, fracasos, errores, derrotas, de todos los obstáculos estuvo lleno el camino de la adquisición de los elementos de guerra. Pero era el camino de la Independencia. No había otro.

De la inferioridad a la superioridad

En su correspondencia con Kugelman, a propósito de la Comuna de París, Carlos Marx decía: “Desde luego, sería muy cómodo hacer la historia universal si la lucha se pudiese emprender solo en condiciones infaliblemente favorables”. Los patriotas hicieron la guerra, durante un largo período, en franca situación de inferioridad, especialmente a partir de la capitulación de 1812. Casi sin armas, con muy pobres recursos, sin apoyo exterior. Era una vanguardia consciente, pero en minoría, enfrentada a la hostilidad armada de la mayoría. Desafiando tradiciones, hábitos seculares, retando al fanatismo religioso, a la indiferencia, a la ignorancia. Combatiendo contra una potencia y sus ejércitos victoriosos en las guerras europeas.

Para vencer, fue necesario que los patriotas superaran una de sus debilidades principales: la insuficiente posesión de poder armado. Esta inferioridad influyó marcadamente en el curso de la guerra. En 1812, condujo a la capitulación de San Mateo, cuando a los ejércitos realistas se opusieron milicias inexpertas, sin conocimientos de guerra, cuyos integrantes ni siquiera sabían manejar con destreza las armas dirigidas por un mando de generales desmoralizados, porque no esperaban recibir auxilios militares de ninguna parte, aplastados por la superioridad bélica del enemigo. En 1814, la falta de elementos de guerra afectó la capacidad defensiva de los patriotas, contribuyó a la impotencia frente a las ofensivas arrolladoras de los llaneros de Boves, y pesó considerablemente en el conjunto

de circunstancias políticas y militares que provocaron la caída de la Segunda República: "... nosotros no tenemos más armas para hacer frente al enemigo que nuestros brazos, nuestros pechos, nuestros caballos y nuestras lanzas. El débil necesita una larga lucha para vencer; el fuerte, como en Waterloo, libra una batalla y desaparece un imperio"¹³³, decía el Libertador. Como en toda guerra del pueblo contra los poderes tradicionales establecidos, los insurgentes venezolanos partieron desde posiciones débiles, pasando por la escasez de medios y la inferioridad numérica, las dos características principales de la primera etapa de la lucha armada revolucionaria. Con solo sus pechos, brazos, caballos y lanzas, al decir de Bolívar, requerían un cierto proceso, más o menos prolongado, para acumular fuerzas, crear condiciones de conversión de su debilidad inicial en fortaleza. No era posible decidir la Guerra de Independencia en una batalla. Si los patriotas lograron en 1810 tomar el poder mediante el golpe del 19 de abril, apoyados en los batallones de milicias, fue porque se valieron de la sorpresa, disimularon sus verdaderos propósitos tras un lenguaje de fidelidad a los derechos de Fernando VII, y aprovecharon la coyuntura de la invasión de Napoleón a España. Pero los realistas eran más fuertes que los rebeldes. España era una potencia con recursos muy superiores a los que podían disponer los independentistas. Contaba con la adhesión de la mayoría de la población criolla y disfrutó del financiamiento de Inglaterra para sostener la guerra en sus colonias. Además de sus propios arsenales, obtuvo armas inglesas y podía adquirir cuantas quisiera en Estados Unidos.

Los realistas dispusieron de caballería, infantería y artillería superiores a las de los insurgentes, tanto en número y armamento como en destreza, disciplina y veteranía, cualidades que bastante cuentan en la guerra. En caballería, el predominio realista llegó hasta 1817, mucho después de la muerte de Boves y de iniciarse el cambio de los llaneros del campo español a las banderas de la República. Aún en 1818, la caballería enemiga derrotaba con frecuencia a la patriota, suceso que Bolívar atribuía a la defectuosa formación de combate de la caballería republicana, a su táctica

[133]_ Bolívar, al editor de *The Royal Gazette*. Kingston, 28 de septiembre de 1815.

de cargar en ala con poco fondo, mientras los realistas, organizados en columnas, ofrecían una sólida resistencia y al contraatacar rompían las líneas venezolanas¹³⁴.

La superioridad de la infantería del Rey privó hasta 1821. Quedó destrozada en la batalla de Carabobo, gracias a las brillantes maniobras ordenadas por el Libertador, especialmente las realizadas por el general Bermúdez, de diversión sobre Caracas, y las de Cruz Carrillo, con igual objetivo, sobre el flanco derecho, lo cual colocó en desventaja a la infantería realista en el campo de batalla.

La inferioridad de las fuerzas armadas rebeldes tenía, entre otras causas, una que ejerció una influencia casi decisiva: su aislamiento del exterior. Sin haber desarrollado aún poder suficiente como para abastecerse de los medios en manos del enemigo, sus posibilidades de adquirir armamento dependían esencialmente del extranjero. Mientras la situación internacional no favoreció los proyectos independentistas, debido a la política exterior de Inglaterra y Estados Unidos, el cerco de indiferencia o de hostilidad estrangulaba al movimiento insurgente. Bolívar se quejaba de que España podía poseer, sin ninguna dificultad, todas las armas en mayor cantidad a cuantas podían reunir los patriotas clandestinamente, venciendo los peores obstáculos, en una competencia llena de ventaja para el realismo, decía en Kingston en 1815:

La América está encontrada entre sí, porque se halla abandonada de todas las naciones, aislada en medio del universo, sin relaciones diplomáticas ni auxilios militares y combatida por la España, que posee más elementos para la guerra que cuantos nosotros furtivamente podemos adquirir¹³⁵.

¿Cuántas armas se podían obtener “furtivamente”? Apenas las compradas a corsarios o contrabandistas, las negociadas a mercaderes antillanos por algunas cargas de cacao, o las recibidas de desertores trinitarios a cambio de unos cuantos pesos.

[134]_ Bolívar a Zaraza. Anzoátegui, 28 de junio de 1818.

[135]_ Bolívar: “Contestación de un americano meridional a un caballero de esta isla”. Kingston, 6 de septiembre de 1815.

En tales condiciones, los patriotas libraron la guerra durante largos años. En los dramáticos mensajes de Mariño y Bideau a Pablo Pietri, cuando los primeros pasos de la expedición de Güiría: "... mándanos cien franceses con algunas armas, como las que nos mandó Valdés, que no son malas"¹³⁶, se revelaba la pobreza de medios confrontada por los independientes de las provincias orientales. Y cuando Bolívar escribía a Brión, desde Jamaica, sostenía que el predominio de los realistas se apuntalaba en la carencia de armas en las filas republicanas. Refiriéndose a las posibilidades de que los españoles reconquistaran la Nueva Granada, decía que "este mal se podría evitar si se introdujeran ocho a diez fusiles"¹³⁷.

La escasez de medios persistió más allá del año 1816. A los guerrilleros de Monagas, les faltaba "hasta el hierro para las puntas de las lanzas". En febrero de 1817, Páez solicitaba con urgencia pólvora y plomo para no decaer en sus operaciones. La campaña de 1818 sufrió las consecuencias de la inferioridad en armas. Desde Angostura, Bolívar afirmaba "...por falta de armas no hemos libertado a Venezuela en esta campaña. ¿Con mil quinientos fusileros qué podríamos hacer sin poder reemplazar las pérdidas?"¹³⁸. Por esta misma causa, se retrasó considerablemente la campaña de 1819, con la cual Bolívar pensaba "hacer frente al ejército de Morillo, obligándolo a encerrarse o ser destruido, si sale al campo raso y se pone en marcha"¹³⁹, en un intento por llevar a cabo los proyectos no cumplidos en 1818 en los llanos del río Guárico. Iguales razones mantuvieron en Casanare durante largos meses a las fuerzas de vanguardia de la expedición a la Nueva Granada. Todavía en 1819, Santander escribía al Libertador: "¡Qué falta nos hacen los fusiles! ¡Por ella estamos gravados con tropas estacionarias! El batallón de granaderos tiene hoy mil nueve plazas de fusil y solo tiene trescientos setenta y ocho de mano. De Tunja apenas han venido cien"¹⁴⁰. Dos mil hombres de

[136]_ Citado por Caracciolo Parra Pérez en su obra *Mariño y la Independencia de Venezuela*.

[137]_ Bolívar a Brión. 6 de julio de 1815.

[138]_ Bolívar a Leandro Palacios. Angostura, 11 de julio de 1818.

[139]_ Bolívar a Arismendi. 4 de noviembre de 1818.

[140]_ Santander a Bolívar. Santa Fe de Bogotá, 17 de octubre de 1819.

los batallones Neiva, Cauca y Vargas disponían únicamente de 460 fusiles. Cuatro combatientes por cada fusil. En 1820, fue aplazado el sitio de Santa Marta por falta de pertrechos, hasta la llegada de Montilla con dos mil fusiles comprados en las Antillas. Para la campaña del Sur, no había pólvora ni plomo. En toda Antioquía solo se pudieron armar seiscientos hombres.

Los patriotas no esperaron resignadamente que un milagro convirtiera su inferioridad en superioridad. Los cambios no se operaron espontáneamente, sino fueron el fruto de un gigantesco esfuerzo moral y material. Aguardar pasivamente, hubiera sido condenar la insurgencia a la muerte. Los libertadores mantuvieron la pelea, mientras ponían sus esfuerzos principales en la adquisición de armas por todos los medios a su alcance.

Morillo describió las actividades de los rebeldes en 1815. Después de las derrotas en el Oriente venezolano y en la Nueva Granada, los patriotas se habían dispersado en guerrillas, “quedando otra porción en las islas extranjeras”, decía Morillo:

... esperando la oportunidad de la disminución de fuerzas de este ejército y otras ocupaciones, para revolucionar a Cumaná, Margarita y la Guayana, unidos a los malcontentos de Francia y a los especuladores de Inglaterra. Tomada Cartagena, han corrido todos a los Cayos de San Luis, para desde allí atacar cualquier punto débil de la costa, seguir el ataque cuando se pueda, y, de no ser feliz para ellos, robar y reembarcarse. Con los robos de frutos pagan los fusiles¹⁴¹.

En efecto, estas fueron las ocupaciones principales de los independentistas durante los años 1815, 1816 y gran parte de 1817. Los derrotados de la Nueva Granada, se refugiaron en las guerrillas de Casanare y del Apure, para continuar la lucha armada. Los sobrevivientes de Aragua de Barcelona y Maturín, guerrilleando en los llanos

[141]_ Pablo Morillo, oficio al Ministro de la Guerra. 7 de marzo de 1815.

y montañas orientales, prosiguieron también la resistencia. Al mismo tiempo, grupos numerosos se dedicaron en las Antillas a la adquisición de armas para reiniciar la guerra en gran escala. Otros, se ocuparon de abastecer a las guerrillas de fusiles, pólvora y plomo, tomando las cosechas de cacao y otros frutos de las haciendas de la costa y negociándolas a los comerciantes de Trinidad, Guadalupe y Saint Thomas.

La adquisición de armas en el exterior jugó un papel de primera magnitud en la conquista de la superioridad militar, como era de suponerse. Ya para 1818, los patriotas iniciaron la superación de la pobreza de medios. Escribía Bolívar a Leandro Palacios en 1818:

La falta de armas y municiones, que era la causa principal que nos había obligado a suspender las operaciones, no nos molestará más. Porque hemos recibido diez mil fusiles y esperamos igual número, que está contratado. Nada nos falta ya para empezar de nuevo las operaciones.

Las armas a las cuales se refería eran las negociadas por López Méndez en Londres, conducidas desde las Antillas a Angostura por la flotilla al mando de Luis Brión. “Ya están en nuestros almacenes las armas y municiones que nos condujo la escuadra. Jamás habíamos tenido un parque tan provisto y abundante”¹⁴², informaba a Zaraza, en aquellas comunicaciones dirigidas a dar cuenta del aumento de las armas en poder del ejército, para elevar la moral y autoridad en sus filas. Y a Bermúdez daba, en el tono más optimista, el significado de la llegada del armamento en las perspectivas de la guerra:

Más de ocho mil fusiles, pólvora para hacer la guerra incesantemente dos o tres años, nuestros cuerpos ya organizados, disciplinados, armados y vestidos y nuestra superioridad asombrosa en caballería, nos

[142]_ Bolívar a Zaraza. 29 de julio de 1818.

ha dado una actitud militar infinitamente superior a la que puede tomar Morillo¹⁴³.

La solución de los problemas que presentó la adquisición de material de guerra fue posible gracias al esfuerzo de los patriotas, especialmente en el aprovechamiento audaz y enérgico de todos los recursos y en la correcta utilización de las coyunturas favorables y diferencias en el campo internacional. El 8 de junio de 1812, el teniente gobernador T.J.G. Maclean, decía al conde Liverpool, dando cuenta de la situación en la Capitanía General de Venezuela: "... la revolución no se efectuará, siempre que no venga ayuda extranjera en apoyo de los insurgentes"¹⁴⁴. En cierta medida, el vaticinio del funcionario de la Corona británica llegó a cumplirse por un período. La falta de auxilios militares asestó un durísimo golpe a la Primera República y asfixió a la segunda. Los patriotas lograron vencer tan enorme obstáculo, construyendo una red de arterias logísticas, lo cual permitió superar la pobreza de medios. Los agentes rebeldes y los vendedores de armas, convirtieron las islas antillanas en "verdadero foco de la guerra en Venezuela", como las denominaba el general Pablo Morillo:

Poseían abundantes municiones de boca y de guerra, de vestuario, armamento y artillería, recursos todos que por el canal del Orinoco les suministraron las colonias vecinas, verdadero foco de la guerra en Venezuela, con escandaloso agravio de la buena fe que debía guardarse entre potencias amigas¹⁴⁵.

Sin la adquisición de armas y la organización de su introducción al país, en ningún caso hubiese sido posible alcanzar la superioridad militar. La claridad en la concepción sobre las formas prácticas de abordar la solución de los problemas

[143]_ Bolívar a Bermúdez. 27 de agosto de 1818.

[144]_ *Documentos de cancillerías europeas sobre la Independencia de Venezuela*. Tomo I, Caracas.

[145]_ Antonio Rodríguez Villa, *El teniente general don Pablo Morillo*. Madrid, 1920.

logísticos, fue una de las cualidades más relevantes de la dirección de la Guerra de Independencia.

Las condiciones de inferioridad se prolongaron hasta 1819. El feliz resultado de la campaña de la Nueva Granada marcó una nueva etapa en la guerra. Los triunfos no solo elevaron la moral, sustentaron más aún la confianza en el desenlace final, sino que también permitieron obtener mayores recursos a fin de aumentar el material bélico y atender los gastos de las nuevas operaciones. Los realistas comenzaron a pasar a una línea defensiva, pero todavía se mantuvo cierto nivel de equilibrio entre ambos bandos (época del armisticio de Santa Ana). Finalmente, este relativo equilibrio se convirtió en abierta superioridad para los patriotas. Se necesitaron nueve años de guerra para igualar en el plano estratégico a las fuerzas de sus enemigos. Pasarán tres años más para estar en condiciones de poseer superioridad absoluta, y realizar con éxito grandes ofensivas estratégicas. Y todavía solo cuatro años después podrán expulsar a los realistas del Perú con la rendición de la fortaleza del Callao. En dieciséis años, se cumplió el proceso de la inferioridad al equilibrio relativo de fuerzas, del equilibrio a la superioridad absoluta y, finalmente, a la victoria definitiva. El proceso será de signo contrario en las filas realistas. Durante un largo período inicial harán la guerra contando con abundancia de medios y superioridad numérica. Al final, se invirtieron los factores. La superioridad pasó a ser inferioridad, su fortaleza, debilidad.

Los cambios en la correlación de fuerzas, ya apreciables después de la batalla de Boyacá, los constataría el propio mando español. Morillo envió a Madrid a su ayudante León Ortega, para que “este ejército sea auxiliado sin demora alguna con siete u ocho mil hombres y buques”. Sus consideraciones, en septiembre de 1819, estaban impregnadas de una nueva realidad surgida en la guerra. Los “bandoleros y asesinos” de 1814, la “gavilla de cobardes” de 1815, los combatientes dirigidos por “un joven loco, ambicioso, cobarde e ignorante llamado Simón Bolívar”¹⁴⁶, constituían en 1819 un ejército respetable, capaz de infundir temor

[146]_ Informe de un confidente de las autoridades españolas.

a sus enemigos y someter al orgulloso capitán general español a las más amargas dudas y cavilaciones sobre las contingencias futuras de la guerra.

Dígnese V.E. —decía a su ministro de la Guerra— comparar las situaciones de 1816, cuando tuve el honor de hacer presente a S.M. lo que temía por la expedición que Bolívar organizaba en Los Cayos, y lo que ahora en esta época, con el virreinato de Santa Fe en su poder, un ejército de más de doce mil hombres, entre los que se cuentan cuatro mil ingleses y extranjeros, dueño de la Guayana y costas de Barlovento, su escuadrilla preponderante en estos mares, con grandes recursos facilitados por la avaricia inglesa, al estado en que yo me hallo, reducido a una pequeña parte de la provincia de Venezuela, con un cortísimo número de soldados europeos, en medio de tal miseria¹⁴⁷.

Concluyendo, sumido en el mayor desaliento, por asegurar a sus superiores en la Península, que ya no serían suficientes ocho mil hombres para reconquistar lo perdido, tanto en territorio como en la adhesión de sectores del pueblo.

La conquista de la superioridad militar fue un proceso largo, penoso, difícil. Los patriotas lograron transitarlo con éxito porque, además de abordar y solucionar acertadamente los problemas del armamento, se guiaron por un conjunto de normas político-militares, que demostraron su justeza a través de todas las circunstancias de la época.

En primer término, los patriotas lucharon, desde el propio comienzo del conflicto, por la formación, existencia y desarrollo de un ejército identificado plenamente con la causa de la Independencia. Durante la primera etapa de la guerra, cuando confrontaban una situación de inferioridad numérica y escasez de medios, la tarea de conservar sus fuerzas armadas exigió temple, habilidad y sacrificios extraordinarios. Hemos visto cómo la adquisición e introducción de

[147]_ Pablo Morillo, Oficio al ministro de la Guerra. 12 de septiembre de 1819.

armamento, representó una misión sin la cual no hubiera podido existir ejército alguno, ni sobrevivir en la lucha contra un enemigo superior. Pero, además, en los combates tenían que superar sus desventajas mediante la utilización de la sorpresa; la rapidez en la marcha, en el ataque y en la retirada; la concentración de mayores fuerzas que las del enemigo en un punto determinado, y todos los recursos tácticos de los cuales se vale el débil para batir al fuerte. En las condiciones más adversas, se mantuvieron rehusando el combate cuyo desenlace no fuera seguramente favorable, empleando las formas de lucha guerrilleras, la actuación en pequeños grupos, que debían, por lo general, sus triunfos al profundo conocimiento del terreno, a la altísima moral de combatientes consustanciales con el medio ambiente y muy diestros en los procedimientos de este tipo de lucha. En la conservación de sus propias fuerzas, no siempre los acompañó el éxito. Soporaron tremendas y sangrientas derrotas. Y si lograron recuperarse de cada una de ellas, fue por efectos de sus convicciones morales, el patriotismo, la confianza de que, a pesar de todas las grandes dificultades, el desenlace sería favorable.

Por otra parte, conspiraron contra la existencia del Ejército Libertador, tentativas políticas de conciliación con el dominio español. Durante todo el curso de la guerra, en los primeros años más intensamente, presionaron sobre la dirección republicana propuestas de abandonar la guerra, a cambio de un arreglo colonial con España. La mayoría de las veces, las proposiciones contaron con el apoyo de potencias tan influyentes como Inglaterra y Estados Unidos. Sin embargo, no fueron suficientes las fatigas producidas por una guerra tan prolongada, las maniobras e intereses de los grupos más vacilantes, las amenazas de la Santa Alianza ni los peores reveses, para inclinar la voluntad de los patriotas.

Los dos objetivos básicos de la Guerra de Independencia, como eran la preservación de las propias fuerzas armadas y el aniquilamiento de las enemigas, ligados uno al otro indisolublemente, fueron cumplidos satisfactoriamente por los patriotas. La creación y existencia de un instrumento armado de la causa insurgente, su desarrollo desde las guerrillas hasta convertirlo en poderosa fuerza regular, su proceso de las derrotas a las victorias, constituyó factor decisivo para

la formación de la patria venezolana. La lucha por la conservación del ejército, impidiendo su aniquilamiento por el enemigo, reorganizándolo después de cada revés, elevando su poder año tras año, fueron los pasos que condujeron a la ruptura del dominio español.

La conquista de la superioridad en el terreno militar y el proceso de desarrollo de las fuerzas armadas patriotas hasta llegar a imponer su voluntad sobre el enemigo, fueron cambios ocurridos como consecuencia de la naturaleza de la Guerra de Independencia, de las profundas diferencias entre el carácter del Ejército Libertador y el del ejército realista. Mientras uno era un ejército patriota, combatiendo por una causa justa, el otro era un instrumento de conquista y opresión. Aun cuando tales características y diferenciaciones no se pusieron ostensiblemente de manifiesto ante las grandes masas populares durante los primeros años de la guerra, aparecieron con toda su fuerza en el curso de esta. Al final, fueron determinantes en su desenlace. La superioridad de objetivos del Ejército Libertador en el orden político y social, su lucha por la Independencia, a la cual unió posteriormente un programa de reparto de tierras y propiedades, libertad de los esclavos, integración democrática de sus mandos, dio un carácter popular a su esfuerzo de guerra, ajustado a la coyuntura histórica, que permitió a los patriotas multiplicar y enriquecer procedimientos tácticos y logísticos.

Todo lo contrario ocurrió al ejército expedicionario de España. El carácter colonialista y opresivo de sus objetivos políticos, condujo a la larga a convertir su guerra en una lucha contra el pueblo y contra la historia. Estaba impedido de llevar a la práctica una táctica y una estrategia que lo mantuvieran disfrutando de abundancia de medios y superioridad numérica. En Venezuela se fueron cerrando a los realistas, de manera paulatina, las posibilidades de recursos y hombres. Estaban condenados por el propio carácter de sus objetivos. En el exterior, la revolución liberal de Riego y Quiroga canceló también las fuentes de armas, dinero y soldados. La guerra por el dominio de las colonias en América, entró en contradicción con las exigencias políticas y sociales en la propia España, mientras que, en escala internacional, la correlación de fuerzas dejó de serles favorable. En

tales condiciones, la conversión del Ejército Libertador de débil en fuerte y del ejército realista de superior en inferior fue un proceso inevitable.

Los patriotas aprovechaban todo error del enemigo en el terreno militar para reforzar sus posiciones. La dispersión de fuerzas en 1817, la subestimación de la capacidad ofensiva de los independientes en 1819 y la aceptación de las maniobras divisionistas de Bolívar durante la campaña de Carabobo, fueron algunos de los errores cometidos por el mando realista y de los cuales extrajeron los insurgentes situaciones favorables, explotándolas al máximo. De igual manera procedieron en el aspecto político, ante cualquier situación que afectara la moral de combate del enemigo. La revuelta del Ejército Expedicionario en Cádiz, el triunfo de la revolución de Riego y Quiroga y la juramentación de la Constitución por Fernando VII, así como el armisticio de Santa Ana, fueron usados para influir sobre el ánimo del ejército realista y para extender la causa independiente. Como es bien conocido, la adecuada utilización política de estos factores permitió a los patriotas incorporar a sus filas a centenares de soldados y numerosos jefes, como Remigio Ramos, Andrés Torrealba, Reyes Vargas, Juan Manuel Silva, Fernando Torrealba, Blas Ampueda y otros, quienes desertaron del campo enemigo.

Pero junto a armas, ejército y utilización de los errores del enemigo, estuvo la política de los patriotas de buscar el apoyo de las masas populares. Como bien lo decía el Libertador, “la opinión cambiada absolutamente a nuestro favor vale aún más que los ejércitos. Esta feliz mutación nos ha puesto en estado de contar con grandes medios para procurarnos objetivos militares”¹⁴⁸. En efecto, mientras las grandes masas no se decidieron a favor de los independentistas, era incierto el destino de su causa y los realistas contaron con una impresionante ventaja. Cuando los peones, llaneros, campesinos, la gente del pueblo, integrada principalmente por pardos y mestizos, comenzaron a sumarse al Ejército Libertador, se precipitó el proceso de cambios en la correlación de fuerzas. Influyó en la incorporación

[148]_ Bolívar a Lino de Clemente y Pedro Gual. Barcelona, 5 de enero de 1817.

de las masas populares en apoyo a las banderas insurgentes, la unión a la consigna de independencia de España de reivindicaciones vinculadas a los intereses sociales y materiales de las clases populares, como la promesa de repartir las tierras y propiedades en recompensa a los soldados y oficiales del ejército. En correspondencia al ministro de Hacienda de la Gran Colombia, en 1821, por medio de su secretario Pedro Briceño Méndez, decía al Libertador que, cuando Páez había formado sus guerrillas en los llanos de Apure en 1816, ofreció a sus tropas la distribución entre ellos de todas las propiedades que pertenecieran al gobierno:

... entre otras, fue el medio más eficaz de comprometer a aquellos soldados y de aumentarlos porque todos corrieron a participar de iguales ventajas. Tan persuadido estaba el general Páez de la importancia de este paso y de los saludables efectos que había obrado, que al someterse a reconocer la autoridad de S.E. el Presidente, entonces Jefe Supremo, no exigió sino la ratificación de aquella oferta. S.E. no pudo negarse a ella, y creyéndola justa en su objeto, aunque demasiado extensa e ilimitada, creyó conveniente modificarla y hacerla al mismo tiempo extensiva a todo el ejército.

Ya desde el desembarco en Ocumare se había prometido la liberación de los esclavos. El desarrollo de formas guerrilleras durante los años 1815, 1816 y 1817 creó procedimientos democráticos en el seno del ejército y la mayoría de los mandos se integraron por valor y méritos en el campo de batalla, llegando a ocupar altos grados militares combatientes surgidos del pueblo. La conjugación de estas reivindicaciones comenzó a producir un cambio en la opinión de las masas populares. Al principio lentamente, después Urdaneta diría: "... aquí se presentan por puntas", refiriéndose a los numerosos grupos de antiguos partidarios del Rey que desertaban para pasarse a los cuadros republicanos.

Pero mientras el programa político popular se mantuvo en el terreno de las proclamas y las teorías, su impacto en el seno de la población era bastante

relativo. Fue necesario unir a las proclamas y a las palabras algunas victorias militares. La liberación de Guayana, la campaña de 1818, la batalla de Boyacá, la presencia de un ejército que llevaba consigo la victoria, la existencia de un poder armado, mostró a las masas populares, de una manera objetiva, que las promesas de reparto de tierras y de libertad de los esclavos no eran ofertas imposibles.

Más que los programas políticos, las victorias de las armas abrieron a la mayoría del pueblo una perspectiva cierta de declinación del poder realista y de ejecución de las reformas sociales. El programa de los insurgentes dejó de ser un simple enunciado general para convertirse en una posibilidad respaldada por las armas y los triunfos en el campo de batalla. Con el apoyo de la población, Bolívar sintió seguro el porvenir. “Nada hay que pueda detenernos si el pueblo nos ama”, declaraba a Francisco Antonio Zea el 30 de junio de 1819.

Una acción aventurera y fugaz jamás hubiera logrado obtener cambios de tal naturaleza. A fin de conducir con éxito un proceso político y militar, en el cual una opinión minoritaria se convirtió en mayoría y un ejército en inferioridad conquistó la superioridad, se necesitó un esfuerzo prolongado, una tenacidad y persistencia heroicas.

La fusión de la lucha por la independencia a reformas sociales que interesaban al pueblo y la apertura de posibilidades materiales de llevarlas a la práctica representadas por la existencia de un ejército y sus victorias en el campo de batalla, fueron los dos elementos básicos que influyeron para acelerar los cambios de opinión a favor de la causa de los patriotas. La lucha por la existencia y conservación del ejército, por su desarrollo desde las guerrillas hasta el ejército regular; la solución audaz, venciendo todos los obstáculos, de los problemas relativos al abastecimiento de armas desde el exterior; la utilización de los errores y situaciones adversas del enemigo y la búsqueda, con una adecuada dirección política, del apoyo de las masas populares, sin dejarse abatir en los duros años de combate en condiciones de inferioridad, fueron algunas de las normas fundamentales que orientaron a los patriotas para transitar acertadamente el proceso penoso y difícil de conquistar la superioridad militar. Pero nada de esto era posible de un día para otro, ni como

resultado de un año o dos. Fueron procesos madurados y cumplidos a través de un esfuerzo sostenido, hasta lograr los objetivos propuestos.

La gran voluntad que requería cumplir etapas de franca inferioridad hasta conquistar la superioridad, mantener un esfuerzo prolongado hasta lograr que la debilidad se convirtiera en fortaleza, necesitaba indispensablemente de la asistencia de profundas y poderosas fuerzas morales. Solo movimientos templados por una elevada moral política están en condiciones de colocarse a la vanguardia de los cambios históricos. Bolívar decía que, “en el orden de las vicisitudes humanas, no es siempre la mayoría de la masa física la que decide, sino que es la superioridad de la fuerza moral la que inclina hacia sí la balanza política”¹⁴⁹, señalando el requisito que permitió a los patriotas modificar la historia. Eran las fuerzas morales las que permitían la recuperación de sus ejércitos después de las derrotas; que daban aliento tras de los grandes fracasos; que suministraban energías para remover los obstáculos y vencer las dificultades; el poderoso hálito que llevaba al Libertador a decir al general Marion, cuando le informaba de su llegada a Carúpano al frente de sus hombres, en 1816: “Los españoles hacen todos sus esfuerzos para trabar nuestras operaciones y reunir todas sus fuerzas, pero nuestro pequeño ejército, animado del sentimiento de libertad, ¡basta para destruirlos!”¹⁵⁰. Las fuerzas morales que alimentaban la voluntad del movimiento independentista, se acrecentaban con el peligro, las derrotas y los golpes de la adversidad. Inspirados en una causa noble y cimentados en el progreso social, los factores morales dieron a los patriotas decisión en todos los momentos de la lucha armada, el ímpetu para no resignarse con triunfos secundarios, sino buscar tenazmente la victoria definitiva, el coraje para mantener un espíritu combativo y no amedrentarse por las derrotas, y, cuando era necesario, la firme resolución de saber morir con gloria.

[149]_ Bolívar, *Memoria dirigida a los habitantes de la Nueva Granada de un caraqueño*. Cartagena, 15 de diciembre de 1812.

[150]_ Bolívar al general Marion, gobernador del Departamento de Los Cayos. 27 de junio de 1816.

De nada sirvió contra las fuerzas morales de la causa independiente, lo que el capitán general don Juan Manuel Cajigal llamó el “terrorismo esparcido”, la política de la mayoría de los jefes del ejército enemigo de someter a crueles torturas a los partidarios de la República, pasar por las armas a los prisioneros y devastar poblaciones, en intentos desesperados por derrumbar la voluntad del movimiento insurgente. “...Es necesario repetirlo que con el terrorismo no se sujetan los pueblos”¹⁵¹. Ni la abrumadora posesión de las armas ni la abundancia en efectivos lograron destruir la fe de los patriotas en su causa, el aliento que los mantenía en sus puestos de combate, menos podían hacerlo las tentativas de doblegar su espíritu mediante el empleo del terror represivo. Los esfuerzos por hacer ceder la moral rebelde usando la superstición, la ignorancia, la coacción religiosa y hasta los “legítimos derechos”, también fracasaron. El inquebrantable temple de la moral de los patriotas, se explica porque era superior a la que podían invocar los realistas. Mientras los defensores del dominio español se inspiraban en una monarquía en decadencia, estremecida por la corrupción de los Borbones, en conflicto con lo mejor del pueblo, los patriotas fundamentaban su ideología en principios avanzados de la época, en la independencia de los pueblos, la ruptura del yugo colonial, la liberación de los esclavos y el reparto de las tierras y propiedades entre los soldados y oficiales del Ejército Libertador.

La doctrina de la preponderancia de las fuerzas morales fue sostenida por Bolívar como la razón que hizo posible a una causa iniciada por un puñado de hombres, en situación de escasez de medios e inferioridad numérica, derrotar a la larga a una gran potencia. Cuando Irvine, el arrogante agente de Estados Unidos en Angostura, formulaba veladas amenazas de intervención contra Venezuela, el Libertador respondió con dignidad:

El valor y la habilidad, señor agente, suplen con ventaja el número.
¡Infelices los hombres si estas virtudes morales no equilibrasen y aún

[151]_ Don Juan Manuel Cajigal, *Memoria sobre la Revolución de Venezuela*. Caracas, 1960.

superasen las físicas! El amo del reino más poblado sería bien pronto señor de toda la tierra. Por fortuna, se ha visto con frecuencia un puñado de hombres libres vencer a imperios poderosos¹⁵².

Los tiempos han pasado y, por fortuna, sigue siendo frecuente que un puñado de hombres libres logren vencer a imperios poderosos, sobre todo si saben resolver con acierto los problemas que plantea la posesión de los medios para hacerlo. Esta es una de las más perdurables lecciones de la Guerra de Independencia y de su máximo conductor, el Libertador Simón Bolívar.

[152]_ Bolívar a Juan Bautista Irvine. Angostura, 12 de octubre de 1818.

Bibliografía

Las cartas del Libertador han sido tomadas de la compilación de don Vicente Lecuna, *Obras completas de Simón Bolívar*, segunda edición, Editorial Lex, La Habana, 1950; y los oficios de Morillo al ministro de la Guerra, de la obra de Antonio Rodríguez Villa, *El teniente general don Pablo Morillo*, Editorial América, Madrid, 1920. Otras obras citadas: José Austria, *Historia militar de Venezuela*, tomo I. Caracas, 1960; Juan Manuel Cajigal, *Memorias sobre la Revolución Venezolana*, Caracas, 1960.

CUNNINGHAM GRAHAM, J.B. José Antonio Páez. Caracas. *Documentos Relativos a la Revolución de Gual y España*. Caracas, 1949.

Documentos de cancillerías europeas sobre la Independencia de Venezuela, tomo I. Caracas.

GIACCOPINI ZÁRRAGA, José Antonio. Revista *Shell*, n.º 14. Caracas, marzo de 1955.

GIL FORTOUL, José. *Historia constitucional de Venezuela*, tomo I. Caracas, 1964.

GUERRA IÑIGUEZ, Daniel. *Pensamiento Internacional de Bolívar*. Caracas, Hobsbaw.

HOBBSAWM, Eric J. *Las revoluciones burguesas*. Madrid, 1964.

KAUFMANN, William. *La Política Británica y la Independencia de la América Latina*. Caracas, 1963.

LECUNA, Vicente. *Relaciones diplomáticas de Bolívar con Chile y Buenos Aires*. Caracas, 1954.

_____. *La Guerra a Muerte*.

_____. *Cartas de Santander*.

MARX, Carlos. *La Revolución Española*. Madrid, 1938.

PARRA PÉREZ, Caracciolo. *Historia de la Primera República de Venezuela*. Caracas, 1959.

_____. *Santiago Mariño y la Independencia de Venezuela*. Madrid, 1955

ROSAS MARCANO, Jesús. *La Independencia de Venezuela y los Periódicos de París*. Caracas.

Otras obras consultadas

BLANCO FOMBONA, Rufino. *Bolívar y la Guerra a Muerte*. Caracas, 1942.

BLANCO, José Félix. *Bosquejo histórico de la Revolución Venezolana*. Caracas, 1942.
Correo del Orinoco. Años 1817, 1818 y 1819.

Gaceta de Caracas. Años 1814-1815.

LECUNA, Vicente. *Crónica razonada de las guerras de Bolívar*. New York, 1950.

O'LEARY, Daniel Florencio. *Memorias*. Caracas, 1952.

PÁEZ, José Antonio. *Autobiografía del general José Antonio Páez*. Caracas 1946.

PALACIO FAJARDO, Manuel. *Bosquejo de la Historia de la Revolución en la América española*. Caracas, 1953.

PÉREZ VILA, Manuel. *Vida del general Daniel Florencio O'Leary*. Caracas, 1957.

ROSCIO, Juan Germán. *Obras*. Caracas, 1953.

URDANETA, Rafael. *Memorias del General Rafael Urdaneta*. Editorial América, Madrid.

Referencias sobre algunas de las islas mencionadas

Trinidad. 4.833 kilómetros cuadrados. Está situada frente a la costa NE. de Venezuela, separada del brazo oriental de la Península de Paria por las Bocas de Dragón y del Territorio Delta Amacuro, por la Boca de Serpiente, los dos canales por los cuales el Golfo de Paria se comunica con el mar. Perteneció a España hasta 1797, cuando fue ocupada por Inglaterra. En 1802, España la cedió definitivamente por el Tratado de Amiens. Actualmente es un dominio de la Comunidad Británica de Naciones.

Guadalupe. Archipiélago de las llamadas Islas de Barlovento en el Mar de las Antillas. Durante la época de la Independencia, posesión de Francia y actualmente Departamento de Ultramar.

Saint Thomas. Del grupo de las Islas Vírgenes, 40 km al Este de Puerto Rico. Refugio de piratas, contrabandistas y vendedores de armas. Perteneció a Dinamarca hasta 1917, cuando fue comprada por Estados Unidos.

Curazao. Isla de Sotavento, de las llamadas Antillas Neerlandesas. Longitud occidental 69°, latitud septentrional 129°, en la parte meridional del mar Caribe, a 38 millas de la costa venezolana. Durante las guerras napoleónicas fue ocupada por los ingleses. En 1816 volvió al dominio de Holanda.

Jamaica. De las Antillas Mayores, con 11.424 km². Situada a unos 128 km al Sur de Cuba. Perteneció a España hasta 1655 cuando fue ocupada por los ingleses. Era uno de los más importantes centros del tráfico de esclavos y armas en el mar Caribe. Actualmente es un dominio de la Comunidad Británica de Naciones.

Martinica. 1.102 km², del grupo de islas de Barlovento, longitud occidental 1619, latitud septentrional 149. Posesión francesa y actualmente Departamento de Ultramar.



COLECCIÓN BICENTENARIO CARABOBO

COMISIÓN PRESIDENCIAL BICENTENARIA DE LA BATALLA Y LA VICTORIA DE CARABOBO

PREPrensa e Impresión

Fundación Imprenta de la Cultura

ISBN

978-980-7301-65-7

DEPÓSITO LEGAL

DC2021000596

CARACAS, VENEZUELA, JUNIO DE 2021

La presente edición de
BOLÍVAR Y LAS ARMAS EN LA GUERRA DE INDEPENDENCIA
fue publicada
durante el mes
de junio de 2021,
año bicentenario
de la Batalla de Carabobo
y de la Independencia
de Venezuela

EN CARABOBO NACIMOS “Ayer se ha confirmado con una espléndida victoria el nacimiento político de la República de Colombia”. Con estas palabras, Bolívar abre el parte de la Batalla de Carabobo y le anuncia a los países de la época que se ha consumado un hecho que replanteará para siempre lo que acertadamente él denominó “el equilibrio del universo”. Lo que acaba de nacer en esta tierra es mucho más que un nuevo Estado soberano; es una gran nación orientada por el ideal de la “mayor suma de felicidad posible”, de la “igualdad establecida y practicada” y de “moral y luces” para todas y todos; la República sin esclavizadas ni esclavizados, sin castas ni reyes. Y es también el triunfo de la unidad nacional: a Carabobo fuimos todas y todos hechos pueblo y cohesionados en una sola fuerza insurgente. Fue, en definitiva, la consumación del proyecto del Libertador, que se consolida como líder supremo y deja atrás la república mantuana para abrirle paso a la construcción de una realidad distinta. Por eso, cuando a 200 años de Carabobo celebramos a Bolívar y nos celebramos como sus hijas e hijos, estamos afirmando una venezolanidad que nos reúne en el espíritu de unidad nacional, identidad cultural y la unión de Nuestra América.



Bolívar y las armas en la Guerra de Independencia... El genio, la determinación y la voluntad de Bolívar no habrían dado sus frutos sin las armas. Y, sin embargo, estas no suelen ser un asunto central en el estudio de su gesta. Para una causa que tenía que triunfar en el campo de batalla, "el tema de las armas y su búsqueda, así como la entera problemática relativa a los elementos de guerra, son de las cuestiones vertebrales del pensamiento y la acción del Libertador", señala el historiador José Luis Salcedo-Bastardo en el prólogo de este libro, obra valiosa por su originalidad tanto como por la rigurosidad con la que expone cómo pudieron los patriotas proveerse del armamento necesario, qué tipo de fusiles y cañones usaron, por qué vías los adquirieron, qué ventajas les aportaban, cuán numeroso o cuán precario llegó a ser el parque con el que podían contar. Y algo más importante: cómo influyó en la visión y en el curso de la guerra la mayor o menor posibilidad de armar adecuadamente a las fuerzas insurgentes, que en muchos casos tenía que batirse sin nada. "Nosotros no tenemos más armas para hacer frente al enemigo que nuestros brazos, nuestros pechos, nuestros caballos y nuestras lanzas. El débil necesita una larga lucha para vencer; el fuerte, como en Waterloo, libra una batalla y desaparece un imperio", llegó a afirmar el propio Bolívar. Y el presente trabajo muestra cómo esa debilidad orientó el aspecto propiamente bélico de la independencia y revela que en el heroico proceso de liberrar una nación, aparecen por igual, especuladores, pícaros y estafadores ante el lucrativo negocio del tráfico de las armas.

COLECCIÓN BICENTENARIO CARABOBO

